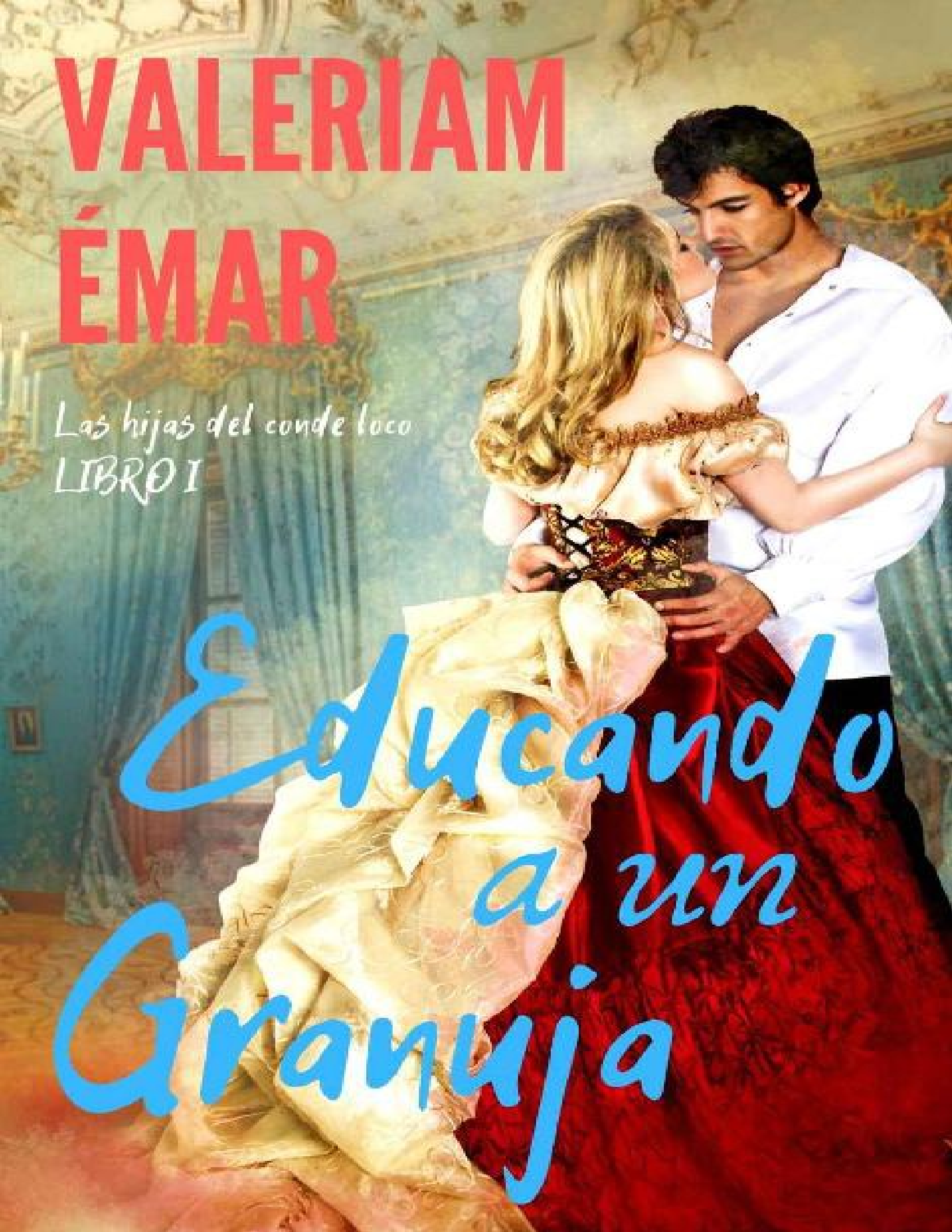


VALERIAM

ÉMAR

Las hijas del conde loco
LIBRO I

*Educando
a un
Granujía*



EDUCANDO A UN GRANUJA

Valerian Émar

Título: Educando a un granuja

Copyright © 2019 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

SEGUIR EL LINK DE ABAJO PARA CONOCER MÁS OBRAS DE LA AUTORA

<https://amzn.to/302RCny>

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

CAPÍTULO 31
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Hampshire, finales de abril de 1815

ERA UNA TRADICIÓN para la familia de lord Cowthland buscar en la hacienda de Green Hills, el tesoro que su padre, Richard O'Neill, conde de Cowthland, enterraba cuando la primavera empezaba a teñir el prado de verde. El único que se divertía con los juegos de excavar en la tierra era su padre. Tanto ella como sus tres hermanas se unían al paseo solo para complacerlo y para que él durante la cena se jactara que el próximo año haría más difícil la búsqueda. Se acomodó el sombrero para que el sol no le sacara manchas sobre el puente de la nariz, aunque ya era un poco tarde para tener ese tipo de preocupación. Su nariz tenía más peca de lo que la moda aceptaba. Miró de soslayo a Mery, el ama de llaves, que también se unía a la búsqueda del tesoro, como lo hacía todo el personal de Green Hills.

—No deberíamos alejarnos tanto del grupo, lady Elizabeth —se quejó.

Ella echó una ojeada hacia atrás por encima del hombro y observó al regordete de su padre arrodillado sobre el césped e indicándole a Emma como debía excavar, al mismo tiempo que recibía un sermón de su ayudante de cámara por ensuciar y arrugar su pantalón nuevo. Emma, su hermana menor, que acababa de cumplir los dieciocho años junto a su melliza Emily, serían presentadas en sociedad esa temporada. Que los nombres de las hijas del conde de Cowthland comenzaran con la letra E, era una de las tantas excentricidades de su padre. Por alguna razón, el condado lo conocía como el *conde loco*. Sacudió la cabeza y sonrió. Ella odiaba a todas esas personas

pacatas que vivían de las apariencias y de las rigurosas normas, y se sobresaltaban si su vestido estaba fuera de moda. Prefería que la llamaran excéntrica como lo hacían con su padre.

—¿Por qué debemos actuar que buscamos el tesoro si él siempre lo entierra en el mismo sitio? —le preguntó a Mery.

—El conde dijo que este año sería diferente.

—Todos los años él dice lo mismo —replicó, revoleando los ojos.

Mery, que primero había sido la doncella de su madre y su padre la ascendió a ama de llave cuando lady Cowthland falleció al dar a luz a las mellizas, puso los brazos en jarra y le lanzó una mirada ceñuda.

—Pero este año lo que está en juego son sus dotes —repuso—. Al conde se le ha ido la cabeza al enterrar el futuro de sus hijas. Tú y tus hermanas deberían estar preocupadas buscando... —abrió grande los ojos—. ¡Deje esa lagartija en el suelo, lady Elizabeth!

Volvió a poner la lagartija sobre la tierra firme y el pequeño reptil se perdió rápido entre las plantas. Se giró hacia el ama de llaves y apretó los labios.

—Esta es la razón por la que me gusta alejarme del grupo —dijo—, para que nadie me reproche lo que hago —añadió pausadamente.

Las mejillas de Mery habían tomado temperatura y no era precisamente por causa del calor que hacía ese día.

—El conde nunca debió tratarla como si fuese su hijo varón —protestó, cruzándose de brazos—. Si no cambia ese comportamiento, nadie querrá casarse con usted, lady Elizabeth, y terminará siendo una solterona como la hermana del conde, lady Jocelyn. ¿Es eso lo que quiere?

Lady Jocelyn era su heroína. Ella había huido la noche anterior de su boda para no casarse con un hombre que le triplicaba la edad y que no amaba. Como consecuencias, el conde de Cowthland había desheredado a su hija, dándole una mensualidad mínima para que apenas pudiera sobrevivir, confinándola en una pequeña propiedad en Bristol. Lady Jocelyn había sido repudiada por la sociedad y nunca se había casado. Las veces que su padre la había llevado a visitar a su tía, ella parecía una mujer feliz y que no se arrepentía para nada de su decisión.

—Nunca voy a casarme, Mery —dijo, alzando la barbilla orgullosa de su decisión—. Quiero ser como Lady Jocelyn.

El rostro de Mery se horrorizó con lo que acababa de oír.

—¿Y qué hará para sobrevivir cuando su padre ya no esté? —le cuestionó en un tono exasperante—. ¿Convertirse en una carga para sus hermanas?

La sola idea de transformarse en una carga para sus hermanas le resultó repulsiva. Debía haber otras maneras para que una mujer soltera pudiera sobrevivir, ¿verdad que sí? Claro, eran limitas, pero existían.

—Buscaré un empleo, y mi padre no me dejará tan desamparada como hizo mi abuelo con lady Jocelyn.

Mery sacudió la cabeza no dando crédito a lo que escuchaba.

—Lady Elizabeth, usted no sabe bordar, ni siquiera sabe comportarse como una dama de su clase para que una buena familia la llame para que sea la institutriz de sus hijos —le recordó—. Y esa es la razón por la que debe conseguir un marido esta temporada, antes que se haga mayor y crean que tiene problemas.

Hizo una mueca. Mery estaba siendo benevolente. Ella ya era mayor. Tenía veintidós años y era consiente que en el mercado de las casamenteras estaba siendo considerada de segunda selección. Luego de su debut en sociedad tres años atrás y que le pareciera completamente aburrido, había desistido en asistir a las siguientes temporadas y como lord Cowthland creía que los bailes eran una pérdida de tiempo, apoyó su decisión. Ni siquiera Eleonor, su hermana de un año menor que ella, había logrado convencerla para que la acompañara a Londres cuando le tocó su turno de debutar.

Suspiró, luego esbozó una amplia sonrisa y contestó:

—Podría trabajar en un establo, ¿sabes? Se me da bien eso de cuidar caballos.

Mery miró al cielo y echó una plegaria.

—Su madre, que en paz descanse, debe estar revolcándose en su tumba al oírla decir semejante cosas —musitó, molesta—. Buen Dios, es la hija de un conde, no debería hablar de esas formas. Su padre debió ser más firme con su crianza.

Lord Cowthland había sido un padre amoroso y les había dado a sus hijas la libertad que ningún otro padre de su clase les hubiera dado. ¡Hasta él le había dado la idea de usar pantalones para montar! Oyó a Eleonor reñir con una de las mellizas. Emily movía la balsa en la que paseaban y se divertía haciéndole creer a Eleonor que se caerían al lago.

—¡No tire la sombrilla, lady Eleonor! —gritó Mery—. ¡Deje de asustar a su hermana, lady Emily!

—¡Conde Cowthland! —rugió el ayudante de cámara de su padre.

Ella se volteó de golpe. Su padre estaba tendido boca arriba en el suelo

con una mano en el pecho. Parecía que le costaba respirar. El terror se apoderó de ella. Se alzó la falda y echó a correr hacia él.

—¡Padre! —chilló ella.

Emma se apartó de su padre cuando ella se acercó. Se arrodilló a su lado de un tirón y le sujetó una mano entre la suya. Él la miró con sus ojos azules y que tanto lamentaba no haberlos heredado como lo habían hecho sus hermanas. Tuvo que inclinarse para oír lo que él balbuceaba.

—C-cuida a t-tus hermanas, Lizzy —le encargó como si supiese que no le quedara mucho tiempo.

—Padre... —murmuró entre sollozo, mientras le apartaba un mechón de pelo de la frente—. No hable, padre. Se pondrá bien... y... y nos reiremos de todo esto en la cena.

Aunque en ese momento le costaba creer que eso fuese a suceder. El ayudante de cámara corrió hacia Green Hills para pedir que llamaran al doctor. Ella levantó la vista hacia Emma, su hermana menor, que estaba parada inmóvil a un lado y dijo:

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

Emma estaba tan pálida como el papel y la miraba con los ojos perdidos.

—Él... yo...

Su hermana se rompió en llanto, giró los talones y se alejó corriendo.

—¡Papá! —gritó Emily, cuando se acercó junto a Eleonor y se arrojaron sobre su padre.

El rostro del conde de Cowthland adoptó una expresión de tranquilidad

cuando observó a sus otras hijas, habló con ellas unos segundos más y cerró los ojos.

El conde de Cowthland había muerto.

CAPÍTULO 1

Un año después...

CAMINÓ hasta los ventanales que ocupaban gran parte de una de las paredes de la sala, regresó, y volvió a la ventana de nuevo. Tenía el corazón en la boca y no dejaba de mirar el reloj de bolsillo que solía usar su padre. Esperaban que su tía, lady Flisher, cruzara en cualquier momento la entrada de Green Hills y las echara de su casa al reclamar la propiedad que había heredado su hijo Wilfred, el nuevo conde de Cowthland. Por lo menos le quedaba el consuelo que habían podido disfrutar de Green Hills durante un año más luego del fallecimiento de su padre.

Y no era debido a la bondad de lady Flisher y del nuevo conde de Cowthland.

Wilfred era un bueno para nada y había tenido que subirse a un barco y huir a las indias luego de que el vizconde Norgate lo buscara para matarlo al enterarse que era el nuevo amante de la vizcondesa Norgate. El bobo del hijo de su tía no pudo haber elegido una peor querida. Lord Norgate no se caracterizaba por tener una buena fama. Tenía un temperamento fuerte y violento. O eso era lo que se rumoreaba de él.

Su primo había huido de Inglaterra justo un mes antes de que heredara el título nobiliario: conde de Cowthland; y eso había ayudado a que él se enterara con retraso del fallecimiento de su padre. El notario de la familia había apreciado tanto al antiguo conde de Cowthland, que se había tomado su

tiempo para enviarle a su primo la notificación de sus nuevas propiedades para que ellas pudiesen organizarse en su nueva vida.

Era injusto que ese zoquete se hiciera cargo de Green Hills cuando no tenía noción de cómo administrar la propiedad. Y dudaba que tuviera la capacidad para hacerlo algún día. En los últimos años, ella se había hecho cargo de llevar al día la administración de Green Hills y mantener contentos a los más de cien arrendatarios que tenía la finca.

Era injusto que ella y sus hermanas tuvieran que ser desplazadas de la casa de donde habían crecido por el simple hecho de ser mujeres.

—Tal vez lady Flisher no sea la misma persona que conocimos alguna vez y se viera obligada a cambiar su carácter después de su viaje a las indias —comentó la dulce Emma, apoyando el libro que estaba leyendo sobre su regazo—. Después de todo, ella es hermana de nuestro padre y dudo que quiera echarnos como dices.

Emma, su hermana menor, tenía un carácter cándido y había sacado los delicados rasgos de su madre: cabello dorado, piel de porcelana y unos enormes ojos azules que traslucían la bondad de su alma. Emma era una lectora voraz y su padre había fomentado esa pasión permitiéndole leer los libros prohibidos que se suponía que una dama no debía leer. De algún modo, su padre siempre se encargaba de consentir a cada una de sus hijas.

—Si todavía no nos hemos ido, ha sido solo por cuestión de suerte —le aclaró, alejándose de la ventana para regresar al centro de la sala—. Lady Flisher no esperó ni una semana luego de que regresara de las indias para reclamar la herencia de su hijo —le recordó.

Lady Flisher había regresado antes que su hijo Wilfred para asegurarse que la rabieta del conde de Norgate se hubiera apaciguado y no quisiera matar

al nuevo conde de Cowthland. Eleonor se sentó en el taburete que estaba delante del piano y tocó una suave melodía para apaciguar los ánimos. La belleza de Eleonor era indiscutible. Ella se había convertido en toda una sensación durante la temporada de su debut, la habían considerado como la joven promesa que hallaría marido ese año, y su padre se había visto en el trabajo de tener que rechazar a varios de sus candidatos. Nunca supo que había pasado esa temporada cuando su hermana regresó de Londres sin un prometido, sobre todo, por las cartas que le había enviado contándole que había conocido a un hombre increíble y que creía amarlo con todo su ser.

Eleonor no había sido la misma persona luego de esa temporada, el brillo de sus ojos se había marchitado y no había querido volver hablar de aquel hombre del que se había enamorado en Londres. Eleonor siempre había sido la más reservada de sus hermanas y tenía sus tiempos para hablar, por eso había respetado su decisión de no hacerle más preguntas cuando se lo pidió. Pero estaba segura que ese hombre que le había roto el corazón era un verdadero idiota si no había apreciado el encanto de su hermana.

—Las personas pueden cambiar, Lizzy —murmuró Eleonor, por encima de la melodía.

Se cruzó de brazos y resopló.

—Dudo que este sea el caso —repuso—. Nuestra tía es tan arpía como su pequeña hija Felicity. ¿O todavía crees que nuestra horripilante prima es un angelito caído?

Eleonor enderezó los hombros y la miró de soslayo.

—Creo que ahora estás juzgando la inexperiencia y juventud de una muchacha inocente.

Felicity y Eleonor tenían casi la misma edad y habían debutado juntas

en la misma temporada. Su padre había conocido la apretada economía de su hermana y había querido ayudarla haciéndose cargo de los gastos del debut de su hija Felicity. Y su prima en vez de ser agradecida, se había ocupado en hacerle la vida imposible a su hermana durante su estadía en Londres. No había soportado que la belleza de Eleonor la opacara.

—No deberías ser tan bondadosa con nuestra prima, Eleonor — murmuró, a través de los dientes.

Las puertas de la sala se abrieron de golpe y Emily ingresó llevando un bonito vestido azul, y por detrás ella la seguía Mery a los gritos.

—¡Es muy pronto para que se quite el luto, lady Emily! —chilló Mery.

—Ya se ha cumplido un año desde que me he visto obligada a usar esa ropa espantosa —se excusó Emily—. Se siente delicioso volver a usar colores —farfulló, dando un giro completo—. Y por nada del mundo harás que me cambie —le advirtió.

Mery se volteó hacia ella y le lanzó una mirada recriminadora. Al ser ella la mayor de sus hermanas, se había convertido en la cabeza de la familia. Quien tomaba todas las decisiones.

—¿Dejará que lady Emily se quite el luto tan pronto? —le cuestionó.

Las mellizas habían tenido que afrontar muchas cosas difíciles en el último año. Sobrellevar la muerte de su padre, quedarse sin hogar, perderse de la temporada en la que iban a ser presentada en sociedad. Y dada a su complicada situación, era poco probable que todo eso sucediera. Lo mínimo que podía hacer era dejar que su pequeña hermana disfruta de llevar un bonito vestido.

—Todas deberíamos quitarnos el luto —sentenció.

Emma abrió los ojos en par en par.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Solo si prefieres seguir llevando esta ropa espantosa.

Emily soltó un chillido de felicidad y dejó caer el cuerpo con gracia sobre el sofá.

—Cuando nuestros vecinos vean que nos hemos quitado el luto, volverán a invitarnos a todas sus reuniones.

Dudaba que volvieran a recibir invitaciones de bailes de sus vecinos por más que se hubieran quitado el luto. Ahora ellas se habían convertido en unas pobres mujeres en desgracia. Y las locuras de su padre las habían llevado a su penosa situación. Él había enterrado sus dotes en la búsqueda del tesoro. Literalmente. Y no había actualizado su testamento y el dinero que recibían no era suficiente. Ellas escasamente lograban subsistir.

Las mejillas de Mery, el ama de llaves, enrojecieron de furia.

—¿Qué pensará lady Flisher cuando vea que sus sobrinas se han quitado el luto? —siguió protestando.

—Que somos más linda que su horripilante hija —se mofó Emily.

Ella se cubrió la boca con una mano para ocultar una risita. Se suponía que no debía aprobar ese tipo de comentarios. ¿Pero cómo podía reprender a su hermana cuando ella pensaba lo mismo? Emily era de un carácter alegre y avasallador, su temperamento alocado era el que más se parecía al de su padre. Su cabello era de un tono cobrizo, más tirando al rojo brillante, que hacía que sus ojos azules que por momentos parecían turquesa, resaltaran en su ovalado rostro. Era una belleza exótica, y a su padre le encantaba decir que

era un rasgo de su lejana familia escocesa.

Emily y Emma a pesar de que eran mellizas, eran el agua y el aceite.

Emma era introvertida. Emily era extrovertida.

Emma adoraba el silencio. Emily amaba el bullicio.

Emma era asustadiza. Emily era aventurera.

Bien, Emma era Emma y Emily era Emily.

—Deberían no ser tan cabezotas y ser amable con lady Flisher, y tal vez así consigan que ella no las eche el mismo día que llegue a Green Hills —masculló Mery, cruzándose de brazos.

Emily revoleó los ojos.

—Lo dices como si estuviéramos en la banca rota —dijo despreocupada, sin todavía asimilar su situación actual.

—Estamos en la banca rota, Emily —replicó su melliza, con más sensatez, devolviendo el libro a la estantería que estaba en un rincón de la sala.

—Pero dejaremos de estarlo cuando encontremos la dote que enterró nuestro padre en algún sitio de Green Hills —murmuró, cruzando los brazos y apoyándolos en el respaldo del sofá.

Al anterior conde de Cowthland se le había ocurrido esconder sus dotes en la búsqueda de tesoro y por primera vez, su padre había ocultado muy bien el tesoro. Había pasado un año y aún no lo habían podido hallar. Y encontrar ese tesoro sería de gran ayuda para ella y sus hermanas. Podrían alquilar Green Hills a su primo y sobrevivir sin llevar una vida de lujos como estaban acostumbradas, pero no pasarían penurias. Su primo Wilfred no

rechazaría su dinero. ¡A él ni siquiera le gustaba el campo!

Eleonor dejó de tocar el piano y se levantó del taburete.

—Y si nos ayudaras a buscar el tesoro, Emily, podríamos encontrarlo más rápido —le reprochó.

La melliza frunció el ceño.

—Mis manos se arruinarían con la tierra —protestó—. ¿Qué diría mi futuro marido cuando lo acaricie con mis manos ásperas?

Eleonor hizo una mueca.

—Pero ningún marido te querrá sin dote.

—Y a todas se nos arruinan las manos —añadió Emma.

—Un marido bien posicionado no le importara que no tenga dote —replicó—. Y cuando me case con el futuro duque de Bourklam, le pediré que alquile Green Hills para ustedes.

Ella se cruzó de brazos y sacudió la cabeza. El futuro duque de Bourklam, el actual conde de Kinghyork, no era más que un holgazán. Un sinvergüenza seductor que conseguía que todas las mujeres lo adorasen y entre ellas también podía incluir a su hermana. Ella lo había llegado a conocer en su primer baile en Almack's. Y él había sido una de las razones por la que había llegado a odiar esos tipos de eventos. Había oído al futuro duque burlarse con su sequito de mujeres de lo mal que ella bailaba, y esa temporada se la conoció como la dama de piernas de ganso. Se había sentido tan humillada, que había pasado el resto de la temporada en un rincón como un florero escuchando todas las hazañas del granuja del conde de Kinghyork. Y como ella no era tan guapa como sus hermanas, ni siquiera se molestaban en pedirle un baile y su tarjeta permanecía vacía durante toda la velada.

—¿El conde de Kinghyork no le había propuesto matrimonio a lady Ofelia en su primera temporada? —preguntó Eleonor.

Lady Ofelia, la hija menor del barón St. Jamen, uno de sus vecinos, había intentado atrapar al conde diciendo que él le había propuesto matrimonio. El granuja era bastante ágil y había logrado salir de esa situación airoso, sin que lo tomaran como poco caballero. Y como el barón era amigo del duque, y conocía lo caprichosa que podía ser su hija cuando quería conseguir algo, ni siquiera se le ocurrió hacer un duelo por el honor de lady Ofelia.

—Lady Ofelia no es más que una mentirosa que quiso atrapar a lord Kinghyork con artimañas despreciables —contestó Emily, molesta—. ¡Ni siquiera su padre le creyó! Gracias a Dios que Connor fue lo suficientemente inteligente para librarse de las garras de esa bruja.

—¿Connor? —repitió Emma, levantando una ceja.

—Connor es su nombre y me gusta decirlo es voz alta, ¿a qué no es encantador?

¿Encantador? ¡Ja! El estómago se le revolvió por oír tantas tonterías.

—Deberías reconsiderar tus gustos Emily —gruñó ella—. El futuro duque de Bourklam no es más que un canalla.

—¡Lady Elizabeth! —chilló Mery—. Cuide más sus palabras. Así no es como debe hablar una dama.

—Primero ella debería actuar como una dama —se mofó Emily.

Le lanzó a su hermana una mirada fulminante como respuesta y luego dirigió la vista hacia el ama de llaves.

—Oh, vamos, Mery, todo el mundo habla de sus amantes: cantantes de

ópera, viudas —se rodeó la boca con una mano para susurrar—: Hasta dicen que ha estado con mujeres casadas y que puede que sus hijos no sean de sus maridos sino de él.

—No debería repetir esas cosas, lady Elizabeth —la espetó Mery, con el entrecejo fruncido.

—Estoy segura que él se olvidará de sus queridas cuando me convierta en su esposa, en la futura duquesa de Bourklam.

—Si eso llegara a suceder —explayó arrastrando la voz—. No cuentes con que viviré bajo el mismo techo del granuja que hará infeliz a mi hermana.

Emily se acomodó los pliegues del vestido y sonrió como si el conde acabara de proponerle matrimonio. ¡Y ella ni siquiera lo conocía! Todo lo que sabía de él, eran los chismes que leía en el periódico.

—Lord Kinghyork me hará feliz cuando me convierta en su duquesa. Y eso es suficiente para mí.

Puso los ojos en blanco. Emily parecía una niña ignorante que hablaba porque las palabras eran gratis. Emma, su melliza, soltó un bufido.

—Recibir el título de duquesa no puede ser lo único que te haga feliz, ¡es solo un título! ¿Qué hay del amor del marido? ¿Qué hay de los hijos? —bramó al no tolerar las incongruencias de su hermana—. Si leyeras más libros, de tu boca no saldrían tantas tonterías.

—Gracias, pero no está en mis planes robarle a mi melliza el puesto de aburrida.

—¿Ese es mi vestido, Emily? —la espetó Eleonor.

Emily se levantó del sofá de un salto y se escudó detrás de Mery.

—A ti no te gustaba —respondió.

—¡Nunca dije eso!

—¡Santísimo cielo! —gimió Mery—. ¿Cómo enfrentaran lo que se les viene encima si entre ustedes mismas se pelean?

—Deberías tener más cuidado de cómo nos hablas, Mery —musitó Emily, quitándose una pelusa de sus guantes—. No olvides que solo eres el ama de llaves de Green Hills.

Mery era mucho más que el ama de llaves de Green Hills. Ella se acercó a Emily de un tirón y le dio una bofetada. Y oyó la exclamación de sus otras dos hermanas.

—Discúlpate ahora mismo con ella —le ordenó—. Mery es uno de los pocos empleados que pudimos conservar, pagándole la mitad de lo que ganaba. Y todo por atender a una malcriada como tú —rugió.

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas, a la vez que ahuecaba una mano en la mejilla en la que había recibido el golpe.

—¡Te odio! ¡Odio esta vida! ¡Porque tuvo que morir papá! —gritó entre sollozos—. Terminarás siendo tan amargada como lady Jocelyn —corrió hacia la salida y se detuvo de golpe bajo el marco de la puerta, y se volteó—. No quise decir eso, Mery. Lo siento —añadió, y luego salió de la finca.

Mery le lanzó una mirada ceñuda.

—No debiste ser tan dura con tu hermana.

—Ella no debió hablarte así —replicó, aunque su arrebató si le había afectado y estaba arrepentida de haber abofeteado a su hermana.

—Emily no quiso decir eso —la defendió—. Solo está asustada.

—Todas estamos asustada, pero eso no justifica que tratemos mal a las personas que nos están ayudando —explayó—. Iré a los establos —les avisó. Miró a sus hermanas y agregó—: Pueden quitarse el luto si quieren.

Eleonor se le aproximó y le sujetó una mano entre la suya y dijo:

—Estamos todas juntas en esto, Lizzy.

Emma se les unió y las abrazó.

Sintió un dolor fuerte en el pecho, pero no se permitió llorar. Y no lo había hecho desde el entierro de su padre. Le prometió que sería fuerte para sus hermanas y si ellas la veían llorar, sería como si el techo de la casa se les vinieran encima. No podían verla vulnerable. Ella era el sostén de su familia y las lágrimas estaban rotundamente prohibidas.

—Hallaremos nuestras dotes y con ese dinero podremos seguir viviendo en Green Hills —dijo con la voz seca—. Lo prometo.

CAPÍTULO 2

SE BAJÓ del caballo luego de haber cabalgado un buen rato a campo abierto, era lo que la ayudaba a calmar su corazón turbado. El mozo de cuadra se le acercó y sujetó las riendas y calmó el animal cuando empezó a relinchar. Ella se quitó los guantes de cuero y se secó la transpiración de la frente con el dorso de la mano.

—¿Surgió alguna novedad desde que salí a montar, Erik? —quiso saber—. ¿A dónde están todos? —preguntó al notar el establo vacío.

—Lady Flisher ha llegado hace un momento —le contó—. Ella ha traído mucho equipaje y ha ordenado que se lo llevaran a la recámara principal —se encogió de hombros—. Y las doncellas no son tan fuertes para cargar todos esos baúles ellas solas.

Tragó saliva.

—Ella ya... —carraspeó—. Rogaba que se quedara unos días más en Londres.

—¿Usted sabe qué pasará con todos nosotros, lady Elizabeth? —inquirió el muchacho preocupado—. ¿Cree que perderemos nuestro empleo?

—No lo sé, Erik —contestó—. Ni siquiera sé que sucederá con nosotras, pero haré todo lo que esté a mi alcance para que ninguno pierda su trabajo.

Él asintió con la cabeza.

—Es una pena que no sea un hombre, lady Elizabeth.

Ella no supo si debía considerar ese comentario como un halago o como un insulto, pero optó por la primera opción. Entendía su preocupación de quedar en la calle, porque estaba en su misma situación. Tenía un plan B, solo si hallaba la maldita dote que estaba enterrada en algún sitio de la finca. Su padre le había enseñado administrar la finca durante los últimos años como si ella fuera el futuro conde de Cowthland y tuviera que velar por sus hermanas. Green Hills tenía más de quince acres y ella conocía cada rincón, igual que a cada arrendatario. Ellos habían aprendido a dirigirse a ella cuando surgía un inconveniente para que se lo solucionara.

—Y es una pena que una mujer no pueda heredar una propiedad —replicó ella.

Erik se pasó una mano por el pelo, al mismo tiempo que dibujaba garabatos sobre la tierra con la punta del pie. Parecía preocupado y como si quisiera escupir lo que tenía en la garganta.

—¿Debo saber algo más? —preguntó despacio.

—No debería decirle esto, miladi, mis compañeros me dijeron que debía mantener la boca cerrada —musitó—. No quiero que después me traten de chismoso... es lo que ellos siempre dicen de mí...

Ella empezó a desesperarse.

—¡Habla de una buena vez, Erik! —le ordenó.

Él sacudió los hombros ante su arrebató.

—Han visto al nuevo conde de Cowthland con los malandras de Londres —repitió el chisme con rapidez.

Arrugó el entrecejo.

—Pero si mi primo todavía no ha llegado de las indias.

—Dicen que ha llegado en el mismo barco que lo ha hecho lady Flisher.

Echó el rostro hacia atrás. No le hallaba sentido al engaño.

—¿Por qué ellos ocultarían algo así?

—Porque el vizconde de Norgate puso un precio a la cabeza de lord Cowthland cuando se marchó de Inglaterra y...

—¿Y qué, Erik? —insistió.

Él respiró hondo y dijo:

—Esto no le va a gustar nada, miladi.

—Solo dilo... —murmuró, con poca paciencia.

—Dicen que el nuevo conde de Cowthland ofreció Green Hills por su cabeza.

De repente, a ella le empezó a faltar la respiración. Si eso sucedía, no podría hacer nada para recuperar su casa.

—El vizconde de Norgate tiene fama de maltratar a sus empleados, y nosotros tenemos miedo de que él sea nuestro nuevo jefe.

Ella era fuerte, nunca se quebraba, por lo menos no después del funeral de su padre. Debía mostrarse entera para sus hermanas, pero eso era demasiado para cualquier ser humano. Su alrededor comenzó a darle vueltas y la bilis le subió a la garganta, se acercó a los arbustos de un tirón, se llevó las manos al estómago y vomitó.

—¡Lady Elizabeth! —exclamó Erik—. ¡Pediré que busquen al doctor!

Ella se pasó el dorso de la mano por la boca cuando se recuperó. Se sentía humillada al verse débil y frágil frente a su empleado o, mejor dicho, empleado del nuevo conde. No podía darse ese lujo. Sus hermanas la necesitan. Alzó el mentón toda arrogante como si nada hubiera sucedido.

—No necesito un doctor, estoy bien —masculló—. Algo que comí en el desayuno debió haberme caído mal —lo señaló con el dedo y agregó—: Y si alguien se entera de lo que acabas de ver, seré yo misma quien te deje sin empleo.

Erik asintió frenéticamente con la cabeza. Él era un jovencito asustadizo y sabía que no diría nada por miedo de que lo echaran del único lugar que él conocía como hogar.

—De mi boca no saldrá nada, lady Elizabeth.

De repente, se dio cuenta de lo tensa que había estado cuando se relajó. Le dedicó una sonrisa amistosa al mozo de cuadra al despedirse. Giró los talones y se dirigió a la casa. Rogaba que el chisme de Erik fuera solo un chisme, de lo contrario, debía hallar pronto una solución. Tal vez podía hablar con el vizconde de Norgate y llegar a un acuerdo como personas civilizadas. El problema era que el vizconde de Norgate era el demonio en persona, solo alguien tan estúpido como su primo podía meterse con un hombre como él.

Abrió grande los ojos marrones cuando se escuchó un grito de Emma. No era normal que su hermana pequeña gritara. Todo su cuerpo se alarmó. Se remangó la falda para correr a más velocidad por el campo. Cortó camino por el gallinero e ingresó a la residencia por la cocina. Tanto la cocinera como sus ayudantas, iban de un lado a otro, actuaban como si el zorro hubiera entrado al gallinero. ¡Parecía un maldito loquero!

—¿Han visto a Emma? —preguntó, levantando la voz para que la

oyeran.

—Lady Flisher le pidió que cuidara de sus perros —respondieron. Y no supo cuál de todas había sido.

Salió de la cocina a pasos agigantados, atravesó el ala oeste y al llegar al vestíbulo delantero, se encontró con el ama de llaves y el mayordomo.

—¿Dónde está Emma, Mery? —preguntó casi sin aliento. Pestañó y agregó—: ¿Y qué diantres hacen parados en la puerta de entrada?

Mery rompió fila y relajó los hombros cuando la vio.

—Gracias a Dios que ha llegado, lady Elizabeth —dijo—. Lady Flisher nos ha ordenado que esperemos a sus amigos en la puerta. Quiere que sus empleados se comporten a la altura de sus invitados y que usemos nuestro mejor uniforme, pero estamos usando nuestro mejor uniforme —protestó.

Frunció el ceño. ¿Invitados?

—Hablaré con lady Flisher —expresó en un tono tranquilizador—. Ella nunca mencionó que vendría con invitados. ¿Sabes quiénes son sus amigos?

Mery negó con la cabeza.

—Amigos de Londres —respondió el mayordomo, que apenas lograba ponerse de pie por su avanzada edad.

—Bien, luego me ocuparé de eso —repuso resignada—. ¿Han visto a Emma?

—Emma está en el salón verde... —contestó Eleonor, cuando salió del despacho de su padre, llevando una botella de whisky en las manos.

—¿No crees que es demasiado temprano para beber alcohol, Eleonor? —le cuestionó. Hizo una mueca y siguió—: Aunque hasta yo misma me

bebería una copa de oporto a esta hora.

—El whisky es para desinfectar la herida que le hicieron los perros de nuestra tía a Emma —le aclaró—. No te preocupes, no ha sido tan grave, las botas de papá se llevaron la peor parte. Pero prefiero asegurarme de que la herida no se le infecte.

Respiró aliviada. Agradeció que Emma usara las botas de su padre para no gastar los pocos zapatos que le quedaban. Era su forma de aportar a su precaria economía. Apretó los labios. ¿Y por qué su tía le había pedido a su hermana que cuidara de sus perros?

—¿Dónde está lady Flisher? —gruñó—. Emma no debió encargarse de sus bestias.

—Ella está descansando en la alcoba principal —respondió Mery—. En la recámara que solía usar su padre, miladi.

—Lady Flisher pidió que nadie la molestara hasta que se sirviera el té —agregó el mayordomo.

—Lamento tener que oír eso, pero ella tendrá que escucharme —replicó, apretando los puños a los costados del cuerpo.

Eleonor se interpuso en su camino y apoyó una mano en su hombro para detenerla.

—¿Acaso buscas que lady Flisher nos eche de Green Hills hoy mismo? —le cuestionó molesta.

Ella echó peste por lo bajo. Aunque le costara aceptar, Eleonor tenía razón.

—¿Por qué siempre debes ser tan racional?

—Porque una de nosotras debe pensar con claridad.

CAPÍTULO 3

RONRONEÓ como un gato contra la almohada cuando sintió como su querida le acariciaba la espalda para despertarlo. Ella era insaciable. Abrió un ojo a la vez cuando sus caricias se transformaron un tanto agresivas para su gusto. Y no era que él estuviera en contra de ese tipo de prácticas que se estaba haciendo un poco popular entre los nobles y sus queridas. Prácticas que a una dama la escandalizaría. Sacudió los hombros cuando su amante lo asustó al gritar, ¡y él ni siquiera la había tocado!

—¡Levanta de esa cama de una buena vez, Connor! —rugieron, golpeando el suelo con un latigazo.

Se había despertado por completo cuando escuchó la voz del duque de Bourklam. Se giró de golpe y se cubrió hasta la cintura con la manta. Que su padre invadiera su recámara y su privacidad, se sintió como si acabara de ser ultrajado. Miró de reojo a la cantante de ópera y ella se veía tan aterrada como él. ¿Cómo era que se llamaba? ¡Rayos! Él era pésimo recordando nombres.

—No te preocupes, querida —susurró para tranquilizarla—. Él es mi padre.

La muchacha abrió grande los ojos.

—¿El duque?

—En persona... —replicó él, con una sonrisa en los labios.

Ella lucía más aterrada que antes. El duque de Bourklam a pesar de su avanzada edad, todavía conservaba sus rasgos atractivos y porte elegante. Su madre disimulaba no enfadarse cuando una jovencita se acercaba al duque, pero él sabía que se moría de celos, aunque ella no parecía darse cuenta que su padre solo tenía ojos para la duquesa de Bourklam.

—No es mi intención ser grosero con usted, señorita, pero debo pedirle que se retire —expresó—. Debo tratar un asunto importante con mi hijo. El mayordomo se encargará que un carruaje la lleve hasta su residencia.

—Por supuesto, su gracia —asintió, bajando la mirada.

Ella se levantó de la cama, se cubrió el cuerpo con la manta, recogió sus prendas del suelo e hizo una reverencia antes de salir de la alcoba.

—Espero que la causa por la que has invadido mi propiedad sea de vital importancia, padre —dijo, rugiendo entre dientes.

Por no decir que acababa de echar a una linda señorita de su lecho, que había hecho cosas extraordinarias con su boca la noche anterior. Se cubrió el rostro con las manos cuando el duque se quitó los guantes de cuero y se los arrojó con fuerza.

—Te aseguro que lo es, hijo —contestó mordaz—. Tenías una cita con los banqueros para que te dieran el préstamo para solucionar los problemas de los arrendatarios de la finca de Yorkshire —murmuró, apretando la mandíbula.

Apoyó la espalda contra el cabezal de la cama y una mano detrás de la cabeza.

—La cita era a mitad de mañana —respondió, mientras bostezaba.

—¡Ya es medio día, Connor! —gruñó el duque.

Él enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Prometiste que tomarías más en serio estos asuntos, Connor —le recordó—. Tu vida no se puede centrar solo en mujeres de cascos ligeros, alcohol y cartas. ¡Buen Dios! Serás el próximo duque de Bourklam. ¿Acaso crees que viviré para siempre?

Sacó las piernas de la cama y se pasó una mano por el pelo. Comenzar el día teniendo una conversación con su padre era lo más fastidioso que podía haber.

—Pediré otra cita con el banco si eso te hace sentir mejor.

El duque meneó la cabeza, decepcionado. ¿Y ahora que había dicho de malo?

—¿Todavía no lo comprendes? Esto no sólo se trata de que perdieras la cita con los banqueros.

Arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres, padre?

—A que estoy cansado de tener que resolver tus problemas, Connor —contestó, con un suspiro de hastío—. Te he consentido más de lo que debía. Creo que ha llegado el momento en que te conviertas en un hombre responsable.

Respiró hondo. Y ahora el duque comenzaría con sus sermones de que a la edad de él se había casado, que tenía a cargo una familia y un ducado. Le diría que era tiempo que asentara cabeza y que trajera al mundo un heredero. Pero que el duque se hubiera casado por amor y tuviera un feliz matrimonio con su madre, no significaba que todos podían correr con su misma suerte.

—Ya no toleraré tus tonterías, Connor. Esta era la última oportunidad

que te daba —explayó como si fuera la primera vez que lo oía decir eso—. No ha sido sencillo llegar a esta decisión, pero voy a tener que desheredarte. No volverás a recibir un centavo más de mi parte.

Parpadeó y volvió a parpadear. Eran demasiadas palabras para una persona que recién despertaba y que todavía no había tomado ni un sorbo de café.

—¿Cómo dices?

—Que te he desheredado, Connor —repitió—. Y no corras a los brazos tu madre para que me haga cambiar de parecer, porque ella también está de acuerdo. Aunque todavía no lo puedas ver, esta decisión será un bien para ti, hijo.

¡Bien sus cojones! ¿Cómo pagaría sus placeres y deudas?

—¡No pueden hacerme esto! —chilló.

—¡Claro que puedo y lo he hecho!

Él se quedó boquiabierto.

—¿Cómo haré para pagarle a mi sastre? —se preocupó.

—Apuesto a que puedes subsistir con la ropa que ya tienes —expresó—. Que, de hecho, son bastantes trajes para una sola persona.

El duque había enloquecido. Él era un conde y no podía vivir con menos de lo que su rango requería. ¡Debía estar a la última moda! Se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—¿Cómo pagaré el alquiler de mi propiedad? —quiso saber.

Su padre echó una ojeada a su alrededor.

—Esta es una residencia bastante lujosa para un hombre soltero —dijo

—. ¡Vaya! Notaré la diferencia cuando deje de pagarla.

Buen Dios, su estadía en Mayfair valía cada centavo.

—¡Que cosa dice, su gracia! ¿Entonces puede decirme dónde viviré?
—preguntó, arrastrando cada palabra.

El duque disfrutaba a lo grande tenerlo acorralado.

—Puedes mudarte a la finca de Yorkshire y si haces un buen trabajo, tal vez hasta logres que te de un salario.

—¿Salario? —repitió, horrorizado—. ¡No me iré a vivir al campo!
¡Yorkshire está lejos de Londres!

—Seguramente tu gran ingenio te ayudará a hallar una solución para sobrellevar todos tus gastos —murmuró con evidente sarcasmo.

Él cogió los pantalones que estaban sobre la silla y se los puso abruptamente, mientras echaba peste por lo bajo. Le lanzó a su padre una mirada fulminante y añadió:

—Y seguramente tendría más suerte si me subes a un barco y me envías a las indias occidentales.

El duque se sujetó la barbilla, pensativamente.

—Esa no es tan mala idea, hijo.

Soltó un bufido, exasperado.

—¡Era una maldita broma! —le aclaró.

—¡Cuida tu lenguaje, Connor!

Se sentó en el borde de la cama y se frotó el rostro con las manos. Su padre parecía muy decidido a dejarlo sin un centavo. Debía hallar pronto

alguna forma de apelar a su corazón y lograr que cambiara de parecer. Abrió la boca y dijo con su último aliento:

—No puede desheredarme ahora, padre —le rogó—. No cuando... cuando he pensado en casarme.

¿Esas palabras habían salido de sus labios? ¿Acaso no había podido decir algo mejor? Él siempre había asociado al matrimonio con la lepra, como una enfermedad que te va despedazando de a poco. Pero estaba desesperado y por el momento era su única escapatoria. Su padre dobló los brazos y levantó sus dos cejas lleno de curiosidad.

—¿Casarte?

Tragó saliva. Había logrado obtener toda la atención del duque. Eso era algo bueno, ¿verdad que sí?

—Sí, casarme —afirmó—. No quería decir nada hasta no estar del todo seguro —repuso—. ¿Cree que a mis treinta y tres años no he pensado en el matrimonio? —de hecho, no lo había hecho, adoraba su soltería—. ¿Y de traer un heredero que siga portando nuestro apellido? —sentía escalofríos con solo pensar en niños—. Solo debía hallar a la mujer indicada.

¿De dónde diablos iba él a sacar una esposa? Pero creyó que era una ridiculez preocuparse por ese detalle, sobre todo cuando la temporada estaba por empezar y él siempre era uno de los candidatos más codiciado. Hasta el momento se las había ingeniado muy bien para escaparse de las artimañas de las madres casamenteras que buscaban atraparlo en situaciones incómodas con sus bobaliconas hijas y cazarlo como una perdiz. Por eso él siempre se aseguraba de mantener su distancia con toda mujer que tenía el título de virgen en la frente.

—¿No me digas que planeas casarte con la mujer con la que te he

encontrado cuando llegué? —preguntó irónico—. No creo que a tu madre le cauce mucha gracia que una de tus queridas se convierta en su nueva hija.

—No es la cantante de ópera —le aseguró.

—¿Ah, no? —inquirió el duque, con su tono sarcástico—. ¿Puedo saber quién es la dama afortunada?

Trató de hacer memoria de la lista de candidatas que le había entregado su madre el día que había cumplido los treinta años, para que tuviera en cuenta a la hora de elegir una esposa. Pero la única candidata que podía recordar era a la hija del barón St. James, un antiguo amigo del duque. Y la recordaba porque lady Bourklam se la había presentado esa temporada y obligado a que bailara con ella. Había sido la muchacha más insufrible con la que había estado. Egocéntrica, caprichosa y de un carácter bastante nervioso.

Ella había confundido un simple coqueteo de rose en la mano, con una pedida de matrimonio. Cuando el rumor llegó a sus oídos, se había alejado de Londres por unos meses, hasta asegurarse que no era una amenaza regresar. Irónicamente, lady Ofelia era la única mujer que se le venía a la cabeza. Que la tierra lo tragara si se veía obligado a contraer matrimonio con ella. Utilizaría a lady Ofelia como posible futura duquesa de Bourklam hasta que el enojo de su padre se apaciguara y entrara en razón.

—Planeo casarme con la hija menor del barón St. James —respondió.

—¿Lady Ofelia? —dijo un tanto sorprendido.

Él asintió con la cabeza.

—¿La misma lady Ofelia que hace unos años atrás corrió el rumor que tú le ibas a proponer matrimonio?

Tragó saliva.

—Sí, la misma...

—¿Y por qué huiste de Londres aquella vez y no se lo propusiste?

—Porque no estaba seguro en ese entonces.

—¿Y ahora sí lo estás?

—Debo traer un heredero, ¿verdad?

—Con tu madre ya estamos viejos y queremos disfrutar de nuestros nietos antes de dejar este mundo.

Eso había sido un golpe bajo. Por suerte, su hermana Fiona debutaría en sociedad el año siguiente y dado a su belleza y posición, no iba a tener mucho trabajo para conseguir un marido, y sus padres un nieto. Él se aclaró la garganta.

—¿Ahora reconsiderarás el hecho de desheredarme?

—¿Cuándo irás a hablar con el barón St. James? —respondió con otra pregunta.

—Cuando lady Ofelia venga a Londres para la temporada.

Mientras tanto, rogaba que ella tuviera un pretendiente para que él pudiera romper el compromiso y seguir disfrutando de su vida de soltero.

—¿Crees que puedes engañarme con esa carta de último momento? —le cuestionó el duque—. Si no te casas antes que acabe la temporada, no recibirás una libra más de mi parte —le advirtió—. Será mejor que armes tu equipaje y viajes a Hampshire para pedirle la mano a la hija del barón St. James.

—Pero tengo cosas importantes que hacer en Londres —protestó.

Su padre sonrió mordaz.

—Entonces vete despidiendo de tu herencia, querido hijo.

CAPÍTULO 4

EXTENDIÓ un brazo y golpeó la puerta de la antigua alcoba de su padre. Eleonor había insistido en que debían darle la bienvenida a lady Flisher, y se le ocurrió prepararle el mejor té de la casa junto a unas deliciosas galletitas de mantequilla que hacía la cocinera. Miró de reojo a Eleonor y dijo:

—Esto es una pésima idea... —protestó.

Eleonor sujetó con más fuerza la bandeja y suspiró.

—Golpea la puerta otra vez —le ordenó con más paciencia de la que tenía.

—Nuestra tía debe pensar que es bien recibida por sus sobrinas —comentó Emma, estando de acuerdo con Eleonor.

Se inclinó hacia delante, para poder mirar mejor el rostro de la melliza que estaba parada a un lado de Eleonor, luego sonrió mordaz.

—Oh, claro, sobre todo después que sus bestias te atacaran.

—No ha sido tan grave —replicó Emma.

Emily hizo una mueca.

—Por lo menos a ella no la golpeó su propia hermana.

Respiró hondo y cerró los ojos por un momento.

—Lo lamento... yo no quise... tú no debiste hablarle así a Mery.

Emily se cruzó de brazos.

—Vaya modo de disculpas que tienes, Lizzy.

Entornó los párpados.

—¿Esos son mis pendientes, Emily? —le cuestionó, observando las piedras brillantes que llevaba en las orejas.

De repente, Emily se apresuró en abrir la puerta e ingresó a la alcoba de su tía. Todas la siguieron a pesar de las protestas de Eleonor por no esperar a que su tía las autorizara. Encontraron a lady Flisher durmiendo sobre la cama y de no ser por sus fuertes ronquidos, hubieran creído que había seguido el camino de su difunto padre.

—¡Madre mía! —chilló Emily—. ¿Han visto los pelos de su nariz? Su doncella podría hacer una trenza con ellos.

Ella se mordió el labio inferior para no reírse a carcajadas.

—No deberías decir esas cosas —la espetó Eleonor, aunque también se podía notar que hacía un gran esfuerzo para no reírse—. Por lo menos cuida tus palabras mientras estés delante de otras personas.

—¿Deberíamos despertarla? —susurró Emma.

—Sigo pensando que es una pésima idea darle la bienvenida a alguien que no tardará en echarnos de nuestra casa.

Ellas dieron un paso atrás cuando su tía se movió. Roncó un par de veces más, luego abrió los ojos, los cerró y los volvió a abrir.

—¿Quiénes son ustedes? —gruñó desorientada, cuando las vio parada a un lado de la cama—. ¿Qué hacen en mi alcoba?

Eleonor dio un paso adelante y sonrió.

—Somos sus sobrinas, lady Flisher —respondió—. Y vinimos a darle la bienvenida a Green Hills. Le trajimos té y galletitas.

Lady Flisher acomodó los cojines detrás de ella y apoyó la espalda.

—Oh, sí, si... ya recuerdo quienes son —las estudió con la mirada y agregó—: Mi hermano ha engendrado hijas de buen aspecto, pero claro, no son tan bellas como mi Felicity —tuvo la audacia de decir.

Tuvo que apretar el brazo de Emily para que no dijera ninguna estupidez, aunque ella misma quiso responder que su hija no era más que una cabeza hueca. Eleonor se acercó al borde de la cama y le entregó la bandeja con el té. Su tía enarcó una ceja.

—¿No estará envenenado, verdad?

Las mejillas de Eleonor se ruborizaron.

—¿Qué? ¡No! ¡Dios santo, claro que no!

De igual modo, su tía hincó el diente en la galleta de mantequilla.

—Porque no será tan sencillo sacarme del medio —comentó burlona.

En eso estaban de acuerdo. Y por lo que el mozo de cuadra le había contado, ni siquiera su tía pasaría mucho tiempo en Green Hills si su primo le entregaba la finca al vizconde de Norgate. Rogaba que Erik estuviera equivocado.

—¿Veremos pronto al nuevo conde de Cowthland? —quiso saber.

Lady Flisher bebió un sorbo de té y la miró con desconfianza por encima de la taza.

—Mi hijo Wilfred vendrá cuando tenga que venir, mientras tanto, como su madre, me encargaré de administrar sus propiedades.

—¿Pero él ya está en Inglaterra, verdad? —la pinchó para saber la verdad.

Su tía se atragantó con las galletas y bebió un sorbo de té, luego dejó la taza sobre el platito.

—El ama de llaves me dijo que tu duermes en la habitación azul —repuso, y siguió cuando ella asintió—. Tendrás que mudarte de recámara cuando llegue el conde, porque como es debido, él dormirá en la principal y yo ocuparé la alcoba azul.

El repentino cambio de tema de su tía le confirmó que Wilfred estaba en Inglaterra. Lo que significaba que había más posibilidades que la historia de Erik fuera cierta.

—No puede hacer eso —se quejó Emily—. Elizabeth ha dormido ahí toda su vida.

Si lady Flisher había escuchado a la melliza, hizo de cuenta que no lo hizo, porque siguió bebiendo su té como si nada. ¡Ella era la mujer más horripilante que había conocido en su vida! Y odiaba que esa mujer tuviera sus vidas en sus manos.

—Por si aún no les han informado —dijo—, vendrán a visitarme viejos amigos y dada las condiciones en la que he encontrado Green Hills, todas tendrán que mudarse a las alcobas que están en el ala derecha —farfulló con malicia—. Ustedes ocupan las mejores habitaciones de la residencia, y mis amigos, que son de buena familia, no merecen menos que eso.

—¡En el ala derecha duermen los sirvientes! —chilló Emily.

Si seguían provocando a su tía, pronto dormirían en el gallinero.

—Mis disculpas, lady Flisher, Emily se ha visto un poco alterada desde

la muerte de nuestro padre —excusó ella el comportamiento de la melliza.

—Oh, claro, pobre criatura.

—No estamos acostumbrados a recibir visitas, pero haremos todo lo posible para que ellos se sientan como en casa —explayó Eleonor para apaciguar el ambiente—. Nos mudaremos al ala derecha antes que ellos lleguen.

—¿Nuestra prima Felicity también vendrá? —quiso saber Emma.

Lady Flisher agitó una mano en el aire.

—Oh, no, ella está en Londres preparando sus vestidos para cuando comience la temporada —contestó—. ¿Ustedes no llegaron a debutar, verdad?

Emma bajó la cabeza y miró el suelo.

—No.

Eleonor rodeó los hombros de Emma con un brazo.

—Las mellizas iban a presentarse en sociedad el mismo año que mi padre...

—Lo entiendo, querida. Seguramente ellas iban a ser la belleza de la temporada, igual que lo fuiste tú Eleonor. Pero ahora mi querido hermano ya no está y ellas no podrán...

Abrió la boca antes que su tía siguiera lanzando más veneno y la interrumpió:

—No queremos robarle más tiempo, lady Flisher, la dejaremos sola para que siga descansando —esbozó una fingida sonrisa—. Le pediré a Mery que recoja la bandeja más tarde.

Hicieron una reverencia y se retiraron de la alcoba del dragón.

No quería ni imaginar a donde terminaría con sus hermanas si no hallaban pronto el dinero que su padre había enterrado. Su tía ya les había pedido que dejaran sus alcobas y no tardaría en pedirles que abandonaran Green Hills. Hubiera deseado que su barco se hubiera hundido en el océano. Sí, sabía que una dama no podía pensar esas cosas, pero ella nunca se había comportado como una.

Emily abrió la puerta de su alcoba de golpe e ingresó furiosa.

—¡No puedes dejar que esa bruja nos saque de nuestras habitaciones!

Metió los sombreros dentro del baúl y alzó la vista hacia ella.

—Green Hills ya no nos pertenece, Emily.

—Pero dijiste que ibas a recuperarla.

Miró a su hermana con ternura. Estiró un brazo y le pidió que se sentara en la cama a un lado de ella.

—No es tan sencillo como parece, Emily —repuso—. Primero debemos encontrar el dinero que enterró papá y luego hablar con Wilfred para ver si le interesa alquilarnos la propiedad.

—¿Crees que él la alquilará?

—La finca está dando más pérdidas que ganancia, y él es bastante perezoso para invertir la situación.

Evitó mencionarle que su primo Wilfred planeaba entregarle Green Hills al lord Norgate para salvar su pellejo. Sus hermanas no debían enterarse, por lo menos hasta que ella pudiera encontrar una solución.

Emily bajó el mentón y la miró con tristeza.

—¿Cuándo lady Flisher dijo que...? —suspiró—. ¿Emma y yo no seremos presentadas en sociedad, verdad?

—Quisiera tener una respuesta para esa pregunta, pero esa decisión dependerá del nuevo conde.

—¿Dices que mi futuro como duquesa está en manos del bueno para nada de Wilfred?

—Lo siento, Emily.

—¡Esto es injusto! —chilló.

—Lo sé, cariño.

Emily se cubrió el rostro con las manos y sollozó.

—Te regalaré los pendientes que llevas puesto si te hace sentir mejor.

Su hermana se secó las lágrimas con las yemas de los dedos y luego se tocó las piedras preciosas que llevaba en las orejas.

—Creí que ya eran míos.

Entornó los párpados.

—Sabes muy bien que los tomaste de mi alhajero sin autorización.

—Tú nunca los usabas —se excusó—, y creo que es un desperdicio que unas piedras tan bonitas no se exhiban.

Ella sonrió más atónita que enfadada.

—Deberías estar recogiendo tus cosas de tu alcoba antes que lleguen los invitados de lady Flisher.

—Mi doncella se está ocupando de eso —contestó, encogiéndose de

hombros.

Emma las interrumpió cuando ingresó a la habitación y se detuvo en seco cuando vio a su melliza con ella.

—Pensé que estabas sola —murmuró.

Revoleó los ojos.

—¿Y ahora por qué se han peleado?

—Ella fue quien empezó —respondieron las dos a la vez.

Miró al techo y resopló.

—Bien, eso ya no importa —expresó—. ¿Qué ocurre Emma?

—Mery me dijo que tendremos que compartir habitaciones cuando nos mudemos al ala derecha.

—¿Y eso por qué? —cuestionó Emily—. Hemos tenido que despedir a varios de nuestros empleados y han quedado habitaciones libres.

—Sí, pero tienen goteras que no se han arreglado.

—Compartiremos alcoba y creo que hasta será divertido —musitó, tratando de animar a las mellizas.

—Lo dices porque tú no tendrás una vela encendida durante toda la noche —replicó Emily.

Emma apretó los labios y dirigió la vista hacia ella.

—Vengo a pedirte que compartamos habitación.

A Emily se le escapó un quejido.

—¿Por qué se lo pides a ella? ¡Yo soy tu melliza!

—Porque a Lizzy no le molesta que me desvele leyendo hasta tarde.

Contó hasta tres y respiró hondo.

—Deberían calmarse las dos —dijo—. Y sí puedes dormir conmigo Emma.

Eleonor las interrumpió para decirles que habían llegados los primeros invitados de lady Flisher.

CAPÍTULO 5

SE SENTÍA extraño haberse quitado el luto después de haberlo llevado durante un año. Mery le había elegido un vestido marrón sencillo de verano de mangas abultadas y la había peinado con una trenza enroscada sujeta con horquillas. Por lo que el mayordomo pudo decirle, todos los invitados de su tía ya habían llegado y los vería a la hora de la cena. Se dirigió al salón principal, donde sus hermanas la estarían esperando. Se detuvo de golpe cuando pasó por el antiguo despacho de su padre y observó luz por debajo de la rendija de la puerta. Dibujó una sonrisa en los labios. Imaginó quien podría encontrarse del otro lado. Giró el pomo y abrió la puerta. A simple vista, no se podía ver a nadie en el despacho, hasta que bajó la mirada y halló a su pequeña hermana debajo del amplio escritorio, sentada de piernas cruzadas sobre el suelo y con un libro en la mano.

—Pensé que iba a encontrarte en el salón —dijo, cruzándose de brazos.

Emma sacudió los hombros cuando oyó su voz y se golpeó la cabeza con el escritorio. Había estado tan metida en su lectura, que ni siquiera la había oído entrar.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó sorprendida.

Tal vez sabía porque conocía a su hermana desde hacía casi veinte años y estaba al tanto de cada rincón que utilizaba para esconderse.

—No lo sabía, pero vi luz y recordé uno de tus escondites secreto para pasar tiempo a solas —contestó—. ¿Qué lees?

—Poesía... Walter Scott.

—Bien, por hoy has tenido suficiente —repuso—. Cierra el libro y acompáñame al salón —le pidió, extendiéndole un brazo hacia ella.

—No me gustan las reuniones con personas desconocidas.

—Dejarán de ser desconocidas cuando la conozcamos.

Emma resopló y salió debajo del escritorio y se acomodó el dobladillo del vestido rosa pálido.

—Te has quitado el luto.

—Tú también —replicó Emma.

—El rosa te queda muy bien.

—El marrón te asienta fatal.

A ella se le escapó una risotada. Si su pequeña hermana le decía eso, que sabía de moda tanto como ella, era porque no debía verse nada bien con ese color.

—Mery fue quien me lo escogió —farfulló como si eso la excusara de su mala elección de color.

—¿Olvidas que Mery vestía a nuestra madre y que se está quedando ciega?

Hizo un mohín.

—Buen punto, lo tendré en cuenta la próxima vez.

—Y no será en mucho tiempo —comentó—. ¿Sabes? Nos han invitado a la última fiesta que se dará en Hampshire antes que todos se vayan a Londres para la temporada.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Estás segura de lo que dices, Emma? ¿Quién se atrevió a invitar a unas podres huérfanas? —se mofó, ofreciéndole el brazo para que lo sujetara.

Su hermana le pasó el brazo por el codo y le sonrió.

—La invitación llegó esta misma tarde y la he visto con mis propios ojos —le contó, divertida—. El barón St. James nos ha pedido que asistamos al baile que dará en su casa. Pero no te ilusiones Lizzy, si ellos nos han invitado, ha sido por los huéspedes de nuestra tía. Parece que entre los amigos de nuestra tía se encuentran dos vizcondes.

—Estoy segura que a Emily no le debe importar las razones de la invitación. Ella debe estar feliz con la noticia de que asistirá a un baile.

—¡Ni lo digas! —gimió—. ¡Hasta ha elegido el vestido que se pondrá esa noche!

—Puede que una fiesta nos venga bien a todas —murmuró—. ¿Ya has tenido oportunidad de conocer a algunos de los invitados de lady Flisher? —le preguntó.

—Nos hemos cruzado a lord Ashfiert con Emily.

—¿Lord Ashfiert? —repitió—. No he oído hablar de él.

—El vizconde vive en Bristol y conoce a lady Jocelyn. Lord Ashfiert es su doctor.

Enarcó una ceja.

—¿Un lord que trabaja?

Emma se ladeó hacia ella y murmuró en un tono de confidencia:

—Escuché al ayudante de cámara de lord Ashfiert hablar con el

mayordomo y le dijo que hace poco tiempo que el vizconde recibió su título nobiliario. Creció en Italia y se vino a Inglaterra siendo él ya mayor.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Te has enterado de todo esto en una sola tarde?

Emma se encogió de hombro.

—Es lo que sucede cuando te creen invisible.

Hacía tiempo que Green Hills no recibía a tantos invitados. Su tía había vaciado el almacén para agasajar a sus amigos. No podía evitar pensar que había puesto sobre la mesa toda la comida que ellas habían guardado para que le durara un mes entero y no solo una noche. Sus épocas de abundancias habían acabado. Hubo un silencio en la habitación cuando Eleonor ingresó al salón. Su hermana también se había quitado el luto y vestía un precioso vestido azul, adornado con una cinta dorada por debajo del pecho, y se había dejado algunos mechones de pelo sueltos que enmarcaban los rasgos de su rostro. Eleonor tenía luz propia y su belleza no podía ser indiferente para nadie.

Emily se le arrimó con dos vasos de limonada y le entregó uno a ella, luego bebió un sorbo del refresco. La melliza había optado por usar un llamativo vestido violeta que resaltaba su cabello rojizo y sus pícaros ojos azules.

—Si nuestra tía hubiese invitado a hombres solteros a la velada, probablemente Eleonor hubiera conseguido un prometido —comentó—. Y si ella se casara, podría presentarme en sociedad.

Miró al techo y resopló.

—¿Eso es en lo único que piensas, Emily? —replicó—. Además, lady Flisher ha invitado a lord Ashfiert y por lo que tengo entendido, él es un hombre soltero.

Lord Ashfiert había sido la única persona que le había agradado entre todos los invitados de su tía. Se notaba que él era un hombre experimentado, alguien que había recorrido el mundo y no pertenecía a la sociedad snob de Londres. No parecía importarle lo que lo demás pudieran decir de él. Tenía una mirada fuerte, sincera y una sonrisa encantadora.

Emily hizo un gesto de horror cuando escuchó nombrar al lord.

—El vizconde es un médico —repuso casi asqueada.

—¿Y qué hay con eso?

—¿A dónde se ha visto que un lord trabaje? —cuestionó—. Esa debe ser la razón por la que él se vio obligado a recluirse en Bristol.

—Dicen que no hace mucho tiempo que el lord heredó su título nobiliario de vizconde —musitó—. Y no parece el tipo de caballero que le importe lo que la sociedad piense de él.

—Además, el lord es un engreído sabelotodo —siguió su hermana—. Se burló de mí cuando le dije que sería la futura duquesa de Bourklam. ¡Él tuvo la desfachatez de reírse en mi cara!

Puso los ojos en blanco.

—Cualquier persona con un poco de sensatez se burlaría en tu cara al escucharte decir semejante estupidez.

Emily se cruzó de brazos y apretó los labios.

—Y él ni siquiera fue invitado por lady Flisher —le contó.

Arrugó el ceño. Ahora entendía la razón por la que el caballero le caía tan bien. ¡Un hombre como él no podía ser amigo de lady Flisher!

—¿Y qué hace el vizconde en Green Hills?

—Parece que el lord es el doctor de la hermana solterona de nuestro padre —respondió—. Lady Jocelyn está un poco enferma y él vino a pedirle a su familia si pueden cuidar de ella.

Se llevó una mano a la boca, asustada.

—¿Lady Jocelyn está enferma?

—Si ella no tiene a nadie quien la cuide, es por culpa suya —murmuró en un tono de reproche—. Nunca debió dejar a su prometido plantado en el altar. Sus hijos podrían cuidar de ella ahora mismo.

Meneó la cabeza, impaciente.

—Juro que hay veces que desearía que mantuvieras la boca cerrada, Emily —dijo—. El prometido de lady Jocelyn le doblaba la edad y ella fue muy valiente por hacer lo que hizo.

Emily sonrió mordaz.

—Pero lo valiente no la ayudó a salir de la pobreza.

La señaló con el dedo índice y luego bajó la mano, haciendo un gran esfuerzo para no explotar delante de los huéspedes de su tía.

—Algún día... algún día alguien te hará tragar tus palabras, Emily.

Eleonor la sujetó del brazo y la detuvo cuando pasó por su lado, y le imploró con la mirada que la salvara de lady Flisher y su grupo de amigos.

—Lizzy también toca el piano increíblemente —murmuró Eleonor, para integrarla al grupo.

Observó a su hermana como si acabara de perder la memoria. ¿Qué ella tocaba bien el piano? ¡Pero si sus dedos eran de madera!

—Oh, no, claro que no —lo negó rotundamente.

—No seas modesta, querida —repuso su tía.

—Les aseguro que no soy modesta —replicó, a través de los dientes.

Lady Garrowly, la esposa del vizconde Garrowly, la estudió con la mirada y pudo ver en sus ojos la lástima que sintió por ella cuando la comparó con Eleonor. Al lado de su hermana no era más que una muchacha desabrida y sin gracia. De las hijas del conde, ella había sido la única que había salido con los ojos oscuros y el cabello tirando al castaño, pero siempre se jactaba que su cabello en el sol tenía mechones dorados y que era la más alta de sus hermanas. Se suponía que a su edad debía estar casada y no ser la sombra y el estorbo de sus hermanas menores.

—Viajará a Londres para la temporada, lady Elizabeth —quiso saber la vizcondesa.

—No está en mis planes, lady Garrowly —respondió, cortésmente—. Nunca fui partidaria a ir a esos tipos de eventos. Ni siquiera cuando mi padre vivía.

—Pero en ese tipo de evento es donde una dama tiene más probabilidad de encontrar un marido —musitó la vizcondesa, defendiendo los rituales de la aristocracia.

En otras palabras, era donde las damas tenían más presas para cazar.

—Creo que no he nacido para el matrimonio —dijo lo que ninguna dama debía decir en público.

Lady Flisher abrió los ojos escandalizada.

—¡Dios santo, Lizzy! —se volvió a la vizcondesa y añadió—: Su carácter se parece mucho al de mi hermana solterona lady Jocelyn.

Gracias a Dios no había dicho que se parecía a ella.

—Pero que tú no asista a la temporada, no significa que lady Eleonor no deba ir a Londres —intervino el vizconde Garrowly en la conversación—. Hemos invitado a su hermana a que se aloje en nuestra casa mientras disfruta de la temporada.

Tal vez otra persona en su lugar se sentiría agradecida por su gentileza. Pero lord Garrowly no era de los que hacía algo por bondad. Y que los dedos de Eleonor le estuvieran apretando el brazo con fuerzas, le decía todo. Lord Garrowly era un hombre alto, corpulento y con una nariz pronunciada. Él observaba a su hermana como si fuera un delicioso pastel que estaba a punto de hincarle un diente. Seguramente debía pensar que podía hacer cualquier cosa con ellas al no contar con la protección de un padre o un tutor. Los pelos de la nuca se le erizaron.

—Apenas ha pasado un año de la muerte de nuestro padre y nuestro ánimo no es de fiesta, milord.

Sintió como los hombros de Eleonor se relajaron cuando ella no autorizó su invitación.

—No digas bobadas, Lizzy —dijo su tía—. Si ustedes ya han dejado el luto. Deben divertirse un poco. Estoy segura que esa sería la voluntad de mi

querido hermano —repuso—. Además, Eleonor podría asistir a los bailes acompañada de mi hija Felicity. Claro, si la vizcondesa incluye a mi hija en la invitación a su casa.

Apretó los puños a los costados del cuerpo. Su tía lo único que buscaba era sacar ventaja para su hija Felicity entregando a su hermana al lobo. Que su prima apareciera en la temporada al lado de la vizcondesa, le abría una puerta ante el mercado de posibles maridos que el bobo de su hermano Wilfred, por más que fuera un conde, no podía acceder.

—Será un placer recibir a tu hija Felicity en mi casa, querida.

Lady Flisher aplaudió feliz de haber logrado lo que buscaba.

—Estoy segura que Felicity saltará de una pata cuando le dé la noticia.

Los ojos de Eleonor se llenaron de lágrimas. Y ella quiso estrangular a su tía.

—Si me disculpan, debo ir al tocador —dijo Eleonor con un hilo de voz.

Ella la siguió por detrás. El corazón se le partía al ver a su hermana sufrir. Eleonor apoyó la espalda contra la pared cuando salieron del salón principal.

—No quiero ir a Londres —musitó sin mirar nada en concreto.

Le sujetó una mano entre las suyas y se la apretó.

—Lo sé, cielo.

—No me gusta cómo me mira el vizconde.

A ella tampoco le gustaba como la miraba. Su padre antes de morir le pidió que cuidara de sus hermanas y ella haría cualquier cosa para

protegerlas.

—Su mirada es asquerosa y tiene nariz de ganso.

A Eleonor se le escapó una risita.

—¿Qué haré si lady Flisher me obliga ir a Londres? —preguntó asustada.

—No dejaré que lo haga.

—Ella es quien está a cargo de nosotras ahora y no podremos hacer nada si decide mandarme con la vizcondesa.

—Encontraré el dinero que enterró nuestro padre y nos iremos lejos. Podríamos ir a vivir con nuestra tía Jocelyn por un tiempo —dijo en un tono desesperado.

—A veces creo que ese dinero no existe.

—No digas eso, Eleonor —le ordenó, limpiándole las lágrimas del rostro con el pulgar—. Dijimos que saldríamos de esto juntas y así lo haremos.

Eleonor asintió con la cabeza y la abrazó.

—Gracias por cuidarnos, Lizzy.

—¿Qué te parece si buscamos esos bollos con fresas que están en la cocina y los comemos en la habitación?

—Que no deberían ser tan egoísta e invitar a su hermana menor a la fiesta —murmuró Emma, cuando salió debajo de la mesa que estaba en el corredor.

—¡Madre de Dios! —gimió, llevándose una mano al pecho—. Que susto me has dado, Emma. No puedes seguir apareciendo de la nada o harás

que mi corazón se detenga.

—Soy invisible, ¿recuerdas?

—Puedes unirme a la fiesta si dejas de ser invisible —farfulló, hincándole el hombro con un dedo—. ¿Dónde está Emily? —preguntó.

—La última vez que la vi, ella discutía con lord Ashfiert.

Sacudió la cabeza.

—Espero que lord Ashfiert consiga que Emily se saque esas tonterías de convertirse en la próxima duquesa de Bourklam.

—¿Todavía crees en los milagros? —replicó Eleonor.

Ellas intercambiaron miradas cómplices y se rieron.

Emily era un caso perdido.

CAPÍTULO 6

LAS RUEDAS del carruaje se sobresaltaban a medida que avanzaban sobre las maltrechas calles. Por fortuna, lady Flisher había preferido viajar hasta la casa del barón St. James en el coche del vizconde Garrowly y ellas pudieron disfrutar de un momento en paz sin su tía. Era el primer baile que asistirían de sus vecinos después de la muerte de su padre, aunque tampoco solían recibir muchas invitaciones cuando él vivía. La fama de su padre como el *conde loco* no era del agrado de la nobleza. Sus locuras eran bien conocidas en el condado de Hampshire, y tal vez en toda Inglaterra.

—¿Creen que el futuro duque de Bourklam asistirá al baile del barón?
—preguntó Emily, mientras se pellizcaba las mejillas para darle un tono rosado.

El cuerpo se le fue contra Eleonor cuando la calesa atravesó un bache. La obsesión que tenía la melliza por el duque comenzaba a exasperarla. ¡Emily ni siquiera lo conocía! Lo único que sabía de él era lo que leía en el periódico en la sección de cotilleo y por los rumores que llegaban de Londres de las hazañas del conde. Pero ella sí lo conocía y no se acercaba ni un poco al hombre heroico que su hermana imaginaba que era.

—Dudo que al conde de Kinghyork le divierta asistir a un baile que no esté en Londres —respondió.

Emma se hundió en el asiento y resopló.

—Odio estos bailes —repuso, molesta—. El barón ni siquiera nos

hubiese invitado si lady Flisher no hubiese invitado al vizconde Garrowly a Green Hills.

A Emily se le escapó un gemido de los labios y miró a su melliza furiosa.

—¿De qué otro modo planeas encontrar un marido si no es en un baile?

—No planeo casarme.

Emily sacudió la cabeza atónita.

—Deberías dejar de influenciar a Emma con tus ideas, Lizzy.

Ella hizo una mueca.

—Claro, porque Emma debería pensar en casarse con un duque, ¿verdad?

—¡Es suficiente! —chilló Eleonor.

Ellas observaron a Eleonor y se quedaron muda del asombro. Su hermana nunca antes había perdido los nervios.

—Si una dama decide ser una solterona o casarse y tener hijos, no es algo deshonroso, pero si termina convirtiéndose en la querida de alguien sí lo es —murmuró con la voz quebrada.

—¿De qué estás hablando, Eleonor? —cuestionó Emily, ceñuda.

—¿Querida? —repitió Emma—. Nadie ha mencionado a ninguna querida.

Ella sabía a qué se refería su hermana. Estiró un brazo y sujetó la mano enguantada de Eleonor, y la miró a los ojos.

—¿Qué ha pasado Eleonor? —preguntó despacio.

Su hermana le apartó la mirada.

—Nada... olviden lo que dije.

—¿El vizconde Garrowly te ha hecho daño? —fue más directa.

—¿Por qué el vizconde Garrowly le haría daño a Eleonor? —quiso saber Emily.

—Porque es un viejo asqueroso —contestó Emma—. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo nos mira? ¡Y lo ha hecho hasta delante de su esposa!

A ella se le heló el pecho cuando supo que el vizconde también había querido aprovecharse de su hermana pequeña.

—¿Él se te ha insinuado? —musitó, horrorizada.

—¡No! —exclamó—. Cuando eres invisible es fácil escabullirte de personas que te son desagradables.

—El vizconde se ha ofrecido a cuidar de todas nosotras si me convierto en su querida —les contó Eleonor.

—¡Desgraciado! ¡Juro que lo mataré! —rugió—. ¡Tú no serás la querida de nadie!

—Me he negado a ser su querida y... logré escapar de sus manos cuando él intentó propasarse.

—Debemos decirle a lady Flisher lo que el vizconde le ha propuesto a Eleonor —murmuró Emily, indignada—. ¡Él ha humillado a la familia!

—Lady Flisher es quien ha ofrecido a Eleonor en bandeja de plata —dijo despacio—, para sacar ventaja de la posición del vizconde para con su hija Felicity.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Emma, temerosa—. No contamos

con la protección de nadie. El vizconde es un hombre con poder y él puede hacer lo que quiera con nosotras.

Les lanzó a sus hermanas una mirada firme para transmitirle seguridad.

—Nuestro padre ha criado mujeres fuertes y, además, nos tenemos una a la otra. No dejaremos que un mal nacido nos deshonre.

Emily enderezó los hombros y alzó el mentón.

—Haré que el maldito pague por lo que nos ha hecho cuando me convierta en duquesa.

—¡Oh, sí! Ahora Eleonor estará mucho más tranquila —farfulló Emma, irónica.

—No dejaremos que el vizconde te toque, cielo —dijo, abrazando a su hermana con fuerza—. ¿Verdad, chicas?

—Estaremos a tu lado durante todo el baile —asintió Emma, acariciando a su hermana en la rodilla.

—Además, todavía nos queda algo de dinero y podemos alquilar una casa pequeña hasta que encontremos el tesoro que enterró papá —murmuró Emily, apoyando las manos sobre el regazo—. Y recuperemos Green Hills. ¿Por qué es eso lo que sucederá, verdad, Lizzy?

Ella asintió con la cabeza. Aunque a esas alturas ya no estaba tan segura que eso fuera a suceder. El coche se detuvo en la entrada de la residencia del barón St. James y aparecieron un mozo y dos lacayos para ayudarlas a bajar del carruaje. El jardín estaba iluminado y se podía oír a la orquesta desde afuera.

La residencia del barón St. James no era tan grande como Green Hills, pero estaba en mejores condiciones. El salón de baile era amplio y de los techos colgaban enormes arañas de cristal. Las damas habían sacado a lucir sus mejores galas y joyería, y los caballeros se mantenían en un rincón hablando de los últimos movimientos del parlamento. Bebió un sorbo de limonada mientras oía la música de los violinistas. Se había asegurado que el vizconde estuviera a una distancia prudente de ella y de sus hermanas. Emily había tenido razón cuando mencionó de alquilar una casa pequeña, pero si ellas salían de Green Hills, no podrían recuperar el tesoro que había enterrado su padre en algún sitio de la finca. Acabó el resto de la limonada de un solo trago.

Eleonor inclinó la cabeza hacia ella y le susurró al oído:

—Considero injusto que las mellizas tengan que estar a mi lado cuando podrían estar disfrutando del baile —repuso—. Bien sabes que este podría ser su último baile por mucho tiempo.

Eleonor estaba en lo cierto. Hasta Emma parecía estar disfrutando de la música. Las mellizas se habían puesto los vestidos que su padre les había mandado hacer con la modista para que ellas los usaran en Londres en la temporada anterior. Se veían tan guapas que había notado miradas indiscretas de varios caballeros, pero desistían en acercarse a sus hermanas cuando ella les lanzaba una mirada de desaprobación. Madre mía, pero si se había convertido en toda una chaperona. ¿Desde cuándo se había vuelto tan amargada? Se aclaró la garganta y sonrió.

—Deberían aceptar la invitación de baile que le ofrezca el próximo caballero —les comentó a las mellizas.

—¿Qué sucederá con Eleonor? —cuestionó Emma.

—Yo la cuidaré.

—Y no soy tan frágil como todos piensan —agregó Eleonor.

—No le hallo sentido a los bailes cuando no se encuentra al caballero que uno quiere —farfulló Emily, soltando un bufido.

—Pero la práctica hace al maestro —murmuró una voz masculina a sus espaldas—. Debería practicar un poco antes de bailar con el duque, lady Emily. No sea cosa que él deba rechazar a la dama presente por haberle pisado los pies.

Ella se volteó y encontró a lord Ashfiert sosteniendo una copa de plata con sus musculosos dedos y con su seductora sonrisa en la cara. Él vestía un elegante traje y llevaba una levita verde botella que apaciguaba sus rasgos rígidos y dominantes. Lord Ashfiert la había puesto al día esa tarde sobre la salud de su tía Jocelyn y ella le había prometido que iría a Bristol con sus hermanas a visitarla. Lady Jocelyn no volvería a sentirse sola cuando recuperara Green Hills, porque la llevaría a vivir con ellas.

Emily endureció los gestos del rostro cuando lo vio y gruñó:

—Eso nunca sucederá porque soy una excelente bailarina, milord.

Lord Ashfiert enarcó una ceja.

—Entonces debe bailar conmigo y demostrarme que estoy equivocado, miladi —la desafió, extendiendo un brazo hacia ella.

Emily aceptó su mano y los dos se dirigieron a la pista de baile.

—¿Alguien me explica que fue todo eso? —preguntó Emma.

Eleonor se encogió de hombros.

—Si no lo sabes tú que eres su melliza, como pretendes que lo sepamos nosotras.

Tristán, el hijo mayor del barón de St. James, que había regresado a su casa por unos días para luego retomar sus estudios en Oxford, se les acercó y le pidió a Emma el siguiente baile. Le hizo un gesto con la cabeza para que aceptara y su hermana siguió los pasos de su melliza.

—Ellas parecen estar divirtiéndose —comentó Eleonor—. Desearía que papá estuviera vivo para que pudiera disfrutar de más noches como estás.

—¿Imaginas que diría nuestro padre en este momento? —explayó—. *Porque tanto protocolo para bailar, la música es libertad y así debería sentirse nuestros cuerpos al danzar* —remedó la voz de él.

—También recuerdo el día que llevó su teoría a la práctica y por un buen tiempo, nadie lo volvió a invitar a su casa.

Las dos se rieron al recordar al *conde loco*.

—Eleonor, querida —masculló lady Flisher, que se hacía paso entre los invitados—. Necesitan que alguien toque el piano, y he dicho que tú eres excelente. Toca una pieza para nosotros, querida.

—Ha exagerado un poco, lady Flisher, no soy tan buena como dice —repuso con timidez.

Su tía agitó una mano en el aire, quitándole importancia a su comentario.

—No seas tan modesta querida sobrina —la sujetó del brazo y luego se volteó hacia ella para decir—: Espero que no te moleste que me robe a tu hermana por un momento.

—No te preocupes Lizzy, estaré bien —le dijo Eleonor, transmitiéndole

tranquilidad a través de su sonrisa.

Sentía seca la garganta y se dirigió a la mesa donde estaba la limonada y se sirvió un vaso. Bebió un sorbo del refresco y arrugó el entrecejo cuando escuchó a lady Ofelia, la hija menor del barón St. James, cotillear con sus amigas sobre sus hermanas. Dio un paso hacia la columna que tenía a un costado y se ocultó, para que las arpías no pudieran verla mientras las oía. Sabía que tanto ellas como su padre siempre habían sido la comidilla de sus vecinos, pero nunca los había oído decir nada de sus propias bocas. Hasta le resultó divertido saber que decían.

—¿Han visto sus vestidos? —murmuró una de ellas—. Hasta el color de la tela está fuera de moda.

Puso los ojos en blanco. ¿Se suponía que debía tomar ese comentario como una ofensa? ¡No servían ni para criticar! Bebió otro trago de limonada y sonrió.

—¿Por qué las han invitado? —preguntó otra.

—Mis padres querían que el vizconde Garrowly asistiera al baile, y como el lord es huésped en Green Hills, no tuvieron más remedio que invitarlos a todos —contestó lady Ofelia toda pomposa—. Hasta siento un poco de lástima por ellas, ahora que la familia de su padre ha reclamado su propiedad —se inclinó y agregó en un tono de confidencia—: Se rumorea que las pobrecillas se han quedado sin su dote porque el *conde loco* perdió el dinero en una partida de cartas.

Bien, la reina de las arpías había convertido el chisme en algo más

interesante.

—¿Significa que ahora son pobres y que se han quedado solas en el mundo? —cuestionaron horrorizadas sus amigas.

—Significa que todas ellas dependen de la bondad de lady Flisher.

—¿Su tía es la dama que tiene la cabeza llena de plumas?

—Parece que la locura viene de familia —replico lady Ofelia, en un tono burlista.

Lo siguiente que se oyó fueron varias risitas.

—Deberían agradecer que no son tan feas, y puede que algún lord lo note y las tomen como querida —comentó otra con evidente malicia. La muchacha era tan desagradable como su boca.

El chisme estaba cruzando una barrera que a ella no le gustó nada.

—Claro, exceptuando la hija mayor del *conde loco* —aclararon—. Debe ser triste crecer bajo la sombra de hermanas más bellas. ¿Cómo es que ella se llamaba?

—De seguro su nombre comienza con la letra “E” —se mofó lady Ofelia.

«Risitas, más risitas». Escuchar lo que decían de ellas ya no le parecía tan divertido.

—¿No es tu hermano Tristán el que está bailando ahora con una de ellas?

—A mi hermano siempre le ha gustado una de las mellizas —respondió—. ¿Me prometen que no dirán nada si les cuento algo? —sus amigas debieron prometerle porque ella continuó—: Escuché a Tristán apostando con sus

amigos que esta noche él iba a robarle un beso —hizo una pausa—. Y hasta puede que algo más.

Tuvo muchas ganas de romperle el cuello a esa criatura despreciable. Había oído suficiente. Las estiradas damas se habían olvidado mencionar que ella era el mismo demonio cuando se enfurecía. Salió de su escondite y se dirigió hacia ellas. Disfrutó ver el rubor de sus mejillas cuando se dieron cuenta que había escuchado todo el cotilleo, pero disfrutó más cuando vació el vaso con limonada sobre la cabeza de lady Ofelia.

—La limonada no era tan buena —repuso, entre suspiro—. Por cierto, mi nombre es Elizabeth —se inclinó hacia ella y susurró—: Y después de esta noche, se me hace difícil que te lo vuelvas a olvidar.

Se giró hacia las otras muchachas y ellas retrocedieron cuando se sintieron intimidada.

—Se equivocan al pensar que soy desafortunada por tener hermanas hermosas, porque su belleza no es solo por fuera. A diferencia de todas ustedes, ellas son personas inteligentes, amables y me siento afortunada de tenerlas. Mataría por mis hermanas si fuera necesario —murmuró despacio las últimas palabras.

Las horripilantes damiselas abrieron grande los ojos y la miraron espantadas.

—Y sí —afirmó—, la locura viene de familia.

Lady Ofelia empezó a gritar cuando se dio cuenta que su precioso vestido se había arruinado con la limonada. Y ella aprovechó ese instante para escapar y encargarse del otro hijo del barón. Se abrió camino en la pista de baile hasta llegar donde estaba una de las mellizas. Se quitó el guante de seda de su mano derecha y apartó a Emma de su pareja, luego estampó su puño

contra la nariz del honorable Tristán St. James.

—Te irá peor si te acercas a otra de mis hermanas —gruñó ella.

Él se llevó una mano a la nariz para detener la hemorragia.

—¿Se ha vuelto loca? —rugió él.

Emma la miró boquiabierta.

—¿Qué has hecho? —le cuestionó.

—Evito que este imbécil gane la apuesta que le hizo a sus amigos que te robaría un beso.

Emily se le acercó y meneó la cabeza, exasperada.

—Estupendo, Lizzy, acabas de arruinar lo que quedaba de nuestra reputación.

Y fue ahí cuando se dio cuenta que todos los ojos estaban sobre ella. Estaba segura que su madre, hija de un marqués, no se sentiría orgullosa de su comportamiento. Y había dejado en evidencia que ella no era una dama. ¡Pero alguien debía defender el honor de sus hermanas!

CAPÍTULO 7

HABÍAN pasado dos días de la fatídica fiesta que había dado el barón St. Jamen. En la que ella había humillado a dos de sus hijos en su propia casa. No solo había logrado que su familia nunca más volviera a recibir otra invitación para un baile, sino también había conseguido que Emily no le dirigiera la palabra; según ella había estropeado sus planes para convertirse en la próxima duquesa de Bourklam. Pero su enojo no era nada en comparación de lo que sentía lady Flisher. Le había dicho palabras que ni ella sabía que existía durante el trayecto de la residencia del barón hasta Green Hills. Y le repitió varias veces que la había avergonzado y que había arruinado la reputación de la familia.

Probablemente se iría al infierno, pero ella no se arrepentía de haber puesto en su lugar a dos fanfarrones que habían intentado humillarlas. Nadie se metía con un Cowthland sin sufrir las consecuencias de ello. Curvó una esquina de sus labios hacia arriba. Nunca olvidaría el rostro que puso lady Ofelia cuando arruinó su vestido.

Sacó una docena de huevos del gallinero para el desayuno y la metió en el canasto. Había decidido ayudar al ama de llaves con algunas de las tareas del hogar porque Lady Flisher había reducido todavía más al personal. No podían darse el lujo de pagar varios sueldos. ¡Y no era para menos! Si su tía derrochaba dinero como si fuera de la misma familia real. Era pésima administrando y si no recuperaba pronto Green Hills, no quedaría nada de la propiedad. Madre de Dios, hasta había vaciado las despensas para agasajar a

sus huéspedes a coste que tendrían que reducir una comida cuando ellos se marcharan de Green Hills. Por suerte, sus invitados planeaban hacerlo ese mismo día. Regresó a la casa y le entregó los huevos a la cocinera.

—No debería hacer este trabajo, lady Elizabeth —dijo Arrieta, una de las doncellas.

Ella se encogió de hombros. Sentía que era lo mínimo que podía hacer por ellos luego de que perdieran a muchos de sus amigos cuando tuvo que despedirlos. Había sido lo más duro que ella había tenido que hacer. Había crecido con esas personas, pero cuando recuperara Green Hills, se esforzaría para contratarlos nuevamente.

—No me molesta hacerlo —repuso—. ¿Mis hermanas ya se han despertado?

—Todavía no, miladi.

—¿Y los invitados de lady Flisher?

—Siguen descansando —contestó—. Exceptuando el vizconde Ashfiert, él salió temprano a cabalgar, como de costumbre.

Lord Ashfiert era el único invitado de lady Flisher que le agradaba, aunque en realidad no era su invitado. Se había tomado las molestias de venir personalmente a darles el reporte de la salud de lady Jocelyn. Él había intervenido con Emily en el baile del barón para que la melliza no la despellejara viva cuando golpeó al honorable Tristán St. James. Se inclinó hacia la doncella y susurró:

—¿Y el otro vizconde?

—Gracias a Dios él también duerme.

El vizconde Garrowly no tenía límites. Era tan despreciable que no

solo había intentado propasarse con Eleonor, sino que además con todas las doncellas. Mery se puso furiosa cuando le contó que él le había pedido a Eleonor que fuera su querida. Lo peor era que a su esposa parecía no molestarle el comportamiento de su marido. Por eso ella nunca se casaría. En la alta sociedad era normal y aceptable que una esposa se aguantara todas las queridas de su marido. Soltó un bufido. Por suerte, el vizconde era de los borrachos que se dormían rápido. Mery les ordenó a los empleados que le dieran al lord todas las botellas de alcohol si fuera necesario para mantenerlo dormido y que no atacara a nadie más.

—Él se irá hoy —comentó, aliviada.

—Y todos estamos feliz por ello.

Lady Flisher les pidió que se reunieran en el despacho después del desayuno. Tenía algo importante que comunicarles. Estaba un poco asustada por lo que su tía tendría que decirles. ¿Y si su primo había entregado Green Hills al vizconde de Norgate? Respiró hondo para calmarse. No ganaba nada con pensar cosas que aún no habían sucedido.

Eleonor dejó caer el cuerpo sobre el sofá de cuero negro que solía usar su padre para tomar una siesta.

—¿Creen que nuestra tía finalmente haya decidido echarnos de nuestra casa? —preguntó, preocupada.

—Green Hills ya no es nuestra casa —la corrigió Emma, que hacía girar el globo terráqueo que estaba sobre el escritorio.

—¡Green Hills siempre será nuestro hogar! —exclamó ella, más

alterada de lo que había querido.

Emily se cruzó de brazos y le lanzó una mirada fulminante.

—Después de cómo nos avergonzaste en el baile del barón St. James, es de esperar que lady Flisher nos eche a la calle.

—Nunca debí bailar con el hijo del barón —murmuró Emma.

Ella pestañó.

—¡No ha sido tu culpa, Emma! —chilló. Dirigió la vista a Emily y añadió—: Y tú deberías defender a tu hermana y no a un sinvergüenza que quiso aprovecharse de la inocencia de Emma.

—¡No estoy defendiendo a ningún sinvergüenza! —replicó, furiosa—. ¡Había otros métodos más discretos para que el canalla no se saliera con la suya! Pero como siempre Elizabeth, tienes que arruinarlo todo y comportarte como una salvaje —los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Nos has arruinado a todas! ¿Quién nos querrá ahora al saber que tenemos a una loca como hermana?

Ella no había comprendido lo que había hecho hasta ese momento. Emily tenía razón, sus actos habían terminado perjudicando a sus hermanas.

—Emily... yo... no quise...

La puerta del despacho se abrió y lady Flisher las interrumpió cuando ingresó. Rodeó el escritorio y se sentó, y les pidió que ellas hicieran lo mismo.

—Lamento haberlas hecho esperar, pero debía arreglar unos asuntos.

Puso los ojos en blanco. Era un fastidio tener que escucharla hablar. Eleonor debió notar su malestar, porque le dio una patada para que cambiara

de actitud. Se esforzó en sonreír, aunque las sonrisas fingidas no le iban muy bien.

—¿El conde de Cowthland ya ha regresado de las indias? —preguntó en un tono dulce e inocente.

—Mi hijo Wilfred llegará en unos días.

«Mentirosa», quiso decirle. Su primo estaba escondido en los barrios bajos de Londres como una rata. No solo el mozo de cuadra le había dado esa información, sino que también el ama de llaves había escuchado lo mismo de los empleados de otras fincas cercanas.

—Debo hablar con ustedes sobre algo muy importante...

—Que bien luce su cabello hoy día, Lady Flisher —la interrumpió Emily.

Era evidente que su alago no era sincero, porque su pelo se veía tan feo como siempre. Pero su tía parecía creer en la sinceridad de la melliza, hasta se tocó el cabello coquetamente.

—Gracias, querida.

Eleonor se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué es lo tan importante que tiene para decirnos?

Lady Flisher apoyó las manos sobre el escritorio y enderezó los hombros.

—Como bien saben, Green Hills ya no es tan prospera como lo era antes.

—Sí, estamos al tanto de las finanzas —añadió ella, apretando la mandíbula.

—Me alegro que lo sepan, porque así será más fácil que comprendan —repuso—. Me he visto forzada a tener que despedir a varios de nuestros empleados, hasta he seleccionado algunos de los muebles para venderlos.

Abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir:

—¡No puede echar a nadie más! —exclamó.

Lady Flisher hizo un gesto de que no haría tal cosa y eso la tranquilizó.

—¿Qué diría la gente si nos quedáramos sin empleados? —alzó el mentón y siguió—: Mi hijo en el nuevo conde de Cowthland y no quiero que dé la imagen de un conde devenido abajo.

Su primo Wilfred ya estaba devenido abajo mucho antes de convertirse en conde. Era un alivio que lady Flisher no se despidiera a nadie más, pero el pecho se le contrajo con el hecho de que su tía empezaría a vender los muebles y contra eso, ella no podía hacer nada.

—Tiene nuestro consentimiento para vender los muebles, lady Flisher —murmuró Eleonor, un poco afectada ante la situación.

Su tía sonrió, indulgentemente.

—Oh, querida, no les estaba pidiendo permiso, está ya no es su casa —las miró a todas y agregó—: ¿Lo recuerdan, verdad? He intentado hacer todo lo que está a mi alcance para ayudarlas, pero...

—¿Nos está echando? —quiso saber Emily, alarmada.

—No precisamente...

—¿Entonces? —inquirió ella.

—Creo que, debido a nuestra situación actual, todos deberíamos colaborar para sacar adelante Green Hills —dijo—. En especial, después de

la mala fama que nos hemos ganado... por ya saben *quién* —añadió, observándola directamente a los ojos.

Dudaba que esa mujer pudiese hacer otra cosa que no fuera sentarse y comer y hacer sonar la campanita para que le sirvieran el té. Tenía el presentimiento que estaban a punto de dispararle en la cara.

—¿Y cómo cree que podemos ayudar? —preguntó, despacio.

Lady Flisher se acomodó en el asiento.

—Bueno, obtener un dinerillo extra sería de gran ayuda.

—¿Quiere que trabajemos? —le cuestionó Emily, escandalizada.

—Será solo por un tiempo —contestó—. Hasta que mi hijo Wilfred nos saque de esta situación.

Si debían esperar a que la cabeza hueca de su primo resolviera todos los problemas, estaban perdidos. Su tía sacó unos papeles del primer cajón del escritorio, los apoyó sobre la madera y se puso sus gafas de lectura.

—Me tomé las molestias de buscarles una terea, ¡cielo santo! Borren esas caras de susto. Les juro que no harán nada que hasta yo misma no haría.

Emily hizo un ademán de levantarse del asiento, pero de inmediato recobró la compostura y sonrió como una delicada flor.

—¿Cómo puedo ayudar, lady Flisher? —preguntó.

—Mi querida Emily, a ti te he asignado una tarea sencillísima —farfulló—. Como han oído, la salud de mi hermana Jocelyn no es muy buena y el vizconde de Ashfiert, por alguna razón, aprecia tanto a mi hermana que iba a buscar una dama de compañía para ella —les contó—. Todos los gastos correrían por su cuenta, ¿no creen que el lord es muy amable? —expresó—. Y

sugirió que una de sus sobrinas cuidara de lady Jocelyn.

—¿Y por qué debo ser yo esa persona? —se quejó Emily—. Lady Jocelyn es una solterona y ella no me agrada.

—En eso coincidimos, querida.

A ella sí le agradaba lady Jocelyn y sería un honor poder cuidar de su tía.

—Emily puede seguir quedándose en Green Hills, yo puedo ser la dama de compañía de lady Jocelyn —se ofreció—. De hecho, me gustaría serlo.

La melliza respiró aliviada.

—Oh, gracias, Lizzy.

Pero su tía negó con la cabeza.

—El vizconde fue muy claro cuando pidió que fuese lady Emily quien cuidara de mi hermana.

Los ojos azules de Emily parecían estar saliéndose de su cuenco y esa vez, ella no pudo controlarse y se paró abruptamente de la silla.

—¡Oh, ese hombre despreciable! —chilló—. ¡Lo odio! ¡Canalla! ¡Él me ha tendido una trampa!

¿Una trampa? No entendía una palabra de lo que su hermana decía.

—¡Lady Emily! —gimió su tía—. Ese no es el lenguaje que una dama debe usar.

—¡Lady Jocelyn vive en Bristol! —bramó—. Eso queda muy lejos de Londres, y muy lejos de mi duque...

Su tía enarcó una ceja.

—¿Duque?

Emily alzó la barbilla con altanería. ¡Oh, por Dios! La melliza iba a decirlo y su tía no haría otra cosa que burlarse de ella. «¡Cierra la maldita boca!», quiso gritarle.

—Lady Flisher, está viendo a la futura duquesa de Bourklam.

CAPÍTULO 8

Y LA MELLIZA lo había dicho. Había dicho en voz alta sus fantasías. Ella se hundió en la butaca y se llevó una mano a la frente. Y como era de esperarse, su tía rompió a reírse a carcajada, lo que hizo que Emily se sintiera aún peor. Pero el carácter de la melliza no era de los que se doblegaban fácilmente.

—Imagino que lady Felicity, del mismo modo que nosotras, pondrá de su parte y hará alguna tarea —murmuró, cruzándose de brazos—. Al fin y al cabo, ella también se beneficiará de todo esto.

—A mi hija Felicity le encantaría ayudar, de eso estoy segura, pero la temporada en Londres está por comenzar y no puede perderse esta oportunidad de conseguir un marido —contestó—. Pensándolo bien, esa es su forma de contribuir. Puede que hasta se case con un *duque* y nos salve a todas —se mofó.

Las mejillas de Emily se tiñeron de un rojo intenso.

—¡No crea que trabajaré para pagar sus vestidos! —rugió—. ¡No le pagaré un vestido a una vaca ordinaria!

Tanto ella como sus hermanas abrieron grande los ojos. No era propio de Emily perder los estribos de esa manera; según ella una duquesa nunca debía hacerlo.

—¿Has llamado vaca ordinaria a mi hija? —refutó su tía, en un tono

severo.

—¡Sí!

Emma trató de apaciguar a su melliza poniéndole una mano en el hombro.

—Ella no quiso decir eso —la excusó.

—¡Sí quise hacerlo!

Eleonor sujetó el brazo de Emily con fuerzas y la obligó a sentarse.

—Emily solo está nerviosa por tener que abandonar Green Hills, de lo contrario, nunca diría semejantes cosas de nuestra querida prima. ¿Verdad, cariño?

Emily asintió con la cabeza al verse acorralada por sus hermanas y al darse cuenta de lo que había dicho.

—Oír unas disculpas me haría sentir mucho mejor —presionó lady Flisher.

La mandíbula de Emily se tensó. Sintió pena por su pequeña hermana. Y decidió sacar de la manga su mejor carta guardada para intervenir y evitar que su tía siguiera humillando a Emily. Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas.

—Si no digo esto ahora mismo, creo que moriré —murmuró.

Lady Flisher ladeó la cabeza hacia ella y tuvo toda su atención.

—¿Qué cosa, querida?

—No sé si deba decirlo... —dijo con mucho misterio—. Me lo han contado en confidencia.

Y como lo esperó, lady Flisher sintió curiosidad y se olvidó por un momento del enfado con Emily.

—Guardar secretos te hará daño a la salud —explayó—. Además, de esta habitación no saldrá nada de lo que digas, ¿verdad, queridas?

Sus hermanas asintieron con la cabeza.

—No lo sé... yo...

—¡Solo dilo de una buena vez! —exclamó su tía, impaciente.

—Me contaron que han visto al conde de Cowthland andar con los peores malandras de Londres —soltó saboreando cada palabra.

Su tía parpadeó, nerviosa.

—¿Al conde de Cowthland? ¿A mi hijo Wilfred?

Tuvo que morderse el labio inferior para no reírse y asintió.

—Pero eso no puede ser verdad porque nuestro primo todavía no ha pisado Inglaterra —agregó con malicia.

—¡Por supuesto que es una vil mentira!

Lady Flisher carraspeó y cogió los papeles del escritorio con los dedos temblorosos.

—¿En qué nos habíamos quedado? —preguntó para dar fin al tema.

—En las tareas que haremos cada una —respondió Emma.

—Claro, ahora diré cuál será la tuya... solo espera a que lea el nombre del marqués —volteó las hojas que tenía en las manos, hasta que dijo—: ¡Oh, sí! Trabajarás para el marqués Rulfcrow. Serás la institutriz de sus hermanos pequeños. El lord heredó la tutela de sus hermanos cuando su padre y

madrasta murieron en su lecho por inhalación de monóxido —les contó—. Parece que la chimenea fue la responsable, aunque algunos dicen que ha sido el mismo marqués quien los ha matado —agitó una mano en el aire—. ¡Pero eso no son más que bobadas!

Arrugó el ceño.

—¿Marqués Rulfcrow? —repitió—. Nunca he oído hablar sobre él. ¿Se ha mudado al condado hace poco?

—El marqués no es del condado de Hampshire. Y si no has oído hablar sobre él, eso es porque tú nunca sales de Green Hills.

—¿El lord vive en Bristol? —preguntó Emily contenta—. ¡Por lo menos podremos seguir estando juntas Emma!

Emma parecía más animada con la idea. Las mellizas nunca antes se habían separado.

—El marqués tampoco es de Bristol —se apresuró en decir su tía—. Él es del condado de Derby, es donde reside actualmente el lord, en Hard Fortress.

Ella se paró abruptamente de la butaca y si Eleonor no hubiera sujetado la silla a tiempo, hubiera caído al suelo.

—¡El condado de Derby está muy lejos de Green Hills! —gritó—. ¡Emma no irá a ningún lado!

—El marqués Rulfcrow pagará muy bien y cuando él se enteró que la institutriz era la hija de un conde, duplicó el pago.

Apretó los puños a los costados del cuerpo.

—¿Hace cuánto tiempo viene planificando todo esto? —le cuestionó, a

través de los dientes.

—Emma es una muchacha instruida y este es el trabajo perfecto para ella.

—¡No sabemos nada del marqués Rulfcrow! —chilló.

—¡Buen Dios, pero él es un Marqués!

—¡Que vive muy lejos de Hampshire!

—Iré... —musitó Emma—. Iré al condado de Derby y seré la institutriz de esos niños.

—¡Estupendo! —exclamó su tía.

Podía ver como lady Flisher ya estaba disfrutando del pago que recibiría por parte del marqués.

—No, Emma, no puedes hacerlo —se negó a aceptar—. No dejaré que lo hagas. Iré yo en tu lugar.

—¿Tú? —se mofó su tía—. Lo siento, Elizabeth, pero tu perfil está lejos de ser una institutriz. Y luego de que nos avergonzaras en la fiesta del barón, no puedo correr el riesgo que tu carácter salvaje termine por acabar la reputación de nuestra familia adelante del marqués.

—Prometo que seré la mejor institutriz que toda Inglaterra haya conocido —replicó en un tono desesperado.

—Esa es una promesa difícil de cumplir, querida sobrina.

—Puedo hacerlo —repitió Emma.

—¡Claro que no, Emma! —exclamó ella.

—Todavía no estás preparada para enfrentarte al mundo tú sola, cariño

—agregó Eleonor—. No sabrás que hacer si surge algún problema. La vida que hay afuera de Green Hills, no es tan sencilla y no puedes esconderte debajo de una piedra si algo te asusta.

—Puedo hacerlo —insistió su hermana.

—¿Acaso sabes dónde queda el condado de Derby? —le cuestionó su melliza.

—La pregunta sería, ¿tú sabes dónde queda?

Emily hizo un mohín.

—Queda lejos de Londres.

Emma miró a lady Flisher y dijo:

—Acepto el trabajo de institutriz, pero con la condición que quiero recibir la mitad del salario.

Su tía arqueó una ceja.

—¿La mitad?

Emma respiró hondo y alzó la barbilla.

—Dijo que el marqués duplicó el pago por ser la hija de un conde —continuó—. Quiero el dinero extra y que el resto sea para los gastos de Green Hills.

Su hermana parecía decidida. Era la primera vez que veía a Emma tan segura con sus palabras. Sabía que no podría protegerla por siempre y lo único que podía hacer en ese momento era apoyarla en su decisión. Sujetó una mano de su hermana y se la apretó.

—Si no acepta su petición, no hay trato.

Emma la miró por encima del hombro y le sonrió.

—Esa es mi condición —ratificó su hermana.

Lady Flisher protestó por un segundo y luego terminó cediendo.

—¿Qué? ¿Cómo puedes permitirlo, Lizzy? —gruñó Emily—. ¡Es un viaje muy largo hasta Derby y ella...! —la voz se le quebró—. Estará muy lejos de nosotras... y...

Emma se acercó a su melliza y la abrazó.

—Estaré bien, lo prometo.

—¿Y si no lo estás? —replicó, entre sollozos.

—¿Confías en mí?

—Con todo mi ser.

—Estaré bien Emily.

—No quiero interrumpir este melancólico momento de hermanas, pero estoy apurada y debo terminar con esto.

Ella suspiró, irritada.

—¿Qué otra tarea nos tiene preparada, lady Flisher? —quiso saber.

Su tía regresó los papeles que tenía en las manos al cajón.

—Como mencioné, mi hija Felicity asistirá a la temporada y dada mis circunstancias actuales no podré acompañarla, por eso he decidido que Eleonor sea su acompañante —su tía le lanzó una mirada ceñuda y agregó—: Y ni intentes decir que ocuparas el lugar de Eleonor porque a ti los bailes no se te dan bien y, además, tu debut fue un desastre. En cambio, Eleonor, bueno... ya sabemos que fue un éxito. Y creo que aún ha dejado algunos

corazones rotos en Londres.

Miró a Eleonor de reojo y ella asintió con la cabeza. Que su hermana tuviera que soportar a la fastidiosa Felicity durante una temporada, no podía ser tan grave para un carácter tan apacible como el de Eleonor.

—Trataré de ser una buena compañía para nuestra prima —murmuró Eleonor.

—Oh, lo serás, querida, lo serás —dijo emocionada—. Lady Garrowly se pondrá feliz con la noticia.

—¿Lady Garrowly? —repitió Eleonor.

—Tú y Felicity se hospedarán en la residencia del vizconde.

—¡No! —gritaron las cuatro a la vez.

Su tía golpeó el escritorio con las palmas de las manos.

—¡Sus quejas ya me han agotado! —rugió—. El vizconde ha prometido hacer todo lo posible para conseguirles un buen matrimonio. Deberían sentirse agradecidas con el lord, ya que ninguna cuenta con una dote. Y no dejaré que sus locuras destruyan el futuro de mi hija.

—El vizconde es un asqueroso que quiso propasarse con Eleonor —le contó Emily.

—¿Cómo te atreves a hacer semejante acusación, mocosa malcriada? —la espetó.

—¡No es una mentira! —replicó Emily.

Lady Flisher se levantó furiosa del asiento y rodeó el escritorio.

—Será mejor que hagan lo que les digo o las echaré de Green Hills, y tendrán que buscarse esta misma noche un sitio para dormir —masculló,

sacando humo por la nariz.

Odiaba hallarse en esa situación de vulnerabilidad. Estaba tan perturbada que le era difícil pensar. Quería mandarla al diablo, pero sabía que, si lo hacía, todo acabaría y tendrían que olvidarse para siempre de Green Hills. Su tía se detuvo en la puerta y se volteó hacia ellas.

—Antes que me olvide, Eleonor, querida, si decides ir a Londres, tendrás que tener tu equipaje listo para esta misma tarde, porque viajaras en el mismo coche que la vizcondesa Garrowly.

Contó hasta tres para no explotar.

—¿Todavía no ha dicho que tarea me ha designado, *querida tía*?

Lady Flisher la estudió de abajo hacia arriba y respondió:

—En Green Hills hace falta personal, y serás de gran utilidad si ayudas al ama de llaves con los quehaceres de la casa.

—Lady Flisher —dijo Emily.

—¿Sí?

—Me retracto de lo que dije de su cabello —explayó—. Su pelo es horrible.

Lady Flisher soltó una exclamación de disgusto y se retiró del despacho, oyéndose el frufú de sus faldas al rozarse.

El sol había caído y los huéspedes de su tía se estaban despidiendo. Ingresó a la recámara de Eleonor para decirle que no debía irse, que encontrarían otra forma para salir de esa situación. Todas podían ir a Bristol a

la casa de lady Jocelyn. Eleonor le apartó la mirada cuando la vio ingresar a la recámara y se secó una lágrima de la mejilla.

—¡Oh, Eleonor! —masculló, afligida—. No debes ir a Londres. El vizconde no se detendrá hasta conseguir lo que quiere.

Eleonor se volteó hacia ella y se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—No quiero ir a Londres, pero no es solo porque tendré que vivir bajo el mismo techo que ese ser despreciable, sino que además...

—¿Además qué?

—Él regresó.

—¿Quién Eleonor?

Su hermana sacudió la cabeza.

—No importa.

—¡Pero a mí sí me importa!

—¡Olvídalo, Lizzy! —chilló—. Debo ir o lady Flisher nos echará de Green Hills.

—¡Lo único que de verdad me importa son ustedes! —gimió—. El dinero que tenemos nos permitirá alquilar una casa pequeña...

—¿Casa pequeña? —repitió Emily, cuando ingresó a la alcoba junto a Emma.

—¿Acaso prefieren que lady Flisher nos separe?

—¡Pero perderemos Green Hills si nos vamos! —exclamó Emily—. ¡Ella ganara! Y no quiero que esa vaca vieja se salga con la suya.

Eleonor cerró el baúl cuando guardó su joyero.

—Por si no te has dado cuenta Emily, Green Hills ya no nos pertenece —dirigió la vista hacia ella y siguió—: El dinero con el que contamos apenas nos permitirá sobrevivir, Lizzy. Y he pensado que... al ir a la temporada... yo... yo también pueda encontrar un marido.

—¡No tenemos dotes! —le recordó.

—Pero somos las hijas de un conde —contestó.

—Tendremos una dote si hallas el dinero que escondió nuestro padre en algún sitio de Green Hills —agregó Emily.

¿Y si ese dinero no existía? ¿Y si ellas se habían aferrado a una esperanza falsa?

—No podemos dejar nuestro destino a la suerte. ¿Cómo harás para librarte de las manos del vizconde? ¿Dejarás de ser mi hermana si te conviertes en su querida!

—Prefiero estar muerta antes de convertirme en su querida —refutó Eleonor—. Evitaré quedarme a solas con él y estaré todo el tiempo al lado de Felicity. Y puede que hasta el vizconde encuentre otra distracción.

Dudaba que eso fuese posible teniendo a Eleonor bajo su propio techo. Su hermana no tenía noción de lo que ella generaba en los hombres.

—Vivirás en la boca del lobo. Todavía nos queda la opción de que vayamos todas a Bristol. Dudo que el vizconde Ashfiert se niegue a llevarnos.

—No quiero pasar el resto de mis días viviendo con una solterona —farfulló Emily, apretando la mandíbula—. Si todas nos vamos de Green Hills, no podremos regresar. Todavía no estoy preparada para... —la voz se le fue.

—Deberíamos hacer lo que lady Flisher nos ha pedido que hiciéramos —sugirió Emma, abriendo la boca por primera vez—. Tanto Emily como yo, ganaremos algo de dinero y podremos ahorrarlo. Y Lizzy, tu podrás buscar el tesoro de papá si te quedas.

—Pero...

—Y si las cosas no salen como planeamos, recurriremos al plan B, de alquilar una casa pequeña. Y por el amor de Dios Eleonor, no te cases con alguien que no ames.

Emily se cruzó de brazos y resopló.

—Recurrir al plan B sería nuestra ruina, y tendría que olvidarme de ser una duquesa.

Su hermana había logrado robarle una sonrisa. Estaban prácticamente arruinadas y ella seguía pensando en convertirse en duquesa.

—No creo que debamos separarnos.

—Que se haga una votación —masculló Emma.

Enarcó una ceja.

—¿Votación?

—Levante la mano quien piense que no debemos rendirnos y tratar de recuperar Green Hills —dijo Emma como si estuviera en el parlamento—. Aunque eso signifique que tendremos que separarnos por un tiempo.

Sus tres hermanas menores levantaron las manos. Evidentemente, ella había perdido. Sintió como el corazón se le desgarraba con la idea de que no se verían por un tiempo. Pero era la hermana mayor y no podía demostrarles que se sentía aterrada. Tragó saliva y sonrió para transmitirles serenidad.

Debían tener tanto miedo como ella.

—Prométanme que me escribirán —les ordenó—. Y si solo una de ustedes tiene un problema, inmediatamente recurriremos al plan B, ¿sí?

Sus hermanas asintieron con la cabeza y luego se abrazaron. Odiaba las despedidas. Y se sintió orgullosa de no haber derramado ninguna lágrima delante de ellas. Ni siquiera se le escaparon cuando alzó una mano y se despidió de sus hermanas mientras salían de Green Hills en los carruajes.

Nunca antes se había sentido tan sola.

CAPÍTULO 9

SE ACOMODÓ en el elegante asiento del coche del duque de Bourklam, quien se lo había prestado por una buena causa, para que el heredero del ducado pudiera pedirle la mano al barón St. James de su hija menor, lady Ofelia. Y para eso tuvo que dejar su comfortable casa en Mayfair y viajar hasta Hampshire. Odiaba la aburrida vida campestre. Pero debía actuar como un caballero alegre que se encontraba feliz de ir a ver a su futura prometida, por lo menos hasta que a su padre se le quitara la absurda idea de desheredarlo. Habían pasado dos semanas desde que el duque le había dado el ultimátum de que debía casarse antes que acabara la temporada, o no volvería a ver un centavo más.

Sacó una petaca con brandy del bolsillo interno de la chaqueta y bebió un trago. Observó a su nuevo ayudante de cámara, él era el tercero que había contratado en seis meses. Le gustaba vestirse impecablemente y era bastante exigente. Pero a su exigencia la recompensaba con la paga. No era un empleador tacaño. Tomó otro sorbo de brandy y se limpió la boca con el dorso de la mano. Extendió el brazo y decidió compartir su licor con... como fuese que él se llamara. A él no le gustaba beber solo y su ayudante de cámara sería la única persona que lo acompañaría hasta las puertas del infierno. Pero estaba siendo bastante bondadoso al comparar el matrimonio con el infierno.

—¿Quieres un trago? —le ofreció la petaca.

El muchacho negó el ofrecimiento tímidamente con la cabeza. Se

encogió de hombros. Él se lo perdía. Bajó la vista y frunció el ceño cuando observó que sus pulcras botas tenían una leve capa de polvillo. ¡Y él todavía no había llegado al campo! Extendió las piernas largas y las apoyó sobre el asiento que tenía adelante.

—Límpiame las botas —le ordenó—. Debí ser más inteligente y haberle dicho a mi padre que le pediría la mano a una muchacha de Londres —se quejó con fastidio—. Y de haberlo hecho, esta noche no me hubiera perdido el partido de cartas que mis amigos hacían en el club White's.

Sus amigos, más conocidos como los canallas de Mayfair, eran famosos por sus polémicos partidos de los jueves. Donde varios integrantes de la nobleza perdían buena cantidad de libras. Hasta el momento, no había existido persona que pudiera desbancar a los canallas de Mayfair. Su ayudante de cámara, que ya conocía sus exigencias y parecía ser un muchacho sensato, no dijo una palabra y sacó un trapo que siempre llevaba a mano. Tomó un pie entre sus manos y empezó a limpiar sus botas.

Él cerró los ojos. El movimiento del coche tenía algo que lo adormecía. Las ballestas del carruaje hacían que se deslizara sin saltos ni sobresaltos por la carretera. Después de haber disfrutado de una entretenida noche con amigos, alcohol y bonitas cortesanas, el cansancio empezaba a vencerlo. El rítmico clop-clop de los cascos de los caballos lo terminaron de dormir.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando el coche dio un sobresalto y lo despertó desorientado, se detuvo tan bruscamente que el cuerpo se le fue hacia delante y casi se cayó del asiento. Miró a su ayudante de cámara y preguntó:

—¿Qué está ocurriendo?

—Nos hemos detenido.

A él se le escapó un bufido.

—He deducido eso yo mismo —replicó, mordaz—. ¿Sabes dónde estamos?

El muchacho negó con la cabeza.

Golpeó el techo del carruaje y llamó al cochero para que él le diera explicaciones. De repente, se oyó un disparo, seguido de otro y otro. Por un demonio, eso no era nada bueno. Bebió un sorbo de brandy y buscó el revólver que escondía debajo del asiento. La portezuela del coche se abrió bruscamente y al cabo de un segundo, tenía el cañón de una pistola apuntándole la frente. El salteador era corpulento y le llevaba una cabeza.

—Buenas tarde, milord —lo saludó con petulancia.

—El conde esconde un arma —le alertó su ayudante de cámara al bandolero.

¡Pero que diantres! ¿Acaso el muchacho quería que los matara? El bandolero, que tenía la mitad del rostro cubierto por un pañuelo, se acercó otro poco y apoyó el hombro en el marco de la portezuela.

—Arroje el arma hacia adelante, milord —le ordenó el bandido, y por detrás de él pudo ver a otras tres personas a caballo que lo acompañaban.

Hizo lo que le pidió, al mismo tiempo que amonestaba a su ayudante de cámara con la mirada por haber abierto la boca.

—Hallaran el resto del dinero en las maletas —les informó su ayudante de cámara a los malhechores, mientras les enseñaba la bolsa de moneda que debió quitársela del pantalón cuando él se había dormido—. Y también llévense su ropa. Al lord le gusta vestirse con trajes caros y elegantes. Puede

que saquemos algo de dinero con eso —agregó su empleado, saliendo del coche con tranquilidad—. Los de su clase se creen intocables y que nada malo les pasará —soltó una risotada—. Idiotas.

¿Acababa de llamarlo idiota? Bien, había sido un idiota por no haberlo visto venir. Evidentemente, su ayudante de cámara estaba con los bandoleros y parecía ser el cabecilla. Definitivamente, sería despedido y tendría que tener más precaución a quien contratara la próxima vez. Si había próxima vez. Apretó los puños para contener su furia.

—Debí obligarte a que limpiaras mis botas con la lengua.

El bandido de la cara cubierta le giró la cabeza con un golpe en la mandíbula.

—Cuide sus palabras al dirigirse a nuestro jefe, milord.

Se llevó una mano a la mandíbula y sonrió. Y él que creía que su ayudante de cámara era un muchacho inofensivo. ¡Y era el cerebro de una banda de criminales! Cruzó las piernas, todo arrogante, y entornó los párpados. Ellos debían agradecer que hubiera prometido que nunca más golpearía a nadie después de lo que había sucedido en su última pelea. Riña que había acabado con un fatídico final. Ser el hijo de un duque siempre le había resultado una carga. Le agotaba que las personas lo trataran con hipocresía y se le acercaran solo por el interés de su título, y de tener que seguir rigurosas reglas que lo asfixiaban. Hasta que un día se le ocurrió que la mejor forma de sentirse libre y vivo, era tomando la identidad de otra persona para entrar a clubes de peleas clandestinas. La adrenalina que corría por su cuerpo en cada pelea era un vició que hacía que quisiera más y más. «*El imbatible Conan*», le habían apodado. Todo fue maravilloso hasta que en una de esas malditas peleas su contrincante cayó al suelo y murió.

Por su culpa.

Él había matado a un hombre y nunca se lo iba a perdonar. *El imbatible Connan* se había enfrentado a hombres más corpulentos que sus salteadores y había salido victorioso. Podía con todos ellos, lo sabía, pero sus puños no volverían a golpear a nadie más.

—¿Por qué haces esto, como sea que te llames? —quiso saber.

—¿Tú por qué crees que lo hago? —replicó, indolente—. Y mi nombre es Caleb.

Le urgía beber algo fuerte. Destapó la petaca de plata, echó la cabeza hacia atrás y bebió un sorbo largo de brandy, y luego dijo:

—El dinero que me han robado, más lo que puedan llegar a sacar con la venta de mis trajes, que de hecho no será mucho, porque las personas que pueden usarlos son personas de mi clase y ellos no usaran trajes que tengan mi sello —continuó—. Eso significa que lo que te llevaras al dividir el motín con tus compañeros, ¿qué cuánto son? ¿cuatro?

—Cinco —lo corrigió el bandolero del pañuelo.

Él asintió la cabeza para agradecer la corrección.

—Al motín lo tendrás que dividir en cinco y lo que recibirás ni siquiera se acercará a lo que yo te pagaba al mes —le explicó—. Ha sido un gran error de tu parte, muchacho estúpido. O tan solo...

—¿O tan solo qué? —instó a que siga.

—O tan solo que pretendas engañar a tus compañeros y huir tu solo con el motín.

—Caleb no haría eso —lo defendió el compañero en un tono no tan

convencido—. Él nos dará nuestro pago, ¿verdad, jefe?

—Claro que sí, idiota, el lord solo intenta ponerte en mi contra.

Él chasqueó la lengua.

—Sí tú lo dices.

—Lo dejo antes que el duque lo deje a usted sin un centavo cuando no termine casándose con la hija de su amigo —le corrigió—. Porque los dos sabemos que no le pedirá matrimonio a la hija del barón. Prefiero irme con las manos llenas, que con las manos vacías.

Él endureció la expresión con una sonrisa burlona.

—No eres más que un ladronzuelo de baja calaña, que terminarás en el Támesis si me entero que vuelves a poner un pie en Londres —lo amenazó.

Caleb le quitó el revólver a su compañero y lo apuntó con el arma.

—Pero eso no sucederá si me deshago de usted primero, milord —contestó, arrebatándole la licorera de la mano—. ¿Es de plata, verdad? Sacaremos algo más de dinero por ella.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió, cuando su antiguo empleado vaciaba la licorera, desperdiciando un brandy de calidad sobre el suelo.

Los salteadores se abalanzaron sobre él y le ataron las manos a sus espaldas con una sogá.

—Es hora de que tome una siesta, milord —le dijeron antes que su mundo se volviera todo oscuro.

CAPÍTULO 10

HACÍA dos semanas que sus hermanas se habían ido, y a ella le parecía como si hubiera pasado un año. Las extrañaba. Si creía que lady Flisher era la mujer más cruel sobre la tierra, ahora creía que era la misma reencarnación del diablo. De los más de cincuenta empleados que solía tener la finca, solo habían quedado quince, ella incluida, y debían hacer el trabajo de todos ellos. Y el esfuerzo que hacía para no mandarla al infierno era sobrehumano. Pero prefería tragarse su orgullo para seguir teniendo la posibilidad de hallar el tesoro de su padre, aunque apenas tuviera tiempo para buscarlo. Su tía la llenaba de tareas durante el día y solo le quedaba algunos momentos libres. Momentos libres que aprovechaba para buscar las dotes, por más cansada que tuviera después de haber tenido un día duro.

—Esto ha sido una muy mala idea, miladi —murmuró Arrieta, la única doncella que quedaba en Green Hills—. Deberíamos regresar a la casa, si descubren que no estamos...

Puso los ojos en blanco. Arrieta sentía pánico por lady Flisher luego de que la hubiera golpeado por haberle servido el té tibio. ¡Y su tía era quien había dejado enfriar el té! Habían caminado hasta el límite donde terminaba Green Hills, por el lado norte de la propiedad. Era la única zona que le quedaba sin buscar. También entendía el miedo de su doncella por haberse alejado tanto de la casa.

—Mery nos cubrirá las espaldas. No tienes de qué preocuparte, Arrieta

—dijo—. Pero mientras más continuas hablando, más tiempo perderemos.

—¿Y si alguien nos reconoce? —insistió con sus temores.

—Nadie nos reconocerá vestidos de mozos de cuadra.

Se habían puesto ropa que habían dejado sus antiguos empleados en los establos antes que lo despidieran. Habían tenido que atarse el pantalón con una soga en la cintura para que no se les cayera, y como la camisa y el saco les quedaba bastante sueltos, no hizo falta que se vendaran los pechos. Y ocultaron el cabello con un sombrero. Nadie sospecharía que había dos mujeres detrás de toda esa ropa. Nunca imaginó que fuera tan cómodo usar pantalones. Los hombres sí que eran afortunados. El sol se estaba ocultando y si no se apresuraban, tendrían que regresar otro día para revisar la zona. Y dado que el nuevo conde de Cowthland llegaría a Green Hills en dos días, dudaba que les quedara tiempo para volver pronto a inspeccionar la zona.

Tiempo era lo que ella no tenía.

No quería perder las esperanzas, pero cada día sus ilusiones se iban apagando.

—Busca detrás de aquel árbol, Arrieta —le pidió, señalándolo con el dedo.

—Sí, miladi.

Se arrodilló sobre la tierra y siguió excavando con los utensilios de jardinería. Sentía como si buscara una aguja en un pajar. Había momentos, como ese, que se enfadaba profundamente con su padre. Sus locuras las había llevado a la ruina. Se limpió la transpiración de la frente con el dorso de la mano. Los días se volvían más cálidos con la llegada del verano. Estaba apartando un mosquito que se le había asentado en el brazo, cuando el

estallido de un disparo la asustó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Arrieta.

Antes que ella pudiera responder, se oyó otros disparos más. Se escucharon tan cerca que los oídos le zumbaron. Se arrojó boca abajo sobre el suelo y le ordenó a su doncella que hiciera lo mismo.

—¿Y si lady Flisher se dio cuenta que nos escapamos de la casa y ella mandó a alguien para que nos vengán a buscar? —susurró su doncella, arrastrándose por el suelo para llegar hasta donde ella estaba.

—Créeme cuando te digo que mi tía no haría que sus empleados perdieran su tiempo en nosotras —respondió en voz baja—. Todavía no estamos en época de cacería —siguió—. Pero la carretera está muy cerca...

Arrieta abrió grandes sus ojos marrones.

—¿Salteadores? ¿Insinúa que pueden ser salteadores?

—Probablemente.

—Entonces este es un buen momento para regresar a la casa —mantuvo su tono muy bajo.

—Primero me aseguraré que no haya nadie herido.

—¿Asegurarse de qué...? ¿A dónde cree que va, miladi?

Cargó al hombro la escopeta que era de su padre y que había llevado con ella. Se sentía más segura cuando salía a recorrer la finca con el arma. Y agradeció haberla llevado.

—Regrese, miladi, es peligroso —le imploró su doncella.

Se llevó un dedo a los labios y le pidió que guardara silencio.

—Primero me aseguraré que no haya ninguna persona herida.

—Ese no es nuestro problema...

Sabía que su doncella no estaba equivocada y que era peligroso que una dama se acercara a unos salteadores, pero ella no iba vestida como una dama y tenía una excelente puntería. Su padre siempre destacaba el don que tenía cuando le enseñaba a disparar. Avanzó despacio hacia la carretera y pudo ver un carruaje que atravesaba el camino. Se ocultó entre los pastizales cuando uno de los caballos relinchó y se soltó del coche, llevando consigo al conductor que parecía estar amarrado al animal.

A ella se le escapó un grito cuando su doncella apareció de golpe a sus espaldas y apoyó su mano sobre su hombro.

—No veo a nadie —susurró.

—Gracias a Dios que los salteadores ya se han ido, o hubieras hecho que nos descubrieran —replicó entre dientes.

—Lo siento, miladi, yo... —se quedó muda por un momento, hasta que logró recuperar el habla y dijo—: El carruaje tiene el escudo del duque de Bourklam. ¿Cree que él... él esté... esté herido?

Fijó la vista en el escudo que había en la puerta del coche y efectivamente, le pertenecía a la familia Bourklam. ¿Qué hacía el carruaje del duque tan lejos de Londres? Alzó la escopeta y apuntó hacia delante, mientras salía del pastizal.

—Será mejor que vaya a ver.

—Tenga cuidado, miladi, puede que sea una trampa.

Se aproximó al coche y abrió despacio la portezuela. Subió un pie al escalón y luego el otro. La respiración se le aceleró cuando halló a un hombre

de espalda tendido sobre el suelo, entre los dos asientos. Tenía las manos atadas con una soga y vestía elegantemente para ser un criado. ¿Acaso él podía ser el duque? El caballero no se movía y parecía estar desmayado, en el mejor de los casos. Dejó la escopeta sobre el asiento y se acuclilló a su lado.

—Duque de Bourklam —dijo—. Su gracia...

No hubo respuesta. Tragó saliva.

—Duque de Bourklam —repitió, mientras hacía fuerza para voltearlo boca arriba—. ¡Cáspita!

Ella lo soltó cuando se dio cuenta que ese no era el duque de Bourklam. El hombre que estaba en el coche era el conde de Kinghyork, el futuro duque de Bourklam.

Echó una maldición cuando el sombrero se le salió de la cabeza en una maniobra para acomodar al conde, y su melena quedó al descubierto. Pero en ese instante, tenía otros motivos más importantes de qué preocuparse. El conde no reaccionaba y también apestaba a alcohol. Tenía una herida en la frente, y un hilo de sangre seca que se deslizaba por su sien. Lo inclinó hacia delante e hizo que apoyara la cabeza en su brazo, y le dio unas palmaditas en las mejillas. Por más que odiara a ese hombre, nadie se merecía morir de esa forma. Acercó la oreja a su pecho y sus pulsaciones apenas eran perceptibles. Ni en los más alocados de sus pensamientos se hubiera imaginado hallarse en una situación como esa.

Estudió su rostro por un instante: sus facciones parecían tan pacíficas que hasta lucían angelical, y hubiera pensado que lo era sino hubiera vivido en

carne propia su despreciable comportamiento; más que un ángel, el conde era un demonio. Su nariz era respingada con una leve curvatura que encajaba a la perfección con su cara, pero lo que más le llamaba la atención, eran sus tupidas pestañas arqueadas que enmarcaban sus ojos y eran de dos tonos más oscuro que su cabello. Pasó una mano por su pelo desordenado, tenía una textura suave, sedosa... ¡Madre mía! ¿Qué estaba haciendo? Hasta estando inconsciente él era un imán para las mujeres. Ahora empezaba a comprender la obsesión que sentía su hermana Emily por el conde.

Emily enloquecería cuando le contara que había tenido al futuro duque de Bourklam entre sus brazos antes de que él partiera hacia el otro lado. Bueno, probablemente no moriría, pero el golpe que le habían dado en la cabeza no se veía nada bien. Un doctor debía ver su herida. Pero no podía dejarlo tirado en el suelo. Trató de recostarlo sobre el asiento, pero él era demasiado pesado para hacer ella sola ese trabajo. Abrió la puertezuela del coche y llamó a su doncella con la mano. Arrieta, que estaba a solo unos metros, se acercó de un tirón.

—¿El carruaje es del duque?

—Sí.

—¿El duque está ahí? —preguntó, señalando el interior con el mentón.

—No —contestó—. Pero quien sí está es su hijo. El conde está herido y necesita que lo atienda un doctor.

El rostro de la doncella se le iluminó como si le hubieran regalado un collar con esmeraldas.

—¿Dice que el conde de Kinghyork es quien está en el coche? —repitió.

Puso los ojos en blanco. Hasta las criadas se volvían locas con las historias del conde.

—Sí —afirmó—. Los salteadores lo han golpeado y lo han dejado inconsciente.

Arrieta se llevó afligida una mano a la boca.

—Pobrecillo...

—Necesito que me ayudes a recostarlo sobre el asiento.

Arrieta asintió e ingresó al carruaje. Tuvo que pellizcar a su doncella en el brazo cuando se quedó inmóvil como una estatua mientras observaba al futuro duque. ¿Qué diablos tenía él que lograba que todas las mujeres se rindieran a sus pies?

—Imaginaba al conde más alto —comentó—. Pero sí que es apuesto, su cabello es tan...

Soltó un bufido.

—Si quieres que el conde no se muera, ayúdame a ponerlo sobre el asiento.

La doncella se persignó y creyó que les había rezado a todos los dioses para que no se llevaran pronto al futuro duque.

—¿Él se pondrá bien, verdad?

Ella bajó la vista y lo miró, y no pudo evitar recordar como él se había burlado de ella en su primera temporada y convertido su presentación en sociedad en un infierno.

—Los buenos para nada siempre tienen suerte y sobreviven —farfulló—. Y mi primo ejemplifica a la perfección mi teoría.

Ella sujetó al conde de los brazos y la doncella lo tomó de las piernas, y las dos lograron recostarlo sobre el asiento de cuero. Y cuando creyó tener todo controlado, él abrió los ojos de golpe y la miró, sujetándola fuertemente de la muñeca. El conde la llevó contra su pecho cuando intentó librarse de su mano, y sus rostros se quedaron enfrentados. Pudo ver que sus ojos eran verdes con sombra marrón en los bordes. Pero no era cualquier marrón, lucía como el marrón que quedaba cuando se preparaba un té de manzanilla. Claro, dorado, cristalino. Sintió un cosquilleo en el estómago cuando él le sonrió. Era una sonrisa traviesa, seductora y contagiosa, porque ella descubrió que también se la había devuelto. Apartó de la cabeza la vocecita que le decía que debía alejarse, pero creyó que ya era tarde para hacerlo. El encantador de serpiente la había atrapado.

—No me dejes solo, mi pequeña hada —le pidió él, dulcificando el tono de su voz.

¿Pequeña Hada? El golpe que el conde había recibido en la cabeza le había hecho perder la cordura. Le lanzó una mirada rápida a su doncella y esta se encogió de hombro.

—Por lo menos él ha despertado —comentó.

Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Recuerda cómo se llama, milord?

El futuro duque la tironeó y la acercó un poco más a él. Sus rostros prácticamente parecían estar pegados. La proximidad, el contacto, empezaron a nublar sus pensamientos.

Buen Dios.

—Soy Connor Aurbrey, conde de Kinghyork, futuro duque de Bourklam

—respondió—. ¿Y tú quién eres?

Que él recordara quien era, era una buena señal.

—¿Sabe dónde está, milord? —siguió indagando, omitiendo responder su pregunta.

El conde le cogió un mechón de pelo y lo enrolló en su dedo, luego se lo acercó a la nariz y lo olió.

—¿En el cielo? —contestó, suspirando—. Tiene un cabello precioso, miladi.

¿Miladi? Recordó que su disfraz de mozo de cuadra había dejado de servir cuando se le cayó el sombrero y su pelo largo se soltó. Abrió los ojos grandes, alarmada. ¿Y si el conde la reconocía? Él no lo haría, porque por más que no tuviera el sombrero, vestía como un criado. Una dama nunca usaría esas ropas. Además, el futuro duque ni siquiera debía recordar a la mujer con piernas de ganso.

—¿Se acuerda que fue lo que le sucedió?

El conde de Kinghyork sonrió plácidamente y contestó:

—Recuerdo abrir los ojos y encontrarme a la criatura más preciosa que haya visto antes.

Sabía que el futuro duque estaba delirando, pero no pudo evitar que sus mejillas se sonrojaran. Que su doncella estuviera presente y oyera lo que él le decía, ya era bastante embarazoso. Y si creyó que la situación no podía empeorar, se equivocó. El conde le acarició la mejilla, sostuvo su mentón y luego, se inclinó y rozó sus labios con los suyos. Él la besó. Un beso tierno, pero significativo. El granuja que ella más odiaba le había dado su primer beso. Emociones encontradas brotaron por su cuerpo. Sentía una mezcla de

placer y de furia. Cerró el puño y lo golpeó.

Y él volvió a desmayarse.

—¡Pero que ha hecho, miladi!

—El conde estará bien —dijo, un tanto alterada y confusa—. Debemos irnos, Arrieta —le ordenó—. O lady Flisher se dará cuenta que no estamos en Green Hills.

—No podemos dejar al conde aquí solo —protestó la doncella.

Ella hizo una mueca, mientras cogía el sombrero y se cubría el pelo otra vez.

—Él no parece estar tan mal luego de...

—¿Besarla?

Se dio cuenta del peligro que corría si alguien se enteraba de lo que acababa de suceder. Ya su nombre corría por la boca de todos los chismosos luego de haber golpeado al honorable hijo del barón, y si descubrían que el conde la había besado vestida de mozo de cuadra, su reputación quedaría mancillada para siempre. Lo que significaba que sus hermanas también se verían afectadas. Demasiados problemas ya les había causado. Se llevó una mano a la frente cuando reaccionó que su principal problema era si Emily se enteraba que su duque la había besado a ella primero.

Su hermana no se lo perdonaría jamás.

Tragó saliva.

—No vuelvas a repetir eso nunca más, Arrieta. ¿Lo has entendido?

La doncella asintió con la cabeza.

—¿Y... que tal besa el conde, miladi? —preguntó Arrieta, curiosa.

¿Cómo besaba él? Para ser su primer beso, creyó que no había sido tan desagradable... sacudió la cabeza para quitar esa idea.

—¡Horripilante! —chilló—. ¡Espantoso!

—Eso no fue lo que pareció —la contradijo su doncella.

Entornó los párpados y le lanzó una mirada llena de advertencia.

—Y para que no pienses que soy una mujer desalmada, enviaremos a alguien de Green Hills para que se encargue del lord —explayó, abriendo la portezuela del coche.

—Oh, mi cabeza... —se quejaron a sus espaldas.

Tanto ella como su doncella se quedaron duras de una pieza. El conde de Kinghyork había vuelto a despertarse.

CAPÍTULO 11

ÉL HUBIERA jurado que había visto a una mujer. Hubiera jurado que había besado a una mujer. Pero eso era imposible, en el coche solo había dos criados. Se masajeó las sienes con las yemas de los dedos al sentir una punzada en la cabeza. Apoyó una mano en el respaldo del asiento y se inclinó hacia adelante.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó—. Si vienen a robarme, han llegado demasiado tarde —agregó, al notar que uno de ellos llevaba una escopeta.

Los dos criados lo miraron enmudecidos y parecían estar bastantes nerviosos. Apenas eran unos jovencuelos que recién habían salido del cascarón. Vestían unas ropas viejas que ni siquiera eran de sus tallas, hasta sintió pena por ellos. El criado más alto, el que portaba el arma, dio un paso hacia él con la vista al suelo.

—No somos salteadores, milord —respondió, forzando la voz para que sonara más a un hombre adulto—. Estábamos cerca cuando oímos unos disparos y decidimos acercarnos para ver si alguien estaba herido.

—Han sido muy valientes y los recompensaré por esto.

—No es necesario, milord.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—¿Mi nombre?

—¿Por qué debes tener un nombre, verdad?

—Mmm... sí, claro, desde que nací, milord.

—¿Y es? —insistió.

Creyó que era una simple pregunta para que él se demorara tanto tiempo en responder.

—Erik, milord, puede decirme Erik.

Se ladeó hacia un costado para mirar al otro muchacho que estaba a espaldas de Erik.

—¿Y tú nombre es?

—Él es mudo, milord —respondió Erik por su compañero.

—Oh, pero de seguro también debe tener un nombre.

Erik se encogió de hombros.

—Le dicen mudo.

—Bien, eso significa que solo tú podrás responder mis preguntas.

—O tan solo que sepa hablar con señas, milord —replicó el muchacho.

Por un momento creyó que el jovenzuelo se estaba mofando de él. A pesar de que Erik fuera un simple criado, sus movimientos eran delicados, hasta se atrevía a decir que con cierto grado aristocrático o femeninos.

—Preferiría que fueses tú quien hablara en nombre de tu compañero —contestó—. Ahora que ustedes se han presentado, lo más justo es que sepan a quien han venido a salvar...

—Al futuro duque de Bourklam —lo interrumpió Erik.

Él enarcó una ceja.

—¿Cómo saben...?

—Por el escudo que hay en carruaje, milord —se apresuró a responder—. Usted es el conde de Kinghyork.

—Si saben que soy el conde de Kinghyork, significa que me has visto antes.

Hubiera jurado que el muchacho acababa de sonrojarse.

—Lo conocemos de lejos y de oídos, milord —repuso—. Sus historias han llegado hasta Hampshire.

¿Hampshire? Que él le mencionara el condado, le hizo recordar la razón de su viaje. El barón St. James debía estar esperándolo. Su padre se había encargado en avisarle al barón el propósito de su visita. La artimaña que había utilizado el duque para que no tuviera escapatoria y se casara con lady Ofelia, no sería suficiente para que él lograra librarse de ese espantoso compromiso. Tendría que improvisar sobre la marcha, porque por el momento no tenía ni la menor idea de cómo saldría del lío que él mismo se había metido. Sabía que tarde o temprano debía traer un heredero para que el árbol genealógico no acabara en él. Lo que se convertiría en una verdadera tragedia para una familia tan longeva como la suya si eso sucedía.

Todo sería más sencillo si existiera, aunque fuese una sola mujer en toda Inglaterra, que le quitara el habla con solo mirarlo, o se conformaba con que le dijese una frase de corrida y no se desmayara cuando él le hablara. O alguien que se olvidara de su rango y lo tratara como a un hombre al que podía amar por cómo era. En cambio, solo había conocido a debutantes tonta de risitas fáciles. Pensar en el matrimonio hacía que su cabeza le doliera todavía más. Aún no estaba preparado para dar ese paso. Que la tierra lo tragase si no conseguía librarse del compromiso con la hija del barón St. James. Él siempre

se salía con la suya. Tragó saliva. Esperaba que esa vez no fuese la excepción.

—¿Se encuentra bien, milord? —le preguntó el chiquillo, sin apartar su vista del suelo.

Se sentiría mejor si supiera en donde diablos se encontraba.

—¿Estamos lejos de Londres? —quiso saber.

—Estamos en Hampshire, milord.

Por lo menos su ayudante de cámara había tenido la cortesía de dejarlo en su lugar de destino.

—¿Saben si mi cochero se encuentra bien?

—Los salteadores ataron al conductor en uno de los caballos —respondió Erik—. Y el caballo se alejó cuando nos sintió. No pude detenerlo. Lo siento.

—No es tu culpa, muchacho —dijo—. Por lo menos todavía me queda un caballo —lo miró y siguió—: ¿Verdad?

Erik asintió con la cabeza.

—Perfecto, podré ir cabalgando hasta la residencia del barón St. James.

A él se le escapó un quejido cuando trató de levantarse. Erik se inclinó para ayudarlo, pero luego se retractó y regresó a su lugar.

—No creo que pueda cabalgar hasta la residencia del barón en su estado, milord.

Tuvo que admitir que el muchacho tenía razón cuando sintió otra punzada de dolor en las costillas al tratar de moverse.

—¿Saben dónde queda la finca del barón St. James? —les preguntó, adolorido.

Los ojos del mudo se abrieron escandalosamente y bajó la vista al suelo cuando intercambiaron miradas. Su título solía provocar ese tipo de reacciones. Los chiquillos le caían bien y no deseaba que se sintieran intimidados en su presencia.

—Pueden llamarme Connor —dijo, para achicar la brecha de posición social—. Y no tengan miedo de mirarme a los ojos. Todavía no he matado a nadie que se haya atrevido a hacerlo —se mofó.

Erik, que parecía inmune a su broma, continuó con su vista clavada al suelo y agregó:

—La residencia del barón no está muy lejos de aquí, milord.

—Connor —le recordó—. ¿Entonces puedo ir caminando hasta su finca?

—Le tomará un tiempo llegar, pero caminar es una mejor opción que cabalgar en su estado, mil... Connor.

Él logró ponerse de pie después de varios quejidos y se acomodó la capa que llevaba en los hombros. Se puso sus guantes de cuero negro y echó peste por lo bajo al darse cuenta que los salteadores le habían robado la pistola.

—¿Cuánto quieres por tu escopeta? —le preguntó a Erik.

El muchacho enderezó los hombros y adoptó una postura defensiva.

—Lo siento, pero mi escopeta no está a la venta.

—Puedo pagarte lo que quieras por ella.

Los nudillos del chiquillo se les pusieron blancos por la presión que hacía al sujetar la escopeta con fuerza.

—Le perteneció a mi padre, mil... Connor —repuso—. Y es una de las pocas cosas que me quedan de él.

—Resulta que mi propio ayudante de cámara me tendió una emboscada para asaltarme, y no puedo arriesgarme a caminar desarmado por tierras que no conozco —le explicó—. Si no puedes venderme tu arma, tendrás que acompañarme. Prometo recompensarte por ello.

De repente, creyó que al mudo se le había escapado un chillido.

—N-no puedo a-acompañarlo... eh... yo... d-debo regresar al trabajo.

Dudaba que sus patrones tuvieran inconvenientes de que sus empleados ayudaran al futuro duque de Bourklam.

—Personalmente me encargaré de hablar con sus jefes y explicarles porque sus lacayos no han aparecido a trabajar —musitó—. Y si ellos deciden despedirlos igual, yo mismo los contrataré.

Y otra vez le pareció oír al mudo chillar. Frunció el ceño y señaló al mudo con el mentón.

—¿Estás seguro que él no habla?

Erik sujetó el brazo de su compañero y lo tironeó hacia un lado de él.

—Como que el sol sale de día, milord.

—¿Entonces me acompañarán a la finca del barón? —quiso saber.

No sabía que era peor, que lady Flisher descubriera que habían salido de Green Hills vestidas de lacayos, o que el futuro duque se enterara que le habían mentido en cuanto a quienes eran ellas de verdad. Podían hacer que las encerraran en una torre para siempre por haberle mentido a una persona de su rango. Tragó saliva, muy nerviosa. En ningún momento había apartado la vista del suelo, pero podía sentir los ojos de él sobre ella. Agradeció que el golpe que él había recibido en la cabeza le hubiera afectado la memoria y no recordara el beso que le había dado. Apretó el brazo de su doncella para tranquilizarla y que dejara de emitir algún tipo de ruido de su boca. Había creído que hacerla pasar por muda había sido lo mejor, pero ahora no estaba tan segura de ello.

Las manos empezaron a sudarle cuando el conde seguía insistiendo en que lo acompañaran a la finca del barón St. James. Ella tenía prohibida la entrada en la residencia del barón, aunque Erik, el mozo de cuadra no.

—Lo siento, milord —llamarlo por su nombre de pila la hacía sentir como si compartieran cierta complicidad, y eso no le gustaba ni un poco—. No podemos acompañarlo, nuestros patrones nos están esperando. Pero estamos seguros que ellos no se opondrán en enviarle un carruaje para llevarlo a la casa del barón —fue lo mejor que le pudo ofrecer.

Le lanzó una mirada rápida de reojo y él lucía molesto, se pasó una mano por su cabello espeso y apartó la vista cuando el conde la descubrió observándolo.

—No puedo esperar hasta que me envíen un carruaje —el arrogante conde no debía estar acostumbrado a recibir un no como respuesta—. El barón creerá que me he arrepentido en pedir la mano de su hija.

¿Pedir la mano de su hija? ¿Esa era la razón por la que el conde estaba en Hampshire? ¿Lady Ofelia iba a convertirse en duquesa? De repente,

empezó a sentir arcadas. Finalmente, ella había logrado salirse con la suya después de haber desparramado rumores falsos del supuesto compromiso con el conde. Ya podía imaginársela pavoneándose adelante de todos. Estaba segura que Emily no se tomaría nada bien la noticia. Se aclaró la garganta para controlar el timbre de su voz.

—¿Le pedirá la mano a lady Ofelia? —se aseguró de haber oído bien.

—Debo casarme —afirmó él, no muy feliz—. Debo hacerlo si quiero traer un heredero.

—¿Y no pudo hallar ninguna dama mejor en Londres? —le cuestionó.

Ella se cubrió la boca con la mano cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir. Para su sorpresa, el conde alzó una ceja y parecía divertido.

—¿Con que tú también crees que es una muchacha insufrible, eh?

¡Vaya sí ella lo creía!

—No quise decir eso, milord —repuso. Se tragó su orgullo y agregó—: Creo que... que usted se merece algo mejor.

—¿Ah, sí?

—No imagino a lady Ofelia siendo la próxima duquesa de Bourklam.

Él soltó un cansino suspiro.

—Si te hace sentir mejor, yo tampoco me imagino casado con lady Ofelia.

—¿Entonces por qué le pedirá a su padre su mano?

Sintió que su doncella le jaló la manga de la chaqueta y la miró cuestionando su interrogatorio al conde. Maldita sea. Arrieta tenía razón, ella no se estaba comportando como un lacayo. Hacía demasiadas preguntas para

alguien de su clase.

—El barón es un viejo amigo de mi padre —le respondió igual él.

Pero ella no pudo morderse la lengua y añadió:

—En Hampshire también puede encontrar otras damas más respetables —dijo. Apretó los labios para ocultar un chillido cuando su doncella le pisó el pie. Y tuvo que retractarse por lo que acababa de decir—: No es que lady Ofelia no sea respetable... ella es, bueno... ya sabe... ¿entiende lo que intento decir, verdad, milord?

El conde se le acercó y le dio una palmada en la espalda. Agradeció que estuviera convaleciente, de lo contrario, él le hubiera sacado los pulmones por la boca.

—Claro que entiendo, muchacho —repuso, con una sonrisa en los labios. Sonrisa que la dejó sin aliento—. Connor, puedes llamarme Connor —le recordó—. Pero lamentablemente se me acaba el tiempo para hallar otra futura duquesa.

«Emily», pensó. Desearía que su hermana no estuviera en Bristol cuidando de su tía Jocelyn. Y en cierto modo, los despreciables hijos del barón St. James habían interferido para que ella estuviera separada de sus hermanas. Sería injusto que lady Ofelia se casara con el conde. Si tan solo hubiera algo que ella pudiera hacer para evitar esa boda.

—Y si... y si el amor de su vida no estuviera muy lejos... y si hubiera una dama que lo está esperando...

El conde Kinghyork hizo una mueca.

—En ese caso, la tendría que conocer antes de hablar con el barón.

¿Hablar con el barón? De repente, se le ocurrió que ella podía hacer

algo al respecto para evitar que el conde llegara a la finca del barón St. James. Era una mala idea. Muy mala idea. Y a pesar que sabía que eso no tendría un buen final, ella dijo:

—Entonces me veré obligado a acompañarlo hasta la finca del barón.

El conde esbozó una amplia sonrisa.

Su doncella se ahogó con una exclamación.

Y ella... tragó saliva.

Desató el caballo del carruaje y le entregó las riendas a su doncella.

—¿Pero que ha hecho, miladi? —le cuestionó Arrieta cuando se alejaron del conde—. No puede acompañar usted sola al conde. Su reputación se verá dañada si alguien la ve.

Miró a su doncella con el rabillo del ojo, mientras acariciaba el hocico del caballo.

—Todos verán a Erik, al mozo de cuadra, no a lady Elizabeth.

—¿Y si el conde descubre que es una mujer?

—Él no lo hará.

—¿Cómo lo sabe?

Apretó la mandíbula.

—Solo lo sé, Arrieta.

Su doncella meneó la cabeza, todavía desaprobando su idea.

—Lady Ofelia no será la próxima duquesa —murmuró con firmeza.

—¿Y qué hará para evitarlo?

—Aún no lo sé, pero haré lo que sea para evitar que el conde hable con el barón —contestó—. Aunque eso signifique pasar la noche fuera de Green Hills.

Su doncella abrió grande los ojos.

—¡Miladi! —bramó.

—Shh... —gimió—. Eres mudo, ¿recuerdas?

—No puede pasar la noche con el conde —susurró—. ¿Qué le diré a lady Flisher cuando no la vea en la cena?

—Ya se te ocurrirá algo en el camino —repuso, ayudando a su doncella a subirse a horcajadas al caballo—. Vete antes que oscurezca.

Arrieta bajó la vista.

—Debería quedarme con usted, miladi.

—¿Quién cubrirá mis espaldas con mi tía si te quedas? —le discutió—. Si el conde debe casarse, lo hará con una Cowthland. Emily será la próxima duquesa.

Su doncella esbozó una pícara sonrisa.

—Usted también es una Cowthland, miladi.

Pero a ella no le interesaba ni un poco el soltero más codiciado de Londres. De hecho, lo odiaba. Apretó los labios, extendió un brazo y le dio una palmada en el muslo al caballo, y este salió a galope con su doncella.

—¡Miiiiiiilaaadiiii! —chilló Arrieta, mientras se alejaba.

El conde de Kinghyork abrió la portezuela del carruaje y asomó la cabeza.

—¡Lo he oído! —musitó—. ¡He oído al mudo gritar!

Ella pestañó. Y volvió a pestañar. Y pestañó otras cuantas veces más.

—¡Ha sido un milagro!

El conde no era tan idiota como ella pensaba que era e insistir que su doncella no había gritado, era subestimar su inteligencia.

—Mi compañero tiene una rara enfermedad —dijo, mientras ganaba tiempo para pensar que explicación le daría.

Connor caminó despacio hacia ella, enarcando una ceja con suma curiosidad.

—¿Ah, sí?

Ella se humedeció los labios con la lengua. Él no era un hombre tan alto como había sido su padre, pero su presencia, sus movimientos, cada gesto que hacía, le duplicaba la estatura.

—La voz le aparece cuando está muy nervioso... y... y montar a caballo lo pone muy nervioso —esa había sido una buena explicación.

—Nunca antes había escuchado nada parecido. ¿Un mudo que habla? —se llevó una mano al mentón y siguió—: Interesante.

Por lo visto, para el conde su explicación no tenía sentido. ¡Él no le creía! Y hacía bien en no creerle.

—Por e-eso es... es un milagro —replicó con júbilo—. Deberíamos irnos, si quiere ver al barón antes que anochezca.

El futuro duque la estudió por un momento con la mirada y luego esbozó una amplia sonrisa, que hizo que su estómago sintiera unas cosquillas. Tragó saliva. Ahora entendía porque toda mujer soltera, algunas casadas y sobre todo viudas, hablaban maravillas del soltero más codiciado. El granuja podía derretir corazones usando solo su sonrisa. Alzó el mentón. Pero ella no sería como todas esas damas. Ella era lady Elizabeth Cowthland, hija del conde loco. Solo debía recordarse que ella odiaba al hombre que la había avergonzado en su primera y única temporada en Londres. La mujer con piernas de ganso le daría una lección. Y lo iba a disfrutar. Sonrió como hacía tiempo que no lo hacía.

El conde buscó una rama entre los árboles para que le sirviera como bastón para caminar y dijo:

—¿Empezamos nuestro viaje, Erik?

¿Erik? Oh, sí, ella era Erik.

—A su orden, milord.

—Connor.

—Connor —repitió ella.

CAPÍTULO 12

HABÍA creído que su viaje a Hampshire sería tedioso y aburrido, por no decir que frustrante al tener que pedir la mano de la hija del barón St. James. Pero su viaje terminó convirtiéndose en una pesadilla luego de que su ayudante de cámara lo asaltara y terminara desmayado por un golpe, y despertara desorientado y perdido. Sacudió la cabeza. Sus antiguos colegas de lucha se hubieran burlado de él si se enteraban que el grandioso *Connan* había sido salvado por un chiquillo. Un chiquillo misterioso. Estaba seguro que Erik le ocultaba alguna cosa, por empezar, le había mentido acerca de la mudez de su compañero. Un mudo no gritaba del modo como lo había hecho él. Pero no entendía porque le habían mentido. Tan solo que... que ellos también fueran aliados de los salteadores.

Apartó esa idea de la cabeza. Erik no parecía ser esa clase de muchacho. Pero no se confiaría de su apariencia y no le quitaría los ojos de encima hasta asegurarse que era lo que él le intentaba esconder. Después de todo, puede que el muchacho consiguiera que su viaje a Hampshire no fuese tan aburrido.

—¿De dónde eres, Erik? —preguntó, ya que el muchacho había preferido mantenerse en silencio y ser más mudo que su amigo.

Erik, que iba delante de él, se detuvo de golpe y se volteó.

—De la zona, milord.

Puso los ojos en blanco.

—Connor —dijo—. Por el amor de Dios, dime Connor.

—Lo siento, mil... Connor.

—¿Para qué familia trabajas, Erik?

—Para una familia honorable...

Y el muchacho seguía evadiendo sus preguntas con respuestas vacías. ¿Por qué él evitaba darle información? Porque puede que sí fuera cómplice de los salteadores. Entornó los párpados.

—¿Qué familia, Erik? —preguntó, despacio—. Debo saberlo para hablar con ellos y explicarles tu ausencia. Les daré buenas referencias sobre ti y por supuesto, la paga que te prometí por llevarme a la casa del barón.

—No debe tomarse las molestias... —el muchacho suspiró al notar su impaciencia y respondió por su propio bienestar—: Para el conde de Cowthland.

—¿El conde de Cowthland? —repitió, tratando de hacer memoria si lo conocía—. ¿El conde loco, verdad?

El muchacho frunció el entrecejo y sus mejillas se sonrojaron.

—Debería hablar con más respeto, milord —musitó, apretando la mandíbula.

—Lo siento... yo... la verdad es que no lo conozco —admitió, avergonzado—. Solo me hago eco de los rumores.

—En ese caso, usted tampoco quedaría a salvo, milord —contestó, mordaz.

Achicó los ojos convirtiéndolos en pequeñas rendijas.

—¿Qué intentas decir?

—Que el conde fue un buen hombre y no es bueno decir cosas de alguien que ya no puede defenderse —respondió, y su voz parecía bastante afectada.

—Lo siento —repitió otra vez—. Olvidé que el conde de Cowthland había fallecido. Parece que él fue un buen patrón.

—Lo fue.

—Pero él no tuvo hijos, ¿verdad?

—Solo mujeres —dijo—. El nuevo conde es su sobrino, Wilfred Flisher, que pronto llegará a Green Hills. Mientras tanto, lady Flisher, su madre administra la propiedad.

—Oh, claro, Wilfred se tuvo que ir a las indias luego que el vizconde de Norgate pidiera su cabeza —sonrió al recordar a la cabeza hueca de Wilfred. Solo un idiota se podía meter con la mujer del vizconde de Norgate. Hasta él, que había tenido muchas amantes, sabía que había un límite, sabía dónde debía meter sus narices, por no decir otra cosa.

—Y él debió quedarse en las indias —farfulló Erik.

—Parece que el nuevo conde de Cowthland no es de tu agrado.

—¿Cómo puede agradarme alguien que destruirá Green Hills? —respondió, furioso.

En eso le daba toda la razón al muchacho. Si Wilfred no podía mantener a salvo su cabeza, mucho menos lo haría con Green Hills.

—Siempre puedes irte y buscar otro empleo. Y si te hace sentir mejor, no dudaría en contratarte.

—No iré a ningún sitio. Crecí en Green Hills —le reveló Erik, a través

de los dientes.

—¿Y qué hay de las hijas del conde? ¿Alguna de ellas se ha casado?

—No.

—¿Pero fueron presentadas en sociedad?

—Solo las dos más grandes, las mellizas no pudieron, iban hacerlo el mismo año que el conde falleció.

—Es una pena —explayó con sinceridad—. Recuerdo haber visto a una de las hijas del conde...

Erik lo miró con expectación.

—¿Ele... Eleonor? —se rascó la frente—. Y si mal no recuerdo, Eleonor era toda una belleza.

—*Todos recuerdan a Eleonor* —murmuró Erik por lo bajo.

—No dudo que Eleonor pueda conseguir un buen marido —expuso—. Y si las otras hijas del conde son como ella...

Los ojos de Erik se clavaron en los suyos y pudo notar que sus ojos eran marrones oscuros, casi negros y de un brillo encantador. Su piel era blanca, tersa, delicada. El muchacho ni siquiera debía tener dieciocho años. Debía estar preocupado por su futuro en Green Hills, y había algo en su interior que quería decirle que él lo cuidaría si se lo pedía. ¡Santo cielos! ¿Qué estaba pensando? Lo que le sucediera al muchacho no era de su incumbencia.

—Dudo que las hijas del conde puedan llegar a cansarse —dijo Erik en un tono entristecido—. Lady Flisher se encargó de separar a las hermanas y las puso a trabajar para que ganen dinero para ella.

Frunció el ceño.

—¿Y el conde no les dejó a sus hijas ninguna dote?

Erik negó con la cabeza.

—Lamento tener que contradecirte, muchacho, pero el conde sí debió estar loco por haber dejado desprotegidas a sus hijas.

—Él no creyó que iba a morir tan pronto —lo defendió.

—Admiro tu lealtad hacia él.

—Es injusto que sus hijas no hayan podido heredar Green Hills. Lady Emma, la hija menor del conde, ahora se encuentra trabajando de institutriz en el condado de Derby para el marqués de Rulfcrow. ¡Y ella nunca antes había salido de Hampshire!

—¿La hija del conde es la institutriz de los hermanos de Malcolm?

Erik parpadeó.

—¿Conoce al marqués?

—¿Si lo conozco? Fuimos a Eton juntos, luego a Oxford y lo hubiese acompañado a la guerra si mi padre no me lo hubiera prohibido —se encogió de hombro—. Ya sabes, soy su único heredero. El futuro duque de Bourklam.

—¿Debo preocuparme por lady Emma? —preguntó, intranquilo.

Erik se tomaba bastantes atribuciones por ser un simple mozo de cuadra. Tal vez él se había enamorado de una de las hijas del conde.

—Si lady Emma es tan bella como su hermana, lady Eleonor, debes preocuparte de que el marqués de Rulfcrow no la meta en su cama.

Erik abrió los ojos como plato.

—No te asuste Erik, Malcolm solo la meterá en su cama con su consentimiento. Aunque no existe mujer que no caiga rendida a sus brazos. ¿De dónde cree que saqué todos mis encantos? El marqués fue un buen profesor.

El rostro de Erik se había teñido del mismo color del infierno. Puede que el muchacho estuviera enamorado de la damisela en cuestión. Él le dio una palmada en la espalda.

—Prometo llevarte a una taberna y te aseguro que un buen licor te sanará el corazón roto —se ofreció como un buen amigo.

Erik respondió con un bufido, le dio la espalda y siguió caminando.

—¿Acaso te he dicho algo malo? —quiso saber.

¿Qué había dicho de malo? Tal vez insinuar que estaba enamorada de su hermana menor. Tuvo que contener una arcada en la garganta. Odiaba al granuja con toda su alma. Odiaba a la nobleza que pensaba que por su título podía hacer todo lo que quisieran. Y lo peor era que ellos podían hacer todo lo que quisieran. Soltó un gruñido. Si el marqués se atrevía a ponerle un dedo a Emma, ella lo buscaría hasta matarlo, aunque eso significara que la llevaran a la horca.

—¿Podrías ir más despacio, Erik? —le pidió el conde a sus espaldas —. Por si no lo recuerdas, no puedo caminar tan rápido con la ayuda de un palo y la cabeza adolorida.

Si por ella fuera, podía meterse el palo en el... respiró hondo y contó hasta tres para no perder la paciencia. Se detuvo y giró los talones.

—Lo lamento, milord. Está oscureciendo y quiero que lleguemos...

—Lleguemos a la casa del barón —terminó él por ella.

En realidad, para llegar a la casa de uno de sus arrendatarios, que por lo general todos vivían al sureste de la propiedad. El señor Buquet y su familia habían tenido que viajar repentinamente a Bath, dejando su casa desocupada. Y ella aprovecharía la oportunidad para que el futuro duque de Bourklam pasara la noche en los humildes establos de un arrendatario. Hacía más de una hora que ellos seguían paseando en círculo por las tierras de Green Hills. Debía hacer todo lo posible para evitar que el conde... Connor se casara con lady Ofelia. Y si eso significaba impedir que él hablara con el barón, lo haría sin ninguna duda.

—No tardaremos en llegar, milord.

Connor dejó caer el cuerpo sobre una roca para descansar las piernas. Su aspecto no era muy saludable.

—Siento como si ya hubiéramos caminado por aquí.

Sus mejillas se sonrojaron con culpabilidad.

—El paisaje de por aquí es similar.

Él extendió una pierna hacia ella y la miró.

Ella parpadeó.

El conde movió el pie y al ver que ella no se movía, gruñó exasperado:

—¡Quítame la maldita bota! Y por el amor de Dios, has que el barro desaparezca.

Puso los brazos en jarra.

—Por favor...

—¿Cómo dices?

—Debe decir por favor.

Él se inclinó hacia atrás, apoyando los codos sobre la roca con los ojos entornados.

—¿Por qué lo haría? Tu eres un criado, y se supone que es esto lo que sabes hacer.

Apretó los labios.

—¿Dice que fue su ayudante de cámara quien le robó?

—Sí.

—Bien, ahora entiendo porque él lo hizo, *milord*.

—¿Qué intentas decir?

—Que debería ser más amable con su personal.

—¡Maldita sea! Ya empiezo a cansarme de los criados moralista —se llevó una mano a la sien y hundió aún más el ceño con un gesto de dolor—. Mi cabeza...

—¿Se encuentra bien, milord?

—¡Sí! —gruñó, pero su voz no sonaba como si lo tuviese.

Ella contuvo el aliento de forma sonora.

—¡Y yo estoy cansado de condes patanes que tratan a las personas peor que a un insecto!

Él apretó la mandíbula, casi hasta el punto que le temblara.

—Podría hacer que te colgaran por hablarle así a un conde.

Ella levantó una ceja.

—¿Ah, sí? Quisiera ver cómo llega hasta la corte es su estado.

—No me provoques, muchacho.

Tragó saliva. Estaba jugando con fuego y si no se detenía, terminaría incinerada. Era una locura lo que intentaba hacer. El conde podía averiguar en cualquier momento quien era ella en realidad, y todo explotaría. Su tía la enviaría a limpiar chimeneas. Debía regresar a Green Hills, y pedirle al mayordomo que enviara a alguien para que ayudara al conde. Y debía huir en ese instante, aprovechando que su identidad aún estaba a salvo. A pesar que le ardiera el estómago que lady Ofelia se convirtiera en duquesa. Dio un paso atrás, luego otro y otro... giró los talones y empezó a correr.

Se detuvo cuando consideró que estaba lo bastante lejos. Se llevó una mano al pecho y trató de controlar la respiración. El sol había caído y agradeció que la luna estuviera redonda y brillante que le permitía ver a su alrededor. Había dejado al conde en un buen lugar y no tenía de que preocuparse, ¿verdad? ¿Qué podía pasarle? Que él intentara ir por su cuenta a la casa del barón y se topara con los salteadores y que ellos terminaran su trabajo... o que se cayera y se golpeará la cabeza... o que... resopló. Miró en dirección a donde había dejado al conde por encima del hombro. «Odias a ese hombre y a ti no te importa lo que le pueda pasar», se recordó. Pero ella no era una mala persona.

Buen Dios.

Ella regresó otra vez al lado del conde. Abrió grande los ojos cuando lo halló inconsciente. Como la primera vez. Maldita sea.

CAPÍTULO 13

NO CONTABA con que el conde estuviera desmayado. Otra vez. Ella no se había demorado tanto tiempo para hallarlo en ese estado, ¿oh, sí? ¡Él estaba bien cuando lo dejó solo! Apoyó una rodilla sobre el suelo y luego rodeó la parte trasera de la cabeza del lord con un brazo.

—Milord...

El conde entreabrió los ojos y sonrió.

—Prepárame una tina, Eddy.

—¿Eddy? No soy Eddy, milord, soy Erik, ¿recuerda?

—Creo que no me estoy sintiendo muy bien.

Y su aspecto demacrado lo confirmaba. Le llevó una mano a la frente y se la tocó. Había tomado temperatura y una capa de sudor le cubría la piel. Eso no era nada bueno.

—Parece que tiene fiebre, milord —dijo algo asustada.

—También tráeme una taza de té, Eddy.

Definitivamente, él estaba delirando. Echó una ojeada a su alrededor. El conde necesitaba estar en una cama y en un lugar confortable. No podía morir en sus brazos. Abrió grande los ojos. Si lo hacía, le echarían la culpa de haberlo asesinado y no se salvaría de ir a la horca. La casa del señor Buquet no estaba muy lejos. Si el conde pudiese caminar, tal vez...

—Debe levantarse, milord.

—Hmm... —gimió, ronroneándose entre sus brazos.

Ella le dio varias cachetadas en la mejilla para que reaccionara.

El conde abrió los ojos de golpe.

—¿Qué diantres! ¿Erik?

—Tiene fiebre, milord —dijo—. Debo llevarlo a un lugar más cálido y no podré hacerlo solo. Necesito que me ayude.

—¿Has vuelto?

—Lamento haberlo dejado.

—Pero has regresado —respondió con una sonrisa melancólica.

—¿Puede levantarse?

Él asintió con la cabeza. Soltó un gruñido cuando se puso de pie y perdió el equilibrio ante una punzada de dolor. Ella dejó que se apoyara en sus hombros. El conde hacía un esfuerzo sobrehumano para no largar todo su peso sobre ella.

—La casa no está muy lejos de aquí —le informó.

Él no respondió nada, solo la miró. Tenía los ojos irritados y cansados. No hizo falta palabras para entender que él le decía que ella estaba al mando. Que Erik estaba al mando. Le rodeó la cintura con los brazos para mantenerlo pegado a su lado por si él perdía las fuerzas. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre. Podía escuchar sus latidos y sentir el calor de su aliento sobre su cuello. Y otra vez volvió a percibir un cosquilleo en su estúpido estómago. Le lanzó una mirada rápida de soslayo y él lucía tan guapo cuando mantenía su engreída boca cerrada. Sonrió. Si alguna vez alguien le decía que

tendría al futuro duque de Bourklam a su merced, le hubiera dicho que se había vuelto loco. Estaba segura que otra dama en su lugar, hubiera sacado provecho a la situación. Sabía de parejas que se habían visto obligados a casarse por cosas menores.

Y si el conde era un caballero y descubría quien era, se vería en la obligación de casarse con ella al hallarse en una situación más que comprometida. De repente, se imaginó siendo una duquesa. Sacudió la cabeza para apartar esa idea de la mente.

Emily. Emily sería la próxima duquesa de Bourklam.

Respiró aliviada cuando alcanzó a ver el techo de la casa del señor Buquet entre las copas de los árboles.

—Estamos llegando, milord —le avisó.

Él farfulló algunas palabras indescifrables. Ni siquiera sabía si había entendido lo que le había dicho. Le tocó la frente y él ardía de fiebre. El conde necesitaba descansar y unos paños fríos. Ella era quien atendía a sus hermanas cuando enfermaban y le bajaba la fiebre con paños fríos. Apresuró los pasos y el conde por poco no había rodado por la colina. Pero llegaron a la puerta de la casa de la familia Buquet sanos y salvos. Él no tan sano. Era una vivienda modesta, sin lujos, pero serviría para que Connor descansara. Hizo que el conde se apoyara en la pared, mientras ella intentaba abrir la puerta.

Por supuesto, el señor Buquet no iba a dejar la puerta sin llave. Maldita sea.

—¿De quién es la casa? —quiso saber el conde.

—De uno de mis arrendatarios —respondió, a la vez que pensaba como entrar.

¿Había dicho de uno de sus arrendatarios? Agradeció que él estuviera lo suficientemente enfermo para no darse cuenta de su error.

—¿Estamos en Green Hills? —preguntó con una ráfaga de lucidez.

—Sí.

El conde tuvo que sostenerse de la pared cuando quiso caminar hacia ella.

—Debería ayudarte...

Puso los ojos en blanco.

—Me ayudará si se queda quieto, milord. No puedo preocuparme por usted e intentar abrir la puerta a la vez —murmuró apretando la mandíbula.

—¿Te preocupas por mí?

Hizo un mohín.

—Si usted se muere, ¿quién me pagará el dinero que prometió que me daría por ayudarlo, milord?

—Ese... —se llevó una mano al estómago para amortiguar su malestar—. Ese es un buen punto.

La madera de la puerta estaba podrida, tal vez si hacía un poco de presión cedería. Ella la empujó con el hombro. Nada. Volvió a intentarlo con más fuerzas y la puerta seguía sin abrir. Se volteó cuando escuchó una risita del enfermo.

—¿Quién cuidará de ti si te sacas el hombro, muchacho?

Apretó los labios.

—Puedo hacerlo, milord.

A ella no le gustó nada el brillo pícaro de sus ojos. Era el colmo que se estuviera mofando de ella cuando lo estaba ayudando. Pero el conde era un engreído hasta cuando estaba enfermo. Respiró hondo. Se alejó unos metros de la puerta, se puso de costado y volvió a intentarlo, pero esa vez, estaba furiosa. La puerta cedió con la presión y a ella se le escapó un grito cuando cayó de seco al otro lado.

—Te hacía más debilucho, Erik —comentó el granuja.

—*Puede irse al mismo infierno, milord* —susurró.

Se puso de pie de un salto. Ya tendría tiempo para quejarse de los hematomas que le saldrían debido al golpe. Encendió una vela que estaba en el recibidor y con la palmatoria en la mano, fue por el conde. Lo ayudó a ingresar a la casa y lo llevó hasta el sofá de cuero gastado y roto en uno de los reposabrazos que había en la pequeña sala. Él relajó el ceño cuando se recostó sobre el sillón y apoyó la cabeza en un cojín. El conde se veía cansado y adolorido, pero era demasiado orgulloso para admitirlo.

—Le iré a preparar un té y a humedecer unos paños para bajarle la fiebre —le avisó—. Aunque sería mejor que lo revisara un doctor, milord.

A él se le escapó un bufido.

—Me sentiré mejor a la mañana.

Esperaba que él estuviera en lo correcto. Porque no podía pasar tanto tiempo alejada de Green Hills. A su pesar, su tía no era tan tonta para no darse cuenta que ella tampoco estaría presente en el desayuno. Y su ausencia ya sería sospechosa.

—Erik...

—¿Sí?

—Mis botas... —hizo una pausa—. *Por favor*.

Una de las comisuras de sus labios se curvó hacia arriba. El futuro duque había aprendido a decir *por favor*. Un punto para ella. Se acercó al sofá, cogió una de sus piernas y tironeó la bota hacia atrás para sacarla, luego hizo el mismo procedimiento con su otro pie. Mientras tanto, él parecía tener una batalla para desprenderse la arrugada capa del cuello.

—¿Necesita ayuda, milord?

—Puedo encargarme solo de esto —gruñó.

Él echó peste por lo bajo al enredar aún más el nudo.

—Bien, tal vez sí necesite una mano —dijo finalmente, rendido.

Ella enarcó una ceja.

—Por favor... —añadió él.

—Será un placer, milord.

Arrastró una silla y la puso a un lado de su cabecera, tomó asiento y se inclinó hacia delante, extendiendo los brazos para desatarle el nudo. Los dedos le temblaban al sentirlo tan cerca, podía oír su respiración como si fuera la suya. Evitó mirarlo a los ojos porque haría que una simple tarea se convirtiera en una gran hazaña. Pasó el lazo por un costado, luego por el otro y...

—¡Listo! —exclamó con más emoción de lo que debía—. Ya puede quitarse la capa, milord.

Levantó la mirada hacia él. Y eso había sido un error. Un grave error. Se topó con sus intensos ojos verdes estudiándola. Y ella fijó su vista en sus labios. Labios que la habían besado no hacía mucho tiempo. Beso que la había

dejado sin aliento. Tal vez era porque había sido su primer beso. Tal vez si otro hombre la hubiera besado primero, ella se hubiera sentido igual. Tal vez esa era la razón por la que las normas de la sociedad dictaban que solo una dama y un caballero se podían besar cuando estaban comprometidos, para que luego no existiera confusión. Tuvo curiosidad por lo que sentiría si ellos se besaban otra vez. Inclino la cabeza y... ¿qué diablos estaba haciendo? El conde veía a un muchacho. ¡Él era Erik! Lady Elizabeth no existía. Se apartó de él con torpeza, sujetándose el sombrero para que no se le cayera de la cabeza.

—Iré p-por s-su... té, milord —tartamudeó.

El conde se quitó la capa de los hombros y la arrojó hacia un costado con brusquedad.

—Me parece una buena idea, muchacho.

¡Madre mía! ¿Qué estaba pasando con él? Erik era solo un muchacho. ¡Un muchacho! Y había estado a un paso de besarlo. ¿Acaso el golpe que le habían dado los salteadores le había hecho perder el buen juicio? La fiebre. La fiebre debía ser la responsable de haberle elevado la temperatura del cuerpo. Y los rasgos delicados y afeminado del chiquillo tampoco lo habían ayudado demasiado. Hasta sus pestañas eran tupidas y arqueadas, y su mandíbula no tenía rastro de haberse rasurado alguna vez la barba. Si el muchacho usaba una peluca de mujer, estaba seguro que fácilmente podía hacerse pasar por una dama. Pero no podía tomar eso como excusa y volverse a sentir tentado de besarlo.

Resopló y se aventó aire con las manos. Buen Dios, sudaba como un

puerco y necesitaba quitarse la ropa. Él se deshizo de la chaqueta de un tirón, continuó con el chaleco y luego, se retiró la camisa por la cabeza. Se hundió en los cojines del sofá y respiró más aliviado. Y cuando estuvo a punto de quitarse los pantalones, oyó un quejido cargado de indignación.

—Milord... —dijeron, despacio—. ¿Qué cree que está haciendo, milord?

La iluminación que había en la sala no era muy buena, pero era lo suficiente para notar que Erik se había sonrojado. Se había sonrojado como si él nunca antes hubiera visto el cuerpo desnudo de un hombre. Probablemente el muchacho era virgen, pero no estaba viendo nada que él mismo no hubiera visto antes. ¡Santo cielos! ¡Pero si el chiquillo tenía lo mismo que él entre sus piernas! Se estaba comportando igual que una dama inocente.

Pero tuvo compasión por él y decidió dejarse los pantalones.

—Sentía calor... y me di cuenta que había mojado la ropa con sudor —le explicó.

Erik traía en las manos un recipiente con agua y una toalla limpia sobre los hombros. El muchacho se sentó en la silla que estaba a un lado de él y luego humedeció el trapo.

—La fiebre es la responsable del sudor, milord —expresó, poniéndole el paño mojado sobre la frente—. El té estará listo en un momento —le indicó.

—Gracias.

Erik volvió a humedecer el trapo y luego lo llevó contra su pecho. Deslizó la mano por las cicatrices que se había hecho cuando luchaba en las peleas clandestinas.

—Creí... creí que no había ido a la guerra, milord —comentó Erik.

—No fui a la guerra.

El muchacho le tocó con el dedo índice la cicatriz que tenía sobre su costilla derecha.

—¿Entonces cómo fue que se hizo estas heridas? —preguntó curioso.

Enarcó una ceja. Siguió creyendo que el chiquillo se tomaba demasiadas atribuciones para ser un simple sirviente. El anterior conde de Cowthland debió darles a sus empleados mucha libertad, porque era la única explicación que le hallaba a su comportamiento. Erik parecía no estar familiarizado a cómo debía actuar un lacayo. Pero de algún modo, su atrevimiento le divertía. Él debió notar que su pregunta había estado fuera de lugar, porque inmediatamente dijo:

—No debe responder si no quiere, milord.

Hacía tiempo que él no se sentía tan cómodo con alguien, tal vez era por la fiebre, pero creyó que el muchacho sería un buen confidente. Si no sacaba pronto lo que tenía adentro, las pesadillas que lo seguían todas las noches, lo terminarían matando.

—Pero quiero responder —dijo—. Después de que mi padre me negara ir a la guerra con mis amigos, me apunte a un club de peleas clandestinas — como el muchacho no hizo ningún comentario, él siguió—: Debía volcar mi ira en algún sitio.

Erik metió el trapo en el recipiente con agua y después lo estrujó con fuerza.

—Tiene una cicatriz cerca del corazón, milord —le indicó, a través de los dientes—. Apuesto a que unos centímetros más a la izquierda, usted no contaba la historia.

Eso mismo le había dicho el doctor que lo atendió. Un contrincante resentido que había perdido la pelea, lo atacó por sorpresa con un cuchillo cuando salió del club a altas horas de la noche. Él no había muerto ese día, pero el dolor había sido insoportable.

—Las peleas me ayudaban a sentirme vivo —explayó—. No tienes idea de lo asfixiante que es ser observado por todo el mundo y de tener que comportarse de un modo que todos esperan que hagas. Daría lo que fuera por no haber sido el hijo primogénito y verme en la obligación de heredar un ducado.

Erik unió sus cejas y parecía estar muy molesto.

—¿Le dice eso a un simple sirviente que lo que debe hacer es acatar órdenes? No sabe lo afortunado que es, milord —repuso como si sus problemas fueran una liviandad—. ¿Qué diría si hubiera nacido mujer? Cuando sus libertades son limitas, y tener que rogar que le toque un buen marido, o sufrir por las injusticias de no poder heredar una casa. ¿En serio cree que heredar un ducado es lo peor que le pudo suceder?

—¿Lo dice por las hijas del conde de Cowthland?

—¡Lo digo por todas las mujeres! —chilló—. Es injusto que ellas no puedan heredar una propiedad.

—También lo creo.

Y lo decía en serio. Su madre y su hermana Fiona sufrían las desigualdades de la sociedad por ser mujer. La mirada del muchacho se relajó y le dedicó una tímida sonrisa.

—No hace falta ir a una guerra para sentirse útil, milord —le dijo en un tono amigable—. Podrá ayudar a muchas personas cuando se convierta en

duque.

Él se llevó un brazo detrás de la cabeza e hizo una mueca.

—Si fueras mujer, juro que te convertiría en mi duquesa —se mofó.

De repente, Erik empezó a toser cuando se atragantó con saliva.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—Sí —respondió una vez que la tos cesó—. ¿Y usted sigue participando en esas peleas, milord?

—Las dejé hace un año —contestó.

—Eso es una buena noticia.

—¿Ah, sí?

—No quisiera que le hicieran daño en una de esas peleas.

—Probablemente merezca que me hagan daño.

Erik se sobresaltó de su asiento.

—Puede que tenga muchos defectos, pero no los suficientes para poner su vida en riesgo, milord.

Ladeó la cabeza hacia el muchacho e hizo una mueca con la boca.

—Maté a un hombre en una de esas peleas —le contó—. ¿Todavía sigues creyendo que mi vida tiene valor?

Se quedó helado cuando se dio cuenta que le había confiado su más íntimo secreto. Secreto que lo venía torturando hacía meses.

—Si hubiera sabido que ese hombre sufría del corazón, nunca hubiera peleado con él —agregó, conteniendo un nudo en la garganta.

—No es su culpa, milord. Él sabía a lo que se exponía al participar en esas peleas.

—Ese hombre tenía una esposa —musitó—. Cinco niños pequeños se quedaron sin un padre.

Erik alargó un brazo y apoyó su mano sobre la suya, y se la apretó.

—También usted pudo haber muerto en una de esas peleas, milord.

—Pero no fue así, y llevaré siempre el peso de un hombre muerto sobre mis hombros.

—¡No diga eso, milord! —gimió—. No fue su culpa —repitió—. Usted mismo dijo que su corazón no marchaba bien. El único responsable de esa muerte fue ese pobre hombre que no pensó en las consecuencias de sus acciones.

Erik se veía tan afectado que sintió ganas de besarlo. Tragó saliva.

—El té —le recordó—. Mencionaste que me prepararías uno.

CAPÍTULO 14

CUBRIÓ a Connor con una manta después de que él se hubiera dormido. La fiebre le había empezado a bajar luego de que le pusiera varios paños húmedos en la cabeza. Ella se acurrucó sobre el sillón de un cuerpo que estaba en frente de él, con una taza de té en la mano. Hacía desde el almuerzo que no había probado un bocado y las tripas le habían empezado a sonar. Respiró más aliviada cuando bebió un sorbo del líquido ambarino. Si alguien descubría que había pasado la noche junto al futuro duque de Bourklam, su reputación estaría arruinada para siempre. Se mordisqueó el labio inferior, mientras observaba como el conde dormía.

¡Santo cielos! Hasta él casi se había desnudado delante de ella. No supo de donde había sacado las fuerzas para no salir espantada de esa habitación. Y no sintió ni un poco de remordimiento por haberse quedado. El granuja se había apiadado de ella y se había dejado puestos los pantalones. Cada centímetro de su cuerpo, con cicatrices y todo, le resultó lo más bello que había visto antes.

Los paños fríos no solo habían servido para bajar su fiebre, sino que, además, habían apagado el fuego que sentían sus dedos cada vez que lo acariciaba. Sus mejillas tomaron temperatura con solo recordarlo. Él le había abierto el corazón al contarle sus tormentos y ni siquiera sabía porque lo había hecho. ¡Ella era una desconocida! Pero fue agradable compartir ese momento de profunda intimidad, hasta había olvidado cuanto odiaba a ese hombre. Pero él sí había logrado enfurecerla cuando mencionó que su vida no valía nada.

Una parte de ella quiso saltar sobre el conde y gritarle de lo valioso que era, y que el poco tiempo que habían pasado juntos, había sido suficiente para sentir que se moriría si a él le pasaba algo. Sacudió la cabeza. El cansancio le estaba afectando el buen juicio.

El conde no le importaba.

Ella detestaba al conde.

Mentirosa.

Bebió otro sorbo de té.

Debía concentrarse en la razón por la que ella se encontraba allí y no en Green Hills. Tenía que evitar que el conde se casara con lady Ofelia. Emily debía ser la futura duquesa. De repente, tuvo una sensación horrible en el estómago.

Suspiró y saboreó el té durante un momento antes de tragar. Por suerte el conde había dejado atrás esas luchas estúpidas que podrían haberlo matado. ¡Él había recibido una puñalada cerca del corazón!

Puso los ojos en blanco. Y ahí estaba otra vez, preocupándose por su seguridad.

«*Piernas de ganso*», así era como el conde la había apodado. No debía olvidarlo para recordar la razón por la que ella no soportaba tenerlo cerca. Ladeó la cabeza y lo estudió con la mirada, aunque era agradable verlo dormir. Hasta sus ronquidos sonaban armoniosos a sus oídos. Tomó otro trago de té.

Debía pensar en qué le diría a su tía si descubría que ella no había pasado la noche en Green Hills. Lady Flisher no la había visto durante la cena y seguramente habría preguntado por su sobrina. Esperaba que Arrieta o el

ama de llaves le hubieran dado una buena excusa. Y si ella no aparecía en el desayuno... ¡en qué lío se había metido! Lady Flisher no era una mujer madrugadora, pero cuando se enteró que el nuevo conde de Cowthland aparecería en Green Hills en cualquier momento, se despertaba antes de las nueve de la mañana.

Tenía que detener urgentemente la locura que había empezado. ¿En serio creía que podría detener una boda? ¿Y que la baronesa St. James no haría nada al respecto para casar al futuro duque con su hija? Ella no tenía influencia en la sociedad, había quedado desprotegida después de la muerte de su padre, y apenas podía sobrevivir el día a día. Evitar que Connor se encontrara con al barón por unas horas no sería suficiente. Sintió un nudo en la garganta. Extrañaba a sus hermanas y hasta había perdido la fe de hallar el tesoro que había escondido su padre. Pronto perdería Green Hills con la llegada de su primo Wilfred. Y no podría soportar ver al nuevo conde destruyendo todo lo que amaba.

Hablaría con el notario que había sido de su padre y le solicitaría que le buscara una casita pequeña para ella y sus hermanas. Y el dinero que el conde le había prometido que le daría por llevarlo hasta la casa del barón, sería de gran ayuda. En momentos como esos, era cuando se sentía furiosa con su padre por haberlas dejado tan desprotegida.

Ella había perdido.

Green Hills dejaría de ser su hogar.

Se cubrió la boca cuando bostezó. Solo cerraría los párpados por unos segundos. No debía dormirse para poder escabullirse a la primera hora de la mañana y llegar a su casa antes del desayuno. Luego enviaría a un lacayo a la casa del señor Buquet para que ayudara al conde. Bostezó otra vez...

Sintió un escozor en el hombro derecho cuando la sacudieron.

—Erik...

Ella rezongó.

—Despierta Erik.

¿Quién era Erik? ¿Y por qué interrumpían su sueño tan bruscamente?

—Te he preparado unos huevos para que comas —le dijeron.

El olor a huevos recién hechos hizo que gimiera. Entreabrió los ojos y a medida que la vista borrosa se le iba aclarando, el bulto que tenía adelante iba tomando más nitidez y...

—¡Madre mía! —chilló, echándose hacia atrás.

El conde enarcó una ceja.

—¿Tan feo soy?

Se llevó una mano a la cabeza y respiró aliviada cuando se aseguró que todavía tenía el sombrero en su lugar. El conde estaba levantado y perfectamente arreglado, y la luz de sol que entraba por la ventana lo hacía atterradoramente apuesto. ¿Luz de sol?

—¿Qué hora es? —preguntó, alarmada.

Él echó una ojeada hacia la ventana.

—Deben ser más de las diez.

Abrió grande los ojos.

—¿Más de las diez? —repitió, horrorizada.

El conde asintió con la cabeza y le entregó el plato con huevos tan revueltos como su estómago. Su tía debía estar fuera de la cama y bien despierta. Mery, el ama de llaves, seguramente estaría asustada al ver que ella no había regresado a la casa a dormir. Y era demasiado tarde para marcharse cuando el conde ya estaba levantado y de un aspecto mucho mejor que la noche anterior.

—Come un poco y recobra fuerzas antes que partamos —murmuró él, sentándose en frente de ella y dándole un bocado a sus huevos—. Espero que te guste, muchacho. ¿Sabes? Por lo general es a mí a quien le preparan el desayuno.

Y estaba segura que así era. Se preguntó si él había entrado alguna vez a una cocina aparte de ese día. Había sido un lindo gesto de su parte preparar el desayuno. Bajó la cabeza para ocultar una sonrisa. Cogió el tenedor y se llevó un trozo a la boca.

—Delicioso...

—Es un desayuno un poco austero, pero los huevos fue lo único que hallé en la cocina —comentó.

Frunció el ceño cuando al masticar mordió algo duro. Se metió los dedos a la boca y saco un pedazo de cascara de huevo.

—Pudo ser peor —añadió él al ver su cara—. Deberías agradecer que no incendié la casa cuando intenté encender la cocina.

A ella se le escapó una carcajada.

—Me aseguraré que el dueño de la casa sea bien recompensado por haber usado su residencia.

Ella había pensado en hacerlo, pero le gustó oír que él fuese considerado con el señor Buquet. Se le escapó un quejido cuando movió el brazo derecho.

—¿Te duele el hombro?

—Solo un poco —respondió—. Quedó algo sensible luego de haber abierto la puerta con él anoche.

—No debiste hacer eso —replicó, dejando el plato con los huevos a un lado—. Deja que te revise el hombro.

Si él se acercaba demasiado, podría notar que Erik tenía pechos. Podría descubrir que llevaba un disfraz.

—No se moleste, milord, no es nada grave.

—Me quedaré tranquilo cuando le eche un ojo.

—¡No! —chilló, extendiendo un brazo y apoyando la palma de la mano contra su pecho para frenarlo.

Él se detuvo de golpe.

—Yo soy quien debería atenderlo a usted, milord.

—No digas bobadas...

Ella se levantó rápido del sillón y lo rodeó para ponerlo entremedio de los dos.

—Usted es quien debería ser revisado por un doctor —masculló—. ¡Tuvo fiebre hasta hace unas horas!

Él se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—¿No estás acostumbrado a que cuiden de ti, verdad, muchacho?

Tragó saliva. En realidad, no, no lo estaba. Siempre se había creído una persona fuerte e independiente, velando por el bienestar de sus hermanas y prácticamente, se había hecho cargo de Green Hills a los diecinueve años cuando se dio cuenta que su padre le prestaba más atención a sus inventos que a la finca. Elizabeth Cowthland había olvidado lo que era que cuidaran de ella.

—D-deberíamos ir a la casa del barón.

—Pero primero acaba tu desayuno.

Ella aceptó la tregua. Cogió el tenedor y por poco, no se atragantó con los huevos por lo rápido que los comió. Se pasó el dorso de la mano por la boca cuando limpió el plato.

—Listo —dijo—. Ahora podemos irnos.

El conde meneó la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Cualquiera diría que quieres librarte rápido de mi compañía.

De hecho, a ella le gustaba tenerlo cerca. Y se sorprendió cuando lo reconoció.

—No quiero retrasar su encuentro con el barón, milord.

—Connor —dijo—. ¿Cuántas veces debo recordarte que puedes llamarme por mi nombre?

Ella se rascó la frente.

—No es fácil de acostumbrarse, milord.

Él se rio. Fue una risa profunda que hizo que se le formaran pequeñas arrugas alrededor de los ojos.

—Entonces no volveré a insistirte —murmuró entre risas.

Había decidido llevar al conde a la casa del barón. No ganaba nada con retrasar un acuerdo que las dos familias habían pactado. Ladeó la cabeza para evitar que la rama de un árbol le quitara el sombrero. Salieron de las tierras de Green Hills y caminaron a un costado de la carretera. Si supiera que el conde se fuera a casar con otra mujer que no fuera lady Ofelia, la haría sentir mucho mejor. En Londres debía haber más ofertas....

—Un penique por tus pensamientos —farfulló él, observándola de reojo.

—Oh, no valen tanto, milord.

—Si lo que te preocupa es que el nuevo conde de Cowthland te deje sin empleo, mi oferta sigue en pie —le recordó en un tono amistoso—. Todavía necesito un ayudante de cámara.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces sí existe algo que te preocupa?

Ella suspiró.

—¿Por qué debe casarse con lady Ofelia?

Él hizo una mueca.

—Porque debo traer un heredero.

—Pero apuesto a que hay más damas que quisieran ser la futura duquesa de Bourklam.

—Pero ya no me queda tiempo para elegir —contestó—. Si no me caso antes que termine la temporada, no volveré a ver un centavo hasta que mi

padre me entregue el ducado.

Unió sus cejas.

—¿Pero no eres el conde de Kinghyork? ¡Tus tierras son unas de las mejores de todos los condados! —exclamó—. Deberías ganar lo suficiente para llevar una vida placentera.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que lo haría si llevara la administración de mis tierras.

Parpadeó.

—¿Acaso tú no te encargas de eso? —replicó.

—Si lo hiciera, no me quedaría tiempo para complacer mis placeres —respondió con una mueca santurrona—. Mi padre es quien se ocupa de la administración.

Soltó un gemido, desaprobador.

—¿Qué significa eso? —quiso saber.

—No es más que otro holgazán de la nobleza.

Él chasqueó la lengua.

—Podría hacer que te cuelguen por decir eso.

—Ya he oído eso antes.

—No tientes a tu suerte, jovenzuelo.

A ella se le volvió escapar otro gemido lleno de frustración. ¡La vida sí que era injusta! Le daba pan a quienes no tenían dientes.

—¿Y ahora eso que significa? —le cuestionó él.

—Que ahora comprendo porque su padre está furioso con usted, milord —musitó—. ¿Sabe? No es tan difícil administrar una hacienda. Hasta lo ayudaría a convertirse en un hombre más responsable.

Bien, ella no debió haber dicho eso. Sobre todo, después de la fulminante mirada que le lanzó el conde.

—¿Y tú qué sabes sobre administrar una finca?

¿Qué sabía? Mientras él se dedicaba a los placeres, ella se ocupaba de Green Hills y de sus más de cien arrendatarios. Pero ella se limitó a responder:

—He visto al antiguo conde de Cowthland como lo hacía.

El conde la miró fijamente por un momento, y luego apartó la vista hacia delante.

—Puede que después del escarmiento de mi padre, decida dedicarles más tiempo a mis tierras —comentó, mientras metía las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Ella se sintió complacida al oír eso.

—Y puede que, si lo hace, no se vea obligado a casarse con lady Ofelia.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso, pero jugaré con esa carta con mi padre si veo alguna posibilidad de que él cambie de parecer.

Ella se mordisqueó el labio inferior y agregó:

—¿Y qué me dice de las hijas del conde de Cowthland?

—¿Qué hay con ellas?

—Lady Emily podría ser una buena duquesa —dijo, sintiendo que cada

palabra le había raspado la garganta.

—¿Ah, sí?

Asintió con la cabeza.

—¿Y ella se encuentra en Green Hills?

La posibilidad de que el conde se convirtiera en su cuñado no fue tan placentera como se imaginó.

—Lady Emily ahora está en Bristol, cuidando de su tía Jocelyn, la hermana de su padre.

—Pero como ya he dicho, no tengo tiempo para esperar a que lady Emily regrese a Hampshire.

Se sintió completamente culpable al sentir un regocijo en las tripas cuando el conde no quiso esperar a Emily. ¿Qué diablos sucedía con ella? Emily era su hermana y siempre había soñado en convertirse en duquesa.

—¿Y qué me dices de las otras hijas del conde? —preguntó él—. Hablas tan bien de ellas, que hasta tengo curiosidad de conocerlas.

—La melliza de lady Emily, Emma, tuvo que viajar al condado de Derby.

—¿Lady Emma es la institutriz de los hermanos de Malcolm, verdad? —la interrumpió.

Asintió con la cabeza.

—Del marqués Rulfcrow —siguió—. Y luego está lady Eleonor...

—Oh, Eleonor... toda una belleza.

Hizo de cuenta que no había oído ese comentario.

—Lady Eleonor tuvo que ir a Londres para acompañar a su prima. Lady Felicity, durante la temporada.

—Ella tampoco me sirve. Debo regresar a Londres con una prometida. ¿Y qué me dices de la hija mayor del conde?

El corazón se le detuvo.

—¿Qué hay con ella?

—¿Podría ser una buena duquesa? —quiso saber.

Tragó saliva.

—Yo... ella... —carraspeó—. Lady Elizabeth no es el tipo de mujer que se casa. No creo que sea una buena opción, milord.

El conde esbozó una amplia sonrisa, de esas que enseñan toda la dentadura.

—Cualquier opción es mejor que lady Ofelia —se mofó—. ¿Podría encontrar a Lady Elizabeth en Green Hills?

—Ella... eh, no, sí...

Él enarcó una ceja.

—¿Sí o no?

—No lo sé... yo no la he visto... ¡Un carruaje! ¡Se acerca un carruaje!

Agradeció la repentina aparición del coche que hizo que el conde se olvidara de lady Elizabeth. Que se olvidara de ella. La calesa pasó por un lado de ellos, pero no se detuvo. Su aspecto estaba muy lejos de parecerse a la hija de un conde y su acompañante, no lucía como el futuro duque de Bourklam.

—Si no me equivoco, esa es la calesa del barón —murmuró él, levantando los brazos para gritar—: ¡Barón St. James! ¡Barón St. James soy lord Kinghyork!

El coche se detuvo y luego giró hacia ellos. Nunca había estado en sus planes encontrarse de frente con el barón. Abrió grande los ojos. ¡Él iba a reconocerla! Dio un paso atrás. El conde tenía toda su atención puesta en su futuro suegro. No notaría si ella se alejaba. Lo miró como si fuera la última vez que lo haría. Que lo más probable era que así fuera. Extendió un brazo para tocarle el hombro, pero lo bajó de inmediato. Giró los talones y empezó a correr, perdiéndose entre la frondosa arboleda.

CAPÍTULO 15

LA CALESA atravesó los arbustos de la entrada de la residencia de barón. No era una casa tan grande como las que tenían sus vecinos, pero estaba bien conservada y mantenía un aspecto elegante, digna de un hombre de su posición. Siguió con la mirada a las aves que volaban en el cielo hasta que se posaron en las copas de los árboles. ¿Por qué demonio Erik se había ido sin despedirse? ¡Ni siquiera se había dado cuenta cuando él lo hizo! Estaba furioso y decepcionado. Había creído que entre los dos habían entablado una amistad o lo que diantres fuera... no sabía que era, pero era lo suficiente para un saludo de despedida.

—¿Se encuentra bien lord Kinghyork? —le preguntó el barón.

—¡Si! —respondió en un tono más elevado de lo que quería—. Lo siento... es que... olvídelo.

El barón meneó la cabeza, condescendentemente.

—Nadie logra salvarse de los salteadores, lord Kinghyork —comentó—. ¿Cómo dijo que se llamaba la persona que lo auxilió?

—Erik —contestó—. Él desapareció como si la tierra lo hubiera tragado. No me dio tiempo a que lo despidiera como debe ser —se acomodó el cuello de la camisa algo incómodo, cuando el barón lo miró sin comprender su enfado—. Ya sabe... después de que él hubiera salvado mi vida.

—Los modales de la servidumbre —refunfuñó, alzando el mentón—.

Seguramente la vida en Londres es muy diferente a la del campo.

El coche se detuvo en la entrada de la residencia, dos lacayos salieron a recibirlos y le abrieron la portezuela.

—Puede que usted lo conozca, lord James —dijo, mientras bajaba los escalones—. El muchacho trabaja en Green Hills.

El barón bajó del coche por detrás suyo, le entregó el sombrero al mayordomo cuando se acercó, luego se volvió hacia él y respondió:

—Entonces el muchacho es uno de los pocos afortunados —explayó—. Escuché que la madre del nuevo conde de Cowthland ha despedido a más de la mitad de los empleados. ¿Sabe una cosa? No tengo la menor idea de cómo harán para mantener una finca de ese tamaño con la mitad de la servidumbre.

Pero a él no interesaba saber si el nuevo conde de Cowthland iba a poder mantener Green Hills.

—¿Alguna vez ha oído hablar del muchacho, lord James? —insistió.

Él lo miró como si lo acabara de insultar.

—Apenas conozco a mis empleados para poder conocer a los de mis vecinos, lord Kinghyork —replicó—. Pero puede preguntarle a mi mayordomo —se inclinó y agregó en un tono de confianza—: Él lo sabe casi todo.

La mandíbula empezaba a molestarle después de esbozar tantas sonrisas forzadas. Se hundió en el sofá que estaba en la sala del barón, cruzó las piernas y volvió a sonreírle a la baronesa y a lady Ofelia que estaban sentadas en frente suyo. Era un poco intimidante que todas las miradas

estuvieran puestas en él. Bebió un sorbo de té y luego dejó la taza sobre la mesa baja que los separaba.

—Usted tiene una linda casa, lady St. James —comentó, para romper el silencio incómodo.

—Que amable es usted, lord Kinghyork —repuso ella—. Es un honor tenerlo como huésped en nuestra casa.

—Les había traído unos obsequios, pero los salteadores se llevaron los baúles con todas mis pertenencias.

Lady St. James sacudió la cabeza, molesta. Pero creyó que su enfado se debía por los obsequios que no había podido recibir.

—No nos sentimos seguro en ningún sitio, milord —se quejó.

Lady Ofelia se inclinó hacia delante y lo miró con sus ojos sin expresión. La muchacha tenía buena apariencia, pero toda ella carecía de vida. En cambio, los ojos de Erik, lucían como si se fuese a comer el mundo. Pero Erik era un muchacho y no podía engendrar al próximo duque de Bourklam. ¿Por qué demonios había vuelto a pensar en el chiquillo? Buen Dios, él estaba enloqueciendo.

—¿Los salteadores le han hecho mucho daño? —le preguntó su posible prometida.

—Recibí un golpe en la cabeza, pero las costillas se llevaron la peor parte con la caída —esbozó otra sonrisa—. Nada de qué preocuparse.

La baronesa St. James tocó la campanilla para pedir que trajeran más galletitas al salón.

—Es una lástima que mi hijo Tristán no esté aquí para saludarlo, milord —expresó—. ¿Sabe? Él se ha ido a Londres para no perderse el inicio

de la temporada —batió las pestañas como si estuviera a punto de decir algo encantador—. Y puede que este año tenga el placer de ver a todos mis hijos felizmente casados —añadió, apoyando una mano en la rodilla de su hija.

Una doncella los interrumpió cuando trajo las galletas que habían pedido, y él quiso besarle los pies por aparecerse en el momento más oportuno. Cogió la taza y bebió otro trago de té. Dirigió la vista hacia su posible futura prometida. Ella miraba el suelo y estaba tan colorada como los lazos rojos de su vestido. Él no podía casarse con la muchacha, no tenía nada en su contra, pero no podía imaginar su vida al lado de ella. Debía hablar con el duque y explicarle que no podía casarse. Él lo entendería. No, no lo haría. Respiró hondo. Solo debía asegurarse de traer un heredero y conservar algunas de sus amantes para hacer más llevadero el matrimonio. Se pasó una mano por el pelo, resignado. Veía pocas posibilidades de poder escapar del ultimátum que le había puesto su padre. Tal vez lady Ofelia lograra sorprenderlo y detrás de todo ese cabello castaño, hubiera una mente intrépida. Tomó una galleta de la bandeja y le dio un mordisco.

—Están deliciosas.

—Contamos con la mejor cocinera —replicó la baronesa orgullosa.

El barón St. James, que había estado en su despacho, se apareció por la sala y se unió a ellos.

—Me he tomado la libertad de escribirle al duque y lo he puesto al tanto de lo que le ha sucedido, lord Kinghyork —le contó, sentándose a una distancia prudente de su esposa—. Y he mandado a mis sirvientes para que busquen su coche.

Sacudió la cabeza.

—Habrá querido decir de lo que queda de él —se mofó.

Hubo otro silencio hasta que el barón abrió la boca y dijo:

—Tal vez le interesé saber que le pregunté al mayordomo si conocía al muchacho que está buscando, lord Kindghyork.

Enarcó una ceja para que continuara.

—El único Erik que él conoce de Green Hills, es al mozo de cuadra.

—¿Green Hills? —repitió la baronesa, horrorizada—. Nada bueno puede salir de allí.

—¿Por qué lo dice? —preguntó, curioso.

La baronesa terminó de tragar su galleta y respondió:

—Ninguna persona decente quiere verse relacionado con la familia del conde de Cowthland.

Se reclinó en el asiento y se cruzó de brazos. A él no le agradó nada el tono que había utilizado la baronesa.

—¿Puedo saber la razón?

—Se han convertido en una paria después de la muerte del anterior conde. Y eso que él era conocido por sus locuras —alegó—. Hace unos días, dimos una fiesta en nuestra casa y tuvimos la bondad de invitarlos. ¡Y ellos arruinaron la velada!

El barón puso los ojos en blanco.

—No exageres, querida.

—Lady Elizabeth arruinó mi vestido con limonada —murmuró lady Ofelia, indignada.

—Y ella se atrevió a golpear a nuestro hijo Tristán —agregó la

baronesa, furiosa.

¿Lady Elizabeth? Erik le había dicho que así se llamaba la hija mayor del conde. Ella le pareció una mujer interesante. Más interesante de lo que podía decir de su posible prometida.

—La muchacha lo golpeó para defender el honor de su hermana menor —la excusó el barón.

Definitivamente, ella había captado toda su atención. Podía imaginarse a la damisela dando todo un espectáculo.

—Oh, querido, pero sí parece que estuvieras defendiendo el comportamiento salvaje de esa... *muchacha* —masculló la baronesa entre dientes.

—Por suerte, las hijas del conde fueron desparramadas por toda Inglaterra y no podrán hacerle daño a nadie más —comentó lady Ofelia—. Lady Elizabeth ha sido la única que ha quedado en Green Hills, pero estoy segura que cuando llegue el nuevo conde de Cowthland, él la echara a la calle —bebió un sorbo de té y sonrió con malicia—. Y sin dote ni que nadie la proteja...

—¡No te atrevas a decir en voz alta de como acabarán esas muchachas, Ofelia! —chilló la baronesa.

Lady Ofelia enderezó los hombros y levantó una ceja con asquerosa arrogancia.

—No lo iba a hacer, madre —repuso—. No es propio de una dama decir ese tipo de cosas.

El barón ladeó la cabeza hacia él y murmuró:

—A veces quisiera tener hijos con más luces.

Él se había equivocado cuando creyó que lady Ofelia podía sorprenderlo para bien. Ella no era más que una chiquilla malcriada que se regodeaba de las desgracias de los demás. Erik le había mencionado de lo mucho que habían sufrido las hijas del conde después del fallecimiento de su padre, y que su posible esposa hablara así de ellas, le molestó. En ese momento decidió que no podía casarse con ella. En ese momento se dio cuenta que su padre no le pasaría un centavo más cuando regresara a Londres sin una esposa el día siguiente. Pero antes de marcharse él quería...

—Si es posible, me gustaría que me prestaran un caballo para ir a Green Hills y agradecerle personalmente al muchacho que me salvó la vida.

—No debe ni preguntarlo, milord —añadió la baronesa—. Todos nos sentimos agradecidos con el muchacho. Y espero que los salteadores que lo atacaron reciban el castigo que se merecen.

Creyó que la baronesa no se sentiría tan agradecida cuando se enterara que él no se casaría con su hija.

—Es muy amable, lady James —dijo—. Pero antes me gustaría ir a mi habitación para tomar un descanso.

—Puedo acompañarlo a Green Hills cuando esté más descansado, lord Kinghyork —se ofreció el barón.

Él asintió con la cabeza.

—Se lo agradecería, milord.

CAPÍTULO 16

HABÍA logrado salirse con la suya y escabullirse de la vista del conde y por alguna razón, eso no la había hecho sentir mejor. Hubiera querido haberse despedido de Connor como lo hubieran hecho dos personas que hubieran pasado la noche juntos, pero no podía correr el riesgo de que el barón la reconociera. No dejaría que la reputación de sus hermanas se viera afectada por su culpa. El granuja había conseguido que él ya no le pareciera tan desagradable. Hasta se había sentido cómoda a su lado. Había sentido una conexión con el lord que no sabía cómo describirla, tal vez *amistad* era la palabra correcta.

Pero sabía que ella nunca se olvidaría de ese día. Se preguntó si él lo haría. Sacudió la cabeza. Claro que la olvidaría. La vida del conde regresaría a la normalidad cuando contrajera matrimonio con lady Ofelia, tuviera al heredero de Bourklam y recuperara su dinero. Y lo máximo a lo que ella podía aspirar, era al recuerdo de ese día. El día que se hizo pasar por un mozo de cuadra y disfrutó de una aventura.

De repente, descubrió que ella estaba llorando. Era como si las lágrimas que había retenido durante más de un año en sus ojos, hubieran decidido salir para mortificarla. Se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos, mientras ingresaba a Green Hills por la parte trasera. Y el hecho de que

la madre del nuevo conde hubiera despedido a la mitad del personal de la finca, la ayudó a no cruzarse con ningún sirviente mientras se dirigía a su habitación. Pensó que Mery, el ama de llaves, estaría ocupada en sus quehaceres y que no la encontraría en su alcoba, esperándola sentada en su cama, con el ceño fruncido.

—¿Quiere matarme del susto, verdad, lady Elizabeth? —escupió cuando lo vio llegar.

Ingresó a la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

—No debes preocuparte por mí, Mery —murmuró con una sonrisa en los labios, para aplacar los ánimos.

—¡Pasó la noche afuera, miladi! —gruñó el ama de llaves—. ¿Acaso usted no piensa en su reputación? —le cuestionó—. Arrieta me contó que estuvo acompañada por el conde de Kinghyork.

Se llevó un dedo a los labios y le pidió que bajara la voz.

—El conde en ningún momento descubrió quién era —dijo, al tiempo que se quitaba el sombrero y lo arrojaba sobre una silla—. Él siempre creyó que era Erik, un humilde sirviente.

—¿Qué hubiera hecho si alguien la descubría, miladi? —espetó en un tono acusador—. Lady Flisher preguntó por usted en la cena...

Abrió grande los ojos.

—¿Y qué fue lo que le dijeron? —la interrumpió.

—Que estaba enferma y que parecía que era algo contagioso —contestó—. Lady Flisher no se opuso a que se mantuviera en su recámara para evitar un posible contagio.

Respiró aliviada.

—Ha sido una idea estupenda que le dijeran que estaba enferma — murmuró—. ¿Mi tía ya despertó, verdad?

Mery afirmó con la cabeza.

—Sí, miladi —carraspeó—. Hay algo que debe...

—Ayúdame a quitarme las botas, Mery —le pidió, mientras se sentaba en la cama—. ¿Todavía conservo el vestido verde? Porque hoy tengo ganas de usar algo de color.

—Miladi, debe saber...

—Demasiado gris es el día ya con la noticia de que lady Ofelia será la próxima duquesa de Bourklam. ¿Sabes? No pudo hacer nada para evitar esa boda.

El ama de llaves tiró de su pie y se quedó con una bota en la mano.

—Fue demasiada inocente miladi al creer que podría hacer algo al respecto. Las bodas de la nobleza están arregladas mucho antes que los niños digan su primera palabra.

Hizo una mueca.

—Pero este no era el caso del conde —suspiró—. Él debía hallar pronto una esposa y lady Ofelia era lo único que tenía a su disposición.

—Arrieta comentó que el conde era muy guapo.

Ella suspiró mientras veía el rostro de Connor en su mente.

—Y también tiene una mirada cautivadora —agregó.

Mery pestañó.

—¿Acaba de admitir que el conde era guapo?

¿Ella lo había hecho? Parpadeó y luego se aclaró la garganta.

—Hubiera sido el esposo perfecto para Emily. Lástima que ella se encuentra en Bristol —explayó—. Pero lo bueno de todo esto es que el conde le prometió a Erik una recompensa por haberlo ayudado. Y en estos momentos, todo dinero es bien recibido. Hablaré con el notario de mi padre para que busque una casa pequeña para mí y mis hermanas. ¿Sabes? Las echo de menos más de lo que creí que haría.

—Yo también extraño a sus hermanas, miladi.

Se quitó las horquillas del pelo y el cabello cayó como una cascada sobre su espalda. La gustaba su pelo largo y era la única vanidad que se permitía.

—Quisiera darme un baño antes de enfrentarme a la madre del conde.

Mery llamó a una doncella y le pidió que le trajeran agua caliente para la tina. Después de unos minutos, ella se encontraba dando un relajante baño y se dio cuenta de lo cansada que estaba. Se quedó en el agua hasta que los dedos se le arrugaron. Mery le entregó una toalla cuando salió de la tina y luego la ayudó a vestirse.

—Había olvidado de lo bien que le asienta el color verde, miladi.

Ella se tocó los bordados que tenía el vestido en las mangas.

—Y había olvidado de lo hermoso que era este vestido —murmuró—. Por suerte, Emily no lo vio y no lo cargó en su baúl —bromeó.

—Pero a ella no le queda tan bien el verde como a usted, miladi.

¿Connor pensaría lo mismo? ¿Él la creería hermosa en su vestido

verde? Era obvio que no. Ni siquiera la recordaba cuando estuvo en Londres para la temporada, pero él sí recordaba a Eleonor. Ella era insignificante al lado de sus hermanas. Siempre había tenido que vivir con las miradas lastimosas de las personas cuando veían como ella se iba marchitando a medida que sus hermanas iban creciendo y transformándose en mariposas. Nada de eso le había importado antes. Hasta ahora. Nunca sabría lo que sería sentirse deseada por un hombre. Por Connor.

—¿Se encuentra bien, miladi?

Ella asintió con la cabeza.

—Luce un poco acalorada.

—Hace algo de calor aquí adentro —replicó. Suspiró y agregó—: ¿Se sabe cuándo llegará el nuevo conde de Cowthland?

—Él está aquí, miladi —contestó Mery, mientras le ajustaba la trenza con horquillas.

Ella le apartó la mano y se giró.

—¿Dices que mi primo ya está en Green Hills?

—Él llegó temprano esta mañana.

Puso los brazos en jarra.

—¿Y cuándo planeabas decírmelo?

—¡Es lo que le he intentado decir desde que llegó! —exclamó.

Su peor pesadilla finalmente se había cumplido. Caminó hacia la cama y se sentó en el borde del colchón.

—D-debo hablar con él... d-debo saber cuáles son sus planes.

—El conde está durmiendo y pidió no ser molestado, miladi —dijo Mery. ¿Qué más podía estar haciendo el holgazán de su primo? En su lugar, estaría revisando toda la finca—. Su aspecto no es muy bueno —le contó—. Parece que él hubiera envejecido de golpe. Luce como un hombre de cuarenta.

Y solo tenía treinta.

—Y hay algo más que debe saber...

Alzó una ceja.

—¿Qué puede ser peor que la aparición del nuevo conde?

—Él no vino solo, miladi.

—¿Ah, no?

—Tenemos al vizconde de Norgate como invitado.

Ella se levantó de golpe de la cama. Que el vizconde estuviera en Green Hills no era nada bueno. Debía hablar con su primo de inmediato. La finca era una herencia familiar, y no podía ser vendida. Pero su primo podía alquilarla o hacer que la alquilaba para pagar las deudas que tenía con lord Norgate.

—¿Sabes a qué ha venido el vizconde?

—No, miladi.

—¿Él también está durmiendo?

—El vizconde estaba tomando el té en el salón azul con lady Flisher —respondió.

—Entonces termina de arreglarme el cabello porque debo reunirme con ellos —le pidió.

—Debe tener cuidado con el vizconde, miladi —dijo Mery—. Se nota que él es un hombre peligroso.

Había oído historias espantosas del lord cuando estuvo en Londres. Se rumoreaba que había golpeado a unos de sus sirvientes por haberle dejado una arruguita en su chaqueta. Y eso era lo más suave que había escuchado.

—Lo sé, Mery. Lo sé.

Se detuvo a pocos metros de la puerta doble que daba al salón azul. Se llevó las manos al estómago y respiró hondo. Debía juntar coraje para enfrentar a su tía y al vizconde de Norgate. Alargó un brazo para girar el pomo y se detuvo a mitad de camino cuando oyó que la llamaron. Ella se volteó. Arrieta, su doncella, estaba oculta detrás de un jarrón y le pidió que se acercara con el dedo. Se había quitado la ropa de lacayo y vestía su habitual uniforme de doncella. Caminó hacia ella.

—Avisé que me uniría al almuerzo y me están esperando —le comunicó—. Ya sabes cómo es lady Flisher cuando no se cumplen los horarios.

—No me llevará mucho tiempo lo que tengo para decirle, miladi —dijo en voz baja su doncella—. Me alegra ver que ha llegado sana y salva, y que el conde no la haya descubierto. ¿Por qué él no lo hizo, verdad?

—No.

—Lady Flisher cree que usted está enferma, miladi, por eso no cenó anoche ni bajo a desayunar hoy a la mañana.

—Mery ya me puso al tanto de todo.

—Mery casi me pone patitas a la calle por no haberme quedado con usted, miladi.

—Lamento haberte puesto en esa posición Arrieta —masculló—. Hablaré con Mery y le diré que no te dejé otra opción. ¿Qué más querías decirme?

—Que hice que uno de los lacayos enviase el caballo del lord Kinghyork a la casa del barón.

—Me había olvidado del caballo —repuso—. Haz hecho bien en regresárselo.

—¿Y el conde se casará con lady Ofelia?

—Me temo que sí.

—Oh, creí que...

—¿Qué creíste?

—Que él podría llegar a enamorarse de usted, miladi.

—¿De mí? ¿Acaso me has visto? Él podría enamorarse de Eleonor, Emily e incluso de Emma, pero nunca de mí —murmuró con la voz estancada en la garganta.

—No diga eso, miladi, usted es tan bella...

Levantó una mano y le pidió que no dijera nada más. Eso era lo que su padre siempre le decía para animarla: «*tú también tienes tu belleza, cielo*» «*tú eres especial*» «*ninguna de tus hermanas puede administrar una finca y tú lo haces a la perfección*» «*el hombre con quien te cases será muy afortunado*».

—Ahora lo único que puedo hacer, es hacer todo lo posible para evitar

que el vizconde de Norgate ponga sus cochinas manos en Green Hills.

Existían pocas cosas que a ella le aterrorizaban. Y el vizconde de Norgate era una de ellas. Él se había sentado en una de las cabeceras de la mesa y actuaba como si Green Hills ya le perteneciera. Sus ojos eran tan negros como su cabello. Tenía una cicatriz en su mejilla izquierda, cerca de su oreja. Usaba un bigote que se curvaba hacia arriba en sus extremidades. Hasta podía notar que su tía también le temía. No había parado de decir tonterías desde que se sentaron en la mesa, y eso lo hacía cuando estaba muy nerviosa. En cambio, ella lo había estado estudiando; cada movimiento, cada palabra, gesto, algo que le permitiera descubrir cómo tratar a su enemigo.

—Hemos tenido un clima excelente —dijo lady Flisher—. Pocos días de lluvias, pero los suficientes para que mi sobrina pescara un resfrío.

Ella dejó la cuchara de la sopa a un costado del plato.

—Ya me siento mejor.

—Lizzy adora Green Hills, ella es igual que mi difunto hermano. A él también le encantaba dar paseo hasta cuando llovía.

Pudo sentir como los ojos fríos del vizconde se clavaron en ella. Tragó saliva.

—Cuando se es joven y fuerte, se cree que nada malo les puede suceder —farfulló el vizconde—. Pero no se confíe demasiado, lady Elizabeth.

¿Acaso él le había lanzado una advertencia?

—¿Y para qué vivir si no se puede disfrutar de los placeres de la

naturaleza?

Él asintió con la cabeza.

—Pero es demasiado joven para conocer todos los placeres, miladi, ¿vale la pena morir por uno solo?

—Depende de la estima que se le tenga a ese solo, milord.

El vizconde cogió su copa y bebió un sorbo de vino, sin aparta sus ojos de ella.

—Usted es una joven de una boca intrépida, lady Elizabeth.

—No fue mi intención ofenderlo, milord.

—No lo ha hecho, se lo aseguro.

—Lizzy no se parece en nada a sus hermanas menores —comentó su tía—. Ella siempre ha sido la más rebelde. En el buen sentido de la palabra, claro.

Él enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

Lady Flisher apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia el vizconde.

—Lizzy conoce Green Hills de punta a punta —le contó—. Hasta mi hermano le confió la administración de la hacienda. Él la trataba como si fuese el hijo varón que nunca tuvo. Considero que su comportamiento imprudente es debido a su mala educación —siguió—. A veces pienso que Lizzy terminó creyendo que es un caballero —se mofó.

Ella apretó los labios.

—Creo que subestima las capacidades de las mujeres, querida tía — musitó, arrastrando cada palabra—. También podemos sumar y restar, además de bordar y pintar. Y por qué no, llevar la administración de una hacienda. Que se le permita a una mujer desarrollar su inteligencia, no significa que está recibiendo una mala educación.

—Además, su sobrina está muy lejos de lucir como un caballero, lady Flisher —añadió el vizconde, en un tono más lascivo que cordial.

Sintió que un escalofrío le recorría la nuca.

—¿Cuánto tiempo planea quedarse en Green Hills, milord? —fue directo al punto.

—Elizabeth, es de mala educación hacer ese tipo de preguntas — farfulló su tía—. Lord Norgate, usted puede quedarse todo el tiempo que quiera en nuestra casa.

Ella sonrió y le dirigió al lord una mirada cargada de una fingida inocencia.

—No pretendía incomodar al lord, tía, pero me resulta extraño que alguien prefiera pasar su tiempo en el campo, cuando es evidente que la diversión está en Londres debido al comienzo de la temporada.

Él esbozó una siniestra media sonrisa.

—¿Pero usted prefiere el campo, verdad, miladi?

Él la había atrapado.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces ya somos dos.

—Por si les interesa, yo prefiero Londres —expresó su tía—. Odio los

mosquitos y puede que regrese a la ciudad ahora que Wilfred ha venido a ocupar su lugar como conde de Cowthland.

Escuchar la posibilidad de que su tía se marchara de Green Hills, sonó como una melodía para sus oídos.

—Y por supuesto, Lizzy, tu vendrías conmigo. No estaría bien visto que te quedaras sola en la casa de un hombre soltero y su huésped.

Ella tuvo un ataque de tos cuando se atragantó con la sopa. Debía evitar otra catástrofe en su vida. Porque sería una catástrofe compartir un viaje hasta Londres con su tía. Se limpió la comisura de los labios con la servilleta y dijo:

—Escuché que el futuro duque de Bourklam se hospeda en la casa del barón St. James —comentó como si se hubiera enterado por una fuente externa—. Sería una pena que él disidiera pasar por Green Hills y que usted, mi querida tía, no estuviera aquí para recibirlo.

—Además, sería una pena no poder contar con tan excelente compañía —agregó el vizconde, no solo con sus ojos sobre ella, sino que también, con su pie acariciando su pantorrilla por debajo de la mesa.

Ella lo pateó con su otra pierna para apartarlo.

Él sonrió. Y su sonrisa parecía la promesa de alguna cosa que a ella no le gustaría.

—¿Dices que el conde de Kinghyork se hospeda en la casa del barón? —preguntó su tía, sin darse cuenta de lo que sucedía por debajo de la mesa.

—Sí, eso fue lo que escuché que dijo uno de los sirvientes —contestó.

—¿Y por qué razón el conde vendría a Green Hills?

Ella se aclaró la garganta.

—Bueno... el nuevo conde de Cowthland está de regreso.

—Oh, que boba soy, a veces olvido de la nueva posición de mi Wilfred.

—Deberíamos invitar a lord Kinghyork para que venga una de estas noches y hacer un partido de cartas —murmuró el vizconde—. Si a usted no le molestad, lady Flisher.

Connor no podía pisar Green Hills. Porque él descubriría su verdadera identidad. Se enteraría que Erik no existía. ¡Madre mía! El conde de Kinghyork se vería comprometido por haber pasado una noche con lady Elizabeth. Los latidos de su corazón empezaron a bombear más fuerte.

—¡No! —chilló ella, sobresaltada—. El conde no puede visitarnos.

Tanto su tía como el vizconde dirigieron la vista hacia ella.

—¿Por qué el conde no puede visitarnos, Lizzy? —le cuestionó lady Flisher.

—Porque... porque... puede que él tenga que regresar pronto a Londres.

—Entonces no existe nada que me detenga en Hampshire —observó al vizconde de reojo y agregó—: Sin ofender, milord, pero me gustan las fiestas y la mayoría de nuestros vecinos ya se han ido.

El vizconde extendió un brazo y apoyó su mano pesada sobre la de su tía.

—Lo entiendo, lady Flisher, no debe disculparse. Pero repito que sería una verdadera lástima que me *privaran de su compañía* —dijo él,

mencionando las últimas palabras con la mirada puesta sobre ella.

La opción de ir a Londres con su tía ya no le parecía tan descabellada. Se levantó abruptamente del asiento y fingió tener un pronunciado ataque de tos.

—Si me disculpan, preferiría retirarme e ir a descansar. No me estoy sintiendo muy bien —tos, tos, tos—. No quisiera contagiar a nadie.

Lady Flisher abrió grande los ojos.

—Puedes retirarte, querida, te aseguro que ninguno de los presentes quiere enfermarse.

Ella hizo una reverencia antes de salir del comedor con pasos agigantados. Y solo podía pensar en una cosa: el vizconde de Norgate era más peligroso de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 17

EL NUEVO conde de Cowthland había pasado un día entero en la cama y cuando supo que se había levantado y estaba en su despacho, no dudó un segundo en quedarse parada adelante de la puerta y esperar a que él saliera. Le urgía saber acerca de cuáles eran sus planes en Green Hills. Sabía que ella ya no estaba a cargo y su opinión no tenía ninguna validez, pero si su primo tenía algo de cordura, oiría sus consejos. Maldita sea. Tenía más conocimiento del asunto que él. Se llevó las manos a la espalda y se paseó de un lado a otro, impaciente. La incertidumbre la estaba matando y tuvo que golpear la puerta. Después de un momento, el pomo se giró y su primo apareció del otro lado.

—¿Elizabeth? —masculló él cuando la vio—. Justo estaba pensando en ti.

Ella tuvo que tragar su orgullo y hacer una reverencia.

—Lord Cowthland.

Él hizo un gesto con la mano para que ingresara al despacho.

—Somos familia, Lizzy, puedes llamarme Wilfred —rodeó el escritorio y se sentó—. Quiero darte el pésame por la muerte de tu padre. Lamento que mi tío nos haya dejado tan pronto.

Dudaba que eso fuera cierto. La muerte de su padre le había permitido regresar a Inglaterra. Apretó los puños a los costados del cuerpo para controlar su rabia. Debía actuar con perspicacia para obtener la información

que quería. Corrió la silla que estaba delante del escritorio y tomó asiento.

—Todos lamentamos la prematura muerte de mi padre, lord —repuso—. Es muy amable primo por permitir que siga viviendo en Green Hills —dijo como la jovencita sumisa que no era.

Wilfred se reclinó en el asiento y la estudió con la mirada.

—Debo reconocer que has cambiado mucho, Elizabeth.

Y él también lo había hecho. El ama de llaves había acertado cuando le dijo que su primo había envejecido de golpe. Tenía arrugas a los costados de los ojos y una gran parte de su cabello estaba blanco y la otra, se le había caído.

—Las tragedias suelen cambiar a las personas —vociferó, apoyando las manos sobre el regazo.

—Pero tú, Lizzy, hasta te ves más guapa —comentó él—. Ahora entiendo porque el vizconde de Norgate preguntó por ti.

Ella tensó los hombros.

—Lord Norgate es un hombre casado, primo —le recordó—. Él no debería interesarse por una mujer soltera.

Pero Wilfred debía recordar muy bien que el vizconde era un hombre casado luego de haber estado con su esposa. Su primo debió imaginar lo que estaba pensando porque sus mejillas pálidas se sonrojaron de inmediato.

—Los cumplidos de lord Norgate fueron meramente caballerosos.

Después de que él le hubiera rosado la pierna con su pie por debajo de la mesa durante el almuerzo del día anterior, dudada que el vizconde fuera un caballero.

—Estuve leyendo el testamento que dejó mi tío —siguió él—. Y en ningún lado menciona que les haya dejado a ti y a tus hermanas una dote.

—Mi padre perdió ese dinero... —por no decir que lo había escondido en algún sitio de Green Hills—. Él no planeaba morir tan pronto.

—Lo imagino —repuso—. Eso significa que ustedes ahora son mi responsabilidad.

—No debes preocuparte por nosotras, Wilfred.

—Ahora estoy al mando de la familia y debo ocuparme de ustedes, prima. Debo buscarles un marido. ¿Las mellizas ya fueron presentadas en sociedad?

—No, aún no.

—Lo harán cuando haga que ellas regresen del lugar de donde mi madre las envió.

Ella pestañó, y luego esbozó una amplia sonrisa.

—¿Harás que mis hermanas regresen a Green Hills? —preguntó con el corazón exaltado.

—Por supuesto, y me ocuparé de que cada una tenga una dote, claro, después de que me acomode con las finanzas.

A ella se le escapó un grito de emoción. Puede que había subestimado a su primo y él sí había cambiado luego de su viaje a las indias. Y no era aquel muchacho egoísta que se divertía decapitando sus muñecas y arrojando sus cabezas al lago.

—No necesitamos una dote, Wilfred, con que hagas que mis hermanas regresen a casa es suficiente —musitó—. Si quieres, puedo ponerte al día con

la administración de Green Hills y presentarte a todos los arrendatarios. Solo debes decirme en qué puedo ayudarte...

Su primo cogió los papeles que tenía sobre el escritorio, los ordenó y los guardó en el primer cajón del mueble.

—No tienes por qué ayudarme, Lizzy —murmuró—. Green Hills ahora es mi responsabilidad.

—¡Claro que puedo ayudarte! —exclamó—. ¿Somos familia, recuerdas?

Su primo apartó la vista hacia la ventana y mientras observaba las cortinas, él dijo:

—Me apena tener que hablar de este tema contigo, Lizzy —expresó—. Existen cosas que tú no sabes.

—No debes apenarte, primo —replicó ella—. Te prometo que todo lo que me digas no saldrá de esta habitación.

Wilfred volvió la vista hacia ella y enarcó una ceja.

—¿Lo prometes?

Ella levantó un brazo y le enseñó la palma de la mano.

—Palabra de honor.

—¿Tú ya conoces la razón por la que tuve que irme de Inglaterra, verdad?

—Sí... no... —bajó la vista al suelo y admitió—: Sí.

—Lo que hice no es algo que me haga sentir orgulloso, pero quiero redimirme ayudando a mis queridas primas.

Ella juntó las manos que tenía sobre el regazo y las apretó, mientras lo escuchaba con atención.

—Green Hills siempre fue su hogar y pretendo que lo siga siendo, como también de encontrarles un buen marido a todas.

Ladeó la cabeza hacia un costado, pensativamente. Había algo de todo eso que ella no entendía. ¿Por qué razón su primo había traído al vizconde de Norgate a la finca? Probablemente también se estaba redimiendo con el lord y quería brindarle una estancia confortable en Green Hills. El vizconde había dicho que le gustaba el campo, ¿no?

—Pero para poder cumplir con todos mis deberes como el nuevo conde de Cowthland —siguió él—. Primero debo pagar todas mis deudas.

Frunció el ceño.

—¿Deudas?

—Lord Norgate fue muy amable conmigo al permitirme regresar a Inglaterra, luego de que yo... —carraspeó—. Ya conoces la historia.

El vizconde tenía de amable lo que ella tenía de sumisa.

—¿Y cuál es el precio que debes pagarle al lord por su amabilidad? —preguntó, cautelosa.

Él se rascó una mejilla.

—Green Hills.

Ella se levantó de golpe de la silla y luego se volvió a sentar.

—Green Hills solo se puede transferir a miembros de la familia, primo, no se puede vender —murmuró, apretando la mandíbula.

—Lo sé —dijo—. Lo sé, no soy bobo, Lizzy.

—¿Entonces cómo lord Norgate podrá tener Green Hills?

—Llevándose todas las ganancias de los arrendatarios y haciendo un contrato de alquiler, pero él dijo que nos permitiría que siguiéramos viviendo en la finca.

Respiró hondo y contó hasta tres.

—Pero al hacer eso, le darías toda la autoridad sobre nosotros.

—Solo sería hasta que le pagué al lord las Diez mil libras que le debo, luego seremos libres.

—¡Diez mil libras! —chilló, abriendo los ojos como plato.

—Y estudiando las finanzas de la finca, los podría juntar en...

—¿Quieres ayuda con los números? —se ofreció—. Soy buena en eso, y si achicamos algunos gastos, tal vez...

Wilfred tamborileó los dedos de una mano sobre el escritorio y suspiró.

—¿Qué ocurre?

—Lord Norgate también me dejó otra salida para saldar mi deuda. Él ha sido muy benevolente conmigo.

—¿Cuál salida, Wilfred?

—Una salida que saldará las diez mil libras que le debo.

Revoleó los ojos.

—¿Cuál es esa salida? —insistió.

—No sé si deba decírla.

—¡Dime de una buena vez la maldita alternativa! —rugió, exasperada

—. ¿Qué otra cosa nos permitirá sacar al vizconde de Green Hills?

—Tú —respondió—. Lord Norgate te quiere a ti, Lizzy.

—¿Cómo dices?

—Él cancelará la deuda si te tiene a ti.

—¿A mí? —repitió—. ¿Cómo? —abrió grande los ojos—. Oh... ¿qué? ¡No! —se levantó del asiento de un tirón—. ¡No! Ese cerdo no me tocará un pelo.

—Será solo una vez —agregó como si fuera algo pasajero.

—¿Una vez? —repitió con un chillido estrangulado—. ¡El vizconde no me pondrá nunca un dedo encima!

—Piensa en tus hermanas, Lizzy.

Entornó los párpados. ¿Qué ella pensara en sus hermanas? ¡Su primo la había engañado haciéndole creer que era una mejor persona! Había endulzado sus oídos con darle una mejor vida a sus hermanas para que ella se viera en el compromiso de dormir con el vizconde y de ese modo salvar su pellejo. Maldita sanguijuela. Apoyó las palmas de las manos contra el escritorio, estaba tan furiosa que podía sentir que echaba humo por la nariz.

—No dormiré con el vizconde para saldar tus deudas, Wilfred —le hizo saber—. Por un momento creí que habías madurado, que habías dejado de ser ese chiquillo malcriado y egoísta, pero sigues siendo esa horrible persona.

Él se levantó abruptamente de la silla.

—Ten cuidado con lo que dices, Elizabeth —murmuró, despacio—. Porque puede que lord Norgate sea tu única salvación.

—¿Me crees tan ingenua que piensas que voy a creer que si saldo tus

deudas tú ayudarás a mis hermanas?

—Te doy mi palabra.

—¡Pero tu palabra no tiene valor! —bramó.

Él extendió un brazo para golpearla, pero luego recapacitó del gran error que iba a cometer si le ponía un dedo encima y bajó la mano.

—Es suficiente, Elizabeth —masculló—. Duermes con el lord o te irás de Green Hills para siempre. Tú eliges, querida prima.

Apretó los labios.

—El barco que te trajo de regreso debió escupirte en el océano.

—Pero no lo hizo, y tú tienes dos días para pensar —replicó—. Ahora lárgate de mi despacho, porque ya he tenido suficiente de ti por un día.

Quiso golpearlo del mismo modo como lo hacía cuando lo descubría degollando a sus muñecas. Giró los talones y salió del despacho echa una furia. Sentía un ardor que le estaba quemando por dentro. Apoyó la espalda contra la pared del corredor y se cubrió el rostro con las manos, mientras sus mejillas se cubrían de lágrimas. Sus hermanas no estaban y no debía fingir que era fuerte adelante de nadie.

Ella se iría de Green Hills en dos días y para siempre.

Salió de la galería donde estaban los retratos de sus antepasados cuando acabó de quitar el polvillo de los cuadros. Había estado tan absorta en sus propios pensamientos, que no se había dado cuenta que su tía había recibido visitas hasta que escuchó voces que provenían del salón amarillo. No

estaba de ánimo para ver a nadie. Y mucho menos a sus vecinos curiosos que no hacían otra cosa que juzgar a su familia. Se volteó de golpe y si ella no hubiera estado tan entumecida luego de haber hablado con su primo, hubiera visto el jarrón que estaba sobre la mesa y no se hubiera partido en mil pedazos cuando se cayó al suelo.

—¿Elizabeth? —dijeron desde el salón amarillo—. ¿Eres tú, Lizzy? —preguntó su tía en un tono demasiado amistoso.

Se aclaró la garganta.

—Sí —afirmó—. Lo siento, pero acabo de tirar un jarrón al suelo —le informó desde el corredor.

Y desde luego que su tía se lo iba hacer pagar hasta el último centavo.

—Podrías venir un momento, querida sobrina —le pidió su tía—. Quiero que saludes a nuestros invitados.

¿Querida sobrina? ¿Qué invitados había recibido lady Flisher para que actuara tan cortés con ella? Miró al techo y resopló. Ingresó al salón amarilla y encontró en la sala a dos hombres de espaldas que estaban sentados sobre el sillón, a lord Norgate que tenía un brazo apoyado contra la repisa de la chimenea y a su tía, que le dedicó una sonrisa cuando la vio. Madre mía, su sonrisa sí que asustaba.

—Lady Flisher —repuso, haciendo una leve reverencia—. Espero que mi torpeza no haya interrumpido la agradable conversación que usted tenía con sus invitados —murmuró, fingiendo su aflicción.

Su tía agitó una mano en el aire.

—Para nada Lizzy, justo estábamos hablando de ti.

Los dos hombres que estaban de espaldas se levantaron del sofá cuando

notaron su presencia, y ella no tuvo más remedio que dirigirse hacia ellos para saludarlos. Pero el vizconde Norgate se le adelantó y le cortó el paso.

—Siempre en agradable verla de nuevo, lady Elizabeth —dijo el lord, inclinando la cabeza.

Ella sintió ganas de vomitar.

—El barón St. James ha venido a visitarnos y ha traído consigo a su huésped, el conde de Kinghyork —le hizo saber su tía.

¿El conde? A ella se le heló el corazón y dejó de respirar lo suficiente hasta que tomó un aspecto morado o así era como ella se imaginaba que se veía. Su fin había llegado. Se humedeció los labios y se atrevió a mirarlos. Gran error. No solo aumentó el ritmo de sus latidos, sino que además podía sentir como sus tripas danzaban dentro de ella. Sí, tenía adelante al conde de Kinghyork y descubrió que él la estaba observando detenidamente. Muy detenidamente. Creyó que iba a desmayarse. ¿Era demasiado tarde para huir? De repente, se le ocurrió que podía haber otra salida. «*Actúa como si no lo conocieras*», se dijo.

Hizo un gran esfuerzo para ocultar su nerviosismo y dirigió la vista al barón e inclinó la cabeza para saludarlo.

—Lady Elizabeth —musitó él—. Deje que le presente al Lord Kinghyork, futuro duque de Bourklam.

El conde acortó la distancia que había entre los dos, le sujetó una mano y se la llevó a los labios, y besó la parte interna de su muñeca sobre la piel que quedaba al descubierto entre los guantes y la manga del vestido. Y hubiera jurado que él la había quemado con su boca. La miró fijamente a los ojos, sin soltarle la mano, que, a su punto de vista, se la apretaba con más fuerza de la necesaria.

—Es un placer conocerla, lady Elizabeth. He oído hablar mucho de usted —murmuró—. Pero tengo la sensación que ya nos hemos visto antes. ¿Sabe? Su rostro me es muy familiar.

Tuvo que hacer presión para que el conde le soltara la mano. ¿Acaso él la había reconocido? ¿Había descubierto que Erik no existía? Que Erik era ella. Tragó saliva. Imposible. Ella estaba usando un bonito vestido rosa pastel y Mery la había peinado esa mañana con una trenza que rodeaba su cabeza como una corona. No tenía el aspecto del andrajoso Erik.

—No lo creo, lord Kinghyork —repuso—. Debe confundirme con otra persona y puede que mi rostro ordinario lo ayude a la confusión.

Tuvo que apartar la mirada hacia un costado porque él no la dejaba de observar con sus intensos ojos verdes. Hubiera pagado lo que fuera para saber qué era lo que Connor estaba pensando en ese momento.

—El conde ha venido porque busca a uno de nuestros empleados —le contó su tía.

Un calor empezó a subirle desde los pies a la punta de la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Resulta que uno de nuestros empleados le salvó la vida al conde luego que unos bandidos lo asaltaran y golpearan —agregó lady Flisher—. Y él vino a agradecerse personalmente.

Ella le echó una ojeada rápida.

—Es muy amable de su parte, milord.

El conde abrió grande los ojos y luego los entrecerró, astutamente.

—Puede que usted lo conozca, lady Elizabeth —farfulló él, en un tono

tan profundo que las palabras sonaban como un gruñido—. El mozo de cuadra se llama Erik.

Ella sonrió, muy nerviosa, y jugueteó con el encaje de su vestido. Quedaría en evidencia si negaba su existencia. De hecho, Erik si existía, solo que su tía lo había despedido hacía unos días. Que Dios se apiadara de ella.

—Oh, sí, Erik —afirmó—. El mozo de cuadra. Él es un buen muchacho.

—¿Vio, milord? Le dije que Lizzy conocía hasta el mínimo detalle de Green Hills.

Lord Kinghyork se cruzó de brazos y esbozó una aterradora y maliciosa media sonrisa.

—En ese caso, si es posible, me gustaría que lady Elizabeth me acompañara a ver al muchacho.

—Me encantaría, pero...

—¿Pero? —la interrumpió él, bruscamente.

Carraspeó.

—Pero Erik tuvo que viajar hasta Portsmouth para comprar unos caballos y él se demorará uno días en regresar. Debía esperar a que llegara el barco con los potrillos —fue lo mejor que pudo decir—. Si usted lo desea, milord, puede dejarle el recado y con gusto se lo daré.

De repente, al conde se le formaron dos rayas profundas en el entrecejo como si su respuesta lo hubiera enfurecido.

—No sabía que íbamos a comprar más caballos —comentó su tía—. Nadie me puso al tanto de dicha compra.

Ella se alejó del conde, pero seguía sintiendo su mirada sobre su nuca.

—La compra la hizo mi padre antes de morir —odió tener que meterlo como excusa—. Él ya había hecho los arreglos y dejó todo pago.

Lady Flisher respiró aliviada de no tener que sacar un centavo de su bolsillo, o mejor dicho del bolsillo del nuevo conde.

—Si a lady Flisher no le molesta, tendré que regresar en unos días para cuando vuelva su empleado y agradecerle personalmente.

—¡No puede regresar! —salió de forma alarmante de su boca.

—¡Elizabeth! —gritó su tía—. ¿Dónde están tus modales? —dirigió la vista al conde y agregó—: Será muy bien recibido, milord.

—Seguramente lord Kinghyork es un hombre muy ocupado, y no girará su agenda en torno a lo que haga un humilde sirviente —trató de sonar considerada.

Nuevamente, tenía al conde pegado a su lado. Le tomó una mano y la giró hacia él. Le levantó la barbilla con un dedo y la miró a los ojos fijamente, sin darle opción a que apartara la mirada.

—Que considerada que es miladi por preocuparse por mi agenda —dijo con un toque de sarcasmo—. Pero qué sería de mí si Erik no hubiera aparecido...

—Milord, usted...

El conde se inclinó hacia adelante y le susurró al oído:

—Connor, sabes muy bien que me gusta que me llames por mi nombre.

¡Cáspita! Él la había descubierto. Y si hubieran estado a solas en el salón, ella se hubiera arrodillado e implorado que no la delatara.

El conde dio un paso atrás cuando ella empezó a toser.

—Mi garganta... —tos, tos, tos—. Creo que debería irme a recostar.

Lady Flisher se atragantó con el té.

—Desde hace unos días que mi sobrina viene algo enferma —les contó a las visitas—. Vete, querida, vete —le pidió, sacudiendo la mano—. No querrás enfermanos a todos, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Hizo una reverencia y se retiró. Mientras se alejaba, oyó al vizconde de Norgate invitar al barón St. Jamen y a... Connor a jugar a las cartas durante el tiempo que permaneciera en Hampshire. ¡Estupendo! Ellos habían aceptado y la voz del conde sonaba bastante alegre cuando lo hizo. En ese instante supo que el granuja le haría pagar caro su engaño.

CAPÍTULO 18

NO EXISTÍA ningún Erik. Se sintió como un estúpido por haberse dejado engañar por una jovencita vestida de hombre. Debió suponerlo por sus delicados rasgos. Debió suponerlo cuando se sintió atraído por ella. Aunque tuvo un poco de alivio al saber que no había enloqueciendo y que sus instintos todavía funcionaban a la perfección. ¿Lady Elizabeth había creído que él no la iba a reconocer? ¡Pero si había estudiado su rostro de memoria! Consideró que ella era más hermosa de cómo se había imaginado de cómo se vería Erik vestida de mujer cuando él era simplemente un muchacho. Había creído que estaba alucinando cuando la vio aparecer en la sala. Pero su voz... firme, elegante, dulce, era inconfundible. Todo tipo de emociones golpeaban en su mente: furia, deseo, cariño, ira... soltó un bufido.

La boca se le secó y se acabó el té que lady Flisher le había ofrecido.

¿Por qué lady Elizabeth lo había engañado? ¿Por qué se vestía como mozo de cuadra? Probablemente ella era tan excéntrica como lo había sido su padre. La chiquilla era todo un misterio que iba a disfrutar descubrir. Había aceptado la propuesta de lord Norgate de pasar una velada jugando a las cartas solo para estar cerca de ella y hacer que admitiera su engaño. Y le dijera porque lo había hecho.

—¿Más té, milord? —le ofreció lady Flisher.

Él le acercó la taza. De repente, quería saber todo acerca de la muchacha.

—¿Lady Elizabeth está comprometida? —preguntó de la nada.

Erik le había dicho que no. Pero dada las circunstancias, ella también pudo haberle mentado con eso.

—¿Lizzy comprometida? ¡Oh, no! —se inclinó hacia él y siguió—: Dudo que un caballero desee tener una esposa como ella. Mi sobrina es una muchacha difícil de domar.

Él creyó que el hombre que se casara con ella sería afortunado de contar con una esposa que tuviera un poco de cerebro.

—No se parece en nada a mi hija Felicity —agregó—. ¿Usted la conoce lord Kinghyork?

¿Felicity? Hablando de muchachas tontas, pero él prefirió decir:

—Lo siento, no recuerdo haberla conocido.

—Creo que a todo hombre le gusta que su esposa sea un poco salvaje —comentó el vizconde de Norgate con una sonrisa malintencionada en los labios—. ¿Usted que piensa lord James?

El rostro del barón se tensó.

—No creo que ese sea un comentario apropiado, más aún cuando hay una dama presente, lord Norgate.

El vizconde inclinó la cabeza.

—Mis disculpas, lady Flisher.

Encontrar al vizconde en Green Hills fue toda una sorpresa. Sobre todo, después de que el nuevo conde de Cowthland hubiera estado con su esposa. Tan solo que... estuviera allí para hostigarlo. Y conociendo la fama de lord Norgate, no dudaría que eso fuera cierto. Él era un hombre de armas

tomar y no dejaría que su enemigo se librara de sus garras tan fácilmente. A él no le gustó que un hombre de su calaña compartiera el mismo techo que lady Elizabeth. Ella había quedado desprotegida después de la muerte de su padre. Y por lo que había notado, su pariente más cercano parecía importarle muy poco su sobrina. O no le hubiera permitido salir de Green Hills vestida de mozo de cuadra. Aunque ella no parecía ser una mujer que acatara las normas de nadie.

Él se encontraría más tranquilo si se mantenía cerca de ella para protegerla, después de todo, eso era lo que ella, disfrazada de Erik, había hecho por él. Miró hacia la ventana y se dio cuenta que el sol se estaba ocultando. El barón St. James dejó la taza sobre la mesa y se puso de pie.

—Está oscureciendo —dijo—, y será mejor que no le quitemos más tiempo a lady Flisher.

—¿Pero no se quedarán a cenar? —preguntó lord Norgate, como si él fuese el anfitrión.

El barón no parecía encontrarse a gusto al hallarse en la misma habitación que el vizconde. Lord Norgate era conocido por las hazañas más crueles y solo personas que eran como él, podían agradarle.

—Prometieron que jugaríamos juntos a las cartas —continuó él—. No quisiera tener que pedirles a las damas de la familia que me acompañen en una partida.

¿Damas de la familia? Algo dentro de él se alteró. Lady Elizabeth era una de las damas de la familia y que el vizconde estuviera cerca de ella hizo que se sintiera molesto. De hecho, muy molesto.

—Una promesa es una promesa —murmuró él, levantándose del asiento.

El barón lo miró ceñudo por encima del hombro. La idea de tener que quedarse en Green Hills no parecía causarle mucha gracia.

—Pero mi esposa nos estará esperando, lord Kinghyork.

—¿Su esposa es quién lleva los pantalones en su casa? —se mofó el vizconde.

Y él quiso quitarle la sonrisa de un puñetazo.

—Sé que su esposa nos está esperando —explayó—, por eso usted debe ir con ella y darle mis disculpas a lady James.

Los ojos de lady Flisher brillaron de emoción.

—¿Entonces se quedará, lord Kinghyork?

—Si a usted no le molesta, lady Flisher.

La madre del conde unió sus manos y aplaudió feliz. Agradeció que su hija Felicity no estuviera en Gren Hills, porque estaba seguro que esa mujer haría hasta lo imposible para emparentarla con él.

—Será un honor que sea nuestro huésped, milord —repuso ella.

—Me quedaré hasta que su empleado regrese y pueda recompensarlo por lo que él ha hecho por mí —masculló.

En otras palabras, hasta asegurarse que lady Elizabeth estuviera a salvo de un hombre como lord Norgate.

El nuevo conde de Cowthland apareció por la sala y los interrumpió.

—Lamento el retraso, pero debía escribir unas cartas con urgencia —comentó.

—¡Wilfred, cariño! —gimió—. Recibiremos a otro huésped —le contó

—. Lord Kinghyork se quedará con nosotros por unos días.

Wilfred levantó una ceja, sorprendido.

—¿En serio?

—Los invité a una partida de cartas —agregó el vizconde—. Porque tú, mi querido amigo, eres pésimo jugando.

Wilfred bajó la mirada.

—Lo siento, lord Norgate.

—No te preocupes, porque ahora tendré buena compañía.

Lady Flisher se levantó del sofá.

—Les pediré a mis sirvientes que preparen otra habitación para el lord.

—También me retiraré —dijo el barón—. Y le pediré a mis lacayos que traigan todas sus cosas hasta Green Hills, lord kinghyork.

—Se lo agradezco, lord James —repuso él—. Lo acompañó hasta la salida.

Atravesaron el salón amarillo luego de que el barón se despidiera de los anfitriones, y se dirigieron al vestíbulo.

—¿Está seguro que quiere quedarse en Green Hills, lord Kinghyork? —le preguntó el barón al hallarse a solas, mientras se ponía el sombrero—. No intento juzgar sus decisiones, pero creo que exagera un poco en cuanto a tener que esperar a que regrese el mozo de cuadra. Bien podría darle la recompensa a lord Cowthland y que él se la entregue a su sirviente —explayó—. Lord Norgate no es un buen hombre y debería mantenerse alejado de él.

El barón estaba en lo cierto, pero no dejaría que lady Elizabeth estuviera desprotegida y que su reputación se viera en peligro. ¿Desde cuándo

se preocupaba por la reputación de una dama? Por lo visto, desde ese momento.

—Agradezco su consejo, pero puedo cuidarme muy bien solo.

Lord James asintió con la cabeza.

—Solo me aseguraba de que lo supiera, milord —musitó, colocándose la capa sobre los hombros—. Le enviaré a mi ayudante de cámara para que lo asista —dijo, antes de atravesar la puerta principal.

Dejó su chaqueta sobre la silla de la alcoba que lady Flisher había hecho preparar para él, y se arrojó sobre la cama. Miró el techo con un brazo debajo de la cabeza. Se preguntó si la habitación de lady Elizabeth se encontraría cerca de la suya. Ninguna mujer lo había intrigado tanto como esa jovenzuela. Su cabello era precioso, brillante, sedoso y su boca no hacía otra cosa que tentarlo. La podía imaginar entre sus brazos... de pronto, se dio cuenta que él le había abierto su corazón a Erik al contarle sus oscuras pesadillas y lo había hecho sabiendo que nadie más se enteraría de su pasado de luchador. Pero ahora lady Elizabeth conocía los tormentos de su pasado. Debía asegurarse que su secreto seguía a salvo con ella. Aunque no la creía capaz de ser esa clase de persona que divulgaba los secretos de los demás.

Miró hacia la puerta cuando se abrió e ingresó una criada con el agua caliente que utilizaría para afeitarse antes de bajar a cenar. La doncella le hizo una reverencia sin apartar la vista del suelo.

—¿Dónde quiere que le deje la jarra con agua, milord?

—Sobre la mesa que está cerca de la ventana.

La criada dejó la jarra sobre la mesa y luego preguntó:

—¿Desea alguna otra cosa, milord?

Él apoyó los codos sobre el colchón y se inclinó hacia delante.

—¿La habitación de lady Elizabeth se encuentra en esta misma ala? —
quiso saber.

Las mejillas de la doncella se sonrojaron.

—No, milord.

Observó a la doncella con los párpados entornados. El rostro de la criada le resultó conocido. ¡Oh, claro que le era familiar! Salió de la cama de un tirón.

—¡Tú! —rugió, señalándola con el dedo.

La doncella sacudió los hombros y dio un paso atrás, asustada.

—¡Tú eras el compañero mudo de Erik! —la acusó.

Creyó que la muchacha iba a desmayarse.

—N-no sé de qué me habla, milord.

—¡Tú eres el mudo! —chilló—. Y que no eres tan mudo después de todo —le lanzó una mirada siniestra y añadió—: No te atrevas a negarlo.

Ella lo miró en silencio por un momento, estudiando su respuesta. La criada había pasado de un estado de enmudecimiento total a un ataque de histeria cuando dijo:

—¡Lo siento, milord! ¡Nunca fue nuestra intención engañarlo! —gimió entre lágrimas—. Solo intentábamos ayudarlo.

¿Por qué diantres las dos se habían vestido de lacayos y se hallaban tan

lejos de Green Hills a esa hora? Y estaba seguro que ellas no estaban dando un paseo.

—¿Lady Elizabeth es Erik, verdad? —se aseguró.

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Arrieta, milord.

—Muy bien Arrieta, ahora mismo me dirás porque tú y lady Elizabeth vestían de lacayo.

La doncella abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir:

—No puedo, milord.

La doncella no quería traicionar a su patrona y era muy noble de su parte. Pero él no la dejaría ir sin antes averiguar la verdad. La sujetó del brazo y la arrastró hasta una silla y la obligó a sentarse.

—Será mejor que respondas a todas mis preguntas sino quieres que te delate con tus patronas, y les diga que a su doncella le gusta vestirse de lacayo para engañar a un conde.

Arrieta abrió grande los ojos.

—Usted no haría eso, milord.

No, no lo haría, pero quiso que creyera que sí.

—Oí que ha habido muchos despidos en Green Hills, ¿tú quieres ser la próxima?

La muchacha negó con la cabeza. Se sintió como un canalla al tener que engañarla, pero era el único modo que tenía para que ella le dijera todo lo que

quería saber.

—Nunca quisimos engañarlo, milord —repitió—. Estábamos cerca cuando oímos los disparos y quisimos ver si alguien había salido herido.

¿Poniendo sus vidas en peligro? La sangre se le heló al imaginar que hubiera pasado si los salteadores aún hubieran estado cuando lady Elizabeth apareció. Chiquilla estúpida.

—¿Por qué diablos vestían como sirvientes? —preguntó, arrastrando la voz.

—Esa es una historia larga, milord.

Él arrastró una silla y la puso delante de ella y se sentó.

—No saldremos de esta habitación hasta que me lo cuentes todo.

La doncella tragó saliva.

—Sí, milord.

Si aún siguiera vivo el conde de Cowthland, él lo volvería a matar. ¿A qué persona cuerda se le ocurriría jugar a la búsqueda del tesoro con las dotes de sus hijas? ¡Por un demonio, el conde sí que estaba loco! Por supuesto, él nunca habría imaginado que moriría antes de encontrarlo. Lady Elizabeth había tenido que administrar Green Hills y cuidar de sus hermanas cuando las locuras de su padre no lo hacían actuar con sensatez. La pobre debió sentirse destruida al verse obligada a separarse de sus hermanas. Ahora entendía porque Erik había hablado con tanto cariño de esas muchachas. Y él que había pensado que estaba enamorado de una de sus hermanas.

Recordó que Erik le había sugerido que se casara con una de las hijas del conde, pero cuando había llegado el turno de que lady Elizabeth fuera una de las candidatas, Erik lo había descartado. Pero él no quería a sus hermanas, él la quería a ella. Si debía casarse, lo haría con lady Elizabeth. Lady Elizabeth o nadie.

—Es por aquí, milord —murmuró Arrieta, mientras lo dirigía hacia la habitación de lady Elizabeth.

Él echó una ojeada a su alrededor, ceñudo. Definitivamente, esa área de Green Hills no debía ser donde dormía la familia del conde.

—¿Estás segura que es por aquí, Arrieta? —inquirió—. Parece que esta zona es donde duermen los sirvientes.

La doncella bajó la vista avergonzada.

—Así es, milord —afirmó—. Cuando lady Flisher se instaló en Green Hills hizo que todas las hijas del anterior conde de Cowthland abandonaran sus habitaciones y las mandó a ocupar las alcobas que desocuparon los empleados que se echaron —le contó—. A lady Elizabeth la trata como si fuera otra doncella más —se quejó.

Él se sintió furioso. Cuando Elizabeth se convirtiera en su esposa no tendría que vivir situaciones como esas nunca más. No volvería a sentirse desprotegida. Él necesitaba una esposa y ella un protector. El enlace no podía ser más perfecto. Si imaginaba al matrimonio como un negocio no le resultaba tan asfixiante.

—Lady Elizabeth no es una doncella —murmuró, apretando la mandíbula—. Ella será la próxima duquesa de Bourklam —dijo en voz alta.

Arrieta se detuvo de golpe delante de la habitación de lady Elizabeth y

se volteó hacia él, con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Sabía que usted iba a enamorarse de ella!

¿Enamorarse? Echó la cara hacia atrás, a la defensiva.

—Oh, no, no es amor —la contradijo—. Yo no... no estoy enamorado. Será un matrimonio que beneficiará a ambas partes.

Arrieta se inclinó hacia él.

—Pero lo hará —replicó con picardía—. Usted va a enamorarse, milord.

Hizo un mohín.

—Golpea la puerta —le ordenó.

—Pero primero debe prometerme que si lady Elizabeth acepta casarse con usted...

—Ella aceptará.

La criada meneó la cabeza.

—Debe prometerme que me llevará con ustedes.

—Solo si golpeas la maldita puerta.

Arrieta sacudió la puerta con un golpe. Después de un segundo, se abrió y apareció la mujer más hermosa que había visto jamás. Elizabeth lo recibió con una bata de raso rosa, que estaba un poco gastada, y tenía el cabello suelto y pudo ver que le llegaba hasta la cintura. Ella había logrado dejarlo sin aliento. ¡Oh, sí! Estaba decidido, esa mujer sería la futura duquesa de Bourklam.

Elizabeth abrió los ojos como plato cuando lo vio y le cerró la puerta

en las narices. Todos los matrimonios comenzaban con sus altos y bajos,
¿verdad?

Sonrió.

Sonrió encantado.

CAPÍTULO 19

NO HABÍA mentido cuando dijo que se sentía enferma. Tal vez no era un resfrío como creía su tía, pero sí estaba enferma. Tenía el estómago revuelto y el corazón hecho trizas. Resopló, a la vez que cepillaba su cabello. Que todos creyeran que ella estaba enferma era una excelente excusa para no verse obligada a bajar a cenar. Sobre todo, después de que Mery le contara que el conde de Kinghyork se quedaría en Green Hills hasta que el mozo de cuadra regresara. Por ende, él podía quedarse en Green Hills por mucho, mucho tiempo. Ella no se salvó de la reprimenda que le dio el ama de llaves por el lío en el que se había metido al hacerse pasar por Erik y engañar a un conde. Puede que ella hubiera entendido mal y él no la hubiera reconocido. Sabía que había pocas probabilidades de que eso fuera cierto.

¿Por qué querría esperar a que Erik regresara si sabía que ella era Erik?

Para torturarla.

Abrió los ojos en par en par. ¿Y si él se hallaba furioso por haberlo engañado con su identidad? ¿Y si el conde era vengativo? Tragó saliva. Pero ella lo había ayudado, había cuidado de él y se lo recordaría si lo viera necesario.

Suspiró...

Si sus problemas solo fueran haberle mentido a un conde. Bien, no era cualquier conde, era un futuro duque. Que era encantadoramente apuesto. Y

cuando lo vio parado en el salón amarillo, después de creer que nunca más lo volvería a ver, sintió un cóctel de emociones: terror, felicidad, de nuevo terror, deseo...

¿Deseo? Sacudió la cabeza. Dejó el cepillo encima del tocador y se levantó del taburete. El Connor que había conocido cuando ella era Erik, no se parecía en nada al arrogante conde que se había burlado de ella en Londres. Él le había abierto el corazón y enseñado sus heridas. Había visto las cicatrices que tenía en el pecho, las había tocado y se estremeció con solo recordarlo. Se mordisqueó el labio inferior. Debía quedarse en su alcoba y evitar cruzarse con el conde, probablemente él se cansaría de esperar y se iría pronto de Green Hills. Después de todo, él debía planear su boda con la hija del barón. Se le hizo un nudo en la garganta. Y probablemente en dos días ella se tendría que mudar, cuando no accediera a pasar una noche con el vizconde.

Tuvo un escalofrío.

¿Y si estaba actuando como una egoísta? ¿Y si solo estaba pensando en su bienestar en vez de pensar en recuperar Green Hills y de traer a sus hermanas de regreso? Cruzó los brazos a la altura del pecho. Todas sus hermanas habían hecho sacrificios. Eleonor buscaría un esposo en Londres, Emily cuidaría a su tía Jocelyn por unos céntimos y Emma, era la institutriz de un marqués calavera. Y lo único que ella debía hacer era encontrar el tesoro que su padre había escondido. Tarea en la que había fracasado. Se secó una lágrima que había empezado a rodar por su mejilla. Tenía dos días para recapacitar en la propuesta que le había dado su primo.

Quizás ella...

Sacudió los hombros cuando tocaron la puerta.

—¿Lady Elizabeth?

Frunció el ceño. ¿Desde cuándo Arrieta golpeaba antes de entrar?

—Puede abrirme, miladi —le pidió.

Bien, ahora eso sonaba más extraño. Cogió la bata que estaba al pie de la cama y se la puso. Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Desde cuando me pides que...

La voz se le fue cuando observó al mismísimo conde detrás de su doncella. Él la miraba con su encantadora sonrisa. Cogió a su criada del brazo y la metió a la alcoba, luego cerró la puerta de golpe. El corazón le latía tan fuerte, que creyó que se le saldría del pecho.

—Es de mala educación cerrar la puerta en las narices de otra persona —murmuraron desde el corredor.

Había apoyado la espalda contra la puerta y miró de soslayo a su doncella.

—¿Qué hace el conde aquí? —susurró.

—El conde me reconoció y me pidió que lo llevara con usted, miladi.

Sus sospechas fueron afirmadas. El conde sabía la verdad. Sabía que ella era Erik.

—¿Por qué lo has traído? —replicó en voz baja, pero letal.

—Porque me amenazó con despedirme.

—Ahora seré yo quien te despida —gruñó.

—Puedo oír lo que dicen desde aquí —dijo el conde.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas —replicó—. Además, usted no debería estar aquí, milord.

—Probablemente no, pero me urge hablar con usted, lady Elizabeth.

—¿Conmigo? —se hizo la distraída—. No creo que tengamos tema alguno usted y yo para hablar, milord.

—¿Ah, no? Le aseguro que puedo hacer una lista larga de los temas de los que debemos hablar.

—Debería escuchar al lord, miladi.

—Debería escuchar a su doncella, lady Elizabeth.

—Deberían los dos cerrar la boca —gruñó.

Oyó que él resopló.

—De mis muchos defectos, el peor es que pierdo la paciencia con facilidad —masculló—. Si no me abre la puerta, no me quedará otra opción que hablar con usted desde aquí, donde todos puedan oírme. Y hablaré tan fuerte, que creo que hasta lady Flisher podrá escucharme.

Abrió los ojos alarmada.

—Usted no haría tal cosa, milord.

—¿Quiere ponerme a prueba, lady Elizabeth? —la desafió.

De repente, ella se vio girando el pomo y metiendo al conde a su alcoba de un tirón. Se aseguró que nadie lo hubiera visto y cerró la puerta. Le dio un poco de pena que él viera los aposentos en donde dormía y peor aún, que la encontrara en bata y con el pelo suelto. Su ropa de dormir estaba sana, pero fuera de moda y tenía bastantes años. En su situación, no podía darse el lujo de comprarse ropa nueva. Sus mejillas se sonrojaron de vergüenza. Se

ajustó el cinturón de la bata, como si eso la ayudara a sentirse menos desnuda. No esperaba que un conde se apareciera por su habitación. Y no esperaba que él la estudiara de abajo hacia arriba con esos ojos de leopardo que la hacían estremecer y sentir un cosquilleo en partes de su cuerpo que nunca antes había sentido.

—¿Acaso sabe lo inapropiado que es que usted se encuentre en mi alcoba? —gruñó, llevándose los brazos a las caderas.

—Estamos acompañados de una chaperona, miladi —contestó él, señalando a su doncella con el mentón.

—Eso da igual, si alguien lo ve, mi reputación...

El conde entornó los párpados.

—¿Con qué ahora sí piensa en su reputación, eh?

Bien, ella se tenía merecido esa respuesta.

—¿A qué ha venido? —preguntó.

—¿Por dónde quieres que empiece, Erik?

Revoleó los ojos.

—No tiene caso que siga negando que no soy Erik —repuso, admitiendo su engaño—. Ya conoce toda la verdad, milord.

—Chica lista...

—¿Piensa delatarme con mi tía? —quiso saber.

—No.

Una parte de ella sabía que él no lo haría.

—Gracias.

—Pero debe prometerme que nunca más se vestirá de lacayo.

Unió sus cejas oscuras.

—No puedo prometerle algo que no puedo cumplir.

Él apoyó la espalda contra la pared y se cruzó de brazos.

—Entonces yo no puedo asegurarle que no hablaré con lady Flisher —
le dijo el muy granuja.

Ella lo miró con hastío, con una pizca de incredulidad y una nota de enfurecimiento. Su silencio era lo menos que merecía luego de haberle salvado la vida. Dio un paso hacia él, con los puños cerrados a los costados del cuerpo.

—¿En que le afecta a usted si me gusta vestirme como mozo de cuadra!
—rugió.

Arrieta se llevó un dedo a los labios y le pidió que hablara más despacio, o los otros sirvientes podrían escucharla. Ella ni siquiera se había dado cuenta que estaba gritando. El conde se inspeccionó las uñas de las manos, con arrogancia, luego alzó la vista y respondió:

—Porque no permitiré que mi futura esposa se vista como criada.

Arrugó el ceño. ¿Futura esposa? ¿Acaso ella había oído bien?

—¿Por qué diantres lady Ofelia se vestiría como criada? ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —le cuestionó—. Es evidente que entre ella y yo no hay ninguna clase de amistad.

Él soltó un bufido.

—Gracias a Dios —replicó.

—¿Acaba de insultarme? —preguntó, estirando la voz.

—No la estaba insultando, Elizabeth. La considero una mujer inteligente para saber elegir mejor sus amistades —le aclaró.

Se sintió como una caricia que el conde usara su nombre de pila. ¿Él la creía inteligente?

—No me casaré con lady Ofelia —le contó.

Echó el rostro hacia atrás, sorprendida.

—¿Ah, no? ¿Y con quién se casará?

Su doncella soltó una exclamación y se levantó abruptamente de la silla.

—Será mejor que tengan esta conversación en privado —masculló, dirigiéndose hacia la puerta.

Ella le bloqueó el paso y la retuvo, sujetándola del brazo.

—No te irás a ningún lado. No me dejarás a solas con el conde en una misma habitación —repuso—. Debo cuidar mi reputación...

—No pensabas lo mismo cuando pasaste la noche conmigo —comentó Connor, mordaz.

Su doncella abrió los ojos como plato.

—Miladi... usted...

A ella se le escapó un chillido exasperante de la boca.

—No es lo que imaginas, ¿cómo crees? —musitó. Se volteó hacia el conde y agregó—: No puede comparar esa vez, con esta vez —dijo, haciendo énfasis en cada palabra.

Lord Kinghyork enarcó una ceja.

—¿Ah, no?

Él seguía comportándose como un imbécil. Un calavera grosero y repelente.

—¡Antes usted creía que yo era un muchacho!

El conde se le acercó de una zancada, dejando sus narices muy cerca de la suya. Tan cerca que sus ojos no hacían otra cosa que estudiar sus labios. Rojos, turgentes, con el arco de cupido bien pronunciado. Si ella se inclinaba un poco hasta podría probarlos. La boca se le secó, el juicio se le había nublado y por un instante, no fue capaz de encontrarle sentido a nada.

—Pero no eres un muchacho —la corrigió él.

—¿Me quedó o me voy, miladi? —preguntó su doncella.

—Vete —respondió él.

—Quédate —contestó ella.

—Me encuentro en la misma situación de hace un momento de no saber qué hacer —se quejó Arrieta, cruzándose de brazos.

—Me viste desnudo —siguió él para provocarla.

—¡No estaba desnudo, milord! —se defendió, al ver la expresión de horror de su doncella.

—No del todo, pero lo suficiente para ser un escándalo —farfulló con un brillo malicioso en los ojos—. Me acariciaste el pecho —le recordó en un tono suave y seductor.

Bien, él había logrado que sus mejillas se tiñeran de un rojo intenso.

—¡Intentaba bajarle la fiebre!

Sentía tanto calor que creía que ella ahora era la que tenía fiebre.

—Pasamos la noche bajo el mismo techo.

—¡Por qué yo era Erik! —chilló.

Él extendió un brazo y le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja. Ella retrocedió con torpeza. El contacto hizo que sus piernas se aflojaran.

—¿Sabes lo que debe hacer un caballero cuando se encuentra en una situación tan comprometida con una dama?

«Matrimonio». ¡Oh, no!

—Pero usted no es un caballero, milord.

Él se acercó un poco más. Sonriendo muy despacio. Todo un maestro de la seducción.

—Vamos a casarnos.

A ella se le escapó una carcajada. Una carcajada sincera, de esas de las que hacen que los ojos se llenen de lágrimas.

—Por un momento creí que hablaba en serio, milord —murmuró, secándose las lágrimas con las yemas de los dedos.

El conde le sujetó una mano entre la suya y se la besó.

—Elizabeth... voy hacerte mi esposa.

Ella le retiró la mano con rudeza.

—¿Qué clase de broma tan cruel me está haciendo, milord?

Arrieta corrió hacia la puerta y dijo antes de salir de la alcoba:

—Lo siento, miladi, pero creo que no debo oír esto.

En ese momento, no le importaba quedarse a solas con el conde. Estaba tan furiosa, que no quería que hubiera testigo cuando lo matara.

—No estoy bromeando, Elizabeth —expresó él—. He puesto tu reputación en peligro y haré lo correcto. Me casaré contigo.

—Lo libero de esa responsabilidad, milord. No debe casarse conmigo por eso. Usted y yo somos los únicos que sabemos lo que sucedió esa noche, y ninguno de los dos hablará, ¿verdad? Todos me hacían enferma en mi alcoba en Green Hills —le contó—. Además, ¿qué hay de lady Ofelia?

—¿Qué hay con ella?

—¡Iba a pedirle al barón St. James la mano de su hija!

—Dado el giro drástico de la situación, es obvio que no haré tal cosa —escupió como si acabara de insultarlo.

De repente, el aire empezó a faltarle y tuvo que sentarse porque sus piernas habían flaqueado y parecían mantequilla. Él se le acercó, hincó una rodilla en el suelo y le sujetó las manos entre las suyas.

—Elizabeth —dijo en un tono suave—. Debo casarme, y lo sabes, y entre todas las mujeres que conozco, te quiero a ti.

—¿Por qué? —preguntó, horrorizada.

—Porque me gusta tu compañía y creo que podríamos llegar a ser hasta buenos amigos con el tiempo —contestó—. Y eso es mucho más de lo que se espera de un matrimonio de nuestra clase.

¿Solo amigos? Una parte dentro de ella se sintió herida. Siempre había visto al matrimonio como algo lejano, había creído que terminaría siendo una solterona como lady Jocelyn. Pero si iba a casarse, sería por amor. Como lo habían hecho sus padres. Después de que su madre falleciera durante el parto

de las mellizas, su padre la había amado tanto que había decidido no volver a casarse y centrarse en la crianza de sus hijas. Aunque fueran todas mujeres y no hubiera engendrado al heredero. «*Si tu madre no me dio un hijo varón, no la hará otra mujer*», solía decirle.

—No —repuso—. No me casaré con usted, lord Kinghyork.

Él la miró como si se hubiera vuelto loca. Debía creer que otra mujer en su lugar estaría saltando de la alegría.

—Serás la próxima duquesa de Bourklam —le recordó para que recapacitara de lo que acababa de rechazar.

—Conozco muy bien todos sus títulos, milord —expresó—. Y a diferencia de otras damas, no está entre mis planes aspirar a ser una duquesa.

—Y es por eso que quiero que seas mi esposa.

—Lo siento, pero no —lo volvió a rechazar—. No me casaré con usted, milord.

Él hizo una mueca como si le hubieran dado una bofetada. El conde no debía estar acostumbrada a que ninguna dama lo rechazara, porque se levantó del suelo de un tirón y se alejó de ella. Parecía molesto y frustrado.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque... porque...

Esa era una buena pregunta que ella no sabía cómo responder.

—Porque tienes miedo —contestó él por ella.

—¡No tengo miedo!

—Entonces dime la razón por la que me rechazas, Elizabeth.

—Porque... porque no lo conozco.

Él hizo un mohín.

—Te aseguro que conoces más cosas sobre mí, que ninguna otra persona en el mundo —replicó, dirigiéndose a la ventana con las manos a la espalda.

Recordó lo que él le había contado en la casa del señor Buquet. No sabía que otra excusa dar, si le decía la verdad, de que no quería casarse porque él no la amaba y dudaba que lo hiciera alguna vez, lo más probable era que Connor se riera en su cara y pensara que era una idiota. Y seguramente lo era. Además, estaba Emily. Su hermana siempre había querido ser una duquesa y no podía robarle sus fantasías.

—No puedo marcharme de Green Hills —dijo finalmente como su gran excusa.

Él la miró por encima del hombro.

—¿Por qué quieres encontrar el tesoro que enterró tu padre antes de morir?

Pestañó varias veces.

—¿Cómo sabes...?

—Tu criada me lo ha dicho todo.

Apretó los labios. Luego de que matara al conde, iría por su doncella.

—¿Qué más te ha dicho mi doncella? —preguntó, a través de los dientes.

—Si te casas conmigo, no tendrás que preocuparte por el futuro de tus hermanas —murmuró—. Ellas recibirán una generosa dote y me ocuparé de

encontrarles un buen marido.

CAPÍTULO 20

ERA UNA oferta tentadora. Él era tentador. Pero el conde se merecía algo mejor, su esposa se convertiría en duquesa. Y una duquesa sabía comportarse. Ella ni siquiera sabía bordar, tocar algún instrumento, pintar y... tenía piernas de gansos. La única razón por la que un hombre como él quería casarse con ella era porque estaba desesperado. ¿Y qué pasaría luego de que el conde se asegurara de que su padre no le quitara la herencia? Se avergonzaría de ella y la mandaría al campo. Aunque a ella le gustaba el campo. Buen Dios, los ojos se le humedecieron y miró al techo para retener las lágrimas. No lloraría delante de Connor. No quería que él sintiera más lastima por ella.

—Por favor no me hagas esa cara de como si estuvieras a punto de ir al matadero —farfulló el conde, que había regresado a su lado—. Tampoco soy tan espantoso, podrías haber recibido la propuesta de un viejo decrepito.

Él hizo que a ella se le dibujara una sonrisa en los labios.

—No eres tan espantoso —se mofó.

El arrogante conde se sacudió la solapa de la chaqueta y esbozó una seductora media sonrisa.

—Claro que no —replicó—. Hasta un ciego podría ver lo apuesto que soy.

—Pero sí eres un poco viejo.

Él enarcó una ceja como respuesta.

—Y las magulladuras moradas que tienes alrededor del ojo pueden aludir que también estás un poco decrépito.

El conde se llevó una mano a la cara y se tocó los cardenales que le habían hecho los salteadores.

—Se irán con el correr de los días.

Ella se encogió de hombros.

—Mientras tanto, serás un viejo decrépito.

Connor entornó los párpados, amenazadoramente. Probablemente ella no debió jugar con la vanidad del conde. Se humedeció los labios con la lengua cuando se le secaron. Lord Kinghyork le sujetó la cintura con una mano y la apretó contra él, luego deslizó un dedo por su brazo, al mismo tiempo que la miraba fijamente con sus ojos de leopardo.

—Tal vez necesites una muestra de lo que recibirás cuando te cases conmigo y comprobarás que no soy tan viejo decrépito como crees.

Bajó el mentón y lo miró.

—¿Qué tipo de muestra?

Los ojos de él ardían cuando se inclinó hacia ella, intimidándola adrede con su tamaño. Y esa era la muestra de por qué lo llamaban uno de los libertinos más grande de Inglaterra. Connor le acarició la mejilla con los nudillos, le levantó la barbilla y rozó sus labios con los suyos. Apenas logró saborearlos cuando él apartó la cabeza.

—¿Eso puede hacer un viejo decrépito? —dijo, utilizando un tono sensual y provocativo.

Hizo una mueca. Para ser justa, él apenas había rosado sus labios. Pero había sido lo suficiente para sentir un cosquilleo en todo su cuerpo.

—No ha sido nada del otro mundo —respondió, como si tuviera mucha experiencia en el asunto.

Los labios de él se curvaron en un gesto de diversión.

—Intentaba que no salieras espantada con tu primer beso, ¿por qué es el primero, verdad?

De hecho, era el segundo. Aunque el primero se lo había dado él cuando estaba inconsciente en el carruaje. Por lo tanto, asintió con la cabeza. Y el conde parecía satisfecho con la afirmación.

—Porque lo que acabo de hacer, ni siquiera llega a ser un aperitivo —murmuró muy cerca de su oído derecho.

Inconscientemente, esa aproximación, hizo que arqueara el cuello, ofreciéndole los labios, y él los tomó, su boca capturó la suya con una mezcla de ternura y primitiva necesidad. Su brazo le rodeó la cintura con fuerzas y la otra mano, la apoyó detrás de su cabeza, hundiendo sus dedos en sus cabellos y parecía estar disfrutando al jugar con ellos. Él se alejó unos centímetros de sus labios y le acarició la mejilla con la punta de la nariz, y murmuró:

—Tu cabello es suave como la seda —enrolló un mechón de pelo en su dedo índice—. Me gusta que sea tan largo. El largo perfecto que cubrirá tus pechos cuando te lo arrojes hacia adelante.

Ella esbozó una tímida sonrisa. Fue agradable que él halagara su única vanidad.

—Me gusta cuidarlo. ¿Sabes? Lo cepillo cien veces antes de irme a dormir.

El conde se agachó un poco más y hundió la cabeza contra su cuello, y sintió un cosquilleo cuando resopló contra él.

—Me encanta conocer las pequeñas vanidades de mi futura esposa.

Él no le dio tiempo a que ella respondiera porque la había enmudecido encargándose otra vez de sus labios. Hizo que abriera la boca para invadirla con su lengua y ella la recibió con la suya. Creyó que ese era un beso de verdad. Un beso que un viejo decrepito no podía dar. Le rodeó el cuello con los brazos cuando sus piernas empezaron a aflojarse.

—Eres preciosa, Lizzy —susurró, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Sus hombros se tensaron. Sabía que eso no era cierto, pero por un momento quiso creer que él lo decía en serio. Connor le sujetó la barbilla y le giró la cara hacia él.

—Eres preciosa, cariño —repitió con firmeza.

Y esa vez, fue ella la que buscó sus labios por necesidad. Había un fuego dentro de ella que necesitaba ser apagado. Él le desató el nudo de la bata y cuando está se abrió, sus manos cubrieron sus pechos a través de la tela del camisón y se los acarició de tal modo, que ella abrió la boca y dijo:

—Oh... Connor....

El rostro del conde seguía con esa expresión divertida y de granuja.

—¿Te gusta esto? —le preguntó con la voz ronca.

—Sí —se escuchó responder.

Él le mordisqueó la clavícula, a medida que sus manos masajearon exquisitamente sus pechos y la estimulación hacía que sus pezones se

endurecieran. Sabía que debía detenerlo, pero no podía hacerlo. Disfrutaba tenerlo así de cerca y atesoraría sus caricias en sus recuerdos. Probablemente sería la única vez que se sentiría deseada por un hombre. Ella retrocedió y soltó un gritito cuando cayó de espalda contra la cama. Los dos se rieron tras su repentino tras pie, y antes que él desistiera en seguir, involuntariamente alargó un brazo y lo llamó para que se acercara. Todavía no estaba preparada para que él se marchara.

El conde parecía indeciso, pero finalmente se quitó la chaqueta y la cubrió con el cuerpo. Él le desató el moño que tenía el camisón en la pechera, y dejó más piel al descubierto para que sus labios pudieran seguir explorando.

—Connor... —gimió, apretando su cabeza más a ella.

Y decir su nombre fue suficiente para avivar aún más el fuego que había en él. Connor hizo que sintiera contra su vientre la dureza de su deseo.

—¿Te casarás conmigo? —le preguntó, apartándole el pelo de la cara.

—Sí... —respondió sin pensar—. No... —se corrió al recobrar el juicio.

¿Por qué tenía que salir con esa pregunta en ese momento? Porque él la tenía a su merced.

—Entonces tendré que seguir esforzándome. Y esta vez seré más insistente —dijo con la voz cargada de promesa.

Y su promesa le alteró la respiración. ¿Acaso él podía provocarle más placer que ese? Las manos de Connor bajaron hacia sus talones y de a poco, le fue subiendo la camisola hasta las caderas, y el conde descendió hacia el lugar que había entre sus piernas. ¿Qué diantres buscaba allí? Abrió grande los ojos. Él besa...

—Oh, buen Dios... —gimió, echando la cabeza hacia atrás y aferrándose fuertemente de las mantas—. Connor... esto... ¿qué me haces?

—Shhh... disfruta, cielo.

Sí, el conde podía provocarle más placer. Eso era... eso era mágico, una sensación exquisita. No sabía qué hacer. No sabía qué demonios necesitaba, pero creía que iba a explotar. Y en el momento que creyó que lo haría, él levantó la cabeza.

—¿Te casarás conmigo? —insistió el granuja.

—No... pares —farfulló, apretando la mandíbula.

Él le dedicó una perversa sonrisa y continuó hasta que ella se desarmó, luego el conde regresó a su lado y se quedaron observando fijamente a los ojos por un momento. Fue un silencio delicioso, especial, más encantador que mil palabras juntas. Y en ese instante lo supo, el futuro duque de Bourklam le había robado el corazón. De repente, Connor se apartó bruscamente de ella y salió de la cama, y empezó a maldecir de forma incoherente, lanzando saliva y Dios sabía que más al aire. Apoyó los codos sobre el colchón y se inclinó hacia delante.

—¿Hice algo mal? —preguntó con cautela.

—¡No! —gruñó—. Esto no volverá a repetirse hasta que estemos casados.

Todavía tenía el pecho agitado por la adrenalina que había recorrido por todo su cuerpo. Pero una pequeña parte de ella aún funcionaba para entender lo que el conde le acababa de decir. Se apartó un mechón de pelo de los ojos y frunció el ceño.

—No me casaré contigo, Connor.

Los ojos del conde se volvieron más oscuros y siniestros cuando la miraron.

—Oh, sí que lo harás. Vas a casarte conmigo antes que termine la temporada, cielo —dijo en voz baja pero dominante—. Y me has dejado en claro que tú también me deseas.

Ella se ruborizó.

—Pero tú no me has... no me has...

—¿Robado tu virtud? —inquirió groseramente—. No, no lo he hecho, pero estuve a un paso de hacerlo y probablemente debí haberlo hecho para sacarte esa idea de que no quieres casarte conmigo.

Ella suspiró, irritada.

—No puedes obligarme.

Él levantó la chaqueta del suelo y se la puso con torpeza.

—Puedo hacerlo —farfulló—. Y será mejor que lo hagas por las buenas, o me veré obligado a contarle a lady Flisher de nuestro cariñoso encuentro.

—Tú no harías eso.

—Créeme cariño cuando digo que podría hacerlo —repuso, mordaz—. Soy el maldito conde de Kinghyork, futuro duque de Bourklam, y no dudaré un segundo en usar mis influencias si lo veo necesario.

—Oh... eres... eres...

—Un hombre que sabe lo que quiere. Y te prometo que haré mi mejor esfuerzo para ser un buen esposo, Lizzy —expresó—. Estoy seguro que seremos buenos amigos.

—No me casaré contigo —repitió, furiosa.

—Si lo harás y será mejor que te acostumbres a la idea.

Connor se le acercó de una zancada, cogió su rostro entre sus manos y se apoderó de sus labios con un beso posesivo, luego la soltó dejándola completamente mareada y hambrienta. Hambrienta del maldito conde. Y él debió notar su deseo en sus ojos porque sonrió satisfecho de su hazaña.

—No vemos en la cena, cariñó.

A ella le tomó un segundo para responder.

—No cenaré esta noche —dijo con una postura de rebelión.

Él se detuvo en la puerta y la miró por encima del hombro.

—Tendrás que pedirle a tu doncella que arregle tu cabello. No he sido muy cuidadoso con mis manos. Aunque me gusta más como te ves así, pero prefiero ser el único que disfrute de ese espectáculo —murmuró en un tono travieso.

Hizo un mohín.

—Entonces le pediré a mi doncella que me pele.

Él salió de la habitación y oyó que murmuraba en el corredor:

—Chiquilla tozuda...

Se echó hacia atrás y se cubrió el rostro con las dos manos. ¡Madre mía! ¿Qué había hecho?

CAPÍTULO 21

HABÍA sido tan frustrante caer en las garras del granuja, que no había bajado a cenar la noche anterior, solo para no darle con el gusto. A pesar que había estado muerta de hambre y aún lo estaba cuando despertó. Sacudió las mantas y suspiró. Debía juntar fuerza y prepararse para enfrentarse al conde. Él parecía hablar muy en serio con respecto al matrimonio. Aunque se muriera de ganas de convertirse en su esposa, no podía hacerlo. Emily. Su hermana no se lo perdonaría jamás. Guardaría bajo cuatro llaves lo que había sucedido con el conde. Sonrió, mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza. Los besos de Connor sería su tesoro bien guardado.

Arrieta ingresó a la recámara y la miró con picardía.

—Buenos días, Miladi —se paró en los pies de la cama y agregó—: ¿Bajará a desayunar?

Ella se sentó, apoyando la espalda contra la cabecera de la cama.

—Sí —asintió—. Me podría comer una vaca entera ahora mismo.

—Eso es porque anoche no bajó a cenar, miladi —dijo en un tono reprobatorio—. Todos creen que todavía sigue enferma. Hasta el vizconde propuso llamar a un doctor.

Tragó saliva.

—¿En serio?

—Pero lady Flisher se negó a hacerlo... ya sabe, gastos innecesarios.

Por lo visto, para su tía, su vida era un gasto innecesario. Por suerte ella no estaba enferma de verdad.

—Lord Kinghyork... —carraspeó—. ¿Él también bajó a cenar?

—Sí —respondió su doncella.

Arrieta la observó como si ella tuviese monos en la cara.

—¿Qué ocurre?

—¿El conde ya le propuso matrimonio?

—Sí.

Su criada saltó de alegría.

—Pero le dije que no.

—¿Cómo dice?

—Rechacé su propuesta.

—¿Por qué hizo eso, miladi?

—¿Por qué? ¡Por Emily!

—Si el conde no se casa con usted, lo hará con otra, y esa otra no será lady Emily —explayó—. Estoy segura que, entre todas las mujeres, es a usted a la que su hermana elegiría para que se casara con el futuro duque.

Ella resopló. Puede que su doncella tuviese en lo cierto. No imaginaba a su hermana saltando de una pata si el conde se casara con lady Ofelia.

—Además... él... él no me ama —agregó—. Solo me ve como una amiga, y su salvación para no perder su herencia.

—Él todavía no lo sabe, pero lo hace. El conde la quiere, miladi.

Puso los ojos en blanco.

—Que bobadas dices, Arrieta. El conde no me ama.

—¡Sí que lo hace! —exclamó—. Lord Kinghyork me obligó a responderle muchas preguntas acerca de usted, miladi. Y parecía muy interesado en conocer cada detalle de su vida. Además... observé como la mira. Solo un hombre enamorado mira a una mujer de ese modo.

O un granuja como él. Entornó los párpados.

—Y ese es otro tema que tú y yo debemos hablar muy seriamente. ¿Qué cosas le has dicho al conde de mí?

—¿Usará el vestido amarillo?

—No cambies de tema...

Mery, el ama de llaves, ingresó a la habitación y las interrumpió.

—¿Qué hace todavía en la cama, miladi? —gruñó cuando la vio acostada—. El desayuno se servirá en media hora —dirigió la vista hacia la doncella y agregó—: Porque estás parada ahí sin hacer nada, tráele un vestido.

Arrieta asintió con la cabeza.

—El amarillo —le pidió ella.

—Pero será mejor que primero le traigas un poco de agua tibia... para... para que pueda arreglar su cabello. Parece que se hubiera peleado con la almohada anoche, lady Elizabeth.

Se pasó una mano por el pelo. El conde la había despeinado cuando... bueno... cuando eso, pero ella se había cepillado el cabello cien veces antes de dormir y no podía estar tan desalineado, ¿oh, sí?

—Todavía queda un poco de agua en la jarra —comentó—. Lo

suficiente para que me arregles el cabello.

Mery le lanzó una mirada silenciosa, de esas de las que decían que debía cerrar la boca. ¿Qué se traía ella entre manos?

—No estoy segura que esa agua sea suficiente —masculló—. Haz lo que te he pedido, Arrieta.

La doncella salió rápido de la habitación antes que el ama de llaves se lo repitiera otra vez.

—¿Por qué le has pedido que se fuera? —quiso saber.

Mery sacó unas cartas del bolsillo del delantal.

—Por esto —respondió, al entregárselas en las manos—. Las encontré en la habitación de lady Flisher —le contó—. Preferí que Arrieta nos la viera porque su lengua es muy larga.

—Son cartas de mis hermanas de hace cuatro días —repuso al mirar las fechas y sin entender porque estaban en la alcoba de su tía.

Mery sacó un vestido amarillo del vestidor y lo dejó sobre la silla.

—Sí, y su tía las tenía retenida en su recámara.

—¿Por qué?

—Porque es una mujer mala y disfruta maltratar a su sobrina —contestó—. Debe leerlas rápido para que las pueda regresar pronto, o lady Flisher se dará cuenta que las he sacado.

Ella asintió con la cabeza y salió de la cama de un tirón. Era injusto tener que devolver correspondencia que le pertenecía. Pero se sentía tan feliz de recibir noticias de sus hermanas que no le importó. Se sentó delante del escritorio y abrió la carta de Eleonor.

—La dejaré sola por cinco minutos para que pueda leer tranquila, miladi —expresó—. Y si les escribe a sus hermanas, envíele mis saludos.

Ella se volteó y la miró, sonriente.

—Les enviaré tus saludos, Mery.

Querida Lizzy,

Aprovecho este momento para escribirte ya que nuestra querida prima está descansando y no me está insistiendo en que la acompañe a comprar cintas para el cabello. Lady Felicity ha sido muy amable conmigo.

Ella resopló. Su prima Felicity era de todo menos amable. Eleonor podía verle cosas buenas hasta al mismo diablo. Bajó la vista y siguió leyendo:

No sabes cómo extraño nuestras charlas por la noche. Londres no está muy diferente de la última vez que estuvimos. Hasta el momento he acompañado a nuestra prima a dos bailes, pero no los he podido disfrutar conociendo la penosa situación en la que se encuentran mis queridas hermanas. Lady Garrowly nos ha atendido muy bien y dice que disfruta de nuestra compañía. El vizconde Garrowly tuvo que dejar Londres el mismo día que llegamos y eso ha hecho que mi estadía sea más tranquila.

Y a ella también la dejaba más tranquila saber que ese cerdo estaba

lejos de su querida hermana.

Las debutantes de esta temporada son encantadoras y eso dificulta a que pueda encontrar un marido. Nuestra prima dice que se casará antes que yo y estoy segura que así será. ¿Cómo no lo haría después de todas las cintas preciosas que se compró para el pelo?

Puso los ojos en blanco. «*Eleonor*», murmuró, meneando la cabeza.

Mi querida Lizzy, espero que te encuentres bien y que sigas cuidando de Green Hills. No veo las horas que estemos todas juntas de nuevo. Ojalá reciba noticias tuya pronto y me digas que has encontrado las dotes y podamos regresar a casa.

Debo dejarte porque lady Felicity se ha despertado.

Tu querida hermana, Eleonor.

Se llevó la carta de Eleonor contra el pecho. Más quisiera ella que enviarle buenas noticias. Suspiró. Tomó la carta de Emily y la abrió. Movi6 los ojos a medida que iba leyendo:

Querida Lizzy,

Odio Bristol. Odio a nuestra tía Jocelyn. Ella es una bruja que no me deja en paz ni un segundo. Creo que me moriré si debo leerle a esa anciana gruñona otro pasaje de la biblia. Y que el vizconde Ashfiert venga a

visitarnos todos los días, hace que mi estadía sea más espantosa. En un hombre exasperante y no me olvido que por culpa de él me hayo atrapada en este lugar detestable.

Ahora mismo te estoy escribiendo debajo de una mesa para que lady Jocelyn no me vea y me mande a podar sus rosas. Si soporto todo esto, es porque ella me ha prometido que iremos a Londres antes que acabe la temporada para asistir a una fiesta que dará una buena amiga suya, lady Makclow. ¡Y aprovecharé el viaje para visitar a Eleonor!

Por favor, Lizzy, dime que has encontrado las dotes para que tenga que salir de este lugar horrible. Espero leer pronto noticias tuyas.

Tu querida hermana Emily.

Se sintió culpable que las penurias de Emily le causaran gracia. Su hermana se moriría si se enteraba que *su duque* estaba durmiendo en su antigua habitación. Tragó saliva. Y se sentiría peor si descubría que el conde le había propuesto matrimonio a ella. Dejó la carta junto a la de Eleonor y abrió la que le había enviado Emma.

Querida Lizzy,

Nunca creí que podía ser feliz al estar tan lejos de casa. ¡Pero lo soy, Lizzy! Claro, también echo de menos Green Hills, pero el condado de Derby tiene su encanto. Hard Fortress tiene tantas habitaciones, que llegué a perderme en mi tercer día. ¡Oh, Lizzy, si vieras la enorme biblioteca que tiene!

Los tres hermanos del marqués, Georgiana, Víctor y Nick, son tan

obedientes que no pude haber tenido tanta suerte como institutriz. Apenas he visto al marqués Rulfcrow y solo hemos cruzado unas palabras durante el desayuno. Él no parece ser un hombre que habla mucho, pero ha hecho todo lo posible para que nada me falte desde que me mude a su casa.

No debes preocuparte por mí, Lizzy. ¡Lo digo en serio! Espero verlas a todas muy pronto.

Tu hermana querida, Emma.

Ella sonrió y se limpió una lágrima de la mejilla. Emma siempre había sido la más delicada entre sus hermanas, la que necesitaba más apoyo y cuidados. Había estado tan preocupada por Emma, de cómo ella podía estar apañándose en un lugar tan lejano de Green Hills, que leer su carta fue como quitarle una gran roca de la espalda. Todo lo que le había escrito sonaba tan maravilloso, que parecía hasta mentira. Pero Emma no mentiría con algo así, ¿verdad que no? Sacudió la cabeza. No, ella no lo haría.

Sacó papel nuevo del primer cajón del escritorio y humedeció la punta de la pluma con tinta, luego se inclinó y les escribió a sus hermanas:

Mis queridas hermanas,

Green Hills no es lo mismo sin ustedes. No saben lo feliz que me han hecho al recibir noticias tuyas y de saber que están todas bien. Por estos lados nada ha cambiado.

Hizo una mueca. Decidió omitir la parte en donde aparecía el conde de Kinghyork.

Bueno, salvo que lady Flisher continuó despidiendo a más personal, y que tenemos como huésped a lord Norgate. Él es igual o peor de

despreciable que el vizconde Garrowly. Ah, y también nuestro primo ha regresado y ocupado su puesto de conde.

Ella también prefirió omitir el ofrecimiento que le hizo su primo de convertirse en la querida del vizconde para salvar Green Hills.

El nuevo conde de Cowthland sigue siendo tan idiota como todas lo recordamos. Solo que ahora está más gordo, pelado y arrugado. Y Eleonor, no hagas esa cara desaprobando mis dichos, eres tan buena que ni siquiera puedes ver la maldad en las personas. Wilfred es tan odioso como nuestra prima Felicity. ¡Y no estás obligada a buscar un marido sino quieres casarte!

Se sintió con la responsabilidad de aconsejarla como su hermana mayor. Humedeció la pluma con más tinta y siguió escribiendo:

Querida Emily, puede que nuestra tía Jocelyn sea de un carácter difícil, pero no dudo que sea una mujer de un buen corazón. Debes considerar su edad y tener mucha paciencia. En cuanto a lord Ashfiert, estoy segura que exageras. Él fue todo un caballero mientras estuvo hospedado en Green Hills.

Sonrió con solo imaginar la reacción de Emily al leer eso.

Y mi dulce Emma, me alegra saber que te va muy bien en tu nuevo rol de institutriz y que te sientes cómoda en la casa del marqués. Pero no dudes en escribirme si algo no te gusta. Te juro que por ti hasta iría a buscarte caminando.

Desearía tener que envíaes buenas noticias, pero debo decirles que no he hallado ningún rastro del tesoro que enterró papá. Debo admitir que he perdido la esperanza de encontrarlo. Hasta empiezo a creer que nunca existió luego de haber revisado toda la finca. Trataré de seguir buscando.

Mientras pudiera seguir viviendo en Green Hills. Solo le quedaba un día del ultimátum que le había dado su primo.

Mery me pidió que les enviara saludos y yo les envió el mío.

Su querida hermana, Lizzy.

CAPÍTULO 22

ESPERÓ encontrar a Lizzy en el comedor cuando bajó a desayunar. La chiquilla no había bajado a cenar la noche anterior, y no supo si era porque quería darle la contraría o porque se sentía avergonzada luego de lo que había sucedido entre ellos. Buen Dios, él no había pretendido llegar tan lejos con la muchacha, y estuvo a un paso de perder el control por completo. Había querido quitarle la tozudez de no querer casarse con él. ¡Ellos habían pasado la noche juntos! Y no importaba que lo hubiera hecho como Erik. Ella era la hija de un conde, y por más que él fuera un granuja, debía actuar como un caballero. La idea del matrimonio ya no le parecía tan descabellada.

Pero solo si era con Lizzy.

Y ella había respondido a sus besos con la misma pasión que él se los había dado. No tenía duda de que Lizzy lo deseaba. ¿Entonces porque demonios lo rechazaba? La muchacha le agradaba y estaba seguro que serían buenos amigos con el tiempo. No podía prometerle amor, porque simplemente él no se enamoraba. Lealtad y amistad era lo máximo que podía ofrecerle.

La familia del nuevo conde de Cowthland la trataba como a una criada y no tardarían en echarla a la calle. Y eso lo enfurecía. Él podía ofrecerle protección tanto a ella como a sus hermanas.

—Lord Kinghyork —murmuró lady Flisher, cuando lo vio aparecerse por el comedor—. Me alegro que nos acompañe en el desayuno.

Él sonrió por cortesía. Saludó a Wilfred y luego al vizconde Norgate,

que ya había empezado a desayunar y tenía la vista puesta sobre el periódico. Buscó a Lizzy con la mirada y la encontró a sus espaldas, sirviéndose lonjas de tocino en el plato. Él se acercó a ella de una zancada y tomó un plato de la mesa larga.

—Buenos días, miladi.

Ella lo miró de soslayo mientras se servía un poco de huevos revueltos.

—Milord —dijo en un tono seco.

Él atravesó un brazo por encima del suyo para alcanzar unas lonjas de tocino. Y el simple roce fue suficiente para estremecerlo y querer tomarla en los brazos y llevarla a la alcoba, y terminar lo que habían empezado el día anterior. Pero solo lo haría cuando ella se convirtiera en la condesa de Kinghyork.

—¿Cómo amaneció, miladi? —preguntó, consciente de que lady Flisher los estaba escuchando.

—Muy bien, milord.

Él inclinó un poco la cabeza para que ella sola pudiera escucharlo.

—Cobarde... —susurró.

Lizzy se quedó dura por un segundo y apretó los labios. Había logrado que ella se molestara. Y él quiso besar esas dos líneas que se le habían formado en el entrecejo.

—¿Cómo dice? —preguntó, estirando las palabras.

—Anoche esperé a que bajaras a cenar —le aclaró con voz baja.

Lizzy se alejó unos centímetros de él, y se sirvió café en una taza.

—No me sentía muy bien, milord —contestó en un tono frío y distante.

A él no le gustó nada el muro que había levantado entre los dos. Se encargaría de derribarlo en dos segundos. Volvió a colocarse a su lado, tan cerca, que ella podía sentir su aliento sobre su cuello.

—¿Ah, no? Porque anoche cuando me marche de tu habitación parecías haber quedado bastante satisfecha y rebosando de buena salud.

Ella echó una mirada rápida a su alrededor, asegurándose de que nadie lo hubiera oído, con las mejillas sonrojadas.

—Connor... —pronunció su nombre como si algo siniestro estuviera a punto de suceder si él continuaba hablando.

—¿Por qué hay tanto secreteo en ese rincón? —cuestionó lady Flisher, observándolos ceñudamente—. No me gustan los secretos. ¿Acaso ocultan algo que el resto de los presentes no puedan saber?

Lizzy se ahogó con una exclamación y lo miró aterrada, implorando que ahora sí hablara y la sacara de ese lío. Los dos se apartaron como si acabaran de arrojarles un balde con agua helada.

—Vera... —se rascó la frente y siguió—. Es algo vergonzoso... anoche yo...

Las mejillas de Lizzy comenzaron a arder como si se estuvieran cocinando en el horno. Y él disfrutó tenerla a su merced. Chiquilla tozuda. Podía convertirla en su esposa con una palabra más, pero no iba a obligarla. Ella aceptaría porque se daría cuenta que él era una buena opción y no tendría otra oportunidad como esa. Diantres. Su rechazo hacia que se sintiera como la cosa más horrible sobre la tierra.

—¿Anoche usted qué, milord? —insistió lady Flisher para que continuara.

—Que me desperté con hambre a mitad de la noche y que ahora mismo me podría comer una vaca entera.

—Y yo le dije a lord Kinghyork que su voraz apetito debía ser por el aire del campo —agregó Lizzy, recuperando su compostura.

—No debe avergonzarse por esas cosas, milord —replicó la madre del conde—. Puede comer todo lo que se le apetezca en Green Hills.

Él miró a Lizzy con una provocativa ceja arqueada.

—Gracias, lady Flisher, es usted muy amable.

Lizzy sacudió la cabeza, y luego los dos se unieron a la mesa con los demás. Ella se sentó al lado de su tía, y él en frente suyo, junto al vizconde, donde podía mirarla detalladamente. Lamentó que la moda hiciera que las damas tuvieran que llevar el pelo recogido, porque a Lizzy le quedaba mejor el cabello suelto. Ese día había amanecido con los ojos más brillosos y de un negro tan intenso que parecían azules, y sus labios... no podía pensar en otra cosa que besar sus labios nuevamente. Sabía que ella sabía que la estaba observando, porque sus manos se volvieron torpes cuando tomó la taza para beber un sorbo de café. Sonrió. Daría lo que fuera para saber lo que pasaba por su mente.

—Lord Kinghyork... —murmuró el conde de Cowthland.

Él se movió en la silla y carraspeó.

—Lo siento, yo...

—Estaba distraído.

—Sí.

—Le preguntaba si estaba disfrutando de su estadía en Green Hills,

milord.

—Oh, sí, es un lugar encantador —respondió, con una sonrisa en los labios.

El vizconde de Norgate apartó el periódico de su rostro, lo dobló y lo dejó a un costado de su plato.

—Y hablando de lugar encantador, me gustaría recorrer la finca —musitó. Dirigió la vista hacia Lizzy y siguió—: Si mal no recuerdo, su tía dijo que conocía Green Hills de punta a punta, miladi —comentó.

Lizzy asintió con cierta incomodidad, sin dejar de comer su pan con mantequilla.

—Estoy segura que mi querida sobrina reconocería cada rincón de la finca hasta con los ojos vendados, ¿verdad, cariño?

Ella se encogió de hombros.

—He vivido aquí toda mi vida —replicó.

El vizconde tamborileó los dedos sobre la mesa y sonrió como si estuviera a punto de cazar una buena presa.

—Entonces, lady Elizabeth, me sentiría honrado que usted me acompañara en mi paseo matutino y fuese mi guía en Green Hills.

Él se atragantó con el café y empezó a toser. Que los demonios se lo llevaran si permitía que Lizzy pasara tiempo a solas con el vizconde. Si lord Norgate había fijado sus ojos en ella, había tenido razón en preocuparse. Apretó los puños. El corazón se le contrajo al notar la expresión aterradora del rostro de Lizzy. Su chica no era tonta y debió darse cuenta de las intenciones ocultas del vizconde, y el hecho que lord Cowthland no hiciera nada para intervenir, le dio ganas de patearle el trasero.

—Lady Elizabeth no podrá acompañarlo, lord Norgate —respondió él por ella.

Pudo percibir como los hombros de Lizzy se relajaron.

—¿Ah, no? —inquirió el vizconde.

—Ella prometió ponerme al tanto de la situación de Erik, el mozo de cuadra que salvó mi vida de los salteadores, después del desayuno —dijo—. No solo pretendo ayudarlo a él, sino también a su familia. Y quiero dejarlo todo por escrito —la miró fijamente y añadió—: Para que no haya malos entendidos.

—No es normal que alguien de su rango se tome esas clases de molestias, milord —repuso lord Norgate con cierto hastío en la voz.

Él masticó despacio el trozo de tocino que se había llevado a la boca, lo tragó y luego respondió despreocupado:

—Digamos que me gusta ser agradecido.

Lizzy se aclaró la garganta y los interrumpió.

—Estoy segura que Erik se sentirá gratificado por su gentileza, milord.

Él quiso saber si era Erik o ella la que se sentía agradecida. Lizzy le lanzó una cálida mirada y provocó que su respiración se acelerara. Maldita sea. Él quería protegerla y el hecho de saber que lord Norgate la deseaba, la sangre le hervía. Si ella aceptara de una buena vez ser su esposa, podría mantener bien lejos a hombres como el vizconde. Ni siquiera lord Norgate se atrevería a mirar a la futura duquesa de Bourklam.

—Yo ya quiero conocer a ese Erik —comentó lady Flisher, divertida—. Y agradecerle personalmente que haya salvado al conde. ¿Cuándo dijiste que él regresaría, querida?

—Eh... en unos días.

—¿No crees querido que deberíamos ascender a Erik al puesto de jefe de cuadra por su acto tan valiente?

Wilfred se encogió de hombros.

—Si a ti te parece bien madre, que así sea.

—Supongo que podemos tomar ese paseo a la tarde, lady Elizabeth — insistió lord Norgate, no satisfecho por el rechazo anterior.

Y cuando él abrió la boca para poner otra excusa, Lizzy estaba diciendo:

—Creo que lloverá más tarde.

—Pero si ha salido el sol —replicó el vizconde.

Ella parpadeó.

—¿Acaso olvida que estamos en Inglaterra?

A él se le dibujó una sonrisa mientras bebía su café.

—Creo que usted está evitando dar un paseo conmigo, lady Elizabeth —murmuró el lord, a través de los dientes.

Él dejó de sonreír.

—¡Claro que no, lord Norgate! —chilló lady Flisher—. Si a mi querida sobrina le encanta su compañía.

—No lo parece —dijo él, mordaz.

—La casa del administrador está cerca, si quiere, puedo pedirle que lo acompañe a recorrer Green Hills —musitó Lizzy como si acabara de ganar una pulseada. Y lord Norgate sabía que lo había hecho—. Le aseguro que él

conoce la finca tanto como yo.

—¿Y librarme de su compañía?

—Y ahora yo creo que usted me subestima demasiado, milord.

Estaba seguro que el vizconde lo había hecho. No se había percatado del ingenio de la jovencita. Y en ese instante, se sintió orgulloso de ella. Pero lord Norgate no se quedaría tranquilo y él debía actuar con urgencia. Lizzy debía convertirse pronto en su esposa.

Connor la estaba esperando en el despacho de su primo. Sentía el estómago revuelto, y no precisamente porque no lo quisiera ver, sino porque no sabía si iba a poder controlarse para no saltar sobre él y besarlo. Y si hubieran estado solos durante el desayuno, ella lo hubiera hecho después que el conde impidiera que saliera con el vizconde a dar un paseo. Lord Norgate la había tomado por sorpresa cuando se lo propuso y ella se había quedado muda del espanto de tener que dar un paseo a solas con él, y de repente, Connor había intervenido y la había salvado. Desde la muerte de su padre, había olvidado de lo que se sentía tener a alguien que la protegiera. Probablemente el conde lo había hecho por lastima. Toda persona que conocía a lord Norgate sabía de su fama y no era nada respetable que una dama soltera diera un paseo con un hombre como él. Y al notar que su familia no había intervenido, se vio obligado a hacerlo él.

Había sido un acto muy noble.

Salió de la biblioteca y se dirigió al despacho. El plazo que su primo Wilfred le había dado para que pensara en su propuesta estaba por terminar, y

ella se preguntó si el nuevo conde de Cowthland había tenido algo que ver con la invitación del vizconde. Su primo haría cualquier cosa para que ella sucumbiera, aunque fuese a la fuerza, y salvar su pellejo. Verse lejos de Green Hills era como si le clavaran un cuchillo en el pecho, pero sentía náuseas con solo imaginar que el vizconde la tocara. Si tan solo ella encontrara las dotes para pagar las deudas del idiota de su primo. Necesitaba ganar tiempo. Se detuvo delante del despacho y se pasó una mano por el pelo para acomodárselo. Respiró hondo y sonrió. Levantó la mano para golpear la puerta, pero antes que lo hiciera, dijeron:

—Puede pasar, lady Elizabeth.

Ella ingresó. Él conde la estaba esperando todo arrogante detrás del escritorio.

—¿Cómo sabía que era yo? —preguntó, ceñuda.

—Escuché tus pasos.

—¿Mis pasos? —repitió.

—Haces un ruido particular cuando caminas, no llegas a arrastrar los pies, pero tus pisadas son suaves y firmes que hacen que el sonido sea armonioso.

Ladeó la cabeza hacia un costado y se cruzó de brazos. Ella esperaba oír que le dijera que era porque caminaba como ganso.

—¿Ah, sí?

—Cierra la puerta, Lizzy —le ordenó.

Ella la cerró y luego se volteó hacia él.

—Gracias por haber impedido que diera un paseo con el vizconde.

Connor apoyó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Lord Norgate dejaría de molestarte si le dijeras que eres mi prometida.

—Pero no lo soy —repuso, tomando asiento sobre el sofá de cuero—. Me traje un libro de la biblioteca —le enseñó la portada—. Puede continuar con lo que estaba haciendo, que yo no lo molestaré mientras leo.

Él enarcó una ceja.

—Creí que dije que íbamos hablar sobre Erik.

Puso los ojos en blanco.

—Los dos sabemos que Erik no existe.

Su corazón empezó a latir más fuerte cuando él se puso de pie tras el escritorio y lo rodeó despacio. Comenzó a tamborilear con los dedos sobre una de las esquinas y se aclaró la garganta.

—Los dos sabemos que Erik eres tú.

—¿Y eso tiene alguna importancia?

Él entornó los párpados con una sonrisa maliciosa.

—La tiene y lo sabes.

Exhaló un cansino suspiro. No quería que Connor pensara que ella era una de esas muchachas que le gustaban que le rogaran, y que los caballeros estuvieran rendidos a sus pies, no era que el conde estuviera a sus pies, solo estaba desesperado. Porque alguien desesperado podía insistir para que ella se casara con él. Mientras más insistía, ella más se imaginaba siendo su esposa. Y para su horror, disfrutaba hacerlo. Deseó que la tocara como lo había hecho el día anterior. Sentir sus manos sobre su cuerpo, sentir su boca

sobre su... que calor hacía.

—¿Te sientes bien, Lizzy?

Sintió como sus mejillas empezaban a arder.

—Sí —dijo—. No me casaré contigo, Connor, y quisiera que no volviéramos a tocar el tema.

Él buscó una licorera de cristal llena de coñac que estaba sobre una mesita y se sirvió una buena dosis.

—¿No es temprano para beber? —se quejó.

—No lo es si debes hablar con una chiquilla tozuda.

Apretó los labios.

—No soy tozuda.

—Que lo niegues ya es una prueba de ello —replicó, sonriendo por encima de la copa.

Abrió el libro que tenía sobre el regazo y trató de leer las primeras líneas de la página, pero era imposible prestar atención cuando los ojos del conde estaban sobre ella. Cerró el libro de golpe y lo miró.

—Ya conoces mi respuesta, Connor, pero dejaré que hables si eso te hace sentir mejor.

Él le hizo una reverencia.

—Usted es la piedad personificada, miladi —se mofó.

Le dirigió una perezosa y rígida sonrisa.

—Bien, entonces seguiré leyendo.

Él lanzó una blasfemia entre dientes.

—¿Tan espantosa te parece la idea de casarte conmigo? —le preguntó, rechinando los dientes.

—¡Cielo santo, no, Connor! —chilló—. Nunca pensé que diría esto, pero eres el mejor hombre que he conocido nunca. Te esfuerzas tanto para demostrarles a todos que eres el típico conde cínico que no le importa nada, pero por dentro eres noble, un buen amigo. También eres apuesto y estoy segura que a eso ya lo sabes. No dudo que serás un esposo excelente.

—Entonces explícame porque diantres rechazas mi propuesta.

«Porque no me amas y te mereces algo mejor».

—Porque... porque no seré una buena duquesa.

Él dejó la copa sobre la mesa y acortó la distancia que había entre ellos en un segundo, y se sentó a su lado. Le tomó una mano y se la llevó a los labios, luego se la besó tiernamente.

—Estoy seguro que aprenderás rápido a ser una buena duquesa —murmuró, observándola fijamente con sus ojos de leopardo—. Yo ni siquiera soy un buen conde.

—En cuanto a eso, Connor, debes mejorar —le aconsejó—. Hay personas que dependen de ti y serás un conde grandioso si solo le dedicaras una cuarta parte de tu tiempo.

Él esbozó una amplia sonrisa.

—¿Ves? Hasta empiezas a sonar como una duquesa.

Ella le apartó la mano y miró al suelo. ¿Qué podía hacer para que él entendiera que le estaba haciendo un bien al rechazarlo?

—No sigas, por favor...

Connor le sujetó la barbilla e hizo que girara el rostro hacia él.

—¿Acaso amas a otro hombre?

—¡No!

«No, te amo a ti». Y fue doloroso admitirlo.

—Entonces, Lizzy, de verdad no te entiendo —masculló afligido.

Ella levantó un brazo para acariciar su mandíbula, pero no se atrevió y lo bajó de inmediato. Debía tomar distancia. Pero su cuerpo se resistía a hacerlo. Se humedeció los labios y dijo:

—Mi primo Wilfred acabará con Green Hills si me voy... además, él tiene una deuda con el vizconde de Norgate —le contó—. Y hasta que no la pagué, el lord se beneficiará de todo lo que produzca la finca.

En eso no le mintió, solo omitió la parte en la que ella también era parte del pago. Connor se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—Imaginé que algo raro debía haber cuando encontré al vizconde en Green Hills, luego de que tu primo se... —él dejó de hablar al darse cuenta que estaba hablando con una dama.

—Acostara con su esposa.

—Sí —admitió—. ¿De cuánto es la deuda?

—Diez mil libras.

—¿Sabes que mi familia es una de la más rica de Inglaterra? —le cuestionó, ahuecando una mano en su mejilla—. Si te conviertes en mi esposa, podrás pagar esa deuda y no tendrás que preocuparte de que lord Norgate los siga hostigando —él se inclinó y apoyó la frente contra su pelo y le dio un delicado beso en la sien—. Lizzy... —murmuró, despacio—. Quiero cuidarte,

cariño. Déjame cuidarte.

Sus ojos se humedecieron. Él la hacía sentir segura entre sus brazos, apoyó las palmas de las manos contra su pecho y olió su fragancia. Disfrutó esos segundos y los atesoraría en su corazón para siempre. Pero había muchas razones para no ser su esposa. Siempre se las había ingeniado para salir sola de sus problemas, y esa vez no sería la excepción.

—¡Por qué me lo haces tan difícil, Connor! —exclamó, levantándose abruptamente del sofá—. ¿Acaso no te das cuenta del esfuerzo que hago para rechazarte? —musitó, sorbiéndose la nariz.

El rostro de él pareció recobrar nueva esperanza.

—¿Entonces aceptas?

Ella no pudo contener un gemido que tenía en la garganta y sollozó.

—No puedo —balbució con la voz quebrada—. Y me lo agradecerás en el futuro.

Dicho eso, salió a la carrera hacia la puerta y Connor no pudo hacer nada para retenerla.

CAPÍTULO 23

SE CUBRIÓ la boca cuando bostezó. Había tenido un día agotador. Y agradeció que Connor la hubiera evitado el resto del día para darle su espacio, hasta que se cruzaron durante la cena. Él apenas le dirigió unas palabras y la trató con frialdad. ¿Pero no era eso lo que buscaba? ¡Ella ya no sabía que era lo que quería! Después de la cena, los caballeros se retiraron al salón para jugar a las cartas, y su tía le pidió que le leyera poesía de lord Byron. Ella prefirió tener que leerle antes de seguir escuchando de que, si su prima Felicity estuviera en Green Hills, seguramente el conde le pediría matrimonio, y no a la desabrida de lady Ofelia. Tuvo que morderse la lengua para no decirle nada ofensivo y aclararle que el conde tenía buen gusto. Apartó esa vocecita de su cabeza que le preguntaba si ella entraba en el buen gusto.

Su primo Wilfred no le había mencionado nada acerca de su ultimátum, aunque ellos no habían tenido la oportunidad de hablar a solas. Tal vez él solo había intentado asustarla y tratar que accediera a través del miedo. Tal vez su primo no pretendía echarla de su casa. Tragó saliva. Lord Norgate no pudo insistir en que dieran un paseo a la tarde, porque las nubes cubrieron el cielo y desataron una tormenta. ¡Bendito sea el clima de Inglaterra!

Se refregó los ojos y volvió a bostezar. Había ayudado a Mery a terminar de limpiar la cocina para que estuviera preparada para el día siguiente. La falta de personal empezaba a notarse. Sin embargo, no había sido de gran ayuda porque el ama de llaves y las doncellas se las arreglaban para

reducir sus tareas. Estaba tan cansada que se acostaría a dormir vestida como estaba. Le había dado la noche libre a Arrieta porque su doncella estaba tan agotada como ella. Suspiró. «*Mañana será otro día*».

Se dirigió hacia el ala donde estaban las habitaciones de los sirvientes. Se había convertido en una intrusa en su propia casa. ¿Cómo iba a arreglárselas para traer a sus hermanas de regreso? ¿Y si...? ¿Y si aceptaba ser la querida del vizconde? Sonrió. El cansancio la hacía delirar. Ingresó a la recámara y dejó la vela sobre la mesa que estaba a un costado de la puerta. Empezó a quitarse los guantes de la mano cuando sintió un movimiento a sus espaldas.

—Empezaba a creer que nunca vendrías —le dijeron.

Ella había reconocido la voz y no le gustaba nada con lo que se iba a encontrar cuando se volteara. Giró los talones despacio, aterrada.

—Lor-rd N-norgate —tartamudeó—. ¿Q-qué hace a-aquí?

Él estaba oculto en la oscuridad de su habitación, sentado en el sofá de un cuerpo que se hallaba cerca de la ventana y se había cubierto con una de sus mantas, que luego la arrojaría a la chimenea para quemarla.

—Te estaba esperando.

Ella recobró la voz.

—¡No puede estar aquí! —chilló—. Le pido que se vaya —rugió entre dientes.

—No me iré hasta escuchar su respuesta.

Parpadeó.

—¿Q-qué respuesta?

—Que sí salvará Green Hills al acostarse conmigo, lady Elizabeth.

—¿Cómo dice? —y se odió por no decir algo más inteligente.

—No seré tan apuesto como lord Kinghyork, pero le aseguro que tengo mis encantos.

—¡No me acostaré con usted y le ruego que se marche ahora mismo! —gritó, señalando la puerta, con algunas lágrimas rodando por sus mejillas.

—Si lo hago, la deuda de su primo subirá a cincuenta mil libras.

Ella se ahogó con una exclamación.

—¡No puede hacer eso! ¡Él nunca podría pagarlo!

El vizconde chasqueó la lengua.

—Entonces ya sabes lo que debes hacer.

Sus facciones adquirieron una expresión decididamente cargada de indignación y furia.

—¡Largo! —gritó, violentamente.

El vizconde se levantó del sofá y caminó hacia ella, y al acercarse a la luz de la vela, pudo notar que apenas iba vestido. Pero todo se puso peor cuando se deshizo de la manta y pudo ver lo que tenía entre sus piernas. Apartó la vista, asqueada. Dio un paso atrás, horrorizada. El corazón le latía tan fuerte que creyó que estaba a punto de morir.

—No me dejas más opción que hacerlo por las malas, niña.

Las piernas le temblaron e hizo un gran esfuerzo para mantenerse en pie. No esperaba que su vida acabara de ese modo y que el último rostro que viera fuese el del vizconde. Pero ella iba a defenderse hasta el último aliento. El vizconde le cortó el paso cuando quiso correr hacia la puerta, pero logró

escabullirse de sus manos y llegó al otro lado de la habitación saltando a través de la cama. Él sonreía divertido como si estuviera a punto de cazar una liebre.

—No podrás escaparte de mí —musitó como si ella fuera parte de un juego—. Tarde o temprano serás mía —agregó, aplastando sus enormes manos contra la puerta al llegar antes que ella.

Ella retrocedió y chocó la espalda contra la pared.

—Si me pone un dedo encima, gritaré tan fuerte que despertaré a toda la casa —le advirtió.

El vizconde se humedeció el labio inferior con la lengua.

—¿Ah, sí? ¿Quién crees que me dijo cuál era tu recámara, querida? —le preguntó, entretenido—. Tu familia te ha escogido para que seas la persona que la salve de su penosa situación.

Wilfred, cerdo asqueroso, él se las iba a pagar si lograba salir ilesa de la alcoba. La había entregado como si fuera una oveja para el sacrificio.

—Mi única familia son mis hermanas y ellas nunca harían una cosa así —dijo, apretando la mandíbula.

Ladeó la cabeza hacia un costado para evitar que el vizconde la tocara.

—No sabes cómo me pones cuando te haces la difícil, pero este jueguito empieza a aburrirme.

Echó una ojeada a su alrededor desesperada, tratando de ver una salida. Debía haber una salida. Esperó a que lord Norgate se acercara un poco más para tomar la palmatoria que tenía a un costado y le incrustó la vela encendida en el rostro. De repente, la habitación quedó a oscuras. El vizconde retrocedió soltando todo tipo de maldiciones al haberle quemado las pestañas.

Ella aprovechó para salir corriendo de la alcoba. Y comprobó que su tía tenía razón, conocía cada rincón de Green Hills y podía recorrerla hasta en la más tenebrosa oscuridad.

—¡Pagaras por esto! —oyó el alarido del vizconde—. ¡Lo juro!

Ella se estremeció. Conocía la fama del vizconde y sabía que él hablaba en serio. Estaba atrapada y no le quedaba más remedio que abandonar Green Hills. Había logrado escabullirse de las asquerosas manos del vizconde, pero no sabía si correría con la misma suerte otra vez. Subió las escaleras y se dirigió hacia el ala de invitados. Debía admitir algo que ya sabía, estaba sola y desprotegida. No podría enfrentarse al poder que tenía el vizconde. Se sentía tan agobiada, enfadada, que las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como cascadas. De repente, se encontró golpeando la puerta de la alcoba del lord Kinghyork. Y la golpeaba con todas sus fuerzas. Era tarde y él debía estar durmiendo.

El conde abrió la puerta con brusquedad. Él parecía estar fastidioso de que alguien hubiera interrumpido su sueño. Tenía el cabello revuelto y llevaba una bata azul. Ella notó preocupación en sus ojos cuando la vio en el corredor a esas horas de la noche.

—¿Lizzy?

Ella no pudo decir nada. Solo lo abrazó y se aferró a él con fuerzas, llorando desconsoladamente. Necesitaba que la cuidaran, aunque fuese por esa noche. Connor la rodeó con los brazos y la metió a la habitación, y luego cerró la puerta.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó cauteloso, apretándola más contra el calor de su cuerpo.

Las palabras se le estancaron en la garganta y la frustración de no

poder hablar, hizo que aumentara su llanto. Connor posó un dedo debajo de su barbilla y le levantó el rostro.

—No puedo verte así, Lizzy, por favor dime algo —le imploró.

Ella se secó las lágrimas con la mano y respiró hondo.

—¿Me prometes que si me caso contigo harás hasta lo imposible para que lord Norgate no vuelva a poner un pie en Green Hills?

Pudo sentir como el cuerpo de Connor se tensaba, y el destello de sus ojos era ira reprimida.

—¿El vizconde te ha hecho daño, Lizzy?

Ella negó con la cabeza. Si le decía la verdad, probablemente Connor le pediría un duelo al vizconde y en un duelo siempre alguien moría. Y si ese alguien terminaba siendo Connor, ella no podría soportarlo.

—No quiero ver más al vizconde en Green Hills —respondió en un tono más tranquilo—. Él no me agrada.

Connor exhaló una bocanada de aire y dejó caer los hombros es un gesto de alivio al oír que lord Norgate no le había hecho daño. Él apoyó el mentón contra la coronilla de su cabeza y volvió a abrazarla con fuerzas.

—Lord Norgate hará sus maletas mañana mismo —asintió, con la firmeza de un futuro duque.

Un extremo de sus labios se curvó hacia arriba. Estaba segura que Connor cumpliría con su palabra.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Acepto tu propuesta —contestó, apoyando una mejilla contra su

pecho—. Me casaré contigo, Connor.

CAPÍTULO 24

Mis queridas hermanas, probablemente esta carta les llegue al mismo tiempo que la otra.

Debo contarles algo importante, pero quiero hacerlo personalmente, ahora mismo estoy a punto de viajar a Londres y deseo verlas. ¡No deben preocuparse! Les aseguro que no es nada grave.

Eleonor y Emily ya están en Londres, y espero que tú también Emma puedas viajar.

Ya no tendrás que trabajar de institutriz. Green Hills ha vuelto a ser nuestro hogar.

¡Les prometo que pronto estaremos todas juntas de nuevo y en casa!

Su querida hermana, Lizzy.

CONNOR había estado bastante callado desde que ellos habían partido de Green Hills hacia Londres. Habían pasado dos días de aquella noche en la que ella había aceptado ser su esposa. Esa noche, Connor se había comportado como un caballero, la había tratado con ternura y obligado a que durmiera en su recámara para su tranquilidad. De algún modo, él sospechaba que ella no le había contado toda la verdad acerca del vizconde, pero prefirió no hacerle más preguntas al respecto. Y ella agradeció su gesto porque en ese momento no se hallaba preparada para hablar.

Connor le había entregado su cama mientras que él se había quedado a su lado sentado en una silla, contándole historias disparatadas para animarla hasta lograr que ella se durmiera. Pero a la mañana siguiente, el conde había sido menos paciente y no se salvó de todas sus preguntas. Y le exigió que le

contara cada detalle de lo que había sucedido con lord Norgate. Él no le había dejado escapatoria y tuvo que decirle la verdad. Nunca antes había conocido a un hombre tan furioso como ese día. Y no dudaba que, si ella no hubiera intervenido, Connor se hubiera debatido a un duelo con el vizconde. Pudo asegurarse que él no cometería esa locura, cuando se lo hizo prometer. Tal vez sus lágrimas habían ayudado a que él accediera. Un truco femenino que a veces era muy útil. El vizconde de Norgate era ágil con las armas y no quería perder a su prometido tan pronto.

«Su prometido», arrugó la nariz. Sonaba tan raro llamar al conde *su prometido*. El traqueteo del coche hizo que ella se moviera del asiento. Connor había cumplido con su palabra y había hecho que el vizconde abandonara Green Hills ese mismo día. Pagó la deuda de su primo, y le dio a Wilfred y a su tía unos días para que dejaran su hogar, o los denunciaría frente a la corona por haber atentado con la vida de la futura duquesa.

Lady Flisher por poco no se había atragantado con su propio veneno cuando se enteró que su *querida sobrina* se acababa de comprometer con el conde de Kinghyork. ¡Hasta se había visto obligada a felicitarla! No pudo reprimir una sonrisa. Connor había arreglado todo para que ellos se marcharan a Londres cuanto antes para presentarla a sus padres. ¡Al duque y a la duquesa de Bourklam! Cada vez que lo pensaba, le faltaba la respiración. Cuando sus hermanas se enterarán del compromiso... suspiró. ¿Y si Emily se enfada con la noticia? Ella siempre había querido ser la duquesa de Bourklam. No podría vivir con el desprecio de una de sus hermanas.

—Mire que casas tan bonitas, miladi —masculló Arrieta, mientras corría las cortinas de terciopelo hacia un costado para mirar hacia afuera.

Londres siempre había logrado dejarla sin palabras cada vez que iba. Había llevado a su doncella con ella, y de paso, Arrieta hacía el papel de

carabina durante todo el viaje. Las normas sociales de Londres eran más rigurosas, y si ella quería ser una buena condesa, debía empezar a acatarlas. Las manos le sudaban. Era mucha presión para un apersona como ella.

—Estamos en Mayfair —les indicó Connor, después de haber pasado un buen tiempo en silencio—. Mis padres viven a una cuadra. Les gustará vivir allí.

Él seguía un poco enfadado con ella luego de haberle hecho prometer que dejaría en paz a lord Norgate. No era que le preocupara la seguridad del vizconde, le preocupaba su prometido. Sentía pavor con solo imaginar que él pudiera salir lastimado. Se cruzó de brazos. Prefería que Connor estuviera enfadado con ella a que saliera herido.

—Creí que iríamos a tu casa —comentó ella.

Él se fijó la hora en el reloj de bolsillo que colgaba en su chaleco.

—Todavía no eres mi esposa —respondió.

¿Y eso qué significaba? ¿Qué disfrutaría de sus últimos días de libertad antes de ingresar al infierno del matrimonio? La idea de que él estuviera con otras mujeres no la hizo muy feliz.

—Bien, ¿y eso qué? Estamos comprometidos, ¿no?

Él alzó la vista hacia ella y la miró indulgentemente.

—No puedes vivir bajo el mismo techo que vive un hombre soltero —le explicó—. Y menos de un hombre soltero como yo.

—Oh... claro.

Se sintió un poco avergonzada de no haberse dado cuenta de ese detalle. ¡Le faltaba tantas cosas que aprender! Su padre odiaba las normas y se

había ocupado para que sus hijas no las conociera. Se hundió en la butaca, afligida.

—Aprenderás rápido, Lizzy —murmuró él, con una sonrisa en los labios que hizo que recobrar el ánimo.

Arrieta se inclinó hacia el conde y le dijo en un tono de confesión:

—Lady Elizabeth se aprendió las tablas de multiplicar más rápido que sus hermanas.

—¿Ah, sí? —masculló el conde, divertido—. Imagino que lady Elizabeth siempre ha sido buena en todo —agregó, mirándola fijamente, con la promesa de algo más que ella no pudo entender que era.

Su doncella se encogió de hombros.

—Bueno, ella no aprendió rápido a bordar, pero fue la primera de sus hermanas en pincharse el dedo con la aguja, ¿eso cuenta?

Puso los ojos en blanco.

—Cierra la boca Arrieta —le ordenó.

—Pero quiero seguir escuchando más cosas de mi futura esposa —protestó el conde.

Entornó los párpados.

—Si hay algo que deba saber, milord, solo debe ir a la fuente —dijo, entre dientes.

—¿En serio?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cuál es tu color preferido?

—El rojo.

—¿El plato que no podrías dejar de comer nunca?

—Las patatas con mantequilla.

—¿Campo o ciudad? Pero esa respuesta creo que me la sé, ¿campo, verdad?

—Sí.

—¿Erik o lady Elizabeth?

Ella se rio.

—Los dos.

Él se inclinó hacia ella. Apoyó los antebrazos en los mulos y dejó las manos colgando entre las piernas.

—¿Soltera o casada?

Ella no pudo dar una respuesta rápida. Solo se quedó observándolo, lo suficiente para darse cuenta que ese hombre apuesto pronto se convertiría en su marido, y sintió un cosquilleo en el estómago.

—No podría decirlo —contestó finalmente.

—¿Por qué no?

—Porque aún no me he casado y creo que no sería justo escoger una elección sin conocer a la otra.

—Pero si conoces a la otra no podrás regresar a la otra por más que no te guste la que acabas de conocer.

Se inclinó hacia él con los ojos brillante.

—Será un riesgo que tendré que correr.

—Ustedes dos han conseguido marearme —los interrumpió Arrieta.

—Tu doncella es un poco atrevida.

—Es lo que siempre le digo —replicó ella.

El coche atravesó unas enormes puertas doradas de la entrada de la residencia Bourklam, rodeó una fuente de mármol y se estacionó delante de unas escalinatas de piedra. ¡Madre mía! Pero si era la casa más preciosa e imponente que había visto en su vida. Hasta sintió pavor de bajarse del coche y se hubiera quedado, de no ser que Connor la sujetó del brazo y la ayudó a bajar las escalerillas del carruaje.

—Agradece que te he traído aquí y no te he llevado a Sussex —susurró él, en un tono juguetón.

Abrió grande los ojos.

—¿Existe otra casa más grande que esta?

—Es el doble de grande —añadió él, luego se dirigió al mayordomo que salía a recibirlos—. ¡Rufus! —gritó.

—Conn... —el hombre se aclaró la garganta cuando la vio—. ¡Lord Kinghyork! Me da gusto que haya regresado.

Connor abrazó al mayordomo que era tan mayor como el que había en Green Hills.

—Deja que te presente a lady Elizabeth, mi prometida.

Rufus se llevó una mano al estómago y la otra a la espalda, y se inclinó hacia delante.

—Lady Elizabeth —la saludó—. Espero que haya tenido un buen viaje, miladi.

—Eh... oh... no ha estado tan mal —contestó, desprevenida—. El coche no tuvo que pararse ni una sola vez para que vomitara. ¿Eso es bueno, no?

El mayordomo enarcó una ceja.

—Sí, miladi.

Buen Dios, si ella decía otra estupidez como esa delante de los padres de Connor, juraba que iba a arrojarse al Támesis. Connor debió notar lo desesperada que estaba por no cometer ningún error, porque él inmediatamente apoyó una mano en su espalda; un simple gesto para tranquilizarla.

—¿Mis padres dónde están, Rufus?

—Lo están esperando en el salón dorado —respondió el mayordomo—. La duquesa está ansiosa de conocer a su prometida.

Y ella era la prometida. Sonrió nerviosa. Muy nerviosa.

—Haré que suban sus equipajes a sus habitaciones —agregó el mayordomo.

—Que solo suban el equipaje de mi prometida y su doncella —lo corrigió el conde—. Yo me hospedaré en mi casa.

—Oh, pensé que... sí, milord.

Connor le sujetó una mano y le dio una palmadita, al mismo tiempo que la miraba tiernamente con sus ojos de leopardo.

—¿Preparada?

—¿Puedo regresar a Hampshire?

—No.

Suspiró.

—Entonces sí.

Connor le ofreció el brazo y ella se lo rodeó, luego subieron las escalinatas de la entrada. La duquesa no esperó a que ellos llegaran al salón dorado, y se apareció en el vestíbulo para recibirlos, y por detrás de ella la seguía un apuesto hombre, que debía ser su marido. El duque era una copia de Connor pero con más años.

—¡Connor! —gritó ella, abrazando a su hijo.

—También me da gusto de verte, mamá —murmuró él, casi sin aliento.

La duquesa era una mujer elegante y todavía conservaba su belleza. Apostaba que todavía existían hombres que suspiraban por ella. Su cabello era rubio con algunos mechones blancos y tenía unos bonitos ojos verdes. Y supo de quien Connor había heredado esos ojos.

—Finalmente has regresado a casa, cariño. Nos tenías preocupados —dijo la duquesa—. Lord James nos avisó del asalto que tuviste y que los maleantes te habían lastimado.

El duque miró a su esposa con la misma ternura que Connor solía mirarla a ella. Esa mirada demoledora debía ser una herencia familiar y creyó que debería estar prohibida.

—Nuestro hijo ha regresado entero y a salvo, cariño.

—Sí, pero pudo haber...

—Y ha regresado acompañado —la interrumpió el duque.

La duquesa parpadeó y se llevó una mano a la boca, parecía

avergonzada.

—¡Oh, Dios mío! —gimió, dando un paso hacia ella—. Debes creer que soy una pésima anfitriona.

Ella hizo una reverencia.

—Nunca pensaría una cosa así de usted, duquesa.

La duquesa la abrazó y le dio un beso en cada mejilla.

—No quiero que haya formalismo entre nosotras, pronto te convertirás en mi hija y deseo que me digas Anna o madre.

—En ese caso, usted debe decirme Lizzy.

—Muy bien, Lizzy, bienvenida a la residencia Bourklam —la duquesa miró a su hijo y añadió—: Ella me agrada, has elegido bien, cariño. Cuando tu padre me dijo que ibas a Hampshire a pedir la mano de lady Ofelia, juro que quise ir a buscarte para impedir esa boda.

—¡Madre! —chilló Connor, conteniendo una carcajada.

—¡Anna! —gruñó el duque, sonrojado—. No debes decir esas cosas delante de su prometida.

La duquesa le lanzó a su esposo una mirada ceñuda.

—Si tú también dijiste que lady Ofelia era una muchacha desabrida, y que no sería una buena pareja para nuestro hijo.

El duque apretó la mandíbula.

—Hay cosas que no deben repetirse, cariño.

La madre de Connor se cruzó de brazos.

—Entonces no me digas cosas que no deben repetirse.

Lord Bourklam sacudió la cabeza, resignado. Pero hasta cualquier idiota podía notar el amor que había entre ellos. Sintió una punzada de envidia. Se conformaba con que su matrimonio tuviera la mitad de amor que había entre ellos. Connor le dio un codazo en la costilla para llamar su atención.

—Y tú que creías que no podrías ser una buena duquesa —susurró.

El duque le sujetó una mano enguantada y le dio un beso en los nudillos.

—Es un placer conocerla, lady Elizabeth —dijo—. Y espero que no quiera salir corriendo después de la escena que acaba de presenciar.

—Pero si no he dicho nada malo —se quejó su esposa a sus espaldas.

—No, no lo has hecho.

—¿Entonces por qué haces que suene que sí?

—Me disculpo si te hice parecer que sí, cariño.

—Me sentiría mejor si mi cuello siente el peso de la gargantilla con esmeralda que vi en la joyería los otros días.

—No sé porque, pero siento que acabo de caer en unas de tus trampas.

—¿Me acabas de llamar tramposa?

—¡Oh, Dios santo no! —gimió él—. O me harás que te compre la joyería entera.

Los ojos verdes de la duquesa brillaron.

—¿Lo harías?

Tuvo que apretar los labios para no sonreír. La duquesa no se parecía

en nada a la mujer que ella se había imaginado que sería.

—*Anna*... —masculló el duque, despacio.

—Bien, por ahora me conformo con la gargantilla —rezongó. La duquesa regresó su atención hacia ella—. Seguramente debes estar cansada por el viaje, le pediré a unos de mis sirvientes que te preparen la tina.

—Gracias, duqu... *Anna*.

La duquesa la apartó de Connor, sujetándola del brazo cálidamente.

—Te guiaré hasta tu recámara —explayó, mientras subían las amplias escaleras que llevaban a la planta de arriba—. ¿Sabes? Mi hija Fiona se fue a Windsor por unos días a visitar a sus primas, y la casa no es lo mismo sin ella —dijo, suspirando—. Ahora mi corazón no se sentirá tan vacío con tu llegada. Pero basta de hablar sobre mí, quiero que me cuentes como mi hijo te ha pedido matrimonio.

—Oh... eh... yo... él —balbuceó.

—No hostigues a Lizzy con tus preguntas, madre —gruñó Connor, desde el vestíbulo.

La duquesa miró a su hijo por encima del hombro.

—Espero que lo hayas hecho bien o me sentiré decepcionada de haber criado un hijo bobo... —ella se calló y frunció el ceño—. ¡Tú prometida no lleva anillo, Connor!

¿Anillo? ¡Oh, anillo! Ella ni siquiera se había percatado de ese detalle. ¡Todo había sido tan rápido!

—El anillo me quedaba un poco grande y Connor lo mandó a achicar —mintió.

La duquesa se llevó una mano al pecho.

—Lamento haber dicho que eras un idiota, cariño.

—Nunca me llamaste idiota, madre.

—Entonces lo debí pensar —replicó ella—. Oh, Lizzy, me alegro tanto tenerte aquí. Espero que hayas traído un lindo vestido para la fiesta que dará mañana mi vieja amiga lady Marclow. Nadie se pierde una fiesta de lady Marclow y tú tampoco lo harás.

—¿Una fiesta? —solo pudo repetir.

La duquesa la miró con ternura. Oh, sí, eso debía ser un mal de familia.

—No te preocupes por el vestido, Lizzy, compraremos uno nuevo. Si me dices el color de la piedra de tu anillo, tal vez podamos conseguir un vestido del mismo color para que combine. ¿No te parece esa una buena idea?

Ella todavía seguía procesando la idea de asistir a una fiesta.

—Eh... ¿rojo?

La duquesa abrió los ojos como plato.

—Oh, mi querido Connor, le has dado a Lizzy un rubí como anillo de compromiso. Sabía que lo harías bien —murmuró en voz alta—. Pero ahora no será tan sencillo hallar un vestido rojo.

Tragó saliva. Connor iba a matarla.

—¡Cielo santo, Anna! —exclamó el duque—. Siente un poco de piedad por esa muchacha. Ella acaba de llegar.

CAPÍTULO 25

DESPUÉS de un baño y una buena siesta, decidió salir a tomar un paseo y un poco de aire fresco en Hyde Park. Faltaban pocos días para el verano y el calor empezaba a sentirse. Abrió el abanico y lo agitó para echarse un poco de aire. Miró de reojo a su doncella que la había acompañado a la caminata.

—¿Crees que Emily ya habrá llegado a Londres? —le preguntó.

Arrieta alzó la vista hacia ella luego de que apartara un mosquito de su brazo.

—El conde le prometió que le traería noticias de sus hermanas cuando regresara para la cena.

Connor se había marchado a su casa de soltero, pero antes de irse le había prometido regresar con noticias de sus hermanas. Habían pasado solo unas horas desde la última vez que lo había visto y ya lo extrañaba. Que estúpida era. Debía aprender a controlar sus sentimientos porque cuando el conde se diera cuenta con la mujer con la que se había casado, él la enviara al campo y ella sufriría las consecuencias de haberse enamorado. Agitó el abanico con más violencia.

—Si supiese donde vive lady Garrowly, iría ahora mismo a buscar a Eleonor —murmuró.

Su doncella sonrió.

—Es bueno saber que las cosas se están arreglando, miladi —dijo—. Y que usted podrá reunirse otra vez con sus hermanas.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para sentir los rayos de sol sobre su rostro.

—No sabes lo feliz que me hace la idea de volver a ver a mis hermanas otra vez.

—Green Hills no será lo mismo sin usted, miladi.

Ella se tropezó y se sujetó del brazo de su doncella para no caerse.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, se casará en unas semanas y usted se irá a vivir con el conde.

—Siempre estaré pendiente de Green Hills —farfulló—. Además, seguirá perteneciéndole a mis hermanas y a mí. Connor pagó la deuda que el inservible de mi primo tenía con lord Norgate, y le pagará un alquiler por la propiedad, para que no ponga un pie más, por lo menos será así hasta que nosotras dejemos de existir —le recordó.

Su doncella se persignó.

—Espero que falten muchos años para que eso suceda.

—Y tú te vendrás conmigo —añadió.

Arrieta parpadeó.

—¿En serio?

—¿Acaso crees que exista otra persona que pueda soportar tu descaró?

—Lady Emily lo haría —replicó.

Su sonrisa desapareció de su rostro.

—Sí, lo sé —asintió—. Y espero que ella pueda perdonarme algún día.

—Lady Emily se alegrará al saber que su hermana se casará con un hombre que la ama y la respeta.

Hizo una mueca.

—Puedo aceptar que digas que Connor me respetará, pero él no me...
¿Eleonor?

—¿Cómo dice?

Se rodeó los ojos con una mano para usarla como visera y observó hacia delante, señalando con el dedo a su derecha.

—La dama que está cerca de las rosas, acompañada por un caballero, ¿es Eleonor verdad? —preguntó—. ¡Oh, sí, esa es Eleonor!

Podía reconocer a su hermana, a pesar que hubiera varios metros de distancia entre ambas. Su doncella agitó una mano en el aire y gritó su nombre para captar su atención. Eleonor dirigió la vista hacia ellas y las reconoció. Pero su hermana había optado por alejarse de ellas y tomar el sentido contrario. Frunció el ceño.

—¿Por qué diantres Eleonor...?

—¡Connor también está en el parque! —gimió su doncella.

Siguió la mirada de Arrieta. Efectivamente, él también había decidido dar un paseo, ¡y estaba acompañado por una mujer que no era ella! Creyó que había sido una pésima idea salir a tomar aire fresco, por lo menos así se hubiera evitado que las personas que más quería la hicieran sentir despreciada. Se le formó un nudo en la garganta.

—¿No irá a saludarlo?

—Él está acompañado.

—Pero usted será su esposa, miladi —replicó, empujándola hacia él—. Debería asegurarse que las demás mujeres también lo sepan.

Ella alzó el mentón y cerró el abanico de golpe. Si el conde le hacía eso a las pocas horas de haber llegado a Londres, no quería ni imaginar lo que haría cuando se mudaran allí después de casarse. Ella no se convertiría en el hazmerreír de la alta sociedad. Él no se lo haría otra vez.

—Tienes razón, Arrieta —musitó—. El conde conocerá a la mujer con la que está a punto de casarse.

Caminó hacia él con pasos largos y firmes. Se aferró fuerte del abanico cuando vio al granuja besar la mano de la mujer. ¡Y lo había hecho en público!

—Connor —dijo, rugiendo entre dientes.

—¿Lizzy? —inquirió él, sorprendido de que lo atrapara en pleno flirteo—. N-no esperaba encontrarte aquí.

—¿Vaya sorpresa, eh? —farfulló ella, golpeándole el hombro con el abanico. Y rogó que el hombro le doliera por varios días, igual como le dolería su corazón—. Decidí salir a tomar un poco de aire fresco, era una pena desperdiciar un día tan lindo. ¿Y la señora es?

—Señora Turner —se presentó la mujer—. ¿Ella es su prometida, lord Kinghyork?

Él asintió con la cabeza.

—Ella es lady Elizabeth.

—Usted es más bonita de lo que el conde me dijo, miladi.

¿Connor había hablado de ella con esa mujer y le había dicho que ella

era bonita? Tragó saliva. Tal vez ella... ella lo había juzgado mal. ¿Entonces por qué él se había puesto tan incómodo cuando la vio? De repente, cinco monstruitos empezaron a rodearla y ella no pudo evitar sonreír.

—Niños por favor, dejen en paz a lady Elizabeth.

—¿Ellos son sus hijos? —quiso saber.

—Lo son —afirmó, tomando a dos de ellos de los brazos para inmovilizarlos.

—Son encantadores.

—No pensaría lo mismo si los tuviera un día entero, miladi.

Se notaba que la mujer no pertenecía a la nobleza y se preguntó de dónde Connor la conocía. Era una mujer joven que usaba un vestido sencillo.

—Me gustan los niños —le hizo saber.

—Entonces le deseo que tenga muchos hijos, pero que no sean tan traviosos como los míos.

A ella se le escapó una carcajada. Y miró a Connor de reojo. Él se había quedado mudo y seguía luciendo muy nervioso. Bien, ahora sí deseaba saber quién era esa mujer.

—Se casará con un buen hombre, miladi —siguió ella—. Es muy afortunada.

El pecho se le hinchó de orgullo.

—Lo sé.

Y pudo notar que su respuesta sorprendió al conde.

—Me gustó verla nuevamente señora Turner, pero si nos disculpa, debo

acompañar a mi prometida a la casa de mis padres —dijo él, sujetándola del brazo con más fuerza de la necesaria.

—¿Nos vemos el próximo mes, milord? —preguntó la señora Turner.

—Por supuesto —respondió Connor con rapidez.

—¿El próximo mes? —inquirió ella, curiosa.

Hubiera jurado que había oído a Connor maldecir en diez idiomas diferentes.

—Su prometido era amigo de mi marido y él le encargó que cuidara de nosotros antes de morir —le contó la mujer—. Lord Kinghyork no tendría que verse obligado a cumplir la petición de mi difunto esposo, pero lo ha estado haciendo desde hace tres años. Mis hijos y yo le estamos muy agradecido. No sé qué hubiera sido de nosotros si él no hubiera aparecido.

—No es ninguna obligación, señora Turner —murmuró él, apretando la mandíbula—. Me gusta ayudarlos.

¡Oh, Dios mío! La señora Turner era la viuda del hombre que Connor creía haber matado en una pelea. Él se había visto en la necesidad de cuidar de ellos para reparar el daño. Otra persona en su lugar se hubiera olvidado de la familia del señor Turner. Pero Connor no era como los demás. Mientras más lo conocía, más se enamoraba de él. Connor se dio cuenta que ella había descubierto quien era la mujer y le lanzó una amenazadora mirada de advertencia por si ella se atrevía a decir alguna palabra más. No dudo ni por un segundo de esa advertencia y ella se despidió de la señora Turner y de sus hijos.

Esperó alejarse unos metros para abrir la boca y decir:

—La señora Turner es....

—Sí.

—Lo que haces por sus hijos es...

—No digas una palabra más, Lizzy.

Él debía sentirse incómodo que lo hubiera atrapado comportándose noblemente con esa familia, aunque creyera que era su obligación cuidar de ellos. Ella se puso en puntitas de pie y le dio un beso rápido en la mejilla, en medio de Hyde Park, a la vista de todos. ¿Acaso se había vuelto loca? Y lo peor era que no se había arrepentido de haberlo besado.

—Lo que haces por ellos es precioso y es lo último que diré sobre el tema. Lo prometo.

Connor tardó unos segundos en reaccionar y sus ojos brillaron diabólicamente.

—Nos casaremos en cinco días.

—¿Pero la boda no sería el próximo mes?

—Sacaré una licencia especial —le informó.

—¿Puedo saber la razón por la que nos casaremos en cinco días?

Connor dibujó en su rostro una arrogante sonrisa.

—Lo sabrás en su momento. Te lo aseguro, cariño.

¿Qué había querido decir con eso?

A él se le escapó un gemido de la boca cuando movió el hombro.

—Creo que me saldrá una magulladura —se quejó.

Se sintió culpable de haber provocado esa magulladura en su hombro con el abanico.

—Lo siento, no quise ser ruda contigo —expresó—. Pero cuando te encontré con la señora Turner y no sabía quién era ella, quise romperte el cuello. Y te advierto que cuando nos casemos, no puedes pasearte con tus amantes, o te aseguro que conocerás mi furia.

—No habrá amantes en nuestro matrimonio —dijo él con firmeza.

—Eso es lo que dices ahora —lo contradijo—. Pero hablo en serio cuando digo que no quiero verte con otras mujeres, Connor.

—¿Debo asumir que mi prometida es una mujer celosa?

Apretó los labios.

—No soy celosa.

—Yo creo que sí.

—Te equivocas.

Connor levantó la barbilla y esbozó una media sonrisa, al mismo tiempo que miraba hacia delante.

—Chiquilla tozuda sabes muy bien que tengo razón.

CAPÍTULO 26

SU PADRE se sorprendió cuando lo vio aparecer por su despacho y de inmediato interrumpió la charla que estaba teniendo con su contador. Sabía que el duque tenía derecho de estar enfadado con él después de todos los dolores de cabeza que le había hecho pasar, pero también sabía que lo quería y que ese enfado no le duraría por mucho tiempo.

—Puedo venir en otro momento si estás ocupado, padre —dijo.

El duque agitó una mano en el aire y le pidió al contador que se retirara.

—Solo te apareces por mi despacho cuando tienes algo importante que decirme —le señaló una silla para que tomara asiento—. La última vez fue para decirme que invertirías dinero en caballos egipcios, pero resultaron que terminaron no siendo tan puros y no valían ni la mitad de lo que pagaste.

En realidad, el timado había sido el duque. Le había duplicado el valor de los caballos para poder regalarle a una de sus amantes una pulsera con piedras preciosas. Se sintió un poco avergonzado al recordar sus épocas de calavera. Y de eso no hacía mucho tiempo, pero se sentía como si hubiera pasado una eternidad. Corrió la silla que estaba delante del escritorio y se sentó. Se aclaró la garganta y dijo:

—Debo hablarte sobre la boda, padre.

El duque se inclinó y apoyó los codos sobre el escritorio, descansó la

barbilla sobre los dedos entrelazados y luego, entornó los párpados.

—No te habrás arrepentido de casarte, ¿verdad?

Arrugó el ceño. ¡Nunca dañaría a Lizzy dejándola plantada a pocos días de la boda!

—¿Por qué haría tal cosa? —replicó molesto.

—Por tu largo historial de evadir las responsabilidades, mi querido hijo —contestó mordaz—. ¿Entonces eso significa que sí habrá boda?

Él se merecía la desconfianza que su padre sentía por él. Su reputación validaba su argumento. Reputación que empezaba a odiar y decidió que era tiempo de cambiar. El matrimonio podía ser un buen inicio. Se sintió animado y ardiente al imaginar a Lizzy convertida en su esposa.

—¡Por supuesto que habrá boda!

—Bien, porque la muchacha me agrada —repuso él—. Me recuerda a tu madre cuando era joven.

Y que el duque comparara a su prometida con su madre, les quitaba todo el erotismo a sus fantasías.

—Pero me temo que no sé mucho acerca de la familia de tu futura esposa, hijo. ¿Existe algo que deba saber? —preguntó.

Hizo una mueca. Dudaba que eso fuera posible. Estaba seguro que el duque había movido sus contactos para saber todo acerca de lady Elizabeth Cowthland el mismo día que había recibido la carta en donde le avisaba que iba a casarse y que había habido un cambio de novia a último momento.

—Mi prometida es la hija del conde Cowthland.

—¿El conde loco?

Asintió con la cabeza.

—Su primo Wilfred heredó el título —le contó, aunque sospechaba que su padre ya sabía eso.

—¿Wilfred? —repitió—. ¿Él es el mismo Wilfred que tuvo que irse a las indias luego de acostarse con la esposa de lord Norgate?

—El mismo —afirmó—. Y el vizconde quiso que pagara su ofensa cuando regresó a Inglaterra.

—Muchacho estúpido, ¿acaso creyó que el vizconde se lo iba a dejar pasar fácilmente?

Él resopló. Estiró las piernas y las cruzó a la altura de los talones.

—El problema es que lord Norgate incluyó a la familia de Wilfred en la disputa —lo miró a los ojos—. Lo que significa que involucra a Lizzy en su enredo.

El duque se pasó una mano por el pelo.

—No es bueno tener al vizconde de Norgate como enemigo, hijo.

—Lo sé —dijo—. Pero él quiso sobrepasarse con mi prometida y estuve a un paso de matarlo. Y lo hubiera hecho de no ser por Lizzy. Ella me hizo prometerle que arreglaría todo como persona civilizada y que no habría armas de por medio. Juro que hubiera mandado a lord Norgate al fondo de la tierra de no ser por ella —murmuró, apretando la mandíbula.

—Tu prometida es una muchacha sabia —musitó el duque—. Lord Norgate no es alguien que valga la pena para que arruines tu vida —hizo una pausa—. Pero el vizconde ofendió a nuestra familia y pagará las consecuencias de ello.

Esbozó una media sonrisa.

—Lo sé y esa es una de las razones por la cual estoy aquí —explayó—. Le prometí a Lizzy que yo no haría nada, pero eso no significa que tú no puedas hacer nada al respecto.

—Por lo que averigüé, el ministerio de defensa está tras los pasos del vizconde, porque ellos creen que él está conspirando con los franceses.

¿Lo que él había averiguado? Su padre solo hubiera investigado al vizconde de Norgate, si hubiera sabido de ante manos que el lord se había convertido en el enemigo de su hijo. Achicó los ojos.

—Dijiste que no sabías nada acerca de la familia de mi prometida.

El duque se encogió de hombros.

—Quería oír tu versión de los hechos, hijo —replicó—. ¿No pensarás que dejaré que él me arrebate a mi único heredero, verdad?

—Imagino que ya habrás pensado en un plan.

—Imaginas bien, hijo.

—¿Me dirás qué es lo que harás?

—Cuando llegue el momento sabrás todo con detalles.

Se hundió en el asiento y dobló los brazos.

—Espero que tu plan sea mandarlo bien lejos de Inglaterra, porque si lo veo otra vez cerca de Lizzy, juro que no podré contenerme y...

—¿La amas, verdad?

Tragó saliva.

—¿Cómo dices?

El duque se reclinó y tamborileó los dedos sobre la tapa dura del libro de cuentas.

—Que me hace feliz saber que mi hijo se casará por amor —respondió, dando por hecho sus sentimientos.

—Eh... yo... Lizzy será mi esposa y debo protegerla —le aclaró—. Eso es todo. Hemos logrado ser amigos y eso es más de lo que se le puede pedir a un matrimonio de nuestra clase.

—También fui un granuja y me costó aceptar que amaba a tu madre.

Se levantó abruptamente de la silla.

—Creo que ya hemos terminado —repuso. Él se giró hacia su padre antes de llegar a la puerta y agregó—: Debes saber que la boda se ha adelantado, será en cinco días y la recepción se dará en Green Hills.

El duque enarcó una ceja.

—¿Adelantaste la boda, Connor?

Odió la mirada guasona con la que su padre lo observaba.

—Lizzy se verá más protegida si se convierte en lo antes posible en la condesa de Kinghyork —le explicó.

—Hmm... sí, claro —gesticuló el duque—. ¿Sabes que tu madre caminará por las paredes cuando se entere que has adelantado la boda? Ella te tendrá al saque con los preparativos.

Él se llevó una mano al mentón, pensativamente.

—De hecho, yo ya no vivo aquí, a quien la duquesa tendrá al saque es a ti padre.

El duque soltó peste por lo bajo.

—Ah... y otra cosa...

—Trata de no convertirte en duque antes de la boda, ¿sí? —lo interrumpió su padre, sarcástico.

—De ahora en adelante, seré yo quien se haga cargo de mi finca en Yorkshire y de los arrendatarios —carraspeó—. Creo que ya es tiempo que asuma mis responsabilidades.

El duque parpadeó.

—¿Te encuentras bien, Connor?

Se acomodó la solapa de la chaqueta y sonrió.

—Perfectamente.

Su padre soltó una carcajada y dijo entre risas:

—La muchacha que se está ocupando de educar a un granuja como tú, merece todos mis respetos. ¿Mencioné que tu prometida me agrada?

Él ya no podía seguir oyendo más estupideces y salió un poco atontado del despacho de su padre. ¿Acaso Lizzy lo estaba educando? Buen Dios, claro que no. Él era Connor Aurbrey, conde de Kinghyork, futuro duque de Bourklam. Lo que él necesitaba en ese instante era una buena dosis de brandy.

CAPÍTULO 27

ÉL HABÍA acordado con Lizzy que cenaría la noche anterior en la residencia Bourklam, pero después de la charla que había mantenido con su padre, en la que había quedado algo aturdido, había preferido ir al club para reunirse con sus amigos, tomarse unas copas y distraerse. Pero eso no lo había hecho sentir mejor y regresó a su casa después de la primera ronda de whisky. Él solo lograba pensar en Lizzy. Pensaba en las mil formas que la haría suya y la dejaría extasiada de placer. Se pasó una mano por la boca. La deseaba tanto que estaba enloqueciendo. Se preguntó si ella pensaba en él cuando no lo veía. Rufus, el mayordomo, le dijo que hallaría a su prometida en el jardín. Y así lo hizo. Encontró a Lizzy arrodillada sobre el césped, podando las rosas de su madre. Llevaba un vestido amarillo que ya la había visto usar en Green Hills y un ridículo sombrero para protegerse del sol. Haría que ella llenara su ropero con vestidos nuevos cuando se convirtiera en su esposa. Su prometida se veía tan tranquila y hermosa que era un espectáculo para sus ojos.

Apoyó un hombro en una de las columnas de la glorieta, y observó en silencio cada uno de sus movimientos. Sonrió cuando ella se pasó una mano enguantada por la cara y se manchó una mejilla con tierra. Y la tentación de limpiarla fue más grande que él, avanzó hacia ella y dijo:

—¿Con que te estás ocultando de la duquesa, eh?

Lizzy apartó la vista de las rosas y se levantó de golpe del suelo cuando lo vio.

—¡Connor! —exclamó.

Su corazón dio un brinco al oír como ella pronunciaba su nombre con tanta alegría. Él se llevó una mano al pecho con un dramatismo exagerado.

—Miladi... —musitó—. Espero que mi madre no te haya espantado con sus ocurrentes ideas.

—La duquesa ha sido muy buena conmigo.

—¿Y por eso te ocultas de ella en el jardín? —se mofó.

Ella lo miró desde debajo del ala de su sombrero.

—No me oculto —dijo en un tono ofendido—. Cuando la duquesa me mencionó que sus rosas estaban embichadas, quise ayudarla. ¿Sabes? Soy buena con las plantas.

Él alargó un brazo y le limpió el rastro de tierra que tenía en la mejilla con el pulgar.

—¿Sabes? Contamos con un jardinero para que haga ese tipo de tareas.

—Pero ayudar a la duquesa me hace sentir más útil.

Lizzy estaba tan acostumbrada de ocuparse de los demás, que le era difícil aceptar que otros cuidaran de ella. Tomó sus pequeñas manos y le quitó despacio un guante y luego el otro.

—Lo sé, cariño —murmuró—. Pero estoy seguro que la duquesa se sentirá mejor si su visita es la que es atendida —llevó su mano a sus labios y le dio un delicado beso en la parte interna de su muñeca—. Y yo me sentiré mejor si mi prometida dedica ese tiempo para mí.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no viniste anoche a cenar, Connor?

Levantó una ceja.

—Me romperás el corazón si me dices que me extrañaste.

Y él lo decía en serio.

Lizzy le golpeó el hombro con los guantes.

—Prometiste que me traerías información de mis hermanas.

Sus hermanas era la razón por la que ella lo había extrañado.

—Sí, eso dije.

Ella se cruzó de brazos y resopló.

—¿Y?

Creyó que su futura esposa era demasiada mandona.

—Emily llegó a Londres anoche acompañada de su tía Jocelyn, y asistirán al baile de lady Marclow —le contó—. Como lo hará todo el mundo, incluida Eleonor.

—¿Y Emma? ¿Qué sabes de ella? ¿Ella también está en Londres?

—No —respondió—. Emma irá directamente a Hampshire para nuestra boda.

Él se sintió satisfecho consigo mismo por haber logrado sorprender a su prometida.

—Sé que el matrimonio no estaba en tus planes y creí que te sentirías más cómoda si hacíamos la recepción en Green Hills —añadió.

Lizzy batió sus tupidas pestañas y soltó un gritito cuando se abalanzó sobre él y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Oh, Connor! —gimió, apoyando la mejilla contra su hombro—. No

sabes lo feliz que me haces al oír eso.

Él la abrazó y tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograr que su cuerpo no se alborotara con el contacto.

—A la duquesa no creo que le cause mucha gracia tener que adelantar los preparativos para la boda y, además, mudarlos a Hampshire —comentó él, con una sonrisa en los labios.

—Oh, estoy segura que tu madre lo entenderá —repuso—. Y yo tendré que esperar más días para ver a Emma.

Él le levantó la barbilla y la obligó a que lo mirara.

—Pero verás a tus otras dos hermanas esta noche en el baile de lady Marclow.

Ella dejó de sonreír y parecía afligida. Y no soportó verla triste.

—¿Qué ocurre, Lizzy?

—No estoy segura de querer asistir a ese baile.

—¿Acaso mi madre no pudo conseguirte un vestido? —indagó—. Pensé que no existían imposibles para la duquesa.

—¡Oh, no! —prorrumpió—. La duquesa me consiguió el vestido más hermoso que he visto nunca, y la modista lo tendrá listo en un par de horas.

Él ahuecó una mano en su mejilla y sonrió.

—¿Entonces qué es lo que tanto te aflige, cariño?

Ella cerró los ojos y respiró hondo.

—Que iremos a un baile y tendremos que bailar.

Hizo una mueca.

—Bueno, sí, usualmente es eso lo que se hace en los bailes.

Las mejillas de ella se tiñeron de un hermoso rojizo.

—Yo no sé bailar, Connor —le confesó.

Echó el rostro hacia atrás para tener una mejor perspectiva de su cara.

—¿Acaso existe algo que Lady Elizabeth Cowthland, hija del conde de Cowthland, prometida del conde de Kinghyork, futura duquesa de Bourklam no sepa hacer?

Ella apretó los labios.

—Hablo en serio, Connor —musitó, molesta—. No tengo buenos recuerdos de los bailes que asistí, y tú eres el responsable de eso.

Parpadeó.

—¿Yo? —repitió, desconcertado.

—Sí, tú —afirmó.

—¿Puedo saber qué fue lo que hice para que los bailes te disgusten tanto?

—Te burlaste de como bailaba delante de todo tu sequito de enamoradas. Me apodaste piernas de ganso —le contó. Y él se hubiera reído de no ser que ella parecía estar dolida por eso—. Y me convertí en una paria en mi primera temporada por tu culpa. ¿Sabes lo humillante que fue no haber recibido ni una sola propuesta de matrimonio? ¡Ni siquiera los caballeros querían bailar conmigo!

—¿Eso fue lo que hice?

—Sí.

—Entonces tendré que corregir mi error y darte una clase particular de baile —murmuró, poniendo un brazo en su cintura y sujetándole una mano.

—¿Ahora?

—El baile es esta noche —le recordó, entrelazando sus dedos con los suyos.

—Pero no hay música.

—Siempre escucho música cuando estoy cerca de ti.

Ella puso los ojos en blanco.

—Connor...

—¿Qué? ¿Tú no lo haces?

Los labios de ella volvieron a sonreír.

—Eres un granuja.

De repente, los dos se deslizaban por el jardín de la duquesa y bailaban como si una orquesta tocara solo para ellos. Era delicioso sentirla tan cerca y también era una tortura no poder poseerla entre las rosas.

—¿Sabes? Me alegro haberte convertido en una paria

Ella se tensó.

—¿Cómo dices?

Él apretó su cintura con más fuerza.

—Si no lo hubiera hecho, seguramente esa temporada hubieras recibido varias propuestas de matrimonio, y probablemente, tu ahora estarías en los brazos de otro hombre. Por lo tanto, mi encantadora piernas de ganso, apruebo mi conducta de canalla.

Ella pestañeó varias veces hasta que logró decir:

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué cosa?

—Decir algo ofensivo y luego convertirlo en un halago.

Encogió los hombros, distraído.

—El oficio de granuja no es una tarea tan sencilla como crees.

Ella se rio de tal modo, que se les formaron unas preciosas arruguitas a los costados de los ojos.

—Oh, Connor, creo que no tienes remedio —masculló entre risas.

Su risa lo estremeció y la sangre se le agolpó en la ingle. Y eso fue todo lo que él pudo hacer para controlar su cuerpo. Y que ella lo mirara con sus ojos cargados de deseo, fue suficiente para dar rienda suelta a sus fantasías reprimidas.

—Bésame Connor —le pidió, y ella se sonrojó de inmediato al darse cuenta de lo que le había pedido.

No esperó a que ella se lo repitiera nuevamente. Él tomó sus labios con urgencia y provocó que su sombrero se le cayera y volara a varios metros de ella. Hubiese querido ser más tierno, pero la necesidad que sentía por ella era más fuerte y feroz. Sus manos se hundieron en sus muslos y la apretaron contra sus caderas.

—Oh, Lizzy —gimió, mientras sus besos bajaban hacia su cuello—. Eres preciosa, cariño.

—No es cierto. No debes mentir conmigo, Connor —logró decir ella, luego de recuperarse de los besos que le había dado en el punto sensible entre

donde terminaba el cuello y empezaba el hombro—. Sé que no soy hermosa.

¿De dónde diantres había sacado ella que no era hermosa? Si era la criatura más preciosa que había visto antes. Y mientras más la conocía, su belleza se hacía más gigante. Él metió un dedo en el escote de su vestido y comprobó que con un simple tirón podía poner al descubierto sus redondos y firmes pechos.

—Si supieras cuanto te deseo cariño, te aseguro que me creerías cuando te digo que eres hermosa.

Ella se humedeció el labio inferior con la lengua, pensando si debía creerle o no. No entendía porque Lizzy ponía tanta resistencia en aceptar lo guapa que era. Era tan perfecta que hasta creía que no se la merecía. De repente, recordó cuando ella era Erik y quiso que él le propusiera matrimonio a una de sus hermanas, remarcando la belleza de ellas. Probablemente Lizzy se comparaba con sus hermanas y se sentía inferior a ellas. Maldijo a su padre por no haberla sacado de ese error. Por no haberle hecho ver lo grandiosa que era. Él la sacaría de ese error. La arrinconó contra la columna y sus manos empezaron a subir y a bajar por todo su cuerpo.

—Nunca... —dijo, mordisqueándole la barbilla—. Pero nunca — siguió, descendiendo sus labios por su cuello—. Contradigas —le bajó la delantera del vestido con el dedo y sus pechos solo quedaron cubiertos por la fina camisola que tenía debajo, pero dejaba ver la sombra de sus rosados pezones—. A un granuja.

—Oh, Connor... —gimió ella, inclinando sus caderas contra las suyas.

Y cuando él estuvo a punto de subirle el vestido y acunarse entre sus piernas, se oyó:

—¡Connor! ¡Conde de Kinghyork! ¿Qué diantres crees que estás

haciendo con esa muchacha en mi jardín?

A él se le heló el pecho cuando escuchó a su madre a sus espaldas. Lizzy lo apartó de un empujón y las rosas rojas de la duquesa parecían pálidas en comparación a las mejillas de ella. De igual modo, se las ingenió para cubrirla de su madre y darle tiempo para que se arreglara el vestido. La situación era embarazosa y se suponía que debía decir algo respecto. ¿Qué malo había en desear a la mujer que en unos días se convertiría en su esposa?

—Lamento que nos hayas visto, madre.

La duquesa puso los brazos en jarra.

—¿Quieres decir que lamentas que los haya encontrado, pero que no lamentas lo que estabas haciendo?

¿Por qué su madre debía hacer las cosas más difíciles siempre?

—Lizzy es mi prometida —se excusó.

—¡Pero ella todavía no es tu esposa! ¿Y si quien los encontraba era otra persona? —lo regañó—. ¿Acaso no piensas en su reputación?

—¡Dios santo, madre! —bramó, exasperado—. Te prometo que no volveré a ser tan descuidado.

—¡Por supuesto que esto no puede volver a suceder mientras no estén casados! —chilló—. ¡No en mi casa!

Hizo una mueca. Él había prometido no ser tan descuidado, pero no que no iba a volver a besar a su prometida. Buen Dios, todavía faltaban cuatro días para la boda. Lizzy dio un paso adelante con los ojos humedecidos y aterrados.

—Yo... duquesa... estaba... no quise... lo lamento —dijo al fin.

Su madre suspiró.

—No es tu culpa, cariño. Tu eres la única inocente de toda esta situación —la consoló, dándole una palmadita en el brazo—. Sé muy bien lo difícil que puede ser no sucumbir a la seducción de un granuja como mi hijo. ¿Sabes? Su padre era igual.

Él arrugó el ceño y se cubrió los oídos con las manos.

—Hay cosas que un hijo no desea escuchar.

—Hay cosas que una madre no desea ver —replicó.

Se mordió un nudillo y luego señaló a la duquesa con el dedo.

—¡Mi padre se ha ganado el cielo contigo!

—¡Connor! —le gritó Lizzy—. No le hables así a tu madre.

—No te enojas con mi hijo cariño, él me habla así porque está frustrado. Entenderás lo que te digo después de tu noche de boda —siguió la duquesa—. Ve a tu habitación Lizzy, que la modista te está esperando para que te pruebes el vestido.

Ella obedeció a su madre y se alejó del jardín sin mirarlo ni siquiera una sola vez.

—Y tú... —masculló la duquesa con los párpados entornados—. Será mejor que te vayas y no regreses hasta que sea la hora de ir al baile de lady Marclow.

Él sonrió mordaz e hizo una reverencia.

—Como la duquesa ordene.

—¡Habrás querido decir como tu madre te ordena! —la oyó gritar a sus espaldas.

CAPÍTULO 28

SI EN ALGÚN momento había creído que el color rojo no iría bien con su tono de piel, lo había hecho sin fundamentos. Se observó entera en el enorme espejo de marco dorado que había en el salón de lady Marclow cuando llegaron al baile que había dado en su majestuosa residencia. Hubiera jurado que estaba viendo a otra mujer. El vestido era un poco escotado y dejaba ver sus hombros, permitía que las joyas que le había prestado la duquesa reluciera en su cuello. La madre de Connor se lamentó que el joyero no hubiera tenido listo su *falso anillo de compromiso* para esa noche, y que ella no lo pudiera presumir frente a sus amigas. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuanto deseaba tener ese anillo.

Se sobresaltó cuando Connor le apoyó una mano en la espalda, mientras esperaban ser anunciados.

—¿Todavía sigues dudando de lo hermosa que eres? —le susurró él al oído.

Desde que él la había visto bajar de las escaleras de la residencia Bourklam, no había dejado de mencionar de lo preciosa que estaba esa noche, y si él se lo seguía repitiendo, terminaría creyéndolo. Le lanzó una mirada de soslayo.

—Debes parar de decir esas cosas, Connor.

Los ojos de él brillaron con picardía.

—¿Qué cosa? ¿Qué eres preciosa? Lo repetiré hasta el fin del mundo si es necesario para que me creas.

Sacudió la cabeza.

—Granuja... —murmuró en voz baja.

Connor le sujetó la mano izquierda y clavó sus ojos en sus guantes blancos.

—Tus manos se ven desnuda.

Frunció el ceño.

—Pero si llevo guantes —replicó.

—Puede que le falte...

Y justo cuando él estuvo a punto de decir algo más, pronunciaron sus nombres y todas las miradas cayeron sobre ellos. Tuvo miedo de que sus pies se enredaran y se cayera delante de los invitados de lady Marclow, y convertirse en la comidilla de los chismosos.

—Lo harás bien, Lizzy —la animó Connor.

Y sus palabras sonaron tan seguras que confió en que él tenía razón. Las personas eran quienes se acercaban a Connor y no al revés, él se movía con la arrogancia de un conde, y ella solo se dejaba deslizar, y disfrutaba ver los rostros arrugados y celosos de las madres casamenteras que no habían conseguido capturar al futuro duque de Bourklam para una de sus hijas. Prestó atención a su alrededor por si veía a algunas de sus hermanas. Estaba tan ansiosa de verlas que el estómago le ardía de la emoción.

—No te olvides de reservar el primer baile para mí —dijo él, después de saludar a un caballero.

Ella sonrió.

—No te preocupes, no creo que escriba en mi tarjeta otro nombre aparte del tuyo.

El conde la miró de reojo, enarcando una ceja.

—Ahora mismo eres la mujer más deseada de la noche, cariño — repuso—. Te aseguro que en pocos minutos tu tarjeta estará llena y tendrás que bailar con cada caballero.

A ella se le secó la boca. Él no podía estar hablando en serio.

—Lizzy...

—¿Sí?

—Yo... quiero... debo —carraspeó—. ¿Qué te parece si más tarde damos unas vueltas por el jardín de lady Marclow?

¿Después de lo que había sucedido en el jardín de la duquesa él se atrevía a ponerla en la misma situación?

—Creo que por hoy ya he tenido suficiente de jardines.

Inmediatamente después de haber terminado de pronunciar la palabra jardín, la duquesa de Bourklam se apareció y se unió a ellos, y le rodeó el codo con un brazo.

—Oh, Lizzy —dijo emocionada—. Eres toda una sensación, no han parado de preguntarme sobre ti. Me muero de ganas que te conozcan para poder presumir de mi encantadora nuera.

Creyó que, si ella era la sensación de la noche, era porque la duquesa había tenido mucho que ver con eso. Por lo que había podido observar, la madre de Connor era una mujer respetada entre las demás damas.

—Mantén a Lizzy alejada de las hienas disfrazadas de damas —le advirtió Connor, apretando la mandíbula—. Ellas la harán pedazos al mínimo error.

La duquesa parecía sorprendida por la reacción que había tenido su hijo.

—Por supuesto Connor, nunca querría poner a Lizzy en una situación tan incómoda.

El rostro de Connor se relajó.

—No quise decir eso, madre... yo solo...

—¡Connor! —gritaron un grupo de caballeros, que se abrían paso entre la multitud y caminaban hacia ellos.

Los cuatro hombres eran altos, musculosos y de buena apariencia, pero no tan apuesto como su Connor. Y su prometido no parecía tan feliz de verlos. De hecho, hubiera jurado que él quiso salir corriendo en sentido contrario.

La duquesa se ladeó hacia ella y le susurró:

—Los caballeros son viejos amigos de mi hijo, se conocen desde que iban juntos a Oxford, exceptuando los hermanos Marclow, que son amigos desde que aprendieron a decir sus primeras palabras —le relató—. En Londres todavía los siguen llamando los canallas de Mayfair, sobre todo las madres casamenteras que quieren que sus hijas se mantengan bien alejadas de ellos —meneó la cabeza—. Es que su fama sigue siendo igual de traviesa que en sus épocas de Oxford.

—¿Y dice que ellos son amigos de su hijo? —preguntó, atragantada.

—Pero Connor ya no se junta con ellos tanto como antes —trató de animarla.

—¿Desde cuándo? —escupió.

La duquesa meditó su pregunta por unos segundos y respondió:

—Desde que te conocí a ti, cariño. No me mires con esos ojitos asustados, puedo asegurarte por propia experiencia, que los calaveras reformados son los mejores maridos.

Y ella de verdad quiso creerle a la duquesa. La espalda de Connor se tensó cuando finalmente sus amigos se le acercaron. Él trató de ocultarla de ellos, tapándola con su cuerpo. Y eso había sido un gran error, porque uno de sus amigos, el que tenía el cabello oscuro y ojos verdes, se dio cuenta de la intención de su prometido. Sus encantadores ojos chispearon de picardía e hizo a un lado a Connor para sujetar su mano y saludarla con un beso cortés.

—Miladi —repuso—. Creo que no he tenido el gusto de conocerla. Soy lord Heversage, conde del condado de Yorkshire, para servirle —se presentó con una reverencia.

—Lucían... —dijo Connor, en un tono lleno de advertencia.

Lucían miró a Connor con una falsa inocencia.

—¿Acaso no planeabas presentarnos a la dama?

—La dama es lady Elizabeth, la prometida de Connor —respondió la duquesa.

—¿Prometida? —repitieron los cuatro a la vez, con la voz estrangulada.

—Sí, mi prometida —afirmó él, tomando su mano en una muestra de que ella le pertenecía y que ningún otro hombre podía mirarla.

—Eso significa que lady Elizabeth debe ser una mujer especial por haber logrado llevarte al altar, mi querido amigo —replicó Lucían, todavía un poco aturdido con la noticia.

Connor le lanzó una de esas miradas que hacían que le dieran ganas de bailar antes de responder:

—Estoy seguro que ninguna otra mujer lo hubiera conseguido.

Otro de los caballeros se aclaró la garganta, endureciendo sus facciones para que no se notara que la situación lo divertía. Él se parecía mucho a uno de sus compañeros, pero en una versión un poco más mayor. Dedujo que debían ser los hermanos. Tenían los mismos pícaros ojos azules, un cabello espeso con algunas ondas en las puntas y de un dorado oscuro, y los dos eran igual de apuestos.

—Mis enhorabuenas por el compromiso —el caballero la miró e inclinó la cabeza—. Soy el marqués de Marcrow, para servirle miladi.

¿Marcrow? ¿Cómo era que se llamaba la dama que había dado el baile?

—Su madre es quien ha organizado la fiesta —respondió la duquesa sus pensamientos—. Henri y Cam son hermanos —mencionó el último nombre señalando al muchacho que se parecía al marqués—. Solía cuidarlos de pequeños cuando su madre los llevaba a mi casa. Los debía perseguir y obligarlos a que se vistieran porque les gustaba corretear desnudos por los corredores —hizo una mueca—. Aunque apuesto a que todavía lo siguen haciendo.

El marqués sonrió con una sonrisa que le ocupaba gran parte del rostro.

—¿Sabe qué fue lo que extrañé estos últimos meses cuando estuve afuera de Inglaterra, lady Bourklam? —siguió cuando la duquesa contestó no saber—. Sus afiladas palabras, además de su encantadora compañía.

Si la duquesa había notado el sarcasmo del marqués, lo había disimulado muy bien, porque respondió con una sonrisa y dándole una palmadita en su brazo, como si él fuera un hijo más.

Cam Marclow, el menor de los hermanos, chasqueó la lengua, llevándose una mano al corazón.

—Espero que no se lleve una pésima imagen de nosotros, lady Elizabeth.

—Oh, claro que ella lo hará, porque ustedes son los canallas de Mayfair —esa vez quien respondió fue Connor, que parecía fastidiado y molesto—. Debes mantenerte alejada de estos caballeros, Lizzy.

Lucían parpadeó, ofendido.

—Pero justo ahora estaba a punto de pedirle que anotara en su tarjeta un baile conmigo.

—Lizzy no bailará contigo.

Ella alzó la vista hacia él.

—Mi carnet está vacío y tú me dijiste que debía bailar con otros hombres.

Lucían camufló una risita con un repentino ataque de tos.

—En ese caso, mi nombre debería estar en ese carnet, miladi.

El caballero que todo ese tiempo se había mantenido en silencio, soltó

una carcajada.

—Ya deja de torturar a Connor, Lucían —él hizo una reverencia y añadió—: Soy el vizconde Devontrill y mis amigos me conocen como Rick —se presentó—. Espero que no la estemos espantando, miladi. Mis amigos disfrutan tomarle el pelo a su prometido.

Si mal no recordaba, le habían presentado al vizconde en su primera temporada. Él había sido el único caballero que había querido bailar con ella. Lord Devontrill era apuesto a su manera, con un aire reservado y unos penetrantes ojos oscuros. Parecía ser el más sensato y serio de todos sus amigos.

—No me suelo espantar con facilidad, lord Devontrill —le hizo saber ella.

Rick levantó una ceja como respuesta.

—Y yo doy fe de eso —afirmó Connor a regañadientes.

—Ahora que sabemos que te has comprometido, puede que el rumor que escuché cuando llegué de que te casarás en unos días, no sea tan incorrecto —expuso Rick—. Pero debe haber una equivocación, porque no hemos recibido ninguna invitación de la boda —murmuró sarcástico.

Connor le lanzó una rápida mirada a su madre y la duquesa bajó la vista. Supuso que ella tenía algo que ver con el rumor que se estaba propagando en el baile.

—Una madre ve a su hijo casarse una sola vez —se excusó.

—No ha habido invitaciones —se vio obligada a decir ella—. La boda se celebrará en Hampshire en cuatro días, en la finca de Green Hills y por supuesto, están todos invitados.

Connor quiso estrangularla con la mirada.

—¿Qué? —se encogió de hombros—. Tus amigos me agradan.

—Y usted a nosotros, miladi —replicó el marqués Marclow.

—Solo falta Malcolm para que estemos todos reunidos, pero él sigue en el condado de Derby, entretenido con la institutriz de sus hermanos —se mofó Lucían.

Ella palideció.

—¿Malcolm? ¿El marqués de Rulfcrow?

Lucían levantó sus dos cejas, sorprendido.

—¿Usted conoce al marqués, lady Elizabeth?

—Mi prometida es la hermana de la institutriz de los hermanos de Malcolm —respondió Connor, rechinando los dientes.

De repente, esos enormes cuatros hombres se hicieron muy pequeños y parecían haberse quedado sin palabras.

—¿Ahora entiendes por qué te quiero lejos de estos caballeros? —farfulló su prometido.

—No quise ofenderla, lady Elizabeth —musitó Lucían y apostó que ese hombre nunca antes se había visto más colorado que ese día—. Lo que dije fue una broma de mal gusto. Conocí a su hermana cuando fui a visitar al marqués en Hard Forteress y ella es una jovencita encantadora.

—¿Usted conoció a Emma, milord?

Él asintió con la cabeza.

—¿Y cómo está ella? —preguntó en un tono desesperado.

—Parece disfrutar de su trabajo como institutriz.

—Oh, Lizzy, lo había olvidado, ¿acaso no habías dicho que tus otras hermanas también estarían en el baile? —inquirió la duquesa.

—Sí —afirmó—. Eleonor y Emily, pero aún no las he visto.

La duquesa le hizo un gesto maternal cuando la sujetó del brazo.

—Entonces deberíamos dar unas vueltas por el salón —le sugirió, luego observó a los caballeros y agregó—: Y ustedes, espero que sepan comportarse, porque conozco varios de sus secretos y no dudaré en contarlos si me entero de otras de sus canalladas —les advirtió.

Los cuatro hombres agacharon la cabeza como si fueran chiquillos que acababan de ser reprendidos.

—No esperaríamos menos de usted, duquesa —contestó Lucían, con una sonrisa guasona.

Pudo escuchar como Connor les gruñía a sus amigos cuando ellas se apartaron. Una sonrisa se le dibujó en los labios. ¿Era posible que su prometido fuera un hombre celoso?

CAPÍTULO 29

ESTABA perdiendo las esperanzas de reunirse con sus hermanas esa noche, después de haber dado varias vueltas por el salón y no haberlas visto entre los invitados de lady Marclow. La duquesa la animó diciendo que aún era temprano. Y ella hubiera regresado al lado de Connor para sentirse mejor, de no ser que él hubiera desaparecido cuando el duque de Bourklam se le acercó y le dijo algo a su prometido que hizo que la cara le cambiara. Él parecía muy molesto cuando se retiró del salón junto a su padre. Y los calaveras de Mayfair los siguieron por detrás. Tuvo una mala sensación en el pecho. ¿Qué diantres había pasado?

Mientras ella hacía un gran esfuerzo para escuchar a la duquesa, cuando sus pensamientos estaban en otro sitio, se oyó que mencionaban la llegada del vizconde Garrowly y de su esposa, y estaban acompañados por lady Felicity Flisher y lady Eleonor Cowthland. El corazón le dio un brinco y se giró rápido en dirección a la entrada.

—¿Lady Eleonor no es tu hermana? —preguntó la duquesa.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces ve, ve con ella cariño —expresó—. Estoy segura que tendrán muchas cosas que decirse y que querrán estar a solas.

—Gracias, Anna.

Giró los talones y se dirigió hacia su hermana, agarrándose la falda

con las dos manos. Los bolados bajos del vestido se agitaban entre los pasos dejando ver imágenes fugases de sus zapatos de raso. Se hizo lugar entre la multitud, hasta que finalmente tuvo a Eleonor a un metro de distancia. Se llevó una mano a la boca, al mismo tiempo que hacía un gran esfuerzo para contener las lágrimas en los ojos. No deseaba dar un espectáculo delante de todas esas personas.

—¡Eleonor!

Su hermana abrió grande sus ojos azules cuando la vio y corrió hacia ella, alejándose de la vizcondesa y de su prima Felicity. Por lo menos esa vez Eleonor no había corrido en sentido contrario, pensó.

—¡Lizzy! —chilló, cuando la abrazó—. No puedo creer que estés aquí, tu odias tanto Londres —se apartó unos centímetros para mirarla mejor—. ¡Dios mío, Lizzy! Te ves radiante con ese vestido. ¡Y las joyas! Nunca imaginé que nuestra tía tuviera joyas tan elegantes y caras, y que decidiera dártelas a ti y no a su hija.

—Las joyas no le pertenecen a lady Flisher.

—¿Ah, no?

—Existen muchas cosas de las que debes enterarte.

—¿Debo preocuparme?

—No —repuso—. Creo que no.

—Entonces empieza diciéndome de dónde has sacado esas joyas.

Ella le hizo un resumen a su hermana acerca de Erik, de cómo había conocido al conde, de la llegada de su primo y del vizconde de Norgate a Green Hills, y de cómo había acabado todo: ella convirtiéndose en unos días en la futura esposa del conde de Kinghyork. Hizo pausas solo cuando su

sensible hermana se horrorizaba en algunas partes de la historia. Esperó unos segundos para que Eleonor procesara toda la información que le había dado y dijo:

—¿Crees que Emily se enfadará conmigo cuando se entere que seré la próxima duquesa de Bourklam?

Su hermana la seguía observando con la boca abierta.

—Por el amor de Dios, Eleonor, ya dime alguna cosa.

—¿Dices que conociste al conde vestida de lacayo?

Se sintió un poco acalorada.

—Sí.

—¿Y que cuando el lord se enteró quien eras insistió en que te casaras con él?

—Sí.

—¿Además el conde pagó las deudas de nuestro primo Wilfred y recuperó Green Hills para nosotras?

Sonrió incómoda.

—Eso fue lo que él hizo.

—¿Y la boda se celebrará en Hampshire solo para que tú te sintieras más cómoda?

Ella resopló.

—¿Repetirás todo lo que te he dicho?

Eleonor se alisó los pliegues del vestido color champaña y suspiró como si ella acabara de llegar a una conclusión.

—Bien, si no te casas con ese hombre, Lizzy, la que se enfadará contigo seré yo.

Sus esfuerzos para no llorar fracasaron y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Se inclinó hacia su hermana y la volvió a abrazar.

—No sabes lo feliz que me haces al oírte decir eso, Eleonor —susurró, para que el espectáculo que estaban dando no fuera más grande.

Eleonor le acomodó un mechón de pelo que se le había salido del lugar.

—Estoy segura que Emily lo entenderá —dijo—. ¡Madre mía, Lizzy! —gimió entre risas—. Estas comprometida con lord Kinghyork y vas a casarte en... ¡cuatro días!

Ella le pidió que bajara la voz cuando las personas se voltearon a verlas.

—¿Te has enamorado del conde, verdad?

—¿Cómo dices?

—Elizabeth Cowthland acabas de sonrojarte y eso significa que tengo razón, estás enamorada de tu prometido.

No había caso que le intentara ocultar la verdad a su hermana.

—Pero no puedo decir que ese amor sea correspondido —contestó con la voz apagada.

Eleonor hizo una mueca.

—Si el conde insistió en que te casaras con él, luego de haberte visto vestida de lacayo, dudo que no te quiera, Lizzy.

Ella extendió un brazo y le sujetó una mano.

—Oh, Eleonor, no sabes cuánto te extrañé —musitó—. Pero ya no tendremos que preocuparnos por estar separadas —sonrió emocionada—. Mañana a primera hora pasaré a buscarte y te vendrás conmigo a la residencia de la duquesa, luego regresaremos a Green Hills para la boda.

Creyó que su hermana se vería más feliz con la noticia.

—¿Te sientes bien, Eleonor?

—Sí —respondió con una sonrisa forzada.

—Eleonor... hace un momento vi que el vizconde Garrowly ha vuelto a Londres, ¿acaso él te ha hecho daño?

—¡Oh, no! —gimió—. La vizcondesa no se ha apartado de mi lado.

—¿Entonces hay algo que deba saber?

—Mi estadía en Londres no fue tan emocionante como la tuya en Green Hills.

Algo dentro de ella le decía que eso no era tan cierto.

—Aunque me muera de ganas por preguntarte la razón por la que huiste de mí en el parque cuando me viste ayer, no lo voy hacer porque tengo la sensación que la respuesta arruinará este momento —explayó—. Pero tú y yo tendremos una plática extendida mañana.

—¿Por qué siempre me dejan afuera de todo? —gruñeron a sus espaldas—. ¿Sabes? También tengo sentimientos.

Su corazón volvió a arder de alegría cuando sintió la voz de Emily. Las tres se abrazaron fuerte y volvieron a armar un pequeño espectáculo.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó—. Te busqué en el salón y no te hallé.

—Probablemente no me hayas visto porque soy dama de compañía de una anciana que necesita ir al baño cada cinco minutos —respondió—. Juro que la ahogaré si la vuelvo a ver tomando otro vaso de limonada.

—¡Emily! —gruñó Eleonor—. Deberías hablar con más respeto de nuestra tía Jocelyn.

Emily puso los ojos en blanco y resopló.

—A penas te he visto y ya empiezas a aburrirme con tus sermones —masculló. Luego dirigió la vista hacia ella y la observó detenidamente—. ¡Te ves guapísima, Lizzy! —exclamó—. Y a ti Eleonor no te digo nada, porque tú te ves guapa todos los días.

—¿Y yo no? —replicó, divertida.

—Solo cuando no llevas tierra en las mejillas.

Ella soltó una carcajada.

—¡Oh, Emily! —pronunció—. Pensé que nunca diría esto, pero extrañé tus alocadas ocurrencias.

—¿Qué haces en Londres, Lizzy? ¿En tus cartas mencionaste que debías decirnos algo importante? —abrió grande sus ojos azules—. ¿Hallaste nuestra dote, verdad? Seguramente debe ser eso, o si no, ¿de qué otra manera has podido comprarte esas joyas?

—Me temo que no es nada de eso, Emily.

—Creo saber dónde podría estar enterrada —les confesó su hermana en tono de secreto—. Tía Jocelyn me contó que solía jugar con padre a los piratas, y él siempre escondía su tesoro en...

—Emily... —la interrumpió—. Hay algo que debes saber.

Su hermana miró a Eleonor y luego dirigió la vista hacia ella.

—¿De qué me he perdido?

Esperó paciente a que su hermana emitiera alguna palabra después de haberle contado todo. Tenía el estómago revuelto por los nervios. Emily frunció el ceño, abrió la boca y creyó que ese sería su fin.

—¿Sabes cuál fue la cara de lady Ofelia cuando se enteró que lord Kinghyork se casaría contigo y no con ella?

Ella pestañó.

—¿No estás enfadada conmigo?

—¿Por qué lo estaría?

—Porque tú deseabas convertirte en la próxima duquesa de Bourklam.

Emily agitó una mano en el aire con gesto despreocupado.

—Ser una duquesa ya no me parece tan atractivo.

—Porque ahora le interesa más ser una vizcondesa —replicó una voz longeva, seguido de unos golpecitos de bastón.

Miró hacia atrás por encima del hombro y encontró a su tía Jocelyn que se unía a ellas.

—¡Tía Jocelyn! —bramó Emily, furiosa—. ¿Ha pensado alguna vez en dejarme en paz? —se cruzó de brazos—. Creo que ya es tiempo que me haga feliz y estire la pata.

—¡Emily! —rugió tanto ella como Eleonor.

—¡Santo cielos! —gimió Emily, seguido de un resoplido—. Pero si esta mujer nos enterrará a todas. Y yo seré la primera de la lista si me vuelve a pedir que la acompañe al baño.

Le lanzó a su hermana una fulminante mirada y luego dirigió la vista hacia su tía. Su estatura no era tan pequeña como las demás mujeres de su edad, eso significaba que ella debió ser muy alta de joven, y seguía conservando esa mirada azul que los caracterizaba a los Cowthland. Llevaba un vestido celeste pastel y sus joyas eran elegantes, pero no tan caras. Siempre había admirado a la hermana de su padre por la valentía que había tenido por no casarse con un hombre que no amaba, y convivir con el repudio y la exclusión de los círculos sociales por varios años.

—Me alegro mucho de verla Lady Jocelyn, y ver que usted se encuentra mejor de salud. Me disculpo por el mal comportamiento de mi hermana —se excusó—. Emily tiene el mismo temperamento de nuestro padre, y no suele pensar antes de hablar.

—Pero esa es la forma que tienen los Cowthland de decirle a una persona lo mucho que la aprecia —repuso su tía.

Emily puso los ojos en blanco.

—Bobadas...

Su tía hizo de cuenta que no oyó eso y puso toda su atención en ella.

—¿En cierto que te has comprometido con el hijo de la duquesa de Bourklam?

—Sí, la boda será en cuatro días y será un honor que usted se encuentre entre mis invitados.

Y por un momento creyó que lady Jocelyn había sonreído.

—Me gusta asistir a las bodas que se hacen por amor —expresó—. No esperaba menos de ti, Lizzy.

Sonrió incómoda. Por lo menos de su parte podía asegurar que había amor, de la otra ya no lo sabía.

—¿Alguien sabe algo acerca de Emma? —quiso saber Eleonor.

—Emma irá directamente a la boda y luego podrá quedarse en Green Hills —respondió—. Ella no tendrá que ser más la institutriz de los hermanos del marqués. Y tú Emily, también podrás volver a casa —agregó.

—¿Y quién cuidará de esta anciana odiosa?

—¿Ven? Les dije que su hermana me quería.

—¿Significa que prefieres seguir viviendo en Bristol? —preguntó Eleonor, sorprendida.

—O lady Jocelyn puede mudarse a Green Hills —propuso ella—. Después de todo, nuestra tía también es una Cowthland.

Los ojos de su tía se humedecieron.

—No había regresado a Green Hills desde que mis padres... —carraspeó—. No importa.

Ella puso una mano sobre sus hombros para animarla.

—Green Hills siempre será tu hogar, tía.

—Emily Cowthland —dijo despacio Eleonor—. Por favor dime que la pulsera que llevas en tu muñeca no es la misma que buscaba hace varios meses y la creía perdida.

—No es la misma pulsera.

—¡Sí lo es! —clamó Eleonor. Y que ella se alterara no era nada común. Hasta Emily pudo notarlo. Puede que su estadía en Londres hubiera modificado el pacífico carácter de su hermana.

—¡Tú me pediste que dijera que no lo era!

Puso los ojos en blanco. Empezaba a dudar si había sido una buena idea reunir las a todas.

—¿Siempre se comportan así? —preguntó curiosa su tía.

—Oh, no, a veces son peores —contestó, suspirando.

—Pero apuesto a que no se comparan con mi odiosa hermana, lady Flisher.

Bien, en eso su tía tenía razón.

—Gracias a Dios ellas no se parecen en nada a lady Flisher.

—Ni a los bobos de sus hijos —agregó lady Jocelyn—. Felicity parece un árbol de navidad con todas esas cintas que se ha puesto en el cabello.

Ella contuvo una carcajada en la garganta. Y hablando de los bobos de sus hijos, acababa de ver a su primo Wilfred entre los invitados. ¿Qué diantres hacía él en Londres? Connor había sido muy claro cuando le dijo que no lo quería volver a ver y que le enviaría los pagos del alquiler de Green Hills a través de su contador. Buscó a su prometido con la mirada y no lo halló por ningún sitio.

—¿Está todo bien, Lizzy? —preguntó su tía.

—No lo sé, pero iré a averiguarlo.

CAPÍTULO 30

HABÍA perdido de vista a Wilfred por un segundo, pero luego lo encontró saliendo del salón para dirigirse a los jardines de lady Marclow. Sabía qué él debía estar metido en algo raro, o de lo contrario, no se habría presentado a un lugar donde se toparía con Connor. Lord Kinghyork podía lucir encantador, pero era el mismo demonio cuando se enfurecía. Y su primo era demasiado cobarde para enfrentarse a Connor. Probablemente a su prometido no le parecería correcto que ella lo siguiera, pero dado que parecía que la tierra lo hubiera tragado, no le había quedado más remedio que seguirlo. Su primo se había alejado de la residencia, los murmullos de la fiesta ya no se oían y la luz de la luna era lo único que los alumbraba.

Cerró los ojos cuando pisó una rama que estaba sobre el suelo e hizo un espantoso ruido. Y el crujir de la rama fue suficiente para que Wilfred la descubriera.

—¿Lizzy? —musitó su primo—. ¿Qué diantres haces aquí?

Puso los brazos en jarra y entornó los párpados.

—En realidad, la pregunta sería que haces tú aquí.

—¡Lord Kinghyork me matará si se entera que su prometida está a solas conmigo en los jardines! —gimió él.

—¡Entonces no debiste venir!

Wilfred apretó la mandíbula.

—Si regresé a Londres, es porque el duque de Bourklam me pidió que lo hiciera.

Ella cruzó los brazos.

—No te creo.

—No es mi problema si no quieres creerme, prima —gruñó—. Solo cumplí con lo que el duque me pidió y mi deuda quedó saldada con el conde cuando le entregué a lord Norgate.

Tragó saliva.

—¿Dices que el vizconde también vino a la fiesta?

—Si buscas explicaciones, pídeselas a tu prometido —contestó—. Por mi parte, me iré a un sitio en donde no pueda saber más nada de ustedes.

—¿Regresarás a las indias?

Wilfred sonrió mordaz.

—Encontrarás a tu prometido en el despacho de lord Marclow, pero no puedo asegurarte que él esté a salvo.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Que lord Norgate no es un hombre que se dejará atrapar tan fácilmente.

Su primo se alejó de ella sin darle la oportunidad de hacerle más preguntas. ¡Wilfred no podía estar hablando en serio! Connor le había prometido que no perseguiría a lord Norgate. ¡Él le había dado su palabra! Apretó los puños a los costados del cuerpo. Si él había roto su promesa, juraba que comenzaría su matrimonio siendo una viuda.

Ella había regresado a la fiesta y había buscado el despacho del marqués Marclow. La residencia era tan grande que, en el primer intento, se había equivocado de habitación y había ingresado a un cuarto de baño, pero ahora estaba segura que esa era la oficina del lord. Apoyó la oreja tras la puerta y se oyó un silencio sepulcral. Todavía tenía la esperanza de que el idiota de su primo le hubiera mentado para molestarla. Giró el pomo e ingresó. Ella se quedó con la boca abierta con lo que halló. Si había un silencio sepulcral en el despacho, era porque lord Norgate tenía a Connor como rehén, apuntándole la cabeza con un arma. Tanto el padre de Connor, como los canallas de Mayfair y el hombre que vestía un uniforme de capitán, estudiaban expectante al vizconde, buscando el momento oportuno para atacar.

¡Madre mía! Pero si había más personas allí, que en el salón de baile.

—¡Connor Kinghyork! —rugió cuando pudo sacar la voz de su garganta—. ¡Me prometiste que te alejarías del vizconde!

Connor parpadeó y palideció cuando la vio en el despacho. El duque como los amigos de su prometido la miraron como si ella fuera un bicho raro. El capitán preguntó quién demonios era ella. Frunció el ceño. El hombre le resultaba familiar y logró reconocerlo hasta en esa situación confusa. ¡El capitán era el caballero que acompañaba a Eleonor el día en que la vio en el parque!

El vizconde de Norgate soltó una carcajada.

—Bienvenida a la fiesta, lady Elizabeth.

—¿Qué diablos haces aquí, Lizzy?! —gruñó Connor, sin apartar la vista de la punta del revólver que tenía sobre la sien—. Deberías estar en la fiesta con tus hermanas.

—¡Y tú rompiste a tu palabra!

—¡Por el amor de Dios, que alguien saque a esta mujer de aquí! —rugió su prometido.

—¡Tú no me dirás que es lo que debo hacer!

—Debería escuchar a su prometido, lady Elizabeth —replicó el marqués Marclow, con más paciencia de la que verdad sentía.

Ella se giró hacia el marqués, con el cuello tan tenso que su mandíbula temblaba.

—No me iré a ningún sitio, milord —respondió, despacio.

No se iría hasta descargar toda su furia contra su prometido.

—Esto no es ningún juego, lady Elizabeth —dijo el duque—. Su vida está en peligro y debería irse ahora mismo —farfulló en un tono autoritario.

—Hay cosas que una dama no debería ver, miladi —añadió Cam, el hermano menor del marqués.

—¡Nadie se irá a ningún lado! —aulló lord Norgate—. Por lo menos hasta que me haya asegurado de que ninguno me seguirá cuando me vaya.

Connor echó peste por lo bajo.

—¡Maldito infeliz! Juro que te buscaré hasta el fin del mundo si le pones un dedo a mi mujer.

Ella pestañó.

—¡Te equivocas si piensas que me casaré contigo luego de haber roto tu promesa!

Connor rechinó los dientes.

—¡No he roto ninguna promesa! —gritó él—. ¡Que me aspen si no te conviertes en mi esposa en cuatro días!

Puso los brazos en jarra y achicó los ojos.

—¿Intentas decirme que tu cabeza se pegó al arma del vizconde por casualidad?

La mirada de Connor echaba fuego y pudo sentir como la quemaba.

—Intento decir que tendremos esta conversación cuando tu vida no corra peligro.

Lucían chasqueó la lengua.

—Pero si ustedes dos ya se comportan como si fueran un matrimonio que lleva años de casados —se mofó.

—No es lugar ni momento para tus bromas, Lucían —le advirtió el vizconde Devontrill.

Lord Norgate empujó a Connor hacia delante, apuntándolo con su arma.

—Tanta cháchara empieza a aburrirme —murmuró—. Prometo no hacerle daño al lord si ninguno de ustedes me sigue cuando me vaya.

El vizconde era un hombre vengativo y rencoroso, y no dejaría pasar fácilmente que lo hubieran emboscado. Connor sería hombre muerto cuando se alejarán de la residencia del marqués. Y no tendría que haber sido así si él hubiera cumplido con su promesa. Sintió una ráfaga de furia. Sin pensarlo,

tomó del suelo el revólver que el capitán había dejado cuando el vizconde les pidió que se desarmaran. Sujetó el arma con las dos manos y le apuntó a lord Norgate.

—El conde no irá a ningún sitio con usted, milord.

De repente, la habitación se bañó con un aire tenso.

El vizconde alzó una ceja.

—¿Ah, no?

—No dudaré en dispararle si hace que el conde saque un solo pie del despacho —le amenazó—. Y le juro que mi puntería es excelente. Sabe muy bien que no soy una dama tradicional.

—¿Qué le hace pensar que yo no le dispararé primero a su prometido, miladi?

—Porque en este momento, me siento tan furiosa con él, que hasta yo mismo le dispararía.

—¡Madre mía, Connor, pero si te vas a casar con una copia de tu madre! —exclamó el duque.

—Baja el arma, Lizzy —murmuró Connor en voz baja pero letal.

—Empiezo a compadecerlo lord Kinghyork —se burló el vizconde—. Pero me temo que, si su prometida no baja el arma, tendré que dispararle.

Ella disparó al techo y el estruendo provocó la distracción suficiente para que Connor pudiera librarse del vizconde. Y ella no supo en que momento el capitán había rodeado la habitación para llegar a espaldas del vizconde y con mucha agilidad, le quitó el arma y lo tiró al suelo. Le llevó los brazos a las espaldas y le dijo que estaba detenido por conspirar en

contra de Inglaterra.

—¡Tú! —rugió su prometido, mientras caminaba hacia ella y la observaba como si estuviera a punto de estrangularla.

Ella retrocedió un paso y tragó saliva. Él parecía molesto. De hecho, muy molesto.

—¿Connor?

—¡Tú! —repitió, señalándola con el dedo.

Ella dio otro paso atrás y se chocó la espalda contra la pared.

—Eh... yo... eh... d-debería regresar a la fiesta —balbuceó.

Él la sujetó del brazo con fuerzas y la miró fijamente a los ojos.

—Tú te vendrás conmigo —le dijo, en un tono de voz que no admitía protesta.

—¡No estrangules a tu prometida, Connor! —escuchó que Lucían gritó cuando ellos salieron del despacho.

El corazón se le detuvo. ¿Qué no la estrangulara? Él la llevaba tan rápido que estuvo a punto de caerse cuando se enredó con el vestido. Connor la apegó a él para evitar su caída y pudo sentir su acelerada respiración.

—¿Vas a estrangularme? —quiso saber, cuando él la sacó de la residencia del marqués por la parte trasera, sin que nadie los viera.

Connor la observó por encima del hombro y sonrió mordaz.

—Es lo que te mereces.

—¿Cómo dices?

—Cierra la boca, Lizzy. Por una maldita vez, cierra tu jodida boca.

Ella creyó que él había dicho demasiadas malas palabras en una sola frase. Pero no era tan idiota para contradecir a un hombre furioso. Mantuvo la boca cerrada, incluso cuando él la metió adentro de su carruaje.

CAPÍTULO 31

HABÍA querido romperle al vizconde todos los huesos cuando Lizzy se había aparecido en el despacho del marqués. Todavía le hervía la sangre por no haber descargado su fuerza contra él. Era un sentimiento que había dejado de sentir desde que él había abandonado las peleas clandestinas. El esfuerzo que había hecho para no matar al vizconde había sido sobrehumano. No había querido que ella viera el monstruo en el que se convertía cuando luchaba. Y por más que el capitán Hawkins se hubiera encargado de lord Norgate, su furia no se había apaciguado.

Buen Dios, pero si su furia se debía porque su tozuda prometida parecía no darse cuenta en el peligro que se había metido cuando había cogido el arma del suelo. Él estuvo a punto de morir. Y no precisamente porque el vizconde lo hubiera estado apuntando con su revólver. Creyó que su corazón había dejado de funcionar por varios segundos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo con solo imaginar si la historia hubiera tenido otro final. Perder a Lizzy hubiera sido su final. Ella se había convertido en una parte importante de su vida y la sola idea de no tenerla, era desgarradora.

Y fue ahí cuando se dio cuenta que él se había enamorado de Elizabeth. Todo ese tiempo se había negado a aceptarlo, pero ya no lo podía hacer y tampoco quería hacerlo. Él amaba a Lizzy. Se sintió aterrado al descubrir su nuevo sentimiento, ¿y si ella no lo quería? Su prometida había mantenido la boca cerrada desde que habían salido de la casa del marqués, y agradeció que fuese lo suficientemente astuta para no achispar más su

acalorado carácter. Él abrió la portezuela del carruaje cuando se detuvo delante de su casa. Sujetó un brazo de Lizzy y la bajó. Mantenerla cerca suyo le permitía creer que ella estaba a salvo.

—Esta no es la residencia Bourklam —murmuró ella, observando su alrededor, un poco asustada.

—No, no lo es —afirmó, mientras subían las escalinatas de la entrada—. Es nuestra casa.

—¿Nuestra casa?

—Viviremos aquí cuando nos casemos.

Su mayordomo abrió la puerta antes que golpeará y parecía sorprendido de verlo llegar tan temprano del baile de lady Marclow. Pero no estaba sorprendido de verlo regresar acompañado por una dama. La diferencia era que esa mujer no era cualquier mujer, era la mujer que le había robado el corazón y que daría su vida por ella si fuera necesario. De repente, se dio cuenta de cuanto la necesitaba y que no podría vivir un día más sino la hacía suya esa misma noche.

—Eddy, te presento a lady Elizabeth, la futura condesa de Kinghyork.

El mayordomo inclinó la cabeza.

—Miladi...

—Ya puedes irte a descansar, Eddy —dijo—. Y no quiero que nadie nos moleste hasta mañana temprano.

Lizzy abrió la boca para protestar, pero no le dio tiempo a decir nada. La dirigió hacia las escaleras del vestíbulo y la cargó a los hombros cuando ella puso resistencia.

—¡Te ordeno que me sueltes, Connor! —chilló.

—Lo haré cuando te haya encerrado en mi alcoba.

Ella apretó los labios.

—¡Dijiste que no era apropiado que una dama esté en la casa de un caballero soltero!

—¿Ah, sí? ¿Eso fue lo que dije? —inquirió despreocupado—. También creo haberte dicho que te largaras del despacho del marqués cuando el vizconde me estaba apuntando con un arma, pero parece que tu solo escuchas lo que te conviene, cariño.

—Connor... —rugió ella, entre dientes.

Él abrió la puerta de su recámara con una patada, dejó a Lizzy sobre el suelo cuando ingresó y luego, cerró la puerta con llave y la guardó en el bolsillo del pantalón. Se giró hacia ella y entornó los párpados.

—¿Sabes lo enfadado que estoy contigo?

Ella retrocedía a medida que él avanzaba.

—T-también estoy enfadada cont-tigo —tartamudeó.

—¿En serio? ¿Puedo saber por qué?

Ella dio un paso atrás, nerviosa, y se chocó con el reposabrazos del sofá, y cayó sentada sobre él.

—Porque... porque rompiste tu promesa.

—Te prometí que no buscaría a lord Norgate y no lo hice, a pesar que me moría de ganas de romperle todos los huesos —repuso—. Y si no lo hice, fue por ti, chiquilla tozuda.

Ella alzó el mentón con actitud desafiante.

—¿Y entonces qué hacías con él en el despacho del marqués?

Él acortó la distancia y apoyó las palmas de las manos contra el reposabrazos del sofá, a cada lado del cuerpo de ella y se inclinó, dejando sus narices muy cerca de las suyas.

—Que yo no fuera tras él, no significa que otro no lo hiciera —contestó—. ¿Crees que el duque se quedaría tranquilo sabiendo que lord Norgate buscaría vengarse de su hijo?

Lizzy frunció el ceño.

—¿Tu padre fue quien...?

—Él fue quien ideó el plan para que el capitán Hawkins lo detuviera —le acarició una mejilla con los nudillos—. Y yo, mi querida niña, fui solo el cebo para atraerlo.

Ella soltó un resoplido.

—Si el duque no fuera tu padre, juro que lo mataría por inconsciente —gruñó—. ¡Él puso tu vida en peligro! ¡Lord Norgate pudo...! ¡Él pudo...! ¡Ni siquiera puedo decirlo!

Él sonrió al notar que su preocupación era sincera.

—No te inquietes por eso, cariño, mi madre se encargará del duque cuando se entere de lo que ha hecho.

—Y yo me aseguraré de que la duquesa se entere de lo que su esposo ha hecho.

—Y yo me aseguraré de que tú nunca más vuelvas a hacer una estupidez como la que hiciste hoy —replicó él—. Creo que me has quitado

como veinte años de encima con el susto que me has dado —le sujetó el rostro entre las manos y apoyó la frente contra la suya—. Sentí que me moría si te perdía, Lizzy.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—Sentí lo mismo cuando el vizconde amenazó con dispararte.

Hizo una mueca.

—Pero dijiste que tú me dispararías si el vizconde no lo hacía.

Ella giró la cabeza y le dio un beso en la palma de la mano.

—Porque en ese momento estaba enfadada contigo. Además...

—¿Además, qué?

—Yo nunca te haría daño, Connor —hizo una pausa—. Te quiero.

Él dejó de respirar.

—¿Qué has dicho?

—Te quiero Connor —repitió—. Sé que dijiste que nuestro matrimonio estaría basado en el compañerismo y en la amistad, pero te quiero. No debes decir nada, fuiste muy claro desde un principio y no tienes por qué sentir lo mismo por mí.

Su corazón no podía saltar de tanta dicha.

—¡Oh, Lizzy! —gimió, rodeándola con los brazos—. También te quiero... no sabes lo feliz que me haces que tú también sientas lo mismo.

Ella lo apartó para mirarlo a la cara.

—¿Lo dices en serio?

—¿Piensas que bromearía con algo así?

—¿Me quieres?

Él hizo que se levantara del sofá y le llevó una mano al pecho para que sintiera lo fuerte que latía su corazón.

—¿Notas lo mucho que te quiero?

Pero para asegurarse que ella le creyera, la atrajo contra su pecho y unió su boca con la suya. Empezó con un beso inocente que fue tomando intensidad cuando la pasión de ella se descontroló. Abrió su boca invitándolo a que la explorara con su lengua. Tomó su invitación con necesidad. A él le urgía explorar mucho más que su boca. Su dura erección lo delató y ella lo sintió cuando sus caderas frotaron su palpitante deseo. El cuerpo de ella se tensó entre sus brazos.

—Connor... yo... le prometiste a tu madre que no... —sus mejillas se sonrojaron—. Que esperarías hasta la noche de bodas.

—Le prometí que no haríamos nada en su casa —murmuró con una sonrisa traviesa en los labios—. Y ahora estamos en nuestra casa, cariño.

—Tú casa.

—Nuestra —la corrigió.

Le sostuvo el rostro entre sus manos.

—Lizzy, cariño, puedo llevarte de regreso a la casa de mis padres si es eso lo que quieres, y esperaremos hasta nuestra noche de bodas.

En la situación en la que él se hallaba, que ella le pidiera que la llevara a la residencia de los duques, sería hacer un esfuerzo contranatural. Pero lo haría si era eso lo que ella quería.

—No te obligaré a hacer nada que no quieras, cielo —agregó para

tranquilizarla.

Ella se mordisqueó el labio inferior y se llevó todo el peso del cuerpo sobre una pierna.

—¿Sabes? No es que no quiera —repuso—. De hecho, me gustó mucho lo que me hiciste aquella vez... ahí —dijo, avergonzada—. Pero...

Arqueó una ceja para que continuara.

—¿Prometes no reírte de mí?

Él asintió con la cabeza.

—Lo prometo, cariño.

—Es que... es incómodo no saber qué hacer cuando tú... ya sabes —murmuró, apartando la vista hacia la pared—. Tú estás acostumbrado a estar con mujeres experimentadas y yo soy tan ignorante en ese tema que no sabré que hacer para complacerte. Mi madre falleció cuando yo era demasiado joven para tener este tipo de platica y mi padre, bueno, no es un tema que una hija hablaría con su padre. ¿Te estás riendo?

—No.

—¡Sí lo haces! —chilló.

A él se le escapó una carcajada.

—Bien, si lo hago y lo siento mucho, cariño —admitió—. Será un honor enseñarte todo lo que no sepas. ¿Qué mejor que un granuja para responder todas tus dudas? —comentó, deslizando un dedo por su brazo—. Y te aseguro que tú me complaces con una sola de tus miradas.

Ella alzó la vista al techo y resopló.

—Es injusto y frustrante que las mujeres debamos quedarnos en

desventaja con los hombres también en estos casos —se quejó.

Él hizo una mueca divertida.

—Imagino que para una sabelotodo como tú debe serlo, pero apuesto a que aprenderás rápido.

Ella se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿También puedo besarte ahí abajo como tú me besaste a mí? —empezó con sus preguntas.

Buen Dios, con solo preguntarle la sangre se le agolpó en las entrepiernas. La boca se le secó y se sintió como un inexperto al querer abalanzarse sobre ella y tomarla sobre la alfombra. Y si ella conseguía eso siendo una simple inocente, no quería imaginar, en realidad sí quería imaginar las cosas que le haría cuando tuviera más conocimiento. Él se iba a casar con la mujer perfecta. Le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Podrás besarme en todos los sitios que tú quieras, cariño —dijo con la voz ardiente—. Pero no esta noche.

—Oh... ¿por qué no?

La condenada chiquilla no se quedaría tranquila hasta oír una respuesta convincente. La base de un buen matrimonio debía ser la sinceridad, ¿verdad? Bien, porque él sería honesto con ella. Ahuecó sus manos en sus redondos muslos y la apretó contra su endurecida erección. A ella se le escapó una exclamación al sentir su hinchazón.

—Porque... —murmuró, acariciando su sien con la nariz—. Me ocuparé que esta noche sea solo especial para ti.

Ella se humedeció los labios y lo miró curiosa, como si por su mente pasaran mil cosas a la vez.

—Dime que es lo que quieres saber, cariño.

—¿Puedo hacerte preguntas cuando tú, ya sabes, me hagas esas cosas?

—Si me haces preguntas cuando yo te haga *el amor*, significa que no soy el amante que te mereces —replicó. Y al notar que el ceño de ella no se relajaba, agregó—: No debes asustarte, cariño, tu cuerpo sabrá que hacer.

Los hombros de ella seguían igual de tensos. Era tiempo de abandonar lo teórico y pasar a la práctica. Inclino la cabeza y la besó. Ella empezó a relajarse y a responder a sus besos con la misma necesidad que él sentía.

—¿Ves? —musitó contra la comisura de sus labios—. Tu boca supo que hacer cuando recibió a la mía —dijo para que entrara en confianza—. Y tu cuerpo hará lo mismo cuando sea parte de ti —le explicó—. Te prometo que te gustará, ¿confías en mí?

Ella asintió con la cabeza.

—Confío en ti, Connor.

Y eso fue suficiente para que él la alzara en los brazos y la recostara sobre su regazo cuando se sentó en el borde de la cama.

—Lamento lo que ha sucedido esta noche, Lizzy —le dio un beso en el lóbulo de la oreja—. Quise... —deslizó sus labios por su mandíbula—. Quise que todo fuese perfecto para ti —le mordisqueó la barbilla—. Hasta te tenía preparado un obsequio para después de nuestro primer baile.

Y él lo decía en serio. Hubiera deseado que su primera aparición en sociedad hubiera sido de otra manera.

—¿Un obsequió?

Hizo una mueca.

—Puede que lo quieras ahora.

—Yo... eh... sí.

Él metió la mano dentro de la chaqueta y sacó una cajita de terciopelo del bolsillo, luego la abrió y una piedra roja resplandeció a la luz de las velas. Ella miró el anillo con los ojos brillantes.

—Connor es... es...

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Se encogió de hombros.

—Creí que todavía había tiempo para que recibieras tu anillo de compromiso —carraspeó. Se sintió algo incómodo que ella lo observara con tanta ternura—. Y pensé que el rubí haría juego con el vestido que usarías esta noche, pero... pero puedo cambiarlo por la piedra que más te guste.

Los ojos de ella se humedecieron y hacían un gran esfuerzo para que las lágrimas no salieran.

—¡Adoro los rubí! —replicó, emocionada—. No es que haya visto uno antes y uno tan grande... ¡oh, Connor, es hermoso!

Sujetó su mano izquierda y empezó a sacarle el guante con los dientes. Ella soltó una risita. Puso despacio el anillo en su dedo y contempló su mano.

—Mi madre tuvo razón cuando dijo que el rubí iría muy bien con tu vestido rojo —comentó—. ¿He dicho lo hermosa que te ves esta noche?

Ella esbozó una sonrisa que le ocupó la mitad del rostro.

—Muchas veces.

—Te quiero.

—Oh, Connor, yo también te quiero.

Hizo que ella se levantara de su regazo y se puso de pie delante de ella.

—Voy hacerte mía, Lizzy —le aclaró, mientras la rodeaba con los brazos y le iba desabotonando el vestido en la espalda—. Si primero logró quitarte esta cosa —rezongó al no poder ser ágil con los dedos.

Ella lucía relajada y divertida. Su inutilidad había logrado que ella se sintiera más cómoda. Lizzy se volteó para que le fuese más fácil desprenderle el vestido. La prenda cayó al suelo cuando la liberó, y ella se quedó con una fina camisola. Le bajó un tirante, luego el otro y se inclinó para besarle un hombro. La urgencia de hacerla suya se apremió de él y debía hacerlo antes que perdiera el control. La giró otra vez hacia él y se apoderó de su boca, mientras que sus manos subían por todo su cuerpo y estaban tan pegados que no se sabía dónde comenzaba uno y terminaba el otro.

—Oh, Lizzy —gimió, a la vez que su camisola terminaba en el mismo sitio que había acabado su vestido y pudo ver la majestuosidad de sus pechos.

Pechos que había deseado durante tanto tiempo tenerlos entre sus manos y se sentían más deliciosos de lo que se imaginó. Ella echó la cabeza hacia atrás ante la estimulación, y su desnudez parecía no incomodarla. Y él lo agradeció. Sus pezones se endurecieron cuando su boca se apoderó de ellos.

—Connor... —murmuró su nombre, enredando sus dedos con su cabello.

La palpitación de su ingle era insoportable y necesitaba liberarla. Hizo que Lizzy se recostara sobre la cama y contempló lo hermosa que era mientras se quitaba la ropa de un tirón, y estuvo a punto de caerse cuando trató de quitarse las botas. Y su torpeza seguía divirtiendo a lo grande a la chiquilla tozuda. Pero su sonrisa desapareció cuando observó sorprendida su erección.

—Es... es grande.

Sus ojos le lanzaron una mirada juguetona.

—No imaginas lo halagadoras que son esas palabras.

—¿Ah, sí? —replicó la inocente.

Él no perdió el tiempo y le cubrió el cuerpo con el suyo. Recorrió cada centímetro de su piel con su boca y manos, y su deseo incrementaba a medida que la escuchaba gemir. Separó sus muslos con sus rodillas y ella se ahogó con una exclamación cuando supo lo que él haría a continuación. Besó sus pliegues y acarició su punto sensible con la lengua, y el ritmo se iba acelerando a medida que ella iba alcanzando el clímax. La tocó con los dedos y comprobó lo húmeda y preparada que estaba para recibirlo. Volvió a enfrentar sus rostros y la miró fijamente a los ojos.

—Puede... puede que te duela un poco al principio —le explicó, mientras guiaba su miembro hacia la abertura que había entre sus pliegues—. Pero será por esta única vez. Lo prometo, cielo.

Él tomó su aceptación para que continuara cuando ella levantó las caderas para recibirlo y le rodeó el cuello con los brazos. Apretó la mandíbula y empujó despacio su erección en su interior para que se fuera acostumbrando a su tamaño. Nunca antes había estado con una virgen y sentía miedo de lastimarla. La besó en los labios cuando su miembro tocó su tope e

hizo evidente la pérdida de su inocencia. Observó asustado su rostro y buscó una huella de dolor.

—¿E-etás bien, cariño? —preguntó inmóvil, dentro de ella.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Te ha dolido?

—Solo un poco —respondió con los músculos tensados.

Le susurró palabras bonitas al oído y su mano descendió hacia el espacio que había entre los dos y estimuló su punto sensible con los dedos. Ella empezó a reaccionar a la estimulación apretando su erección con sus músculos. Su cuerpo lo había recibido como si lo hubiera estado esperando toda la vida. Él retomó el ritmo con movimientos lentos. La frente le sudaba por el esfuerzo que hacía para mantener ese ritmo. Pero Lizzy pareció leer lo que necesitaba y comenzó a acelerar sus movimientos. Le rodeó las caderas con sus piernas y él enloqueció.

—Oh, Lizzy, cariño —jadeó con la respiración entrecortada.

Él entró, salió, la embistió una y otra vez, hasta que los músculos de ella se tensaron alrededor de su dureza y levantó la espalda unos centímetros de la cama cuando alcanzó el clímax. Él se aferró a sus caderas y la penetró una vez más con todas sus fuerzas y se derramó dentro de ella, luego rodó a un costado y la atrajo contra su pecho, dándole un beso tierno en la frente.

Después de unos minutos de silencio y de haber recuperado la respiración, ella abrió la boca y dijo:

—Tenías razón.

Él bajó la vista y enarcó una ceja.

—¿Cómo dices?

—Me dijiste que no serías un buen amante si te hacía preguntas es el momento que tú... —sus mejillas se ruborizaron—. Me hacías todas esas cosas.

Frunció el ceño. ¿Qué intentaba decir?

—Pero no me hiciste ninguna pregunta, Lizzy —se defendió

—Porque en ese momento no me dejabas pensar.

Chasqueó la lengua.

—Porque soy el amante que te mereces —repuso todo arrogante, apretándola entre sus brazos.

—Pero ahora sí puedo pensar.

—¿Y eso que significa?

—Que ahora sí puedo hacerte preguntas.

—¿Qué quieres saber?

Ella se tomó unos segundos para meditar y responder:

—En el momento de...

—Hacer el amor —terminó él.

—¿El hombre siempre debe ir arriba de la mujer?

—No.

Ella pestañó.

—¿La mujer también puede ir arriba?

Él le sujetó el mentón y se inclinó para besarla.

—Existen muchas poses, cariño.

—¿Y... podremos probarlas a todas? —preguntó curiosa.

Él soltó una carcajada.

—¿Sabes? Me siento afortunado de haber encontrado a la mejor esposa del mundo.

Ella puso los ojos en blanco.

—No exageres Connor, solo seré la mejor esposa de Inglaterra.

—Si no te vistes como lacayo —se mofó él.

—No puedo prometerte nada.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Connor.

EPÍLOGO

Hampshire, Inglaterra
tres años después...

BUEN momento había elegido nacer el segundo hijo de Eleonor. El pequeño había esperado que todas sus hermanas se reunieran para pascua en Green Hills para irrumpir la cena y hacer que su madre rompiera bolsa en la mesa. Sacudió los hombros cuando se oyó otro grito de parto de Eleonor.

—Ella estará bien —la tranquilizó su marido.

Miró a Connor por encima del hombro. Él sostenía a Edmund, su hijo mayor, sobre uno de sus muslos y movía la pierna remedando que era un caballo. La duquesa le había dicho que su nieto era una copia de Connor cuando tenía su edad, luego seguía Eugenia, de seis meses, que estaba segura que sería tan bribona como su madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella es joven y fuerte y además, es tu hermana —respondió él, mientras movía más rápido la pierna por pedido de Edmund.

—¿Y eso qué significa?

Él alzó la vista hacia ella.

—Que Eleonor hará todo lo posible para no asustar a sus hermanas.

Dobló los brazos a su cintura de modo defensivo.

—No estoy asustada.

—¿Ah, no?

—Bien, solo un poco.

—Ahora está mucho mejor.

—¿Crees que debería estar a su lado?

—Su marido es quien se ocupa de ella, cariño.

—¿Y si Eleonor me necesita?

—Su marido es quien se ocupa de ella —repitió, despacio.

Ella resopló.

—Eres un verdadero fastidio cuando hablas con sensatez —rezongó.

—¿Tú también lo has escuchado hijo? —siguió—. Tu madre me cree un hombre sensato.

Ladeó la cabeza hacia un costado y entornó los párpados.

—Lástima que el hombre sensato solo aparezca en vez en cuando —le aclaró.

Connor hizo un mohín.

—¿Qué nombre le pondrán al nuevo integrante de la familia? —preguntó él para cambiar de tema.

—La llamaran Elsa si es mujer, y Eliseo si es varón.

Su marido puso los ojos en blanco.

—¿Sabes? Tus hermanas y tú deberían saber que no solo existe la letra *E* en el abecedario.

—¿Cuántas veces debo explicarte que es una tradición que puso mi

padre? —respondió, ofendida.

—Tu padre estaba loco.

—Y aun así decidiste casarte conmigo.

—Yo también debo estar loco.

—Connor...

—¿Qué es lo que harán cuando se les acaben los nombres?

Sonrió mordaz.

—Inventaremos nombres nuevos.

Él sacudió la cabeza, divertido.

—Lo peor de todo, es que estoy seguro que lo harán.

Alzó a Eugenia del moisés cuando empezó a llorar.

—Pero aun así me quieres —le recordó, acariciando la espalda de su hija.

Connor le lanzó una de esas típicas miradas que hacían que ella se derritiera.

—Y aun así te quiero —afirmó.